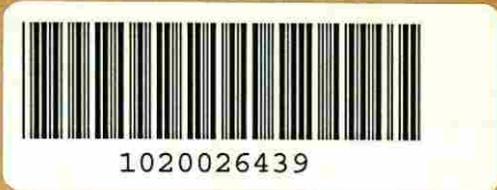


P. FESVAL

FRANCISCO  
DE BRETANA

PQ2244  
.F2  
F78



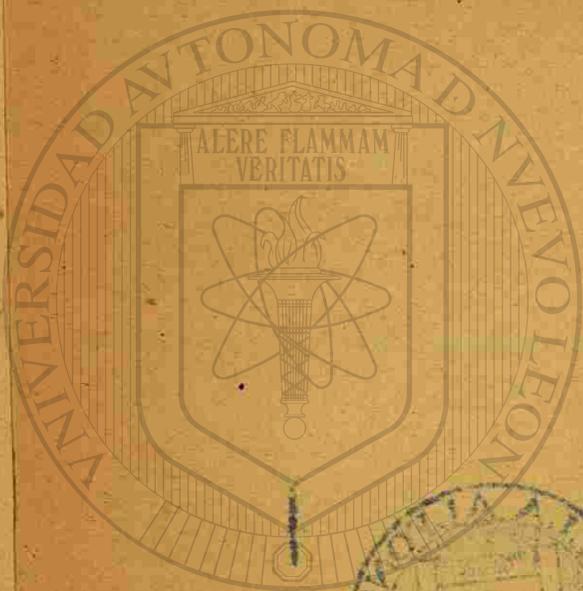
UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO  
RICARDO CONTRERAS  
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECA

# LA MARAVILLA.

SEGUNDA SERIE.

SECCION RECREATIVA.



## FRANCISCO DE BRETAÑA

### EL EMPLAZADO.

Núm. Clas. \_\_\_\_\_  
Núm. Autor F458120  
Núm. Adg. 30134  
Procedencia -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó 69

# FRANCISCO DE BRETAÑA

EL EMPLAZADO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS.

MR. PAUL FEVAL.

por D. J. F. Saenz de Urraca.

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO



MADRID.

D. ANTONIO DE SAN MARTIN, C. VICTORIA, 9.  
HABANA:

D. EMILIO FONT, C. RELATORES, 42 Y 44.  
MONTEVIDEO:

D. J. TURBIANO, C. DR. LA OBRAPÍA, 445.

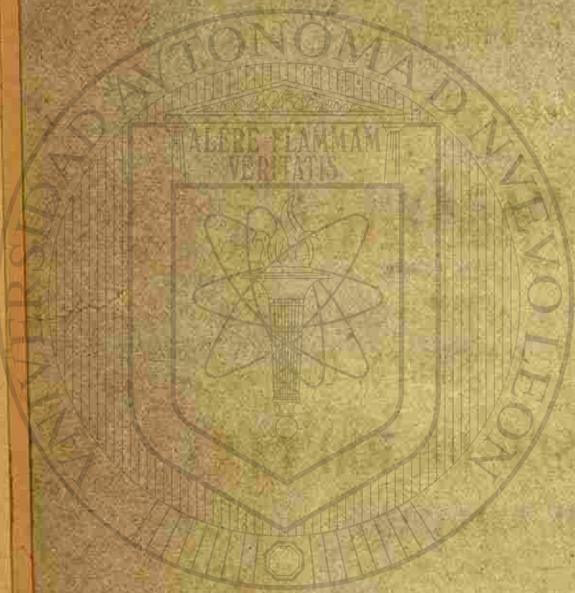
LIBRERÍA NUEVA, C. DEL 43 DE MAYO.

BARCELONA.

LIBRERÍA DEL PLUS ULTRA, RAMBLA DEL GENTRO, 15.

1860.

098907



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

843  
L

P02244

F2  
F79



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Barcelona.—Imp. de Narciso Ramirez, Escudillers 40, piso 1.º—1860.

## INTRODUCCION.

### I.

#### La Cabalgata.

Quando se baja de noche por la última cuesta del camino de Saint-Maló á Dol, entre Saint Benoit-des-Oudes y Cancale, por poca niebla que se extienda cual aéreo velo de gasa sobre la parte llana del pantano, no se sabe en qué lado del dique está la playa, y en qué lado la tierra firme. A derecha é izquierda hay la misma inmensidad lúgubre y muda.

Ningun movimiento de terreno indica la campiña habitada; no parece sino que el camino se extiende por entre los anchos mares.

Es que las cosas pasadas tienen sus espectros como los hombres difuntos; es que la noche evoca el fantasma de los mundos transformados lo mismo que las sombras humanas.

En el sitio por donde ahora pasa el camino agitó el mar sus embravecidas olas. Ese pantano de Dol, de opulentas mieses, y

cuyos bosques de manzanos chaparros llegan hasta el límite extremo del horizonte, era una bahía. El monte Dol y la Ille-mer, eran dos islas, lo mismo que Saint-Michel y Tombelene. Para encontrar la playa era preciso llegar á las cercanías de Chateaufneuf, en donde aun queda la charca de Saint-Coulman como una protesta del mar expulsado.

Y ¡cosa maravillosa! porque aquel país está lleno de milagros; antes de ser una bahía, era una selva extensa y frondosa.

Un bosque que no detenía sus lindes en la línea de la playa actual, sino que bajaba por el arenal y plantaba sus gigantes robles hasta mas allá de las islas Chossey.

La tradicion y los anticuarios están acordes; los manuscritos son fidedignos: la selva de Scissy cubria diez leguas de mar, uniendo el acantilado de Cancale, en Bretaña, con la punta normanda de Carolles, por medio de un arco de círculo que encerraba dentro de sí el reducido archipiélago.

Acaso algun día se escriba la historia de esas batallas prodigiosas en que el mar, alternativamente vencedor y vencido, invade los dominios terrestres conquistando, y luego huye y se abre un retiro mas profundo en los misterios del abismo.

A la luz del sol huye el dique ante el viajero, siguiendo una línea curva que ataca á la tierra firme en la aldea de Vivier.

Para quien no conoce bien al mar, aquel dique parece superfluo é impotente. ¡El nivel bajo del agua está tan léjos y las mareas son tan altas! ¿Podrá figurarse álguien que aquella barra azulada que cierra el horizonte va á hincharse, á deslizarse sobre la pantanosa arena, á recorrer leguas enteras y llegar al dique?....

¡Llegar! ¡el mar! para detenerse dócil y sumiso ante algunas piedras amontonadas, y estrellarse suavemente al pié de la calzada como la pacífica náyade de un estanque!

Involuntariamente se piensa: « Si la marea hace una vez ese gran viaje desde las aguas bajas hasta el dique, ¿qué serían cuatro ó cinco piés de arena y unas cuantas rocas para detener su impulso? »

Pero el mar va á estrellarse contra las rocas del dique, y este permanece de pié hace dos siglos, protegiendo á toda una comarca conquistada al Océano.

Hacia el centro de la curva se ven en lontananza, como un reflejo, el monte Saint-Michel y Tombelene. Hay ocho leguas de playa entre aquel punto del dique y el monte.

Desde aquel sitio, que apenas se levanta algunos metros sobre el nivel del mar, el horizonte que se vé es tan extenso y despejado como desde la cumbre de las montañas mas elevadas. Al Norte está Cancale con sus pesquerías que corren culebreando por los arenales; al Este la cordillera de colinas que va á Chateaufneuf al extremo del promontorio breton; al Sur este el magnífico castillo de Bonnaban, edificado con el oro de las flotas de Saint-Maló, y que despues cayó en manos mas nobles; al Sur el pantano Dol, la ciudad Ornidica, el monte Dol; al Oeste las costas normandas, mas allá Cherrucix, tan conocido de los parroquianos de Chevet y Pontorson, el feudo de Bertrand du Guesclin.

El dique, obra de los siglos intermedios, parece estar colocado allí simbólicamente entre el castillo moderno y la fortaleza antigua. Para el Monte de San Miguel, antiguo señor y soberano de las playas, la gloria del pasado; para el castillo brillante que no tiene archivo, el bienestar de la civilizacion presente. En medio de sus espléndidos bosques y espesuras, el rey de los barbechos mira al rey de los arenales. Ambos tienen el mar á sus piés.

Pero el castillo moderno, prudente como nuestro siglo, se ha puesto el ado bueno del dique.

Nadie ignora que las inmediaciones del Monte San Miguel en todo tiempo han sido fértiles en aventuras trágicas.

Su mismo nombre (*el Monte San Miguel con peligro del mar*), dice mucho mas que una larga disertacion.

En nuestros dias, la gente del pais calcula en treinta ó cuarenta el número de las victimas sepultadas anualmente en los arenales.

Quizás haya algo de exageración; pero en otro tiempo la creencia general triplicaba ese guarismo.

Lo cierto es que los caminos que arrancan del Monte en distintas direcciones, varian de una marea á otra; conservando tan poco las huellas de los pasos, como el Océano conserva en su movable superficie la señal de la estela de un buque, y siempre es preciso que el viajero fie en la dudosa inteligencia de un guia y ponga su alma en manos de Dios.

De Charrueix al Monte San Miguel se va cruzando los arenales y remolinos de arena movediza (1), cortados por innumerables riachuelos que cubrian la extension de las playas; tambien se va á aquel punto desde Quatre-Salines y Pontorson: esto respecto á la Bretaña.

Los caminos principales de Normandía son los de Pontorbault, Avranches y Genest.

Segun la opinion de los recoveros y pescadores, solo el camino de Pontorson es el que no ofrece peligro alguno.

Sin embargo, hay mas de una historia lamentable que prueba que aquel camino aun no devuelve todos los viajeros que le dá su fama de seguro.

(1) Los arenales son genéricamente el suelo de la playa; los remolinos son arenas desleídas por el agua de los riachuelos ó de las corrientes subterráneas.

El dia 8 de junio de 1450, todas las campanas de la ciudad de Avranches tocaron á vuelo, mientras que las puertas del castillo se abrian para franquear el paso á una cabalgata noble y numerosa.

Eran las once de la mañana.

Todas las damas y vecinos que habia en Avranches se inclinaban para ver pasar al duque Francisco de Bretaña, que se dirigia en peregrinacion al monte Saint-Michel.

Un cañonazo disparado desde la cumbre del monte, con el auxilio de una de esas piezas enormes de hierro soldadas y sujetas con aros, que lanzaban balas de piedra, habia anunciado la marea baja, expresamente para el señor duque y su comitiva.

Y nada hacian de mas con poner aquellos cañones al servicio del opulento magnate, porque los que los habian cogido á los ingleses eran hombres de armas del duque de Bretaña.

Muy poco tiempo antes, Francisco habia enviado á los señores Montauban y Chateaubriand, con Renato de Coetquen, señor de Combourg, á socorrer el Monte San Miguel, sitiado por los ingleses. En aquella época, el rey Carlos VII de Francia habia reconquistado ya una buena parte de su reino, y rechazado á Enrique lejos del centro. Pero las costas de la Mancha quedaban en poder de los hombres de Ultramar, y desde Grandville hasta Pontorson, el Monte San Miguel era el único punto en que aun ondeaba la bandera de las flores de lis.

Montauban, Chateaubriand, Combourg, y muchos otros bretones, pasaron de Couesnon, mientras que cinco buques de Saint-Maló mandados por Hue de Maurever, doblaban la punta de Cancale y entraban en la bahía. Entre el Monte y Tombelene quedaron dos mil ingleses muertos en los arenales.

En el momento en que el duque Francisco salia del castillo de Avranches, los ingleses no conservaban ya en Francia mas

que Calais, el condado de Guines y la pequeña roca de Tombelene, en donde habían levantado una fortaleza inexpugnable.

Pero no era para celebrar una victoria, antigua ya, para lo que el duque de Bretaña se trasladaba al monasterio del Monte San Miguel, al que había colmado de beneficios. Francisco hacía la peregrinación para obtener del cielo el reposo y la salvación del alma de su hermano Gil, que hacía poco tiempo que había muerto en el castillo de la Hardouinays. Disponíase unos funerales en la iglesia colocada bajo la advocación del Arcángel. Guillermo Robert, procurador del cardenal de Estouteville, trigésimo segundo abad de San Miguel, había prometido desplegar el mayor boato posible en aquella fiesta del cariño fraternal.

Para la ceremonia se había fijado la hora de las doce del día. Francisco, llevando al lado suyo á su favorito Arturo de Montauban, á Malestroit, Juan Budes, el señor de Rieus é Ivon Porhoet, bastardo de Bretaña, bajó por la ciudad al paso de su hermoso caballo, y se dirigió á la puerta que caía al río See. Los señores de Thorigny y de Homme, caballeros normandos, le acompañaban por honor de la provincia.

Detrás del duque, y próximamente en el centro de la escolta cabalgaban seis doncellas nobles, tres normandas y tres bretonas, vestidas todas de rigoroso luto. Entre ellas solo citaremos á Reina de Maurever, hija única del valeroso capitán que había vencido á los ingleses.

El semblante de Reina iba cubierto con un velo, lo mismo que el de sus compañeras. Pero cuando la fúnebre gasa se levantaba á impulsos de la brisa del mar, se veía el óvalo perfecto de sus mejillas algo pálidas y la tierna melancolía de su sonrisa.

Reina tenía diez y seis años. Era hermosa como un ángel.

Una vez se cruzó su mirada con la de un gallardo jóven que manejaba con destreza un vigoroso caballo del Rovennais, cubierto con una gualdrapa de armiño, y que llevaba la bandera de luto con las armas de Bretaña veladas, y la cifra de Mr. Gil. La frente de Reina se tiñó de carmin, y la jóven bajó los ojos. El doncel se llevó la mano al corazón.

Llamábase Aubry de Kergariou; era de buena nobleza de la Bretaña baja, y sostenía una lanza en la compañía del bastardo de Porhoet.

Cuando el velo de Reina volvió á caer, Aubry clavó las espuelas á su caballo y se colocó á la cabeza de la comitiva, en donde estaba señalado su puesto al lado del porta-estandarte ducal.

Llegaban entonces á la puerta de la ciudad. Los que eran supersticiosos observaron que Aubry no pudo detener su cabalgadura bastante á tiempo para dejar el paso libre á su compañero, el hombre de la cota de armas de armiño, de modo que la bandera fúnebre fué la primera que pasó.

En las murallas y en la calle la multitud gritaba:

— ¡Bretaña Malo! ¡Bretaña Malo!

Y cuatro gentiles hombres, que llevaban en el arzon de sus sillas anchas limosneras, arrojaban de vez en cuando puñados de monedas de plata, y gritaban:

— ¡Larguezas del opulento duque!

Se dice que las buenas gentes de Normandía han tenido siempre fiel cariño al dinero. En aquella ocasión dispensaron excelente acogida á la munificencia del duque, y se batieron á puñetazos en medio del arroyo, como corazones valientes que eran.

Todos quedaron contentos, excepto un feo pagano, con la cabeza tapujada con andrajos, á quien no habían tocado mas que sendos puñetazos y ni una sola moneda.

El pobre hombre se levantó lleno de cólera.

— ¡Duque! dijo en el momento en que Francisco pasaba por delante de él, ¡ un puñado mas de escudos para que Dios te olvide!

Francisco volvió la cabeza á otro lado y aguijoneó á su caballo.

En cualquiera otra ocasion, y por menor irreverencia, hubiera golpeado con su manopla la cabeza del patan.

— ¡ Los seis hombres de armas de Corps! gritó Goulaine, senescal de Bretaña, deteniéndose á la parte de adentro de la puerta.

Los seis hombres de armas de Corps eran, en cierto modo, los caballeros de honor de la ceremonia. Habian de ir inmediatamente despues de la bandera y presidir el duelo.

Eran Hue de Maurever, padre de Reina, que habia sido el escudero y amigo del difunto príncipe; Porhoet, por la sangre de Bretaña; Thorigny, por la Normandía; La Hire, por el rey Carlos; Chateaubriand y el Tartamudo de Maury.

Los cinco últimos se presentaron.

— ¿ Dónde está el señor de Maurever? preguntó Goulaine.

Hubo cierto movimiento en la escolta, porque á todos les parecia singular que Mr. Hue, el fiel y el valiente, faltase en la hora santa bajo la bandera de su difunto amo.

Un murmullo circuló por todas las filas.

Todos repetian en voz baja la pregunta del senescal:

— ¿ Dónde está el señor de Maurever?

Su ausencia era una especie de acusacion terrible.

¿ Contra quién?

Nadie se atrevia á decirlo, ni aun quizás á pensarlo.

Pero del seno de la multitud se alzó de nuevo, ágría y burlesca, la voz del pagano.

El miserable decia:

— ¡ Qué Dios te olvide, duque! ¡ qué Dios te olvide!

Francisco se estremeció sobre su silla.

Reina, pálida y temblorosa, habia ceñido su velo en torno de su rostro.

Francisco se enderezó, pálido y con el semblante contraído.

Hizo una seña á Montauban para que ocupase el puesto que Maurever dejaba vacío, y la comitiva pasó enmedio de repetidas aclamaciones.

## II.

**Dos porta-estandartes.**

Al salir de la puerta de Avranches se presentó un espectáculo mágico, y cual solo aquellas playas maravillosas pueden ofrecerle.

Una niebla blanca, como una capa de grandes copos de algodón en rama, se extendía á los piés de los peregrinos desde la falda de la colina hasta la otra orilla de la bahía, en donde las casas de Cancale se veían como perdidas en lontananza.

Del centro de aquella niebla parecía salir el monte entero, resplandeciendo desde la base hasta la cúspide bajo el oro brillante del sol de junio.

Cualquiera hubiera dicho que aquel edificio, único en el mundo, se estaba meciendo blandamente en su lecho de nubes. Y cuando la niebla se agitaba, inclinado su nivel bajo la presión de un soplo de la brisa, no parecía sino que el coloso, creciendo de improviso, iba á tocar con su frente la azulada bóveda.

La ciudad, pegada á la roca y asomando por cima de la muralla del recinto, la plataforma dominando la ciudad, las murallas del castillo asomando á la plataforma, el castillo lanzado

atrevidamente por encima de la muralla, la iglesia colocada sobre el castillo, y sobre la iglesia la atrevida linterna de la cúpula extraviada en el cielo.

Pero hay momentos en que la mirada se fija indiferente en la magnificencia mas espléndida. No se vé, porque la imaginación está en otra parte.

La comitiva que acompañaba á Francisco de Bretaña al monasterio bajaba lentamente por la montaña. Todos iban silenciosos y taciturnos.

Aquellas palabras singulares pronunciadas por el mendigo vestido de harapos: «¡ Duque ! ¡ Que Dios te olvide ! » estaban en la memoria de todos.

Y todos observaban la ausencia de Hue de Maurever, escudero del difunto príncipe; ausencia tanto mas inexplicable, cuanto que las tierras de Maurever estaban en las inmediaciones de Pontorson, á pocas leguas de Avranches.

Ahora bien, en este mundo hay casi siempre una clave para las cosas inexplicables.

Si la escolta del duque Francisco callaba, no era porque nada hubiese que decir, sino porque nadie se atrevía á desplegar los labios respecto del asunto que traía preocupados todos los ánimos.

Una parte de la multitud había seguido á la comitiva; la multitud no tenía los mismos motivos que los hombres de armas para callar.

¡ Y bien sabe Dios que se ocupaba del opulento duque por su dinero !

Había algunos que pronunciaban la palabra *sacrilegio* al hablar de aquella peregrinación suntuosa.

Al entrar en la playa, tomaron la delantera doce guías para sondear los remolinos de arena movediza y reconocer los arroyos.

La niebla se iba disipando. Una bocanada de viento barrió los arenales.

La cabalgata arrancó al trote, como se suele hacer en los arenales, en donde la rapidez de la marcha disminuye siempre el peligro.

Aubry de Kergariou y el hombre de la cota de armas de armío, que se llamaba Meloir, iban siempre á la cabeza de la procesion.

—Si mi hermano me estorbaba, dijo Meloir continuando una conversacion en voz baja, mi hermano seria mi enemigo... Y á mis enemigos los mato... ¡ El duque ha hecho bien!

—¡ Calla, primo, calla!.... murmuró Aubry escandalizado.

—¿ Por qué he de callar? Unos son ambiciosos como monseñor Francisco; les gusta una corona de duque ó de rey, soldada al acero de su casco.... Los demás son todos como tú y como yo, Aubry, primo mio; aman á una mujer... Responde, Aubry, si tu hermano quisiese arrebatarte la mujer á quien amas...

—¡ Cállate! volvió á replicar Aubry.

—¿ Qué harías? acabó de decir Meloir.

Aubry no replicó en seguida.

Meloir le miraba de reojo y añadió:

— Vamos, contesta.

— No tengo hermanos, balbuceó Aubry.

Meloir lanzó una carcajada.

Estaban en la playa, en donde no hay eco.

La carcajada del soldado se ahogó, breve y sorda.

—¡ Ja! ¡ ja! repuso mas bajo y como asustado de su propia alegría, ¡ no tienes hermano! ¿ Y si tuvieses uno?

Aubry picó espuela á su caballo y se adelantó; pero Meloir estaba tan bien montado como él y le alcanzó.

Puso su mano cubierta con guante de búfalo sobre el hombro del jóven guerrero y le dijo al oido:

—¡ Francisco de Bretaña hubiera deseado mucho ser como tú, Aubry, primo mio... y no tener hermano!

Los caballos, pesadamente enjaezados, vacilaban caminando por las arenas movedizas del See... Los guias gritaron:

—¡ A galope, señores!

La cabalgata arrancó á galope y traspuso el obstáculo.

Meloir se mantenía siempre al lado de Aubry de Kergariou.

—¡ Yo, dijo, tengo doble edad que tú, primo.... Me tratan siempre como á un jovencillo, porque me gustan los dados y el buen vino de Guienne. Pero mañana comenzará mi pelo á encanecer; soy prudente... Escucha, por mi amada todo, excepto hacer traicion á mi señor; ¡ hé ahí mi moral!

—¿ Segun eso es muy hermosa tu amada, primo Meloir? preguntó Aubry con tono distraido.

Los ojos del porta-estandarte brillaron bajo la visera de su casco.

—¡ Es la mas hermosa! replicó con énfasis.

Era un hombre de elevada estatura y de aspecto robusto, que llevaba perfectamente su pesada armadura. Su semblante habria sido hermoso á no ser por la expresion de brutal descaro que brillaba en su mirada. Por lo demás, se calumniaba á sí mismo al decir que muy pronto comenzaria á encanecer, porque su cabellera espesa y rizada se escapaba de su casco en mechones mas negros que el azabache.

Podria tener unos treinta y cinco años.

Aubry contaba veinte años de edad.

Aubry era alto, y la delgada cota de malla que ceñia su cuerpo, en nada perjudicaba la graciosa flexibilidad de su cintura. Sus cabellos castaños, sedosos y suaves como los de una mujer, caian en ondulados rizos sobre sus hombros. Su bigote, que apenas asomaba, y la ruda atmósfera de los campa-

mentos no habian oscurecido aun sus mejillas. Aubry era hermoso. Tenia el corazon de un caballero.

Meloir era hijo de padre normando y de madre bretona. Las razas cruzadas suelen decir que dan buenos productos. Meloir no valia mucho menos que la generalidad de los hombres de armas. En su mano la lanza mas pesada se tornaba ligera como la pluma. En cuanto á la caballería, en verdad, Meloir se cuidaba tanto de ella como de una copa vacía.

Por supuesto, queremos decir una copa de estaño.

Era valiente, porque sus músculos eran fuertes, y fiel, porque su amo era omnipotente.

Meloir, al pronunciar estas palabras: ¡Es la mas hermosa! se habia vuelto involuntariamente, y su mirada buscó en la cabalgata al grupo de las seis doncellas que caminaban detrás del duque.

Aubry hizo lo mismo.

Porque en aquel tiempo aun no se habia inventado el tipo de don Juan. Los picaros redomados como Meloir, suspiraban ni mas ni menos que los tímidos jovencillos.

Preciso será creer que esto le servia de alivio.

Aubry y Meloir se miraron.

— Son seis, dijo Meloir formulando el pensamiento de ambos; tenemos cinco probabilidades contra una para no encontrarnos.

— ¡Has dicho que era la mas hermosa! repuso Aubry en voz baja.

— Lo he dicho... y digo tambien, primo Aubry, que sentiría encontrarte en mi camino.

Las campanas del Monte fueron echadas á vuelo, y al mismo tiempo se abrian las puertas del monasterio para franquear el paso á los monjes, que salian al encuentro de Francisco de Bretaña.

Los curiosos que se habian quedado en las murallas de Avranches veian á la sazón la comitiva ducal y la multitud que le seguia como un punto oscuro en la inmensidad brillante de la playa.

Aun faltaba un cuarto de legua para llegar á la base de la roca.

Durante algunos minutos, Aubry y Meloir cabalgaron silenciosos; despues, este último repuso:

— Como podrás figurarte, primo, he amado mas de una vez en mi vida...

— Yo no, exclamó Aubry interrumpiéndole.

— Pero nunca, prosiguió el porta-estandarte, he amado como ahora... ¡Es cosa seria, créelo! En mis ilusiones he arreglado todo un proyecto de existencia con ella...

— Yo, cuando pienso en ella, la veo en el paraíso.

— Un castillo decente, primo, buenos caballos, una jauría numerosa, y lo demás como Dios quiera.

— Una mirada de ella, murmuró el jóven que tenia los ojos alzados al cielo, su hermosa frente tiñéndose de púrico rubor, una sonrisa en sus labios divinos...

Meloir se encogió de hombros, y dijo:

— Eso no es amar como un hombre de armas; ¡tira tu lanza y coge un rabel!

— Quitate el casco y ponte una gorra de pieles, primo Meloir, replicó Aubry. Amas como un escribano ó como un mercader de paños.

— Quita allá!

— ¡Bah!

— La mujer á quien ames, primo Aubry, te atará un cordoncito ó una correa al cuello.

— La mujer á quien ames, primo Meloir, te dirá: «¡Hablad á mi doncella!...

—¡Levantad los estandartes, hombres de armas! gritó el señor senescal de Bretaña.

Estaban delante del Monte; Meloir y Aubry levantaron bruscamente las astas de sus banderas, que se habían inclinado en el calor de la discusión. El estandarte del convento, que ostentaba la figura del Arcángel bordada en fondo de oro, y en el reverso el escudo de armas con la famosa divisa del Monte San Miguel *Immensi tremor oceani* (1) se inclinó por tres veces consecutivas. Guillermo Roberto, procurador del cardenal-abad, bajó hasta la playa á recibir al príncipe, y los monjes formaron calle en la roca.

En aquel momento en que todos se apeaban de los caballos, hubo en la escolta mucha confusión; la multitud que iba á retaguardia empujaba hácia adelante para salir de la playa. Cubriase la arena de agua bajo la presión de las pisadas, y cada una de las damas que iban formando el duelo, á duras penas pudo hallar un caballero galante que preservase de la humedad sus diminutos piés.

Aubry sintió una mano leve que se apoyaba en su hombro.

Se volvió: Reina de Maurever estaba á su lado.

—Dios os bendiga, Aubry, dijo la jóven, cuya voz se conservaba suave y triste. Sé que me amais.....

El fúnebre estandarte estuvo próximo á caer al suelo, por que maese Aubry quiso juntar piadosamente las manos para escuchar al ángel.

—¡Sabe que la amo! pensó, mientras que su corazón latía con fuerza bajo el tejido de las mallas de hierro.

Reina prosiguió:

(1) Algunos años despues habia de adoptar Luis XI esta divisa para la órden de caballería que fundó bajo la advocacion de San Miguel.

—Antes de una hora, mi padre expondrá su vida para cumplir su deber.....

—¡Su vida!..... repitió Aubry, ¡vuestro padre!.....

Y sus ojos recorrían la multitud para buscar al ausente.

—No le busqueis, Aubry, repuso la jóven, no le hallareis... Pero escuchad esto: el que defienda á mi padre será mi caballero.

—¿Y le amareis?.....

Reina vaciló..... sus labios encantadores se entreabrieron, y luego volvieron á cerrarse.

Estaba teñido su rostro de precioso carmin, y en los ángulos de su linda boca quería nacer una sonrisa.

—¡Hombres de armas! ¡adelante! gritó el señor senescal.

—Si sois vos, Aubry..... murmuró la señorita de Maurever, creo que le amaré.....

—¡Levantad los estandartes!

Reina saltó á la arena y se confundió con sus compañeras. Aubry se tambaleaba como un hombre ébrio.

—Vamos, primito, le dijo Meloir, no es cosa de ponerse enfermo..... ¿Verdad que es la mas hermosa?

Y el gran Meloir tenia bajo su bigotazo una sonrisa malvada.

—¿Qué quieres decir?..... exclamó Aubry balbuceando.

—Nada, nada, primo..... soy ya un hombre de edad madura..... y esas chicuelas sonríen á los mozalvetes.

—¿Será por ventura?.....

—¡Cuerpo de Cristo! niño, ciñes espada..... Cuando estemos en tierra firme será tiempo de hablar de todo eso.

Aubry le miró de frente.

Acababa de cruzar una idea por su mente.

—¿Sabes lo que me decia? preguntó.

—No, replicó el porta-estandarte con fingida indiferencia.

—¿Quieres saberlo?

—Sí.

—Me decía : «El que defienda á mi padre será mi caballero.»

—¡ Ah !.... ¿segun eso su padre necesita que le defiendan ?

—Así debe ser.

—¿Contra quién ?

—Lo ignoro.

Meloir movió la cabeza á uno y otro lado.

—Mr. Hue de Maurever, dijo en voz baja, y como si hablase consigo mismo, era el escudero y amigo de Gil de Bretaña.

—Es verdad, dijo Aubry ; ¿qué mas ?

—¿Qué mas?.... Algun dia te apuntará la barba, primo, y con ella te llegará la razon.... Dime, segun eso, si somos treinta para defender al viejo Maurever, su hija aceptará treinta caballeros.....

Maese Aubry se quedó parado. No tenia sangre normanda en las venas, y Meloir valia dos veces mas que él en los combates.

—Hay dos modos de ser feliz, repuso el porta-estandarte con tono doctoral ; hacerse amar y hacerse temer.... Un buen muchacho no siempre tiene la facilidad de elegir ; pero cuando se le escapa de entre las manos uno de los dos medios, conserva el otro.... Ten cuidado, primo, baja tu bandera y sueña solo.

En cuanto á mi, tengo que reflexionar.

Meloir se adelantó.

En aquel momento, pasaban por debajo del rastrillo.

El coro de los monjes cantaba el *Dies iræ*, subiendo por la escalera abierta en la roca que conduce al castillo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

III.

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

### Fratricida.

Cuando Francisco de Bretaña y su séquito hubieron llegado á la puerta del convento de San Miguel, se hallaron á unas veinte y cinco toesas sobre el nivel de la playa.

Francisco se colocó á la cabeza de la comitiva, y fué el primero que pisó los peldaños de la escalera.

Esta escalera, cuyos escalones de piedra van sepultándose en una media luz oscura, se halla colocada entre las dos torrecillas de defensa, rectas y altas, que tienen cada una dos almenas separadas por una tronera cubierta, y conduce á la sala de guardias.

Es preciso hablar en tiempo pasado al referirse á los hombres. Pero cuando se trata de las piedras se puede emplear el presente, porque esas maravillas de granito están de pié, y los locos furiosos del año 1793, los vándalos de todas las edades, y cuatro siglos acumulados, apenas han podido mutilar algunas estatuas piadosas ó destrozar algunos contornos santos. Verdad es que el yeso, mas fuerte que las revoluciones y que los años ; el yeso, arma favorita de Atila, director, y de Erostrato, empresario de albañilería ; el yeso, maza destructora de los con-

—¿Quieres saberlo?

—Sí.

—Me decía : «El que defienda á mi padre será mi caballero.»

—¡ Ah !.... ¿segun eso su padre necesita que le defiendan ?

—Así debe ser.

—¿Contra quién ?

—Lo ignoro.

Meloir movió la cabeza á uno y otro lado.

—Mr. Hue de Maurever, dijo en voz baja, y como si hablase consigo mismo, era el escudero y amigo de Gil de Bretaña.

—Es verdad, dijo Aubry; ¿qué mas ?

—¿Qué mas?.... Algun dia te apuntará la barba, primo, y con ella te llegará la razon.... Dime, segun eso, si somos treinta para defender al viejo Maurever, su hija aceptará treinta caballeros.....

Maese Aubry se quedó parado. No tenia sangre normanda en las venas, y Meloir valia dos veces mas que él en los combates.

—Hay dos modos de ser feliz, repuso el porta-estandarte con tono doctoral; hacerse amar y hacerse temer.... Un buen muchacho no siempre tiene la facilidad de elegir; pero cuando se le escapa de entre las manos uno de los dos medios, conserva el otro.... Ten cuidado, primo, baja tu bandera y sueña solo.

En cuanto á mi, tengo que reflexionar.

Meloir se adelantó.

En aquel momento, pasaban por debajo del rastrillo.

El coro de los monjes cantaba el *Dies iræ*, subiendo por la escalera abierta en la roca que conduce al castillo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

### III.

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

#### Fratricida.

Cuando Francisco de Bretaña y su séquito hubieron llegado á la puerta del convento de San Miguel, se hallaron á unas veinte y cinco toesas sobre el nivel de la playa.

Francisco se colocó á la cabeza de la comitiva, y fué el primero que pisó los peldaños de la escalera.

Esta escalera, cuyos escalones de piedra van sepultándose en una media luz oscura, se halla colocada entre las dos torrecillas de defensa, rectas y altas, que tienen cada una dos almenas separadas por una tronera cubierta, y conduce á la sala de guardias.

Es preciso hablar en tiempo pasado al referirse á los hombres. Pero cuando se trata de las piedras se puede emplear el presente, porque esas maravillas de granito están de pié, y los locos furiosos del año 1793, los vándalos de todas las edades, y cuatro siglos acumulados, apenas han podido mutilar algunas estatuas piadosas ó destrozar algunos contornos santos. Verdad es que el yeso, mas fuerte que las revoluciones y que los años; el yeso, arma favorita de Atila, director, y de Erostrato, empresario de albañilería; el yeso, maza destructora de los con-

servadores idiotas, pavés de los osos de la arquitectura; el yeso odioso, innoble, imbécil, ha *remozado* muchas *vejeces*.

Pero no es necesario ir tan léjos de París para ver de lo que es capaz el yeso.

Y este anatema contra el yeso hace mucho tiempo que se ha fulminado.

Dejemos el yeso, y por eso mismo, hablemos decididamente en tiempo pasado.

En frente de la escalera ocupaba el centro de la sala de guardias una gran chimenea, sobre la cual se veía el escudo de armas del abad.

El blason del cardenal Guillermo de Estetouville, trigésimo segundo abad de San Miguel, existe todavía en la nave de la iglesia y en la sala de los caballeros, y es muy historiado.

En la sala de guardias, el obispo de Dol, que había de oficiar, aguardaba á su soberano con el prior de San Miguel y los canónigos de Coutances.

El prior se colocó á la izquierda de Guillermo Roberto, que representaba al cardenal abad, y entregó las llaves al lego encargado de abrir las puertas.

Para llegar á la iglesia de la abadía de San Miguel no se andaba á piso llano, sino que siempre se iba subiendo.

Primero fué preciso cruzar el gran refectorio, extensa habitación de estilo romano, en el que la sobriedad de detalles produce una especie de grandeza severa, que impone y sorprende, los dormitorios, pertenecientes al mismo estilo, que hay encima, y la sala de los caballeros.

Bien denominada estaba esta; era altiva y robusta como aquellos gigantes que se vestían de hierro; pesada, pero bien asentada sobre sus vigorosos pilares, y que desde el pavimento hasta la bóveda respiraba la ruda majestad del soldado cristiano.

Era el estilo romano legado al gótico, el pilar abultado haciéndose mas musculoso, el arco de bóveda acariciando el nacimiento de la ojiva.

Siguieron subiendo lentamente, los monjes cantando sus himnos de muerte, los hombres de armas silenciosos, las mujeres con el rostro velado, el duque muy pálido.

El duque temblaba bajo las bóvedas frias y murmuraba á la aventura una oracion.

Su corazon no sabia que su boca hablaba á Dios.

Mas arriba de la sala de los caballeros, estaba el claustro.

La *era de plomo*, como le llamaban, porque el patio, encerrado entre las cuatro galerias, estaba cubierto de plomo para proteger la bóveda de la sala inferior.

A medida que se iba subiendo desaparecia el estilo romano para ceder el puesto al gótico, porque la historia arquitectónica del Monte San Miguel tiene sus páginas en buen orden, y se van abriendo con arreglo á la mas estricta exactitud cronológica.

El sol de medio dia iluminaba el claustro, que apareció ante la vista de los peregrinos en toda su espléndida hermosura. Era un cuadrado perfecto de tres órdenes de columnitas aisladas ó reunidas en grupos que se coronan de bóvedas ojivadas, cortadas por molduras delicadas y atrevidas.

Lo prodigioso, allí, era la variedad de los adornos, cuyo asunto, que siempre era el mismo, se modificaba hasta lo infinito en la ejecucion, y bordaba sus hojas ó sus flores de mil maneras diferentes, de modo que, respetada la simetría, dejaba libre el campo á la mas querida de nuestras pasiones artisticas, á la que hace nacer el capricho.

Por eso aquella escalera de sesenta piés que acababan de subir, desde la base de las torrecillas hasta la *era de plomo*, pasando por la sala de guardias, el refectorio grande, el dormitorio,

la sala de los caballeros y el claustro, había recibido el nombre de la *Maravilla*.

En el ángulo Norte del claustro había una arca ó cepillo de madera tallada, ante el cual se detuvo el señor prior haciendo sonar su bastón.

—El señor Gil de Bretaña, dijo, cuya alma tenga Dios en descanso, echó en este cepillo 40 escudos de Nantes el día 4 de febrero del año 37.

Francisco sacó de su escarcela un puñado de oro, lo echó en el cepillo, se santiguó, y pasó de largo.

La procesion tomó por el ángulo del claustro para dirigirse á la basilica.

Pero no es la luz del sol la que necesita aquella arquitectura sarracena para ostentar su carácter misterioso y piadoso. Sus gracias algo singulares, sus efectos imprevistos y en cierto modo románticos, necesitan aun mas sombra que luz.

Y esto es tan cierto, que oscurecemos voluntariamente los vidrios pintados de nuestras catedrales, á fin de que la luz penetre menos clara y mas tibia en esos bosques de granito, que tienen sus raices bajo el mármol del pavimento de la nave, y entrelazan en la bóveda sus ramas cargadas de hojas ó de flores

La basilica de San Miguel no estaba enteramente concluida en la época en que ocurrían los sucesos que venimos narrando.

Faltaba el coronamiento del coro; pero estaban ya cerrados los costados bajos y el coro. El altar se alzaba bajo la misma armazon del coro, que comunicaba con la parte exterior por medio de las obras y andamios.

El duque Francisco se detuvo allí. No subió por la escalera del campanario que conduce á las galerías, ni al grande y pequeño *Torno de los Locos*, ni á aquel chapitel audaz, sobre el cual giraba el arcángel San Miguel sobre su bola de oro, der-

ribando bajo sus plantas al dragon á cuatrocientos piés sobre el nivel de las playas (1).

Las colgaduras fúnebres ocultaban la parte del coro que aun estaba por concluir. Los monjes se formaron en semicírculo en torno del altar.

La campana grande del monasterio comenzó á doblar.

Las seis doncellas del duelo se arrodillaron sobre almohadones de terciopelo detrás del dosel, que habian preparado para el duque Francisco.

Juana de Bruc é Ivona Maria de Coetlogon ocuparon los dos primeros almohadones. Representaban á Isabel de Escocia, duquesa reinante, y á Francisca de Dinant, esposa del difunto príncipe.

Entre los gentiles hombres, Malestroit representaba á Pedro de Bretaña, hermano del duque, y el valiente Juan Budes, tronco de la familia de Guebriant, se colocó en el sitio y lugar de Arturo de Bretaña, condestable de Richemont, ausente por el servicio del rey de Francia.

En las cornisas tendidas de negro, la divisa de Bretaña corría en festones interminables, mostrando ya una, ya otra de estas cuatro palabras: *Malo mori quam fœdari* (2).

La multitud llenaba las naves laterales.

En la nave principal, los hombres de armas estaban de pié, separados de su soberano y de los monjes por la barandilla del coro.

La oscuridad que solicitábamos hace poco para las obras del arte gótico la tenia profusamente en aquel dia la basilica de San Miguel. El negro paño de las colgaduras, cubriendo la leve

(1) La linterna de la cúpula y el Arcángel que sostenia han sido destruidos por el rayo.

(2) Alusion al blanco escudo de armiño: *Prefiero morir antes que mancharme.*

transparencia de los vidrios de colores, apenas dejaba pasar algunos rayos de luz, y el resplandor de los cirios luchaba victoriosamente con aquella pálida claridad.

Bajo la bóveda reinaba una tristeza grave y profunda.

Y también, aunque nadie hubiera sabido decir por qué, una especie de terror místico.

Comenzaron los oficios.

Francisco se hallaba situado precisamente en frente del ataúd vacío que, para las necesidades de la ceremonia, figuraba el sarcófago ausente.

Dícese que tuvo constantemente los ojos bajos, y que una sola vez se fijó su mirada en el paño negro en el que unas letras de plata dibujaban la cifra de su hermano.

Los monjes recitaban las oraciones con voz lenta y cadenciosa: la multitud y los caballeros contestaban.

Dícese que los descoloridos labios de Francisco ni una sola vez se entreabrieron para pronunciar los responsos.

También se dice que en varias ocasiones se tambaleó su cuerpo sobre el noble asiento que le habían preparado los monjes.

Añádese, por último, que en el momento de la absolución, su mano dejó caer el hisopo bendito....

Durante la absolución fué cuando pasó la singular y memorable escena que sin duda hizo olvidar los pormenores que la habían precedido.

Y de esta escena guardará eterno recuerdo la basilica de San Miguel.

El dedo de Dios tocó la frente de aquel á quien no podía alcanzar el dedo de la justicia humana.

En el momento en que el duque Francisco de Bretaña se levantaba para echar agua bendita sobre el catafalco, y cuando el señor senescal de Bretaña lanzaba este grito bajo las bóvedas sonoras:

— ¡Hombres de armas! ¡de rodillas!

En el momento en que los seis caballeros del duelo, bajando la punta de sus espadas, entraban en el coro para formarse en círculo al rededor del cenotafio, apareció de improviso un fraile, detrás del ataúd vacío.

Nadie hubiera sabido decir de dónde salió aquel fraile, porque los asientos estaban ocupados, y ningun movimiento se habia observado al rededor del coro.

El fraile se enderezó con toda su altura, desenvolviendo el tosco sayal de su hábito, y mostrando tan solo una mano que empuñaba un crucifijo de madera.

— ¡Atrás! ¡duque! exclamó con voz retumbante.

En el coro y en la nave se miraban unos á otros.

El duque Francisco se retiró, Reina de Maurever tembló bajo su velo. Aubry se estremeció; habia conocido aquella voz.

El estupor se reflejaba en todos los semblantes. Sin embargo, el obispo de Dol no se movia.

El prócurador, el prior y los frailes tuvieron que imitar su ejemplo.

El monje desconocido dió la vuelta al cenotafio, y salió al encuentro del duque.

— ¿Qué me quieres? balbuceó este último.

— Vengo á verte de parte de tu hermano muerto, contestó el fraile.

Un estremecimiento circuló por las venas de todos.

Solo Meloir parecia tener mas curiosidad que terror.

Se adelantó hasta la barandilla para ver mejor. Aubry le habia precedido.

— ¿Quién eres? volvió á decir el duque Francisco, cuya voz desfallecia.

El monje, en vez de contestar, esta vez se echó hácia atrás la ancha capucha que cubria su frente, y mostró una cabeza de

anciano, enérgica y serena, coronada por los largos cabellos blancos:

Un nombre circuló sin duda de boca en boca.

Decían: «Hue de Maurever, el escudero de Mr. Gil.»

Meloir movió á uno y otro lado su cabeza cubierta de hierro, como suele hacerse cuando de improviso se halla la solución de un enigma que se ha buscado durante mucho tiempo. Aubry, que apenas podía respirar, se volvió hácia el sitio de la nave en que las damas estaban arrodilladas.

Reina se hallaba inmóvil. Los pliegues de su manto parecía que estaban tallados en mármol.

El supuesto monje, sin embargo, tenía la frente erguida y la mirada segura.

Miraba frente á frente á Francisco de Bretaña, cuyos párpados se inclinaban hácia el suelo.

Su voz se tornó mas grave y su acento mas solemne.

— En presencia de la Santísima Trinidad, repuso, y ante todos los que están aquí, sacerdotes, monjes, caballeros, escuderos, ricos-hombres, pajes y villanos, yo, Hugo de Maurever, señor de Rez, de la Limosna y de San Juan de las Playas, hablando en nombre de tu hermano Gil, asesinado cobardemente, te cito, Francisco de Bretaña, para que comparezcas en el plazo de cuarenta días ante el tribunal de Dios.

El anciano calló.

Su mano derecha, que sostenía un crucifijo, se alzó; la izquierda salió de debajo del hábito entreabierto, y echó á los pies de Francisco un guante de búfalo, que todos conocieron había pertenecido al desgraciado príncipe cuyos funerales se estaban celebrando.

Para comprender el efecto terrible que produjo aquella escena, es preciso abandonar el sentimiento escéptico en que vivimos, y sacudir la atmósfera de pesada prosa que nos rodea; es

preciso trasladarse á aquellas épocas. En el siglo xv creían; la religión entraba entonces en la vida de todos, y no había un corazón que no se oprimiese con solo oír la palabra milagro.

Esto pasaba en el Monte San Miguel, en la lúgubre roca sobre la cual se cernía la muerte.

Esto pasaba en la enlutada basilica ante el ataúd de aquel mismo que llamaba á su hermano asesino á los pies de la justicia suprema.

En torno del catafalco, rodeado por cuatro hileras de cirios, cincuenta monjes se mantenían de pié, impasibles, mostrando su rígido semblante.

Solo el altar brillaba en el fondo mate de las negras colgaduras.

Y en la oscuridad de la nave, entre la inmensa confusión de las columnas, bajo las ojivas que mezclaban y enredaban hasta lo infinito sus molduras, iluminadas vagamente por algunos rayos rojos que se escapaban de los vidrios de colores, el acero de las armaduras lanzaba en ciertos sitios sus brilladores reflejos.

Hubo dos ó tres segundos de lúgubre silencio, durante los cuales reinó entre la multitud un terror supersticioso.

¿Se iba á ver, por ventura, al espectro levantar su fúnebre ropaje?

Luego hubo un gran movimiento.

Las armaduras sonaron en la nave.

Los seis caballeros escalaron la barandilla, y los monjes, abandonando con el mayor desorden sus sitios, se lanzaron al centro del coro.

Esto era porque el duque de Bretaña, despues de haber vacilado como si hubiese recibido un golpe de maza en el cráneo, había caído de espaldas sobre el pavimento de mármol.

Le levantaron.

Cuando volvió á abrir los ojos, Hue de Maurever había

desaparecido, y lo que acabamos de referir hubiera podido pasar por un sueño, á no ser por el guante de búfalo que continuaba allí como un testigo irrecusable del terrible emplazamiento.

¿Por dónde se había fugado el fingido fraile? Cada cual pensó esto mismo, pero nadie supo resolver la duda.

El duque Francisco, lívido como un cadáver, recorrió con la vista su estremecida comitiva.

— ¡Ese hombre ha mentado, señores! dijo. Lo juro ante san Miguel.

Una voz bajó de las bóvedas, y contestó:

— ¡Tú eres quien miente, señor, lo juro ante Dios!

Se vió un objeto oscuro que se movía en la galería que conducía á la escalera del campanario.

La sangre afluyó á la cabeza de Francisco, quien se enderezó gritando:

— Cuatro escudos de oro á quien me le entregue.

Reina sintió que su corazón dejaba de latir.

Nadie se movía.

El duque rechazó con el pié el guante.

Su mirada, que brillaba ardiente, se fijó en Aubry de Kergariou, que estaba de pié detrás de la barandilla.

— ¡Ven aquí! dijo con voz de mando.

Aubry fijó su bandera en la madera de la barandilla que separaba la nave del coro, y saltó la barandilla.

— Mi primo Perhoet, repuso el duque, me ha dicho con frecuencia que tú eres la mejor lanza de la compañía. ¿Quieres ser caballero?

— Mi padre lo era; yo llegaré á serlo con la ayuda de mi padrino, replicó Aubry.

— Lo serás esta noche si me traes á ese hombre muerto ó vivo.

Los ojos de Aubry se volvieron hácia la nave. Vió á Meloir

que se sonreía maliciosamente; vió también las manos blancas de Reina que se juntaron bajo su velo.

Aubry desenvainó su espada, la besó, la rompió y arrojó los pedazos á los piés del duque. Después de lo cual cruzó los brazos sobre el pecho.

El duque retrocedió.

Aquel golpe le hería casi con tanta violencia como la misma acusación de fratricidio.

Se oyeron pasar por sus labios lívidos estas palabras proféticas:

— ¡Moriré abandonado!

Pero antes de que hubiese tenido tiempo para recobrar el uso de la palabra, resonó bajo la bóveda silenciosa el ruido de otra bandera que se hincaba en la madera de los escalones.

Meloir saltó á su vez la barandilla.

Hincó una rodilla en tierra delante del duque.

— Señor, le dijo, ese es un niño; yo soy un hombre. Perseguiré al traidor Maurever, y le encontraré aunque esté al lado de Satanás.

— Entonces serás caballero, exclamó el duque.

Por la tarde, al atravesar las playas para volver á Avranches, el futuro caballero Meloir llevaba la misión de custodiar al pobre Aubry, á quien había preso como reo de Estado.

— Pues señor, se decía, hemos empeñado la partida. Ella le ama y á mí me teme; no cambio mis dados por los suyos.



## PRIMERA PARTE.

### LA ESCALCELA.

#### I.

#### La velada de San Juan.

El castillo de San Juan de las Playas se hallaba situado entre la aldea de San Jorge, sobre el Conimou, y la aldea de Cher-rueix.

Al pié del castillo, según costumbre, se cobijaban algunas casas.

El castillo ocupaba la cúspide de un cerro. Un bosquecillo de robles le separaba de la aldea.

El Biefs-Neufs corría detrás del castillo.

Llámase *biefs* á los arroyos fangosos y de orillas escarpadas, cuya corriente carece de inclinación y reposa tristemente en la extensión del llano.

La casa principal de la aldea pertenecía á Simon le Príol, labrador y colono de Maurever.

Era un edificio de adobes sostenidos por ensambladuras de madera; el tejado de cañas era alto y esbelto, como si se hubiese tratado de contrarrestar el estilo tosco de la casa.

En aquel país llano, monótono, falta siempre lo pintoresco.

Entonces, como ahora, se veían tierras de trigo crecido y dorado bajo manzanos deformes y sobre fango labrado; una tierra gris, como jabón de lavandera, ó negra, como la breña en infusión; molinos de viento, que no movían sus aspas, casas que parecían estarse fastidiando detrás de los setos amarillentos, y cuyos tejados de paja bajaban hasta cerca del suelo, como un chico inocente y friolero que se baja hasta la barba un tosco gorro de lana; buen pan, cidra chispeante y sangre de Bretaña, mezclada con sangre de Normandía; contiendas que se resolvían á palos, y otras en los tribunales; dos abogados para cada médico; un médico para cada cuarta parte de enfermo; cuatro enfermos para cada hombre de buena salud.

Vuélvase la cabeza, ándense trescientos pasos: se sale del barro, se encuentra la arena, la playa, el viento fresco y penetrante.

Basta con subirse sobre el montón de tierra que suele haber sobre el agujero de un topo.

Dol, país afortunado, de castañas abultadas y de pleitos interminables, comarca sin pretensiones, que está al abrigo de la poesía; Dol, ciudad sencilla, que posee joyas como la catedral y oye misa en una granja; Dol, ciudad druidica de donde los comerciantes razonables han expulsado á los bardos locos.

Salud y prosperidad; buen pan, cidra chispeante, patatas secas, hé aquí los deseos que se forman para tu felicidad.

La aldea de San Juan estaba demasiado cerca de la playa, aun cuando no se veía, cegada como se hallaba por seis casta-

ños y tres docenas de manzanos, para no sacudir el entorpecimiento linfático que produce el pantano puro; el verdadero pantano.

Habia tantos pescadores de mariscos como mozos de labranza en la aldea de San Juan, y en las grandes marcas el *Biefs-Neus* conducía allí el agua del mar hasta las puertas de la granja.

Simon le Priol se hallaba á la cabeza de la aldea, por derecho pleno é incontrastable.

Después de él venía maese Gueffes, ser hibrico, medio mágico, medio chalan, algo escribano y un tanto pagano, triple normando con nombre breton.

Después de maese Gueffes estaba la parte comun de los mortales.

Era como quince días después del servicio, celebrado en el Monte San Miguel por el descanso eterno del alma de Mr. Gil de Bretaña.

Habia gran movimiento en la casa de Simon le Priol para la fiesta de San Juan de las Playas, que era al mismo tiempo la del castillo y la de la aldea.

Habíanse quemado veinte y cinco haces de leña de castaño en el hogar, brasas que chispeaban alegremente y que arrojaban al viento cohetes de chispas. La cena se estaba cociendo en una caldera inmensa.

En la única pieza que constituía el piso bajo de la granja, se hallaban reunidos los habitantes de la aldea.

Diez ó doce mozos, otras tantas muchachas, dos mujeres casadas, y maese Vicente Gueffes que no pertenecía á ningun sexo.

En efecto, no era hombre, puesto que no sabía labrar, ni pescar, ni batirse; no era mujer, puesto que se llamaba maese Vicente Gueffes, y pedía limosna en Dol ó en Avranches, en un sombrero viejo de un regidor.

La reunión estaba presidida por Simon le Priol y por su mujer, Francisca la Hilandera, buena mocetona, encarnada, robusta, franca, que bebía un trago de sidra como una cristiana, y nunca negaba su puerta á un pobre mendigo.

A la verdad, Francisca la Hilandera era hija de un criado del señor pro-secretario del obispado, lo cual la daba un poco de orgullo.

Simon tenía una fisonomía honrada y algo seca, bajo un bosque de cabellos grises.

Era un hombre que tenía el convencimiento de lo que valía, y sabía mantenerse á la debida altura entre la gente menuda de la aldea.

Tenía su granja en feudo, no en arrendamiento, y como Hue de Maurevor era la perla de los amos, Simon tenía su hucha bien provista. Pasaba por ser rico, y cuando un hombre es rico, se le acusa de ser avaro.

Esto no impedía que su hija Simoneta, la linda niña, estuviese riendo y cantando de continuo, como una bienaventurada, y que fuese siempre corriendo, siempre saltando, mas encarnada que una cereza, charlando y mordiendo una manzana, trepando por las cuestas, saltando los vallados, santiguándose delante de las cruces, y pensando algunas veces con melancolia, cuando sus grandes ojos negros examinaban el horizonte.

¿En qué pensaba? ¿Virgen Santa! ¿Quién es capaz de decir á dónde van á parar esas ilusiones de los diez y seis años?

El azul del cielo es tan hermoso confundido con el del mar!

Las playas tienen reflejos de sol, y el corazón tambien. Acordaos de esto.

Por lo demás, Simoneta no meditaba muy á menudo. Tenía otras cosas que hacer.

Tenía que cuidar dos vacas hermosas, una roja y otra negra, corniabiertas, de hocico corto, y de mirada fija. Ambas

eran buenas lecheras. Vacas por las que hubieran dado muchas monedas de oro en el mercado de Pontorson.

Vacas como se necesitaban para suministrar la exquisita nata que llevaba para el almuerzo de la señorita Reina.

Porque Reina de Maurever habitaba casi siempre en el castillo de San Juan.

¡No á la sazón, por desgracia!

Dios sabe dónde estaba Reina desde que su padre llevaba la vida de un proscrito.

¡Pobre señorita! tan tierna, tan caritativa, tan querida!

Cuando Simoneta iba por los caminos, con el brazo ceñido en torno del cuello de la vaca negra ó de la roja, pensaba con frecuencia en la señorita Reina.

Eran de la misma edad la hija del noble y la linda villana. Habían jugado juntas en la verde pradera que se extiende delante del castillo; juntas, también, habían crecido y se habían hermoseedo.

No se habían mirado en el cristal de las aguas, porque la de los *biefs* es blanca y opaca. Pero estas son cosas fabulosas, porque las muchachas no necesitan las fuentes para saber que son bonitas.

Los poetas embusteros han insertado esos cuentos, como muchos otros. Por eso están en la morada de Pluton.

Reina tenía el noble rostro de su estirpe. Mas tarde lo veremos bien bajo su velo de luto.

Francamente, nunca encontró el poeta criatura mas pura y delicada que Simoneta. Ojos negros, con pestañas de seda, una boca inocente y risueña á la vez, mejillas rosadas bajo traviosos rizos, y una cabellera de ébano. Y despues de todo esto, despues de los ojos, las mejillas y la boca, ¡qué sonrisa! una sonrisa contagiosa é irresistible.

Al verla, desarrugábanse las frentes mas ceñudas.

¡Simoneta, Simoneta!... ¡Cómo producía alegría ese nombre en cuantos la habían visto!

Exceptuando, sin embargo, el pobre Juanillo, el pescador de mariscos.

Juanillo lloraba cuando los demás sonreían.

Ocultábase para ver por el camino á Simoneta; y cuando esta había pasado, se comprimía la frente con ambas manos.

Si Juanillo se hubiese atrevido, de seguro se hubiera roto la cabeza contra un manzano. Pero tenía miedo de hacerse demasiado daño.

Figuraos una cabeza de serafín con cabellos rubios y profusamente rizados, ojos grandes y azules, tiernos y tímidos, y bajo su piel de carnero, ¡ay Dios! muy usada, esa pesadez, esa torpeza graciosa de los adolescentes.

Así era Juanillo, que iba á cumplir ya diez y ocho años.

Por supuesto, no tenía un cuarto. Andaba descalzo, con unos calzones agujereados, y ni siquiera tenía un delantal de lienzo grueso para sustituir á su piel de carnero, que se desprendía á pedazos.

Simon le Priol quizás no le hubiera mirado nunca.

No era partido ventajoso.

Simon quería para su hija un hombre que tuviese cincuenta escudos de Nantes.

¡Gran Dios! ¡cincuenta escudos! Cada escudo valía 12 libras de 20 sueldos reales, de á 12 dineros torneses cada uno.

Juanillo nunca había visto tanto dinero junto, ni siquiera en sueños.

Bien mirado, esos serafines de ojos de záfiro y cabellos de oro, ¿son á propósito para convertirse en maridos?

Maese Vicente Gueffes decía que no.

Hablemos de maese Vicente.

Frente estrecha, nariz ancha, boca hendida como una ala-

barda. En esta boca una mandíbula monumental, alta, ancha, sólida, y que se parecía á esas hermosas mandíbulas antediluvianas con cuyo auxilio habian los sábios de reconstruir un mundo entero 400 años mas tarde.

La mandíbula de maese Vicente Gueffes, si por casualidad se ha encontrado, de seguro ha debido conducir en derechura á la idea del mastodonte.

Ojos redondos con una suave franja rojiza; cabellera de color de polvo; cuerpo largo y delgado, forrado con una hopalanda hecha para otro.

Simon acostumbraba á decir que maese Gueffes no era feo. Razon tenia, en el sentido de que maese Gueffes era espantoso.

Por lo demás, no tenia edad. Era como esas buenas gentes que tienen de 25 á 60 años.

Pasado este último término, se rejuvenecen.

Ahora bien, además de esto, maese Gueffes era de la Normandía baja, y tenia tanta chispa como un malicioso de Donffront, su patria.

Un malicioso de Donffront vale tanto como cuatro tunos de Vive, y cada uno de estos vale tanto como cuatro calabazas de Condé sur Noireau, ciudad en que las ostras nacen á 20 leguas del mar.

Maese Vicente Gueffes era rival de Juanillo, el pescador de mariscos. Encontraba á Simoneta encantadora, y cuando pensaba en su dote, su mandíbula entera se mostraba en una sonrisa espléndida.

Maese Gueffes nunca mendigaba en las cercanías de San Juan.

Por lo demás, en aquel tiempo mendigar era simplemente tomar su parte de ciertas gracias periódicas.

Maese Vicente Gueffes iba á tomar su sopa en la distribución del monasterio.

Daba vivas al paso de los señores, pero no era enteramente un mendigo.

Se sabia muy bien que tenia en cierta parte un saco de dinero que motivaba de sobra la benevolencia que le mostraba Simon le Priol.

El pobre Juanillo era tímido como una liebre. A no ser por esto, maese Vicente hubiera llevado su merecido.

¿Nos queda alguno que describir en torno de la chimenea grande? Fuera de Simon le Priol, Francisca, Simoneta, maese Vicente y Juanillo, no hay mas que comparsas, unos cuantos mozos y otras tantas mozas robustas y alegres.

Nos olvidábamos, sin embargo, de la Roja y la Negra, las dos hermosas vacas cómodamente extendidas en el otro extremo de la habitacion, y tres marranillos que iban á gruñir hasta debajo de la mesa.

La velada iba bien. El cántaro de sidra circulaba con bastante rapidez, escoltado por una escudilla comun.

Francisca, la digna labradora, por razon de la solemnidad de San Juan, saboreaba una taza de hipocrás.

Los tornos descansaban, y lo mismo los husos.

Las mozas estaban cansadas de jugar con los mozos.

Juanillo, con los piés descalzos en la ceniza, dejaba pasar la escudilla sin mojar en ella los labios, y miraba á Simoneta cuanto podia.

En su rubia, cabeza bordábase de mil maneras distintas este tema invariable: «¡Si yo tuviese cincuenta escudos de Nantes!»

¡Santo Dios! si los hubiera tenido..... Maese Vicente callaba como deben hacerlo todos los bajos normandos que tienen chispa.

Simoneta, la feliz chicuela, reia con unos y con otros.

En aquel momento estaba escuchando á Simon le Priol, que contaba una historia. Esta interesaba tanto á todos, que en me-

30134

dió del silencio que reinaba, se hubiera oído á un raton correr por la sala baja de la granja.

— Ved aquí lo que sucedió, amigos míos, decía Simon.

« Un caballero de un pueblecillo de Leon ó Cornuailles, hacía la parte de Bretaña, como la llaman, porque allí se habla sajón, vino á la ciudad de Dol para ver á su madre ó no sé á quién.

« Dos mas dormían en el mismo cuarto de la hospedería de los Cuatro Besantes de Oro, mas abajo del convento de los Mínimos, al pié de la calle Revuelta.

« Eran un normando, un francés y el caballero breton. Antes de dormirse, el francés cantó una antifona alegre; el normando contó las monedas de su escarcela, y el breton rezó sus oraciones.

« El francés dijo al normando :

— ¿ Cuánto tienes en tu saco, compañero ?

— Cien sueldos de dinero de Rouen y tres ducados de Flandes, contestó el normando.

— ¿ Quieres jugarlo á los dados, en quince pases, contra cien sueldos de París y tres eslabones de mi cadena de oro ?

« El normando cerró su escarcela y la puso debajo de su almohada.

— ¿ No quieres ? repuso entonces el francés. Pues bien, veamos como te agrada jugarla.....

— Queridos compañeros, exclamó el breton interrumpiéndoles, os ruego que me dejéis rezar mis oraciones. »

« Dadme la escudilla, muchachos. »

Alrededor del círculo no se veían mas que bocas abiertas y miradas curiosas.

Simon le Priol bebió un trago y prosiguió :

— Vais á ver lo que hizo el Hada de las playas.

## II.

### Un breton, un normando y un francés.

Simon continuó así :

El caballero breton les dijo :

— Compañeros, os ruego que me dejéis rezar mis oraciones.

« Pero los franceses, hijos míos, tienen el diablo en el cuerpo. El francés repuso :

— Tus oraciones serán mañana tan buenas como esta noche, señor parlanchin. Si tienes algo en tu escarcela, te propongo el mismo partido.

« El breton se santiguó y dijo *amen*. Sus oraciones habían concluido. »

— Dices *amen*, exclamó el francés. ¿ Segun eso, consientes ? Llevo dados en mi bolsillo como todo hombre honrado. Normando, levántate y sé testigo.

Hijos míos, ¿ Sabeis quién fué el que mas apurado estuvo ? El caballero breton, porque no llevaba en su limosnera mas que una pobre monedita de veinte y cuatro sueldos, agujerea-

da. Por eso rehusaba el juego. Sin embargo, por la honra de Bretaña, no podía desdecirse.

— Por cosa tan insignificante, pensó, Dios y la Virgen no me asistirán. ¡Venga á mí la Hada de las playas!

Al oírse esto, hubo un suspiro de satisfacción al rededor de la chimenea. Los escabeles se acercaron, y de todas partes dirigian miradas devoradoras al narrador.

Simón, seguro del efecto que producía, reclamó el cántaro y la escudilla.

Tomó el aliento necesario, bebió un trago terrible y prosiguió así:

— Me preguntareis qué podía hacer el Hada de las playas en una partida de dados jugada en tierra firme? aguardad, hijos míos, vais á verlo.

— Compañeros, dijo el caballero breton, en mi país de Cornuailles, no se sabe jugar á este juego.

— Pues á qué se juega en tu país de Cornuailles?

— Al juego de las varas, compañero.

— ¿Y cómo se juega eso?

— Se juega sin mesa ni tapete, en medio de una era bien trillada, con dos varas de una toesa de largo, buen pié, buen ojo, y á la gracia de Dios.

«El francés comprendió é hizo una mueca.»

El auditorio lanzó una carcajada de franca alegría.

Solo Juanillo no escuchaba; no hacia mas que pensar: «¡ Si yo tuviese siquiera cincuenta escudos de Nantes! ¡ oh que paraíso! ¡ Simoneta y su sonrisa!»

— Pues bien, continuó Simon le Priol, el breton no era tonto. Le tocó su vez al francés de estar lleno de confusion.

«El normando por su parte tenía una idea.»

— Mis buenos cristianos, dijo, eso se puede arreglar. Si gustais seré de la partida.

«Hagamos una peregrinación al Monte San Miguel Arcángel, y rompamos la marcha á la par; el primero que llegue será dueño del dinero de los otros dos.»

— Acepto, gritó el francés, que había visto el Monte desde léjos al pasar por el camino.

— Acepto, dijo el breton, que no quiso retroceder.

«El normando se sonreía porque conocía los arenales, pues era del pueblo de Genest, situado al opuesto lado de Avranches.»

«Diéronse las manos, y bajaron los tres á la cuadra.»

Sería imposible describir la vehemente curiosidad que esta simple leyenda excitaba en el auditorio de maese Simon.

En primer lugar, la lucha estaba bien establecida entre las tres razas rivales, la bretona, la normanda y la francesa.

Luego se hablaba de arenales, de esos desiertos sin camino trazado, con peligros desconocidos siempre y misteriosos.

Por último, se veía aparecer en lontananza el Hada de las playas, la mitología del país, el elemento sobrenatural, tan querido de la imaginación humana. El Hada de las playas iba á representar su papel.

El Hada de las playas, sér singular cuyo nombre interviene casi siempre en las epopeyas rústicas narradas en el rincón del hogar, el trago oculto entre las sutiles nieblas, el fuego fátuo de las noches de otoño, la estrella que brilla entre el polvo deslumbrador de los reflejos del medio día, el fantasma que se divisa sobre las torres entre las tinieblas de la media noche, el Hada de las playas con su manto azul coronado de estrellas.

Simon prosiguió diciendo:

— El breton ensilló su caballo negro.

«El francés ensilló su caballo blanco.»

«El normando ensilló su caballo que no era ni negro ni blanco, porque todo es pio en su país, todo es blanco y negro, tan-

to la cabeza como la cola, un poco de carne y un poco de pescado, en fin, tienen un pié en la región de Dios y otro en la región del Diablo.

«Y en marcha.»

—Buen viaje, amigos míos les gritó el normando dirigiéndose por el camino de Pontorson. El francés contestó: «Buen viaje,» y se encaminó á los arenales. El breton dijo también: «buen viaje» pero contuvo su caballo.

¿Qué hizo?

Entonces era cuando el Hada podía perderle ó salvarle.

—¡Ah, sí por cierto! exclamaron todos los concurrentes con voz unánime.

Simon, halagado por aquel rapto de cándido entusiasmo, hizo una seña amistosa á los que le rodeaban, y repuso:

—Entretanto, el normando corría dando grandes rodeos, y el francés galopaba hacia las playas.

«Mi breton entró en la casa de un confitero, é invirtió su monedita de veinte y cuatro sueldos en comprar golosinas.

«Sabía que la buena Hada gustaba de cosas dulces, porque al fin es mujer.

«Y se puso en camino sembrando sus golosinas por la orilla de la playa, y diciendo: «Buena Hada, buena Hada, apiádate de mí.»

«Os lo he dicho, y es muy cierto. El Hada baja en la niebla, pero también se deja acariciar por los rayos de la luna.

«El breton la vió bajar.

«Y ¡Dios santo!..... era hombre valiente como vais á ver.

«El Hada corrió en derechura á las golosinas.

«El breton se descolgó prontamente de su caballo, y mientras la Hada se entretenía en recoger los dulces, la cogió por la cintura.»

—¡Calle! ¡qué atrevimiento, dijo el auditorio!

Y se aumentó la atención. El mismo Juanillo volvía ya su hermosos ojos azules hacia Simon le Priol.

—Y en verdad que sí, muchachos y muchachas, contestó Simon; el breton la cogió entre sus brazos, como yo tomaba á Francisca, mi mujer, en la época de nuestros desposorios. Y aunque no lo sepais, hay muchos que no ignoran que el Hada, una vez cogida, hace lo que uno quiere y dá cuanto se la pide.

—¡Calle! dijo Juanillo, que casi nunca se había atrevido á tomar la palabra delante de una reunión tan imponente, ¿es verdad eso?

—¿Qué si es verdad? exclamó Simon escandalizado.

—¿Y dá también escudos de Nantes? añadió Juanillo interrumpiéndole.

Todos se echaron á reír. El pobre niño, ruborizado y confuso, bajó la cabeza. Solo Simoneta comprendió el sentido oculto de la pregunta, y su mirada dió las gracias al pescador de mariscos, que estaba mas lindo que un amorcillo bajo su piel de carnero rizada.

Juanillo vió la mirada y púsose las dos manos sobre su corazón.

—Mira tú, decía entretanto Simon le Priol, pescador de conchas vacías, basta al Hada querer, para poder dar escudos, como daría perlas y diamantes, y no la costaría mucho que sacar todos los peces que hay en el fondo del mar.

«El breton dijo á su Hada:

—«Buena Hada, no quiero oro ni plata. Quiero llegar al Monte á pié junto, en línea recta.

«Aun no había concluido de hablar, cuando ya el Hada estaba graciosamente sentada sobre el cuello del caballo, y él en la silla.

«¡Oh! el caballo negro emprendió el galope por sí solo.

«¡Y era cosa de verlo! Al cabo de una legua el breton vió

al francés que estaba sepultándose en la arena con su caballo blanco, en un picaro remolino de arena, en mitad de la corriente del Couesnon.

«Y ¡hop! el breton pasó sin haber tenido tiempo para decir: «Dios tenga su alma.»

«El caballo negro corría, corría sin cesar.

«Y la Hada medio echada sobre su cuello, dejaba flotar al viento la blanca gasa de su velo.

«Mientras el caballo negro tuvo playa bajo sus piés, no fué nada; pero estaba subiendo la marea, y el mar llegaba ya muy arriba.

«Muy pronto pasaron las olas por entre las patas del caballo.

«Y ¡hop! el caballo comenzó á correr por el mar, rozando apenas la espuma con las herraduras.

«Las olas bailaban.

«El breton cerraba los ojos para no volverse loco.

«Y ¡hop, hop!»

Todas las respiraciones se habian detenido. Faltaba aliento para seguir aquella carrera fantástica.

Simon hizo alto y se enjugó el sudor de la frente, porque narraba de todo corazón, como es preciso sentir cuando se quiere apasionar al auditorio.

Puede decirse que en torno de la chimenea, todos veían el caballo negro correr sobre la cresta de las olas, y el velo del Hada flotando á merced de la brisa.

Francisca la labradora metió su cucharón de madera en la caldera en que estaba cociéndose la cena, y llenó una escudilla.

— ¡La parte de la buena Hada! murmuraron los circunstantes.

Maese Vicente Gueffes, el feo normando, fué el único que se encogió de hombros.

— No fué muy larga la carrera, hijos míos, prosiguió Simon.

«El breton comenzaba á rezar devotamente, porque conocía que habia cometido una falta en ponerse bajo otra protección que la de la Virgen Maria, cuando de improviso sintió un gran choque.

«Era el caballo negro, que hacia ruido en la roca.

«El breton volvió á abrir los ojos.

«El Hada se balanceaba como un vapor entre los rayos de la luna.

«Se tiró de cabeza al mar azul, que lanzó chispas.

«El caballero breton pasó la noche rezando en la capilla del convento. Al día siguiente, al pié del agua, vió llegar al buen normando por el camino de Pontaubault.

«El normando dió sus cien sueldos en monedas de Rouen, y sus tres escudos reales, pero de muy mala gana.

«En cuanto al francés, Satanás podrá dar noticias suyas.

«Y aqui teneis mi cuento, hijos míos, que es tan cierto como mi madre me lo contó, ni mas ni menos.»

Hubo una explosion ruidosa, porque todos habian contenido su aliento. Cruzáronse las observaciones, y sobre todo, las lenguas de las muchachas, que estaban ociosas hacia sobrado tiempo, tenian necesidad absoluta de funcionar, y se soltaron desencadenadas.

— ¡ Ah! exclamó una de ellas, parece que el pobre francés quedó bien castigado.

— ¡ Y por qué cantaba visperas en tono de burla?

— ¿Y el normando? dijo una tercera.

— ¡ Ah! añadió otra, el normando quedó corrido y chasqueado.

Y todos se echaron á reir.

¿Por qué se reirán siempre cuando un normando se rompe la cabeza?

Maese Vicente Gueffes se encogió de hombros otra vez.

— Ahora ireis á poner una buena escudilla de cocido en el umbral de vuestra puerta, ¿no es verdad, señora Francisca? dijo con tono burlon.

— Si, maese Gueffes, contestó la labradora, quien añadió, dirigiéndose á Simoneta:

— Lleva la parte de la buena Hada.

Simoneta tomó la abundante escudilla, y la colocó en el umbral de la puerta, por la parte de afuera.

Juanillo la siguió con la mirada.

Pero á la sazón estaba muy pensativo el pobre; no parecia sino que alguna idea le andaba atormentando la cabeza.

— ¿Y creéis que la Hada va á venir á tomar vuestra escudilla, volvió á decir maese Vicente Gueffes, ni que ha existido?

— ¡Qué si lo creo.....! prorumpió Francisca escandalizada.

— ¿Y quién no lo ha de creer? preguntó Simon le Priol; nuestros padres lo creyeron mucho antes que nosotros.

— Vuestros padres y abuelos, replicó Gueffes, perdian en valde su comida, y vosotros tambien. ¡Qué lástima! echar así un manjar succulento para alimentar la glotonería de los vagabundos ó de los perros errantes!

— ¿Es posible que se hable así? exclamaron las muchachas todas á una vez.

Tambien los mozos agitaron la cuestion de saber sino seria conveniente y oportuno echar al feo maese Vicente Gueffes á un charco.

— Os digo, insistió Gueffes, que no hay Hada en las playas, ni mas ni menos que en la palma de mi mano. ¿La ha visto alguno de vosotros?

Esta pregunta fué hecha con voz triunfante.

Miráronse los circunstantes unos á otros, y quedaron algo desconcertados.

Ya lo veis, comenzó á decir maese Gueffes.

Pero fué interrumpido por Juanillo, quien exclamó con voz firme y segura:

— ¡Yo la he visto!

### III.

#### De lo que Julian habia averiguado en el mercado de Dol.

Los partidarios de la buena Hada, desconcertados por la pregunta de maese Gueffes, no aguardaban el auxiliar que llegó de improviso á socorrerlos. Juanillo era mas bien tolerado que admitido en la reunion de las personas notables de la aldea de San Juan, y por lo general no se le concedia el uso de la palabra.

Pero el hombre que tiene una idea crece de improviso, y desde el momento en que Simon habia dicho que la Hada daba cuanto se la pedia, Juanillo habia concebido una idea.

Dos ó tres veces habia mirado con audacia y frente á frente á la linda Simoneta, quien no se incomodó lo mas minimo.

A la sazón, Juanillo estaba delante del hogar, con la frente erguida y cubierta de rubor, y los ojos bajos.

Todas las miradas denotaban sorpresa y se fijaban en él.

— ¡Ah! ¿La has visto tú, chiquillo? dijo maese Gueffes con su risa burlona.

Maese Vicente Gueffes se encogió de hombros otra vez.

— Ahora ireis á poner una buena escudilla de cocido en el umbral de vuestra puerta, ¿no es verdad, señora Francisca? dijo con tono burlon.

— Si, maese Gueffes, contestó la labradora, quien añadió, dirigiéndose á Simoneta:

— Lleva la parte de la buena Hada.

Simoneta tomó la abundante escudilla, y la colocó en el umbral de la puerta, por la parte de afuera.

Juanillo la siguió con la mirada.

Pero á la sazón estaba muy pensativo el pobre; no parecia sino que alguna idea le andaba atormentando la cabeza.

— ¿Y creéis que la Hada va á venir á tomar vuestra escudilla, volvió á decir maese Vicente Gueffes, ni que ha existido?

— ¡Qué si lo creo.....! prorumpió Francisca escandalizada.

— ¿Y quién no lo ha de creer? preguntó Simon le Priol; nuestros padres lo creyeron mucho antes que nosotros.

— Vuestros padres y abuelos, replicó Gueffes, perdian en valde su comida, y vosotros tambien. ¡Qué lástima! echar así un manjar suculento para alimentar la glotonería de los vagabundos ó de los perros errantes!

— ¿Es posible que se hable así? exclamaron las muchachas todas á una vez.

Tambien los mozos agitaron la cuestion de saber sino seria conveniente y oportuno echar al feo maese Vicente Gueffes á un charco.

— Os digo, insistió Gueffes, que no hay Hada en las playas, ni mas ni menos que en la palma de mi mano. ¿La ha visto alguno de vosotros?

Esta pregunta fué hecha con voz triunfante.

Miráronse los circunstantes unos á otros, y quedaron algo desconcertados.

Ya lo veis, comenzó á decir maese Gueffes.

Pero fué interrumpido por Juanillo, quien exclamó con voz firme y segura:

— ¡Yo la he visto!

### III.

#### De lo que Julian habia averiguado en el mercado de Dol.

Los partidarios de la buena Hada, desconcertados por la pregunta de maese Gueffes, no aguardaban el auxiliar que llegó de improviso á socorrerlos. Juanillo era mas bien tolerado que admitido en la reunion de las personas notables de la aldea de San Juan, y por lo general no se le concedia el uso de la palabra.

Pero el hombre que tiene una idea crece de improviso, y desde el momento en que Simon habia dicho que la Hada daba cuanto se la pedia, Juanillo habia concebido una idea.

Dos ó tres veces habia mirado con audacia y frente á frente á la linda Simoneta, quien no se incomodó lo mas minimo.

A la sazón, Juanillo estaba delante del hogar, con la frente erguida y cubierta de rubor, y los ojos bajos.

Todas las miradas denotaban sorpresa y se fijaban en él.

— ¡Ah! ¿La has visto tú, chiquillo? dijo maese Gueffes con su risa burlona.

— Si, yo la he visto, contestó Juanillo.

— La ha visto, la ha visto! repetían todos los circunstantes.

Y Simoneta, sin saber por qué, se sintió envanecida con la atención que fijaban en el pobre pescador de mariscos.

— ¿Y dónde la has visto? preguntó maese Gueffes.

— Aquí, delante de la puerta.

— ¿Cuándo?

— Ayer.

— ¿A qué hora?

— A las doce de la noche.

Todas estas preguntas y respuestas fueron dadas de frente y con tono seguro.

Maese Gueffes movió su mandíbula con una sonrisa malvada.

— ¡Ja! ¡ja! dijo; ¿y qué hacías tú á media noche, tan lejos de tu agujero, delante de la puerta de Simon le Priol?

La mayor fuerza de la diplomacia normanda consiste en salirse á tiempo de la cuestión.

Simoneta tuvo miedo por Juanillo; pero aquella noche Juanillo era todo un hombre.

Se plantó delante de Gueffes en postura atrevida, y contestó:

— Aquí y en todas partes hago lo que me da la gana; y acordaos del juego que el breton propuso al francés en la posada de los *Cuatro besantes de oro*; del juego que se juega sin mesa ni tapete, maese Vicente, con dos varas de á toesa, buen pié, buen ojo, manó firme, y a la gracia de Dios.

A la verdad, Simon no podía menos de reírse, pero esta vez no fué á costa de Juanillo.

Simoneta estaba encarnada como una rosa, y era de placer.

Francisca la Labradora bebió un trago de hipocrás para ocultar su alegría.

También los mozos y las mozas sintieron un arrebató de júbilo.

Maese Vicente no retrocedió.

— Una vara de una toesa de largo no prueba que una mentira sea el Evangelio. ¿Qué hacía el Hada cuando la viste?

— Se bajaba al suelo para coger un pan de trigo.

— Eso es cierto, dijo la labradora. Yo habia puesto pan de trigo á la puerta.

— ¿Y cómo es tu Hada, chicuelo? volvió á preguntar maese Vicente.

Juanillo vaciló. Su mirada se dirigió hácia Simoneta.

Por fin replicó:

— Es hermosa como un ángel; casi tanto como la hija de Simon le Priol.

Su voz temblaba al pronunciar estas últimas palabras; que hicieron latir con fuerza el corazón de Simoneta.

Simon y su mujer fruncióron el entrecejo á la vez.

Maese Vicente Gueffes abría su ancha boca para lanzar algun dardo que pudiese vengar su derrota, porque estaba vencido, cuando se oyó en el camino el ruido de un caballo.

Todos se levantaron.

— ¡Julian! ¡Julian! exclamaron, Julian le Priol; vamos á tener noticias de la ciudad.

El caballo se paró á la parte de afuera de la puerta de la casa. Esta se abrió.

Julian le Priol, hijo de Simon, entró en la estancia.

Era un buen mozo de veinte años y de constitucion robusta, cabellos negros, mirada viva y franca; un moceton que habia vuelto mas á menudo su rostro hácia el buen aire de las playas que hácia la atmósfera pesada y tibia del pantano.

Besó á su madre y á Simoneta.

— ¿Qué noticias hay, muchacho? preguntó el padre.

—Malas, replicó Julian echando sobre la mesa las hojas de guadaña que había ido á comprar en casa del herrero de Dol. ¡Malas noticias! no son malhechores los que han saqueado el castillo de San Juan, y no es por irrisión por lo que han puesto al pié de la escalinata un poste de la justicia ducal. Mr. Hue de Maurever, nuestro señor, está acusado de alta traición.

— ¡De alta traición! replicó Simon con sorpresa.

En aquel tiempo las noticias no corrían en posta.

La aldea de San Juan, que estaba situada cerca del Monte, á cinco ó seis leguas de Avranches, no sabía aun lo que había ocurrido quince días antes en la basilica del monasterio.

En una noche de la semana que acababa de trascurrir, el castillo de San Juan había sido completamente saqueado por manos invisibles.

Al día siguiente no quedaba un solo criado en el desamparado castillo, y delante de la puerta principal, un cartel con las armas de Bretaña ostentaba estas palabras que Vicente Gueffes había descifrado: *Justicia ducal*.

Por lo demás, los dueños estaban ausentes desde aquella época, y cuando llegaron los salteadores, no encontraron en el castillo mas que criados. Al día siguiente, por las ventanas abiertas y medio destruidas, las gentes de la aldea dirigieron algunas miradas al interior del castillo.

No había mas que las paredes desnudas.

Julian estaba sentado entre su padre y su madre.

Todos le interrogaban con la vista.

En su rostro se reflejaba una emoción grave y triste.

— Cuando Mr. Hue de Maurever, comenzó á decir con lentitud, me condujo al castillo de Guildo, posesion de Mr. Gilles de Bretaña, ví allí hermosas fiestas, padres míos.

Gilles de Bretaña era jóven, altivo y brillante. Y, os lo dije entónces, un día que el halcón de Blanca Cawerlix, la her-

mosa entre las hermosas, se escapó al opuesto lado del rio Argrenon, Mr. Gilles pasó el rio de un salto. Ahora está echado en un ataúd de plomo bajo las losas de alguna capilla, y nadie ignora que ha muerto envenenado.

— Julian, dijo Simon le Priol, hemos rogado á Dios por la salvacion de su alma. ¿Qué mas puede hacer un cristiano?

— Nosotros, replicó el jóven fijando una mirada en su traje de labrador, nada. Pero Mr. Hue de Maurever es un caballero.

Hé aqui, padres míos, lo que dicen en el mercado de Dol.

Nuestro señor Francisco tenía celos de Mr. Gilles, su hermano. En una noche le hizo arrebatár del castillo de Guildo por Juan, señor de la Haise, que no es breton, y Olivier de Meel, que es un cobarde. Juan de la Haise encerró á Mr. Gilles en la torre de Dinan, y como el pobre prisionero hacia señales en direccion á la Ranse, Roberto Rousel, un condenado, se le llevó á Chateaubriant, en donde los calabozos están debajo de tierra. Los calabozos de Chateaubriant no le parecieron, sin embargo, bastante profundos. Juan de la Haise y Roberto Rousel hicieron que sus hombres de armas montasen á caballo en una noche de invierno y condujeran á Mr. Gilles á Montcontour.

En Montcontour hay hombres; se compadecían de Mr. Gilles, y Juan de la Haise y Roberto Rousel cerraron sobre él la puerta de la fortaleza de Tonffont, y como Tonffont está demasiado cerca de una aldea, volvieron á buscar otro sitio. Encontraron en medio de un bosque desierto el castillo de la Hardouinays, en donde Mr. Gilles ha entregado su alma al Señor.

Padres míos, yo soy un villano, pero mi corazón se subleva al pensar lo que ha debido pasar el hijo de Bretaña antes de morir.

Juan de la Haise y Roberto Rousel se cansaban de custodiar al cautivo. Primero quisieron darle muerte por medio del hambre.

— ¡ Oh ! interrumpió Francisca , que no pudo contener un grito de horror.

El mismo grito se escapó de todos los pechos oprimidos.

Solo maese Gueffes guardó un silencio glacial.

— Gilles de Bretaña , repuso Julian , estaba en un calabozo , cuyo respiradero daba á unas malezas al nivel del suelo. Durante dos días , estuvieron sin llevarle comida ; luego tardaron tres días ; y luego una semana entera.

Al cabo , Juan de la Haise y Roberto Rousel bajaron al calabozo para dar sepultura cristiana al cadáver ; pero... no habia cadáver : Gilles vivia.

Un ángel habia velado por la existencia de la pobre víctima. ¡ Un ángel ! y todos han visto á ese ángel hermoso , de rubia cabellera , y tierna sonrisa , á ese ángel que envió durante tanto tiempo á nuestro país los consuelos de la caridad.

— La señorita Reina , murmuró Simoneta , cuyos hermosos ojos negros se humedecieron.

— ¡ Oh ! ¡ querida señorita ! Dios la bendiga , exclamaron todos á una voz.

Solo la fea voz de maese Gueffes faltaba en aquel concierto.

— ¡ Reina de Maurever ! repitió Julian con acento entusiasta , sí , ella era . ¡ Era Reina de Maurever !

Todas las noches , arrostrando el dardo de las ballestas ó la bala de los arcabuces , iba á llevar pan al cautivo.

Pero cuando los crueles carceleros vieron que el hambre no se apresuraba á dar la muerte á Mr. Gilles , compraron tres paquetes de veneno al milanés Marco Bartazdi. El alma condenada del señor de Montauban , el mismo Olivier de Meel , retrocedió ante el pensamiento de este crimen , y huyó entonces del castillo de la Hadouinays. Roberto Rousel y Juan de la Haise se quedaron. Esos dos están malditos : el infierno los sostiene.

Una noche Reina de Maurever fué , como de costumbre , disfrazada de labriega. Llamó á la reja , nadie contestó.

Mr. Gilles estaba echado cuan largo era sobre la paja húmeda.

Reina adivinó lo que ocurría... Corrió á buscar á su padre , que se ocultaba en las inmediaciones , y á un sacerdote.

Mr. Gilles pudo incorporarse , y se confesó por el respiradero.

Cuando hubo concluido la confesion , el sacerdote le preguntó :

— Gilles de Bretaña , ¿ perdonais á vuestros enemigos ?

— Perdono á todos , excepto á Francisco de Bretaña , mi hermano , contestó el moribundo , quien halló un último resto de vida. Abel no perdonó á Cain. Para el fratricidio no hay perdón , porque este seria una impiedad. »

Se levantó , se sostuvo sobre sus vacilantes piernas , y fué hasta el respiradero ; se agarró á las gruesas barras y dijo :

— ¡ Sacerdote , tus iguales no tienen miedo , porque no tienen tacha ! Vé á ver al duque Francisco , mi hermano , mi señor y mi asesino , y dile que Gilles de Bretaña muere emplazándole para ante el tribunal de Dios. ¿ Lo harás ?

El sacerdote vacilaba.

— Yo lo haré , exclamó Hue de Maurever entre sollozos , porque amaba á Gilles como á su hijo.

Este tendió su mano por las barras de hierro á Hue de Maurever , el noble normando.

Luego Gilles murmuró : ¡ Gracias ! y cayó de espaldas.

Unos dicen que Juan de la Haise y Roberto Rousel , cuando fueron por la noche á buscar á su prisionero , no hallaron mas que un cadáver ; otros afirman que Gilles aun no estaba difunto , y que los infames le remataron ahogándole con sus propias manos.

— Julian le Priol hizo una pausa.

Nadie tomó la palabra. Todos estaban llenos de estupor.

— Julian refirió en seguida que Hue de Maurever, cumpliendo la promesa hecha al moribundo, fué disfrazado de fraile á la basilica y pudo ver y emplazar al duque Francisco en el momento en que iba á echar agua bendita sobre el catafalco: que Hue de Maurever habia desaparecido, y que el noble soldado Aubry de Kergariou habia arrojado su espada á los piés del duque, negándose á perseguir á Maurever.

— Ahora, repuso, no se sabe donde se oculta Mr. Hue. El duque ha pregonado su cabeza, ofreciendo cincuenta escudos de Nantes por ella. La señorita Reina ha desaparecido, y Aubry está en los calabozos subterráneos del Monte.

Hé aquí lo que se dice en el mercado de Dol, padres míos.

Al oír estas palabras: « cincuenta escudos de Nantes, » dos personas habian aguzado el oído.

Primero fué Juanillo, cuyos hermosos ojos azules brillaron al oír estas palabras.

El segundo fué maese Vicente Gueffes, el cual se rascó su larga oreja, y comenzó á reflexionar profundamente.

— ¿ Y no se sabe dónde se ha refugiado nuestra señorita Reina? preguntó Simon.

Julian movió la cabeza á uno y otro lado.

— Se dice que primero fué á la posesion de Riz, y luego á la de la Limosna. Los vasallos tuvieron miedo, y la expulsaron.

— ¡ Expulsar á nuestra señorita!

— Dicen que ha desertado tambien del castillo de San Juan, porque los heraldos de la córte van recorriendo los campos, tocando una trompeta noche y dia, y amenazando con pena de muerte á quien quiera que abrigue bajo su techo la sangre de Maurever.

— Pero ¿ dónde está, dónde está?

— Julian tardó un momento en contestar.

— He encontrado, dijo por fin haciendo un esfuerzo, al anciano vicario de Riz en el pórtico de la iglesia, y estaba llorando...

— ¡ Llorando!

— Y me ha dicho: « Julian, no olvides á la hija de tu señor cuando recites el *de profundis* de la noche! »

Los ojos de Simoneta se llenaron de lágrimas.

La corpulenta labradora Francisca trató de levantarse, y volvió á caer en su asiento anonadada.

— ¡ Muerta! ¡ muerta! murmuraban en torno del hogar. Reina de Maurever, la hermosa, la jóven, la noble, muerta, muerta!

— ¡ Muerta! repitió Julian le Priol.

Luego añadió santiguándose:

— Y creo que he visto ya su espíritu.

Un terror vago substituyó á la expresion dolorosa que se reflejaba en todos los semblantes.

— Hace un momento, prosiguió Julian, al pasar por debajo del castillo, miré las ventanas que no tienen cristales. Las paredes estaban iluminadas por la luz de la luna. Cada ventana parecia un agujero negro.

En una de estas vi surgir una figura blanca, y ante ella hice mi primera oracion, para que Dios tenga consigo el alma de nuestra señorita.

Reinó el silencio. El cántaro de cidra y la escudilla estaban ociosos sobre la mesa.

En el caldero, la cena se quemaba sin que nadie reparase en ella.

Abundantes lágrimas rodaban por las mejillas de Simoneta.

De la buena alegría que antes reinaba en la alqueria no quedaba resto alguno.

En aquel silencio no se oía mas que el ruido de las respiraciones oprimidas.

Resonó de pronto un ruido fuerte.

Era el sonido de una trompeta que daba los tres toques de la llamada ducal.

— ¡Escuchad! añadió Joaquín, quien se levantó muy asustado.

— ¿Qué es eso? preguntó el viejo Simon.

— Es el heraldo de monseñor Francisco que viene á preguntar la cabeza de Maurever.

— ¿A esta hora de la noche?

— La venganza no duerme, padre; y Francisco, que ha envejecido diez años en estos últimos diez días, preciso es que se apresure si quiere dar muerte á un hombre antes de espirar!

Los tres hombres de Simon se miraron con el mismo interés que el hijo y su hija, se inclinaron á la izquierda, porque se inclinaban á todos los que estaban en la...

Entre los hombres, mujeres y niños, contaba la aldea de San Juan un total de 80 á 85 habitantes, que formaban un círculo en torno de las hachas de viento clavadas en el suelo.

En un espaldar con seis lamas y una docena de soldados que escoltaban al heraldo del duque.

## IV.

El capellán llevaba una armadura completa como nueva, que le cubría el cuerpo y el rostro de las piernas. Tenía la visera caída.

**En la guerra como en la guerra.**

Las gentes de la velada pensaban: « El espíritu de la pobre señorita Reina de Maurever vuelve entre nosotros, porque la han expoullsade sus casas y castillos. »

Eran unas buenas almas, tanto las cuatro muchachas como los cuatro mozos y el pescador de mariscos.

Lo que no acertaríamos á decir era el pensamiento de maese Vicente Gueffes el normando, cuya frente se arrugaba bajo los rudos y ásperos mechones de sus cabellos.

Delante de la capilla del cementerio que servía de plaza pública en la pobre aldea de San Juan, había grande estrépito de hierro y caballos.

Las hachas de viento encendidas sacudían sus crines de fuego. Las trompas tocaban llamada á los fieles vasallos del señor duque Francisco.

Serían como las once de la noche.

Las cabañas y granjas quedaron vacías.

Ni un vecino permaneció en su lecho, ni en el rincón de su hogar.

En aquel silencio no se oía mas que el ruido de las respiraciones oprimidas.

Resonó de pronto un ruido fuerte.

Era el sonido de una trompeta que daba los tres toques de la llamada ducal.

— ¡Escuchad! añadió Joaquín, quien se levantó muy asustado.

— ¿Qué es eso? preguntó el viejo Simon.

— Es el heraldo de monseñor Francisco que viene á preguntar la cabeza de Maurever.

— ¿A esta hora de la noche?

— La venganza no duerme, padre; y Francisco, que ha envejecido diez años en estos últimos diez días, preciso es que se apresure si quiere dar muerte á un hombre antes de espirar!

Los tres hombres de Simon se miraron con el mismo interés, y en silencio, se inclinaron á la izquierda, porque se inclinó en la misma dirección á todos los que estaban en la sala.

Algunos hombres, mujeres y niños, contaban la historia de Juan un total de 60 á 80 habitantes, que formaban un círculo en torno de las hachas de viento encendidas en el suelo.

En un momento con seis lanzas y una docena de soldados que escoltaban al heraldo del duque.

IV.

**En la guerra como en la guerra.**

Las gentes de la velada pensaban: « El espíritu de la pobre señorita Reina de Maurever vuelve entre nosotros, porque la han expulso de sus casas y castillos. »

Eran unas buenas almas, tanto las cuatro muchachas como los cuatro mozos y el pescador de mariscos.

Lo que no acertaríamos á decir era el pensamiento de maese Vicente Gueffes el normando, cuya frente se arrugaba bajo los rudos y ásperos mechones de sus cabellos.

Delante de la capilla del cementerio que servía de plaza pública en la pobre aldea de San Juan, había grande estrépito de hierro y caballos.

Las hachas de viento encendidas sacudían sus crines de fuego. Las trompas tocaban llamada á los fieles vasallos del señor duque Francisco.

Serían como las once de la noche.

Las cabañas y granjas quedaron vacías.

Ni un vecino permaneció en su lecho, ni en el rincón de su hogar.

Los huéspedes de Simon le Priol, y este mismo con su mujer, su hijo y su hija, se trasladaron á la plaza, porque se imponía multa á todos los que fingian no oír los mandatos de la córte.

Entre hombres, mujeres y niños, contaba la aldea de San Juan un total de 60 á 80 habitantes, que formaron círculo en torno de las hachas de viento clavadas en el suelo.

Era un caballero con seis lanzas y una docena de soldados que escoltaban al heraldo del príncipe breton.

El caballero llevaba una armadura completamente nueva, que relucía al rojo resplandor de las teas. Tenía la visera calada.

Las trompetas dieron su último toque. El heraldo levantó su guion de armiño. Nada alteraba el silencio mas que los perros de la aldea, que ladraban y aullaban á porfía, pues nunca habían visto tal fiesta.

— Escuchad, gentes de Bretaña, dijo el heraldo; de orden de nuestro señor el alto y poderoso príncipe Francisco, primero de este nombre, el señor senescal hace saber á todos los vasallos del ducado de Bretaña, altos vasallos, nobles, caballeros, vecinos y villanos, que Mr. Hue de Maurever, caballero, señor de Roz y de la Limosna y de San Juan de las Playas, se ha hecho culpable del crimen de alta traicion.

Por lo cual es la voluntad de mi referido señor Francisco, que á dicho Hue de Maurever se le corte la cabeza por mano del verdugo, y que sus bienes y posesiones sean confiscados como costas de la sentencia, y que á quien quiera que entregue el expresado traidor á la justicia ducal, se le paguen por la Hacienda de mi señor cincuenta escudos de oro.

Cuya sentencia, para que nadie la ignore, será pregonada á son de trompeta en todas las ciudades, pueblos, aldeas y lugares del obispado de Dol, y se clavará un duplicado en la puerta de la Iglesia.

El heraldo desdobló un rollo de pergamino, y un soldado fué á clavarle en la puerta de la capilla.

Todo este aparato solemne llenaba de terror á los pobres habitantes de la aldea de San Juan.

Cuando los soldados cogieron de nuevo las teas clavadas en el suelo, y la escolta se puso en movimiento, todos quisieron regresar á sus casas lo mas pronto posible.

Pero aun no se habia concluido todo. Solo la ceremonia solemne era lo que acababa de representarse.

El caballero, que parecia estar bastante envanecido con su armadura nueva, y que se habia mantenido firme y tieso en su gran caballo durante la proclamacion, tomó la palabra á su vez, y dijo á sus soldados:

— Hola, muchachos, haced alto entre esas buenas gentes que desaparecen por ahí como una bandada de patos, y que van á daros hospitalidad por esta noche.

En seguida cada soldado corrió al alcance de un labriego. Los hombres de armas quedaron con el heraldo y su jefe.

Este habia cogido á Juanillo de una oreja.

— Chicuelo, le preguntó; ¿sabes el camino que conduce al castillo de San Juan?

Juanillo tenia mucho miedo, aunque la voz del caballero era bondadosa y franca. Sin embargo, contestó:

— El castillo está cerca de aquí.

— Pues bien, chicuelo, toma una tea y llévame al castillo.

Juanillo cogió una hacha de viento.

— Conan, Merry, Carboz, gritó el caballero dirigiéndose á algunos arqueros que se habian quedado en el cementerio: traed al castillo pan, gallinas y vino. Chicuelo, camina delante.

Juanillo alzó su tea y obedeció.

El caballero, seguido de los seis hombres de armas y del heraldo, cabalgaba detrás de él.

La luz de la tea iluminaba suavemente el porte gracioso de Juanillo y arrojaba brillantes reflejos entre los rizos de sus largos cabellos rubios.

— Hé aquí un chicuelo agraciado.... dijo el caballero. Niño, ¿no tienes ganas de montar á caballo y hacer la guerra?

— No, señor, replicó Juanillo temblando.

— ¿Por qué?

— Porque todos dicen que soy cobarde cual ninguno, señor. El caballero lanzó una carcajada.

— Enhorabuena, exclamó; hé ahí una razon poderosa; ¿y tampoco desearias ganar los cincuenta escudos de Nantes?

— ¡Ah! señor, interrumpió Juanillo, olvidando su temor; si tuviese posibilidad de ganar cincuenta escudos, mataria á un inglés por cada escudo, y á un francés además.

— ¡Diablo! ¡diablo! dijo el caballero, que reia á todo trapo; ¿segun eso tienes mucha aficion á los escudos de Nantes, chicuelo?

En la imaginacion de Juanillo los cincuenta escudos representaban la idea de la linda Simoneta. Por eso contestó sin titubear:

— Los quiero mil veces mas que á mi vida.

El caballero no se podia tener de risa, y tambien su comitiva reia con él.

— ¡El demonio del chicuelo! exclamó. Mira, rapaz, si no eres cobarde, como dices, al menos eres avaro... y á tu edad no suele haber avaricia.

— ¡No soy avaro! replicó Juanillo volviéndose y enseñando su lindo rostro.

— Entonces, niño, estás enamorado.

Juanillo apresuró el paso en vez de contestar.

Parecia que el caballero era un pobre diablo, pues tan sencilla aventura le divertia mucho.

— ¿Nada dices, chicuelo?... Pero no es necesario que me cuentes tu historia. Es una chica bonita.... ¡oh! ¡muy bonita! Cuando pasa por delante de tu puerta, la vés ruborizarse y sonreir.

Juanillo se pregunta á si mismo si aquel caballero seria brujo.

— ¿Es verdad todo esto, hijo mio?

— ¡Diantre! dijo Juanillo.

— Y cuando vas á tu casa, por todo el camino se queda su sonrisa delante de tu vista.

— ¡Oh! y en el corazon, exclamó Juanillo.

— ¡Y en el corazon.... su sonrisa y las tiernas miradas de sus ojos.... Y tu oído cree escuchar todavia su cancion favorita....

— ¡Ah señor! si vieseis.... ¡canta tan bien!....

— Ya lo sé, chicuelo, ya lo sé. Canta como un ángel del paraíso. Y su padre ha dicho: «No daré mi hija á un pobre pe-tate....»

— Eso ha dicho el tio Simon, pensó Juanillo sorprendido.

— «Necesito un yerno rico, un yerno que tenga cincuenta escudos de Nantes.»

Juanillo se detuvo.

— ¡Oh! dijo, ¡segun eso habeis escuchado á la puerta de la casa del tio Le Priol!

Entonces se reia la escolta á carcajada tendida.

— No, hijo mio, replicó el caballero; pero sé eso y muchas cosas mas.... ¿Hemos llegado ya?

El camino daba vuelta en aquel sitio, y ya se descubria el castillo de San Juan, cuyas paredes reflejaban los rayos de la luna llena.

En el momento en que la escolta pasaba del soto grande que hay á la orilla del camino, en una de las ventanas del castillo

se descubría un movimiento vago. Cualquiera hubiera creído que una sombra volvía á sepullarse en la oscuridad.

—Escucha, dijo el caballero á Juanillo, hablando con voz muy grave, eres muy pobre, hijo mio; pero el duque Francisco es muy rico. Yo, que lo sé todo, sé tambien que el traidor Hue de Maurever está escondido en esta comarca. Guianos á su guarida, y á fé de caballero te juro que poseerás á la hija de Simon le Priol.

Juanillo se quedó un momento como aterrado. Luego se santiguó y retrocedió tres pasos.

En seguida tiró el hacha de viento al foso, y emprendió su carrera por el campo.

—¡ Ha tirado su hacha, como mi primo Aubry tiró su espada! murmuró el caballero bajo su visera.

Permaneció un momento pensativo, y en seguida repuso en alta voz y tranquilamente:

—Vamos, compañeros, tendremos un albergue y buena cena esta noche en el castillo.

Subieron á la colina y no necesitaron llamar á la puerta para entrar en casa de Hue de Maurever, porque no habia puerta.

El caballero miró con aspecto de mal humor las primeras señales de devastacion que se mostraban en la parte interior.

—¡ Ira de Dios! ¡ miserables! dijo apeándose del caballo; no quiero que me estropeen mis posesiones de este modo.

Entraron en el zaguan que estaba lleno de botellas vacías y de platos rotos.

La puerta de la sala grande habia servido para encender lumbre.

—¡ Ira de Dios! repitió el caballero.

Los muebles de la sala grande estaban todos destrozados. En el comedor, el aparador se veia vacío.

A duras penas pudieron encontrar en todo el resto del castillo un sillón cojo para que el pobre caballero se sentase.

Este seguia con su juramento repetido á cada instante:

—¡ Ira de Dios!

No estaba contento el caballero, ni con mucho.

Los muebles de Mr. Hue de Maurever no eran culpables, pensaba con melancolia, y su vajilla nunca habia hecho daño al señor duque Francisco. Y hé aquí unos bribones que me arruinarán con gastos de compras y reparaciones.

Se sentó y se quitó el casco.

Solo este casco nos habia impedido hasta ahora que conociéramos á nuestro buen compañero Meloir, antiguo porta-estandarte ducal. Aun no habia cumplido la promesa que hiciera de encontrar al señor de Maurever; pero se habia dedicado á hacerlo con tanto celo, que el duque Francisco le habia recompensado de antemano calzándole las espuelas.

Y como es preciso dejar siempre un aguijon á la adhesion mas ardiente, Francisco le prometió que, en caso de que alcanzara buen éxito, le daria las posesiones confiscadas de Roz, la Limosna y San Juan de las Playas.

De modo que, instintivamente, el caballero Meloir tenia desde aquel momento toda la tierna solicitud de un propietario.

Sus bienes era lo que los soldados de Francisco habian destrozado.

El mismo Maurever no hubiera fijado una mirada mas triste en su casa saqueada.

Afortunadamente Meloir no era hombre que permaneciese mucho tiempo de mal humor.

Lanzó un « ¡ Ira de Dios!» postrero, medio quejumbroso y medio cómico, y se desabrochó el cinturón.

— Buscad algunas sillas, amigos míos, dijo colocándose có-

módamente en el alto sillón, ó sentaos en el suelo, si así os place. Estoy desesperado por no poder ofrecer os mejor hospitalidad; pero veamos, esto se puede enmendar. Kerabel, tú que eres soldado viejo, vé á ver si en la bodega han quedado algunas botellas olvidadas en cualquier rincón. Rochesmenil, baja á la cuadra y trae una carga de haces de heno para hacer asientos; Pean, trata de buscar alguna ventana vieja con la cual haremos una mesa; y tú, Fontebrault, trae un brazado de leña para contrarrestar el viento de la playa, que entra algo fresco por las ventanas abiertas.

Los cuatro hombres de armas salieron, regresando muy luego con las manos llenas.

Al mismo tiempo, Merry, Conan, Kerboz y otros arqueros llegaron con un par de gansos, gallinas y patos, y vasijas enormes llenas de sidra.

La situación mejoraba á ojos vistas.

Kerabel había encontrado en un agujero de la bodega una porción de botellas que parecían intactas.

Las haces de heno hacían excelentes sitaliales. Las puertas ventanas bien colocadas formaban una mesa ancha y muy cómoda.

No había mantel, pero en la guerra como en la guerra.

Se encendió un gran fuego en la chimenea, en cuya campana se ostentaba el blason de Maureyer, el cual, aunque golpeado por los soldados, mostraba todavía sus esmaltes de oro con fajas horizontales de oro y de azul.

A medida que la leña verde chispeaba alegremente en el hogar, se encendía en todas las miradas la alegría.

Hombres de armas y arqueros se pusieron á pelar el par de gansos, los patos y las gallinas.

El heraldo prestó su espada larga y delgada para hacer un asador. El señor de Kerabel, escudero de Chison, y Arturo de Fontebrault, hombre de armas de Rohan, dos hermosos solda-

dos por vida mia; batían en sus cascós algunos huevos para hacer tortillas.

Meloir sintió que su nueva y alta dignidad no le permitiese tomar parte en tan apetitosos trabajos. Tenía algunas ideas de arte de cocina, y dió buenos consejos.

En seguida, para hacer algo, vació dos botellas de vino del Mediodía, que completaron la derrota de su melancolía.

— ¡Al diablo los cuidados! dijo.

El inmenso asado daba vueltas por las brasas, avivadas por Conan y Kerviz.

La mesa estaba puesta, y al fin, el viento que entraba por la ventana, no era mas que la buena brisa del mes de junio.

Los soldados conversaban.

— Decidme, preguntaba Kerabel, ¿sabeis vosotros el nombre de esa enfermedad? Desde que el duque Francisco, nuestro querido señor, ha regresado á Bretaña, se hincha, se hincha....

— Le ví hace tres días en la ciudad de Rennes, añadió Fontebrault, en el palacio ducal de la Torre.... y si no hubiera llevado puesta su corona trebolada, no le habría conocido.

— ¡Corona trebolada! exclamó el heraldo, que se llamaba Juan de Corson; ¿dónde habeis visto eso, señor mio? Cruz trebolada, no digo que no; pero jamás entró el trébol en corona alguna, á no ser las de David y Asuero. La corona, señores, es el signo ó la insignia de las dignidades de nuestros señores.... Cerrada y cruzada para los soberanos, colocada de frente sobre el casco con la visera alzada. Para los barones, la simple diadema; para los condes, las perlas innumerables, y para los duques, las hojas de apio, de acanto ó de peregil.

— Pues entonces, su corona emperegilada, señor de Corson, dijo gravemente Arturo de Fontebrault rectificando.

— Sin contar, dijo Meloir, con que un manojito de peregil no

estaría mal ahora en la salsa de esos gansos. ¡Ved qué hermosas aves!

Los gansos estaban bien dorados, y su fuerte perfume excitaba el apetito de todos.

—La enfermedad de nuestro señor Francisco, repuso Meloir, tiene un nombre de dos varas de largo, que comienza con la palabra *hidromel*, y que concluye en griego, de la misma manera que todos los nombres paganos inventados por los holgazanes que saben leer. Nosotros somos vasallos fieles, ¿no es así? Pues bien, roguemos á San Francisco que cure al señor duque, y cenemos á su salud, como buenos cristianos.

La proposición era sobrado leal para no ser acogida de una manera favorable.

Los dos gansos, los patos, las gallinas, y quizás un pavo que habíamos olvidado en la descripción minuciosa de las aves asesinadas, fueron colocados sobre la mesa, y cada cual cumplió su deber.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

V.

### La aparición.

Era una maravilla ver el valiente apetito de aquellos honrados militares bretones. Comían y bebían sin tregua ni descanso, imitando el ejemplo de su venerado jefe el caballero Meloir, quien, en aquella ocasión, dió á conocer cualidades de glotonería superiores á todo elogio.

La multitud de aves, cuyas plumas formaban un verdadero monton en medio de la estancia, exceptuando tan solo media docena de pollos, fué devorada.

Basta un grano de arena para poner dique al furor del Océano. Algunos pollos de la aldea de San Juan hicieron retroceder el apetito fogoso de nuestras gentes de Bretaña.

Pero cada uno de ellos había pensado, al limpiarse sus saciados labios:

—Preciso será almorzar mañana.

Porque hay estómagos enormes que almuerzan aun despues de cenas épicas.

El fuego ardía entre las cenizas, en el fondo de la chimenea. Avanzaba la noche.

Meloir dijo:

estaría mal ahora en la salsa de esos gansos. ¡Ved qué hermosas aves!

Los gansos estaban bien dorados, y su fuerte perfume excitaba el apetito de todos.

—La enfermedad de nuestro señor Francisco, repuso Meloir, tiene un nombre de dos varas de largo, que comienza con la palabra *hidromel*, y que concluye en griego, de la misma manera que todos los nombres paganos inventados por los holgazanes que saben leer. Nosotros somos vasallos fieles, ¿no es así? Pues bien, roguemos á San Francisco que cure al señor duque, y cenemos á su salud, como buenos cristianos.

La proposición era sobrado leal para no ser acogida de una manera favorable.

Los dos gansos, los patos, las gallinas, y quizás un pavo que habíamos olvidado en la descripción minuciosa de las aves asesinadas, fueron colocados sobre la mesa, y cada cual cumplió su deber.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

V.

### La aparición.

Era una maravilla ver el valiente apetito de aquellos honrados militares bretones. Comían y bebían sin tregua ni descanso, imitando el ejemplo de su venerado jefe el caballero Meloir, quien, en aquella ocasión, dió á conocer cualidades de glotonería superiores á todo elogio.

La multitud de aves, cuyas plumas formaban un verdadero monton en medio de la estancia, exceptuando tan solo media docena de pollos, fué devorada.

Basta un grano de arena para poner dique al furor del Océano. Algunos pollos de la aldea de San Juan hicieron retroceder el apetito fogoso de nuestras gentes de Bretaña.

Pero cada uno de ellos había pensado, al limpiarse sus saciados labios:

—Preciso será almorzar mañana.

Porque hay estómagos enormes que almuerzan aun despues de cenas épicas.

El fuego ardía entre las cenizas, en el fondo de la chimenea. Avanzaba la noche.

Meloir dijo:

— Compañeros, os deseo buen sueño.

Y comenzó á roncar en su sillón con una mano apoyada en la empuñadura de la espada, y la otra en la escarcela.

Todos hicieron lo mismo que él.

En aquellas salas, cuyos ámbitos llenaban poco antes los alegres cantos y los mil estrépitos de la orgía, no se oyó muy luego sino el ruido ronco y sordo de las respiraciones anhelosas.

Todos estaban acostados en confusa mezcla, hombres de armas y arqueros. Los piés del uno se apoyaban en la cabeza del otro.

Corson, el heraldo, dormía echado de espaldas con las piernas simétricamente apartadas.

Corson soñaba que nadaba en un mar de *Sinople*, frecuentado por Sirenas de *encarnacion*.

Y esto divertía á aquel fastidioso jóven.

Los demás soñaban, ó no soñaban.

El caballero *Meloir* veía una hermosa jóven rubia, risueña y tímida, que le llamaba monseñor y le ayudaba respetuosamente á quitarse las hebillas de la armadura.

Las teas, fijadas en la campana de la chimenea, se habían apagado; solo dos, medio consumidas, luchaban contra la luna que introducía en la sala sus rayos cristalinos y puros.

¿No era, por ventura, el sueño del buen caballero *Meloir*, lo que se realizaba allá lejos en el umbral de la puerta?

Era una mujer pálida cual una vision, y hermosa como el primer pensamiento de amor.

Tenia cabellos rubios y abundantes, ostentando los pesados rizos que la caían sobre los hombros castamente velados.

Una sonrisa infantil, que el día antes debía ser traviesa, pero que á la sazón estaba llena de espanto y de tristeza.

Al indeciso resplandor de las dos teas, no era posible percibir los contornos de aquel rostro delicioso.

Al rededor de la jóven había una especie de vaguedad sobrenatural.

Entre aquellos hombres de hierro, que dormían tumbados en el suelo, no se contaba ningún poeta.

Al ver aquella aparición llena de gracia, un verdadero poeta hubiera pensado en seguida en el ángel que es el alma de las ruinas, en el Hada que es el soplo de las playas.

Ángel ó Hada, la jóven temblaba. Pero en vano es que las mujeres también, porque siempre tienen osadía.

Durante un minuto, miró aquel singular dormitorio de la orgía. Después brilló un relámpago en sus ojos grandes y azules. Adelantó un paso. Entró en el sitio iluminado por la luz de la luna, que derramó reflejos azulados en el oro brillante de sus cabellos.

Entonces la hubierais conocido. ¡Pobre Reina! ¡Cuántas lágrimas habían derramado sus hermosos ojos desde el día en que la columbramos detrás de los pliegues de su velo de luto! Desde aquel día comenzó su miseria.

Desde entonces luchaba su anciano padre contra el resentimiento de un príncipe ultrajado; lucha terrible y desigual.

Desde aquel día el pobre *Aubry* estaba cautivo en los calabozos subterráneos del Monte de San Miguel.

Y su padre, á nadie más que á ella tenía en el mundo para socorrerle y protegerle.

Y *Aubry*..... ¡oh! ¿qué podían las hermosas manos de Reina contra el hierro de las rejas ó el macizo granito de las paredes?

¡Cuánto había llorado, Dios mío!

Pero bajo las lágrimas de aquella niña delicada, y detrás de aquella timidez adorable, que es á la virgen lo que el perfume á la flor, había una especie de audacia latente.

La audacia tiene su alegría, porque esta, que es un engendro del entusiasmo, se desprende de todo esfuerzo moral como

el calor de todo esfuerzo físico. Las lágrimas de Reina se secaban con frecuencia con una sonrisa.

— ¡Era tan joven! ¡Y Dios solía procurarla aventuras tan singulares!

En aquella noche, por ejemplo, en medio de aquellos soldados que roncaban, tenía miedo, es verdad; pero una sonrisa maliciosa arqueó sus labios cuando conoció, sentado en el sitial de honor, á Meloir, el caballero de reciente data.

En otro tiempo, en las fiestas de Avranches, aquel hombre á había hablado de amor; mas tarde, á consecuencia de la noble negativa de Aubry, se había ofrecido espontáneamente á perseguir á Hue de Maurever, y á la sazón era un caballero, y sin embargo, Reina se sonreía, porque hay hombres á quienes no se puede odiar formalmente.

La sala era grande, Reina quería llegar hasta la mesa.

Llevaba una cesta colgada del brazo, y su mirada se fijaba con avidez en los restos de la cena.

Adelantábase con lentitud por entre aquellos obstáculos humanos. A cada instante necesitaba evitar una cabeza, saltar por encima de un brazo ó de un pecho forrado de hierro. Algunas veces, cuando uno de los que dormían hacia un movimiento, Reina se detenía asustada; pero muy luego emprendía de nuevo su tarea, y á medida que se acercaba á la mesa, su sonrisa se tornaba mas traviesa en torno de sus encantadores labios.

Al fin llegó á la mesa pasando por encima del cuerpo mal formado del señor de Corson. La joven metió en la cesta dos pollos, un gran pedazo de pan, y una botella de vino añejo que, por fortuna, permanecía intacta.

Envanecida con su victoria, sacudiendo su rubia cabellera con un movimiento lleno de gracia, y segura de que nadie la veía, se retiraba. Pero en el momento en que se disponía á atra-

vesar de nuevo la sala para fugarse con los trofeos de su triunfo, fijó una mirada en el buen caballero Meloir.

Continuaba con una mano apoyada en la escarcela llena de dinero. Las delicadas cejas de Reina se fruncieron, y en sus ojos brilló un relámpago de altivez.

— ¡El oro que ha de pagar el precio de la cabeza de mi padre! murmuró.

— Preciso es creer que en aquel tiempo las mujeres llevaban ya tijeras, y quizá tijeras de Toledo.

— Al menos se vió brillar en las manos de Reina un reflejo de acero, que pasó entre los dedos de Meloir.

El cordón que separaba la escarcela fué cortado en un abrir y cerrar de ojos. Pero la escarcela no cayó. La mano de Meloir continuaba apoyada en ella. Los soldados son vigilantes aun durante el sueño.

Cuando Meloir imponía á su reposo la condición de guardar un objeto, despertaba como se había dormido, con la mano sobre el objeto custodiado, ya fuera una bolsa ó una espada.

Reina tiró de la escarcela: primero con mucha suavidad, luego con mas fuerza. Era imposible obligar á Meloir á soltar la presa. Reina intentó abrir la escarcela entre sus dedos. También era imposible, y sin embargo, ella quería conseguirlo.

Y no lo hacía porque deseara procurarse un poco de aquel dinero, tan necesario al proscrito que se oculta.

No, tampoco, que lo considerase como una indemnización de los estragos causados en la posesión de Hue de Maurever.

Reina no tenía un solo escudo, pero sabía donde había de encontrar el pan que sostenía la existencia del anciano.

No lo hacía por nada de lo que hubiera podido determinar á un hombre á apoderarse del pequeño tesoro; digamos mas bien que no le buscaba con el objeto de servirse de él, pero sí porque la escarcela contenía, en concepto suyo, la odiosa re-

compensa que habia de pagar la traicion, los cincuenta escudos de Nantes que prometian á quien quiera que entregase á Mr. Hue de Maurever.

Ella queria cogerlo, y era mucha ya la voluntad de aquella rubia niña, tan delicada y tan linda.

Aquella rubia niña habia arrostrado, durante diez noches consecutivas, las balas y los dardos de las ballestas para ir á llevar pan á Mr. Gil.

Bien sabe Dios que los arqueros de Juan de la Haise tenian órden de apuntar con exactitud en torno de la verja del calabozo.

Aquella rubia niña hacia otros diez dias que atravesaba todas las noches las playas, en donde tantos hombres robustos han dejado los huesos, para ir á llevar un poco de pan á su padre.

Para ella querer era poder.

Meloir reñia en su sueño y sintió confusamente el esfuerzo de la jóven. Su mano se aferraba á la escarcela aunque aun no estaba despierto.

Apoderábase de Reina la impaciencia, y su diminuto pié heria el suelo en un momento de cólera. Luego, como si aun no fuera bastante imprudencia, la temeraria niña, por un movimiento postrero, brusco y vigoroso, arrancó la escarcela.

—¡A las armas! gritó Meloir, quien despertó sobresaltado. En un segundo estuvo de pié toda la escolta.

Pero un segundo era diez veces mas de lo que necesitaba Reina para verificar su retirada.

Ligera cual un pájaro saltó entre los soldados medio dormidos que se agitaban, se subió con rapidez al antepecho de la ventana abierta, y aun estaban los soldados restregándose los ojos, cuando habia traspuesto el umbral de la puerta del patio.

Al pasar junto á la mesa, habia apagado las dos teas.

La luna estaba encubierta por una nube.

En la sala habia una escena de desórden inexplicable. En medio de la completa oscuridad que reinaba, se estorbaban y chocaban unos con otros. Las piernas entumecidas de los que acababan de despertar se enredaban en el heno que poco antes les servia de lecho, y mas de uno cayó pesadamente, mezclando con los confusos gritos un ruido retumbante de hierro y acero.

Cualquiera habria creído que tenia efecto una lucha encarnizada.

—Encended las luces, gritó Meloir con voz de mando.

Y cada uno de los circunstantes repitió:

—Encended las luces.

Pero, cuando todos mandan, nadie obedece.

Continuaron agitándose en el vacío.

El señor de Corson habia vuelto á ponerse en *pal*, como él decia cuando estaba de buen humor.

En *pal* para él significaba de pié.

¡Oh! ¡qué siniestra alegría es la de la ciencia!

Cuando un hombre docto se chancea, huid.

Solo una broma de un matemático puede ser mas funesta que una chanza de un archivero.

Todos buscaban sus armas, juraban, se pegaban, tropezaban en las botellas vacias y daban sus almas al diablo, que se cuidaba muy poco de ellas.

El caballero Meloir estaba como aturdido.

Fué preciso que la luna saliese de la nube para poner término á la confusion.

Sus argentinos rayos iluminaron por un instante la sala para volverse á apagar despues.

Pero habian tenido tiempo suficiente para conocerse.

Conan y Kervoz estaban ya echando lumbres.

— ¿Habeis visto?... comenzó á preguntar Meloir.

— ¡ Un fantasma ! exclamó Kervoz interrumpiéndole.

— Ha sido una cosa , prosiguió Fontebrault , que ha desaparecido en medio de la oscuridad de la noche , como una niebla leve.

— ¡ Una vision !

— ¡ Un espíritu !

— Una cosa , replicó Meloir , que ha cortado los cordones de mi bolsa.

— ¿ Qué decís ? exclamaron todos.

— Una cosa , añadió Kervoz levantando una de las teas encendidas , que se ha llevado dos de nuestras gallinas y nuestra última botella.

— Es verdad , repitieron todos.

— ¡ Ira de Dios ! dijo Meloir recapacitando ; ¡ vayan al diablo las gallinas ! mi escarela contenia el precio de la cabeza de un caballero.

— Se puede montar á caballo.

— Compañeros , esa cosa , cualquiera que sea , necesito que me la traigan.

Los hombres de armas se miraron unos á otros.

— Buscar , murmuraron , es posible.... pero encontrar....

— Es preciso encontrar , compañeros , dijo Meloir.

— Si es un ladrón , replicó Kervoz , es muy listo y lleva mucha delantera ; si es un espíritu....

— ¡ Ira de Dios ! aun cuando fuese Satanás.

Los soldados cuchichearon.

Meloir prosiguió :

— Ensillad los caballos. Conan y los demás , por esta noche ha concluído nuestro descanso. Vosotros , muchachos , escuchad , si gustais ; voy á daros la filiación del supuesto fantasma.

— ¿ Segun eso , le habeis visto , señor ?

— No mucho ; pero lo suficiente para conocerlo. De su estatura nada podré decir , sino que es mas listo que los galgos de Rieux ; su cara no la he visto , porque me volvia la espalda al huir ; pero sus cabellos rubios eran rizos y flotantes.

— ¿ Es una mujer ?

— Quizás sí.... ¿ Os acordais del chicuelo que nos ha acompañado hasta aqui ?

— ¡ Oh , oh ! prurumpieron , es verdad , cabellos rubios , mas suaves y sedosos que los de una mujer.

— ¿ Y os acordais de las ganas que tenia de poseer cincuenta escudos de Nantes ?

— Sí , sí.

— ¡ Hé ahí la pista ; á vosotros , compañeros , toca seguirla. De pronto se oyó un ruido fuera.

— ¡ A ese , á ese ! gritaban Conan , Merry , Kervoz y los demás arqueros.

Y perseguian en el patio á un sér que huia con maravillosa rapidez.

— ¡ A ese , á ese !

— ¡ Mi buen señor ! decia el pobre diablo , perdiendo ya el aliento , tened compasion de mí. Venia á hablar á vuestro amo el noble caballero Meloir.

— ¡ En las altas horas de la noche ! ¡ Ten cuidado , Conan.... ciérrale el paso , Merry ! Vamos á arrinconarle contra la pared....

Los hombres de armas y Meloir se habian asomado á la ventana.

— ¡ Oh , mis buenos señores ! gritaba el fugitivo , sin fuerzas casi para tenerse.

— Señor , dijo Fontebrault , creo que este buen mozo vá á darnos noticias de vuestra bolsa.

— ¡ No le hagais daño ! mandó Meloir á los arqueros.

El fugitivo se detuvo al oír el eco de aquella voz.

—Gracias, querido señor; Dios os lo premie.

—¡Traédme! volvió á decir Meloir con voz de mando.

Un momento despues, los arqueros hacían entrar á empujones en la sala á un individuo que en nada se parecía á la filiación dada por el caballero.

Esta filiación, por muy imperfecta que fuese, hablaba de talle flexible y de larga cabellera rubia y sedosa. Por el contrario, nuestro fugitivo tenía todo lo necesario para no ser confundido ni de cerca ni de lejos con una mujer.

Era un moceton alto, de una fealdad muy pronunciada, y provisto de una cabellera de la que cada crin era tan ruda como el diente de una almohaza.

—¡Señor! dijo el arquero Merry, hemos sorprendido á este feo estafermo en el momento en que se deslizaba fuera del patio.

—¿Qué venías á hacer en el patio? preguntó Meloir, que había vuelto á sentarse en el sillón.

—Venía á hablaros, mi buen señor.

—¿Cómo te llamas?

—Vicente Gueffes, súbdito fiel del duque Francisco, y vuestro mas humilde servidor.

## VI.

**Maese Gueffes.**

En efecto, era maese Gueffes, el digno maese Gueffes; el mendigo y chalan normando, el amante de la hermosa Simoneta, el rival de Juanillo; maese Vicente Gueffes, con su ancha mandíbula, su angosta frente, y sus brazos de dos varas de largo.

Y, cosa rara, maese Gueffes decía la verdad.

Había ido al castillo con objeto de hablar al caballero Meloir.

El caballero Meloir le miró atentamente durante mucho tiempo.

—Compañeros, dijo en seguida, difícil será encontrar una alimaña mas fea que este bergante.

Todos aprobaron esta opinión.

—Pero ya sabeis, prosiguió Meloir, que cuando se despierta sobresaltado se suele tener la vista turbia y los sentidos entorpecidos. Quizá tuviese yo telarañas en los ojos, compañeros, y quizá ví sedosos cabellos rubios en vez de estas cerdas de jabalí, y un talle fino y delicado, en vez de este cuerpo deforme.

Los hombres de armas se reían.

A Gueffes le temblaban todos los miembros.

El fugitivo se detuvo al oír el eco de aquella voz.

—Gracias, querido señor; Dios os lo premie.

—¡Traédme! volvió á decir Meloir con voz de mando.

Un momento despues, los arqueros hacían entrar á empujones en la sala á un individuo que en nada se parecía á la filiación dada por el caballero.

Esta filiación, por muy imperfecta que fuese, hablaba de talle flexible y de larga cabellera rubia y sedosa. Por el contrario, nuestro fugitivo tenía todo lo necesario para no ser confundido ni de cerca ni de lejos con una mujer.

Era un moceton alto, de una fealdad muy pronunciada, y provisto de una cabellera de la que cada crin era tan ruda como el diente de una almohaza.

—¡Señor! dijo el arquero Merry, hemos sorprendido á este feo estafermo en el momento en que se deslizaba fuera del patio.

—¿Qué venías á hacer en el patio? preguntó Meloir, que había vuelto á sentarse en el sillón.

—Venía á hablaros, mi buen señor.

—¿Cómo te llamas?

—Vicente Gueffes, súbdito fiel del duque Francisco, y vuestro mas humilde servidor.

## VI.

**Maese Gueffes.**

En efecto, era maese Gueffes, el digno maese Gueffes; el mendigo y chalan normando, el amante de la hermosa Simoneta, el rival de Juanillo; maese Vicente Gueffes, con su ancha mandíbula, su angosta frente, y sus brazos de dos varas de largo.

Y, cosa rara, maese Gueffes decía la verdad.

Había ido al castillo con objeto de hablar al caballero Meloir.

El caballero Meloir le miró atentamente durante mucho tiempo.

—Compañeros, dijo en seguida, difícil será encontrar una alimaña mas fea que este bergante.

Todos aprobaron esta opinión.

—Pero ya sabeis, prosiguió Meloir, que cuando se despierta sobresaltado se suele tener la vista turbia y los sentidos entorpecidos. Quizá tuviese yo telarañas en los ojos, compañeros, y quizá ví sedosos cabellos rubios en vez de estas cerdas de jabalí, y un talle fino y delicado, en vez de este cuerpo deforme.

Los hombres de armas se reían.

A Gueffes le temblaban todos los miembros.

—Dios me perdone, continuó Meloir, creo que este pícaro es quien me ha robado mi escarcela.

—¡ Oh, mi buen señor! ¡ mi buen señor! exclamó maese Gueffes, os juro.....

—Bien, bien, buen hombre, dijo Meloir interrumpiéndole, jura lo que quieras, pero yo voy á mandarte ahorcar.

Maese Gueffes se hincó de rodillas.

—¡ Mi querido señor! dijo con lágrimas en los ojos, y acaso fuese la primera vez en su vida que daba tal muestra de enternecimiento, ¡ mi querido señor! la muerte de un pobre inocente no os restituirá vuestra escarcela, y si me dejais vivir, os suministraré los medios de granjearos la buena voluntad de nuestro señor el duque.

—¿ Sabes, por ventura, dónde se oculta el traidor Maurever? preguntó Meloir con viveza

—Si, mi querido señor, replicó maese Gueffes sin vacilar.

—Dilo y salvas tu vida.

Maese Gueffes era un hombre harto avezado á los negocios para no ver que la crisis habia pasado.

Se enderezó un poco, y su mirada dió vuelta al circulo que le rodeaba.

—¿ Me perdonareis la vida? repitió; sois muy generoso, mi querido señor.

—Vamos, habla, exclamó Meloir.

Maese Gueffes acabó de enderezarse.

—A la luz de la luna, allá abajo, sobre la colina, dijo muy tranquilamente esta vez, he visto pasar vuestra escarcela, querido señor ¡ Oh! ¡ qué sedosos cabellos rubios y qué sonrisa tan traviesa!

—Vamos, habla.

—Cuatro piernas andan mas que dos. Hombres de armas,

montad á caballo, si gustais seguir el consejo de un cristiano honrado y pobre. Bajad por la aldea y caminad en derechura hácia las playas; allí encontrareis la escarcela. Y despues que os hayais marchado, añadió mirando á Meloir frente á frente, yo hablaré á mi querido señor.

—¡ En marcha! gritó Meloir.

—¿ Y si es un brujo, observó Kervoz, y durante nuestra ausencia os ahoga, señor?

Meloir miró á maese Gueffes de reojo.

—¡ Bah! dijo, ya va á amanecer, y tendré la mano apoyada en mi daga. ¡ En marcha!

Los hombres de armas y los arqueros se pusieron en movimiento. Los caballos estaban dispuestos en el patio.

Se oyó abrir la puerta grande, luego el ruido de la cabalgata que se ponía en marcha, y luego nada mas.

—¡ Ira de Dios! murmuró Meloir, van á volver con las manos vacías..... ¡ ah! si tuviese mis doce lebreles de Rieux! pero pasado mañana á estas horas deben estar ya en Dinan, y mañana los tendremos aqui.

—¿ Con que eso es cierto, señor? dijo maese Gueffes muy respetuosamente.

—¿ El qué?

—¿ Que cazareis á Maurever en las playas con esos lebreles de raza?

—¿ Qué te importa?

—Me importa mucho, querido señor, en atencion á que se me ha metido en la cabeza la idea de ganar los cincuenta escudos de Nantes, prometidos por Francisco de Bretaña al que.....

—¡ Já, já! dijo Meloir, ¿ lo haces tambien por la chicuela de Simon le Priol?

Maese Gueffes se tornó amarillo.

—¿Segun eso, murmuró, hay algun otro que quiere ganar los 50 escudos de Nantes para la chicuela de Simon le Priol?

—¿Es muy bonita? preguntó Meloir en vez de contestar.

—Es rica, replicó maese Gueffes.

Meloir le dió un golpe en el hombro.

—Qué buen compañero eres, amigo Gueffes, exclamó. ¿Y la profesas amor?

—¿Yo? sí, señor.

—¿Y ella, te ama?

—Señor, no me cuido de eso. Es una chica muy prudente.

—Enhorabuena. Eres el rey de los filósofos, maese Vicente Gueffes. Pero ahora recuerdo..... No necesitaremos mis lebreles de Rieux puesto que sabes donde se oculta Mr. Hue de Maurever.

—¿Hé dicho yo que lo sabía?

—Sí, ¡ira de Dios! á no ser por eso....

—Señor.... cuando se tiene la sogá al cuello....

—¿Segun eso no lo sabes?

—Lo sabré, señor.

Maese Gueffes tenía una sonrisa bastante irreverente en torno de su enorme mandíbula.

—Hablemos razonablemente, repuso. Yo vivo en este pobre agujero de San Juan de las Playas, y no sé noticias; sin embargo, me han dicho que os quereis casar con la señorita Reina de Maurever.

—¿Te han dicho eso?

—Mal dote, señor, para un bizarro caballero cual vos. Mal dote son tres castillos arruinados, en donde solo quedan las paredes.

—Y las tierras y sus rentas! amigo Vicente.

—¡Las rentas! las rentas y las tierras las podeis tener sin la

hija, puesto que sus posesiones están confiscadas y el duque Francisco os las ha prometido.

—¡Cómo! exclamó Meloir, ¿tambien sabes eso?

—Sí, señor; he pasado la noche escuchando á vuestros soldados embriagados. Bien... pero no quiero incomodaros, querido señor....

—¿Qué dicen?

—Que la hija de Maurever ama al gallardo hombre de armas Aubry de Kergariou.

—Es muy posible eso, maese Vicente.

—¿Sois tambien filósofo como el pobre Gueffes? preguntó pausadamente el normando.

—¡Ira de Dios! exclamó Meloir colérico, eres un bribon que tienes chispa por cuatro. No, no soy tan filósofo como todo eso, amigo mio; pero mi primo Aubry está en la cárcel, y si Dios quiere, allí se quedará mucho tiempo.

—Si Dios quiere, repitió Gueffes con sorna.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabeis.... lo que la mujer quiere.... comenzó á decir el normando.

—¡Bah! replicó Meloir interrumpiéndole, ese es un refran muy viejo.

—Lo quiere Dios; acabó de decir con tranquilidad maese Vicente. Y si yo tengo chispa como cuatro (vos sois quien ha tenido la bondad de decirlo), la hija de Maurever tiene cuatro veces mas que yo.

—¿La conoces?

—Gano mi vida ya en un lado, ya en otro; cuando tengo ganas voy un rato á las puertas de cada cual, y cuando es necesario conozco un poco á todos.

Meloir le cogió de los dos brazos y le puso en frente de latea encendida para mirarle con mas atencion.

— Me parece que te he visto ya, murmuró.

— No será difícil, respondió maese Gueffes, á quien la luz harto próxima hacia abrir y cerrar sus ojillos grises.

— ¿En Avranches?

— Puede que sí.

— Al pasar el duque Francisco, un villano gritó...

— ¡Duque, que Dios te olvide! pronunció en voz baja Gueffes.

— Basta, maese Vicente, tú eras aquel villano.

— Y bien, señor, no habia podido recoger ni una moneda en las larguezas que se hacian en nombre de Francisco de Bretaña.

— ¿Y te vengabas?

— Una pobre travesura, mi buen señor.

Meloir le soltó ambos brazos y comenzó á reflexionar.

— Al jugar de esa manera, prosiguió diciendo tranquilamente maese Vicente Gueffes, se suele ganar algunas veces otra cosa que no es moneda. ¿Conoceis el castillo de Guildo, señor?

— ¿El antiguo feudo de Guilles de Bretaña?

— Esa sí que es una hermosa posesion, y que os cuadraria muy bien, señor Meloir, y que el duque Francisco ha dado á Juan de la Haise. No es esto decir que el señor Juan no la haya ganado muy bien. Volviendo á mi historia, una vez grité tambien, al pasar Mr. Gilles. Era en la villa de Plancoet. M. Gilles hacia larguezas, y yo no podia conseguir ni un dinero breton, de los que necesitaba seis para hacer un dinero real, á razon de doce cada sueldo tornés. Entonces grité: «Mr. Gilles tiene el fuego de San Antonio bajo la hermosa cota de malla de oro.»

— ¡Malvado! exclamó Meloir.

— Un valiente pajecillo, en quien no habia yo reparado, prosiguió Gueffes, cuya mejilla amarillenta tomó un color mas

subido, me cruzó la cara de un palo. Mirad, y mostraba su mejilla enrojecida, en la que una linea blanca se marcaba con suma claridad.

— Buen palo fué, maese Vicente, dijo Meloir.

— Sí, contestó Gueffes. Hace diez años que recibí el golpe, y ved aun la señal; y el cirujano me ha dicho que se verá hasta tanto que el paje esté debajo de tierra.

— El paje deberá ya ser un hombre.

— Es un hombre y noble, señor; maneja una lanza quizá tan bien como vos.

— ¿Cómo le llamas?

— Aubry de Kergariou.

Entonces hubo un momento de silencio. El alba comenzaba á teñir de blanco y púrpura el horizonte.

Meloir fué el primero que volvió á tomar la palabra.

— Maese Gueffes, dijo con cierta nobleza, Aubry es primo mio, y yo soy caballero, y os probibo que emprendais nada contra él.

— ¡Contra él! ¡yo! exclamó Gueffes con la mejor buena fe del mundo. ¡Ay! ¡Jesús Santísimo! no me conoceis. Deseo que dicho Aubry esté debajo de tierra, es verdad; pero en cuanto á enviarle yo mismo, soy incapaz de ello, mi querido señor. Solo que si hubierais pensado como yo que un ataud se cierra siempre mejor que un calabozo hubiera dicho *amen*.

— Basta de esto, maese Gueffes.

— Como querais, señor. Pero á mí, que no soy caballero, me es licito abrigar otras ideas, por mi cuenta, se entiende. Tengo tambien un rival al lado de Simoneta; no está siquiera en la cárcel, y si cuanto antes podeis mandarlo ahorcar, tanto mejor.

— ¿Cómo, mandarlo ahorcar? exclamó Meloir.

— Es un regalito que os pido además del trato de los cincuenta escudos de Nantes.

—¡Ahorcar á mi amigo Juanillo? dijo Meloir sonriendo.

—¡Oh! ¡oh! ¿le conoceis? ¡Lindo niño! ¿no es verdad?

—¡Preciosa criatura!

—Pues bien, cuando me hayais prometido que le ahorcareis concluiremos de arreglar el asunto de Maurever.

—Pero si nunca se le ahorcará, maese Gueffes.

—¡Buena! si se le mata de cualquier otro modo... no me paro en pormenores.

—Es que no se le matará.

Al decir estas últimas palabras, el caballero Meloir frunció el entrecejo. Maese Gueffes obligó á su mandíbula á sonreír con mucha amabilidad.

—Querido señor, dijo, vos sois el amo y yo el erlado. Veo que me conviene ser amigo vuestro. Entre nosotros, en Normandía, ya sabeis que se regatea todo lo que se puede. Soy de mi país; dejadme regatear. Puesto que no quereis que ese chucuelo sea ahorcado, ni ahogado, ni muerto de ningun modo, se podria dar otro giro al negocio. Vuestro primo Aubry debe tener gran necesidad de un paje allá en su encierro, y seria una obra de caridad darle á ese Juanillo. ¿Os agrada eso, señor?

—Tampoco me agrada eso.

—Entonces, pongámosle un buen jubon galoneado, y hagámosle soldado. ¿Quién sabe? Quizás un dia llegue á ser capitán.

—No quiere ser soldado.

—¡Él! dijo maese Gueffes; eso es muy diferente. Puesto que ese Juanillo no lo quiere...

El honrado maese Gueffes comenzaba á incomodarse.

—Mi querido señor, el destino se ha entretenido en ponernos en una situacion próximamente igual, á vos el ilustre caballero, y á mi, el pobre patán; vos teneis un rival preferido en

Aubry, y yo tengo una espina en el corazon, la cual se llama Juanillo.

—Vamos al caso.

—A ello iba, replicó con la mayor tranquilidad maese Gueffes. ¿Sabeis lo que es filosofia? Es hacer lo peor cuando no se puede otra cosa. Cuando no se puede comer carne, ni pescado, ni pan, ni ningun otro alimento, se roe uno la punta de los dedos para engañar el hambre. Esto es filosofia. Cuando la zorra está muy abajo y las uvas demasiado arriba, la zorra se guarda muy bien de comerlas. Esto tambien es filosofia.

—Cuando el normando rabia, prosiguió Meloir en el mismo tono, y está obligado á aparecer chancero, el normando recita apólogos.

—Tambien eso es filosofia, concluyó diciendo maese Gueffes.

—Vamos, bergante, exclamó el caballero levantándose de improviso, el aire de la madrugada es muy fresco.... Enciende fuego y basta de charla... Si sabes donde se oculta el traidor Maurever, me lo dirás para cumplir un deber de vasallo, ó sino á ti será á quien ahorquemos.

Gueffes no era hombre que se insurreccionase contra aquella brusca variacion.

Se inclinó humildemente y encendió fuego.

Pero sabia otras fábulas además de la de la zorra y las uvas.

El viejo Esopo no habia aguardado á nuestro Lafontaine para poner en accion la lógica vulgar.

Gueffes, á la par que soplabá las brasas, decia lo que el espiador de Esopo: « No cuentes mas que contigo mismo. »

Meloir, por su parte, se paseaba arriba y abajo por el cuarto, y sacudia sus entumecidos miembros.

Mientras el fuego ardia en el hogar se acercó á una ventana y fijó la vista en el campo.

La colina en que se hallaba situado el castillo de San Juan

apenas tenia cuatro ó cinco toesas de elevacion sobre el nivel de la playa ; pero en aquella comarca , cinco toesas bastan para constituir una montaña y presentar ante la vista el horizonte mas extenso.

La ventana estaba en la parte opuesta á la Normandia. Me-loir veia una grande extension de la playa en la direccion de Cherrueix y de Cancale, y en frente de si el pantano , océano de verdor , en cuyo centro se vé cual una isla el monte Dol.

Alzabase el sol en el opuesto lado del castillo y detrás de la colina del Avranchaix. Elevabase hácia el zenit un color sonrosado y dejaba el Poniente perdido entre esas nubes cenicientas que se unen con nuestras nieblas de Bretaña y confunden en cierto modo la tierra con el cielo.

Ea el camino de Dol , á lo léjos , se movia un punto negro. El viento del Oeste trajo como el eco perdido de una fanfarria.

— ¡ Vive Dios ! exclamó Meloir , allí viene Belissan , el monterero , con mis lebreles de Rieux. Maese Gueffes , sabremos encontrar el rastro sin tí.

Maese Gueffes se quitó su gorro de lana.

— Si mi señor quiere sentarse con los piés junto al fuego , le serviré el almuerzo. Aun tengo algunas cosas mas que decir á mi señor.

## VII.

## Proposiciones.

Cuando el caballero Meloir se hubo sentado con los piés junto al fuego y dió principio al ataque de las aves fiambres , absolutamente lo mismo que si no hubiera cenado la vispera , Gueffes , de pié junto á él , con el gorro en la mano y la enorme mandibula inclinada , volvió á hacer uso de la palabra con el mayor respeto.

— Mi querido señor , dijo , no sé por qué me siento inclinada á quereros con la mayor ternura , lo mismo que puede hacerlo un perro con su amo.

— En otro tiempo tuve yo un mastin que me mordía , murmuró Meloir entre dos bocados.

— Yo , mi querido señor , nunca he encontrado un caballero que me haya tratado tan bondadosamente como vos , prosiguió Gueffes.

— Vamos , maese Vicente , no sois difícil de contentar.

— ¡ A fe mia ! creo que si me mandaseis querer á Juanillo , le querria.

Meloir bostezó con la boca llena.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

®

apenas tenia cuatro ó cinco toesas de elevacion sobre el nivel de la playa ; pero en aquella comarca , cinco toesas bastan para constituir una montaña y presentar ante la vista el horizonte mas extenso.

La ventana estaba en la parte opuesta á la Normandia. Me-loir veia una grande extension de la playa en la direccion de Cherrueix y de Cancale, y en frente de si el pantano , océano de verdor , en cuyo centro se vé cual una isla el monte Dol.

Alzabase el sol en el opuesto lado del castillo y detrás de la colina del Avranchaix. Elevabase hácia el zenit un color sonrosado y dejaba el Poniente perdido entre esas nubes cenicientas que se unen con nuestras nieblas de Bretaña y confunden en cierto modo la tierra con el cielo.

Ea el camino de Dol , á lo léjos , se movia un punto negro. El viento del Oeste trajo como el eco perdido de una fanfarria.

— ¡ Vive Dios ! exclamó Meloir , allí viene Belissan , el montero , con mis lebreles de Rieux. Maese Gueffes , sabremos encontrar el rastro sin tí.

Maese Gueffes se quitó su gorro de lana.

— Si mi señor quiere sentarse con los piés junto al fuego , le serviré el almuerzo. Aun tengo algunas cosas mas que decir á mi señor.

## VII.

## Proposiciones.

Cuando el caballero Meloir se hubo sentado con los piés junto al fuego y dió principio al ataque de las aves fiambres , absolutamente lo mismo que si no hubiera cenado la vispera , Gueffes , de pié junto á él , con el gorro en la mano y la enorme mandíbula inclinada , volvió á hacer uso de la palabra con el mayor respeto.

— Mi querido señor , dijo , no sé por qué me siento inclinada á quereros con la mayor ternura , lo mismo que puede hacerlo un perro con su amo.

— En otro tiempo tuve yo un mastin que me mordía , murmuró Meloir entre dos bocados.

— Yo , mi querido señor , nunca he encontrado un caballero que me haya tratado tan bondadosamente como vos , prosiguió Gueffes.

— Vamos , maese Vicente , no sois difícil de contentar.

— ¡ A fe mia ! creo que si me mandaseis querer á Juanillo , le querria.

Meloir bostezó con la boca llena.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

®

— Esto es para hacerlos comprender, continuó Gueffes, la extension de un cariño..... Dicen que soy un pagano..... ¿Y quién lo dice? Señor, gentes que creen en el Hada de las playas y en otras tonterías, en vez de confiar en la Virgen María.

— Y á propósito, dijo Meloir, ¿ qué viene á ser eso de la Hada de las playas?

— Es una linda niña, señor, que si quisiera podria llevaros en derechura al escondite de Maurever.

— ¿ De veras?

— Es muy cierto.

— ¿ Y en dónde se encuentra esa linda Hada?

— En todas partes; tan pronto á la derecha como á la izquierda. Esta noche la habeis visto.

Meloir llevó la mano á su cinturón, de donde aun colgaba el cordón cortado de su escarcela.

— ¡ Cómo! exclamó; ¿ será por ventura?....

Gueffes se sonrió.

— El Hada de las playas, ni mas ni menos, señor, dijo.

Meloir dejó de comer.

— ¿ Quieres burlarte de mí, por ventura? murmuró frunciendo el entrecejo.

El viento traía á la habitacion el eco mas y mas cercano de una segunda fanfarria.

— ¡ No lo quiera Dios! contestó Gueffes. Pero ahí teneis á vuestros lebreles que llegan. Cuando estén ahí ya no querreis escucharme; permitidme, pues, que aproveche el poco tiempo que aun me dan. Si no puedo hacer cosa mejor, al menos tengo empeño en conseguir mis cincuenta escudos de Nantes. Como os decia hace poco, voy á algunas partes para ganarme el pan. En todas me hablan, y escucho. ¿ Hace mucho tiempo que no habeis visto la córte?

— Lo mas, una semana.

— Eso es un siglo, mi pobre señor. ¡ Cuántas veces puede volverse el viento durante una semana! Francisco de Bretaña se hincha y se torna pálido. En la córte del rey Carlos de Francia se comienza á pronunciar la palabra fratricidio, y Mr. Pedro de Bretaña, nuestro futuro duque, ha jurado que mandará ahorcar á Juan de la Haise de la torre mas alta de su castillo de Guildo.

— ¿ Estás seguro de eso? murmuró Meloir.

— Tan seguro como de estaros viendo delante de mi cual todo un valiente caballero, contestó maese Vicente. En cuanto á Roberto Roussel, le asarán en un fuego de leña verde, en el patio del castillo de la Hardouinays.

Meloir se habia quedado muy pensativo.

— Nada teneis que ver en todo eso, señor, repuso maese Gueffes en tono indiferente. Por eso no os digo siquiera lo que hará con el milanés Bastardi, con maese Olivier de Meel, ni con los demás. Solo si que debeis apresuraros si quereis conquistar á Reina de Maurever, porque dentro de otra semana, acordaos muy bien de esto, Mr. Hue de Maurever no estará ya fugitivo. El viento habrá cambiado, y Mr. Hue encontrará proteccion en los arqueros normandos que están en el recinto del Monte San Miguel.

Sonó una tercera fanfarria al pié de la misma colina.

Meloir no se movia.

— La mandibula de Gueffes se sonreia á pesar suyo.

— Hé ahí vuestros perros, mi querido señor. Os dejo; cuando me necesiteis me encontrareis en la granja de Simon le Priol.

Hizo ademán de salir.

— Pero aun volvió.

— ¡ Vamos! dijo con voz mas placentera, si por mi industria, sin que mi querido señor se mezclase en ello lo mas mínimo, llegasen á ahorcar á Juanillo.....

— ¡Vete al diablo, miserable, pícaro! exclamó Meloir con voz atronadora.

Gueffes se apresuró á obedecer.

Sin embargo, en el umbral se detuvo para añadir:

— Ya sea ahorcado, ó bien ahogado, ó muerto de cualquiera otra manera....

Meloir cogió un cántaro de sidra.

El cántaro fué á estrellarse contra la puerta, en la que no estaba ya maese Gueffes.

Pero Meloir oyó su voz de condenado que decía en el patio:

— Es cosa convenida, mi querido señor, no os mezclareis en ello.

Belissan el montero entraba en aquel momento en el patio, con tres perreros que llevaban doce lebreles. Magníficos lebreles, de diferentes colores, procedentes de la perrera del mayoralazgo de Rieux, señor de Aceras, de Sourdeac, en el país de Vannes, y señor de las islas. Los lebreles estaban adiestrados para la caza de Ouessan, para la caza de los náufragos en las playas.

Porque la sangre de Rieux era buena y noble.

Allá léjos, en el extremo del viejo mundo, detrás de las rocas de Penmavich, Rieux cazaba á los náufragos, como en nuestros dias los religiosos del Monte de San Bernardo cazan á los viajeros extraviados en la nieve.

Los doce lebreles, altos, musculosos, frioleros, con el hocico largo y las orejas señaladas, á pesar del cansancio del camino saltaban en el patio, lanzando ladridos cortos y quejumbrosos.

Belissan, con la trompa á la espalda, los desataba y acariciaba. El caballero Meloir bajó al patio.

Los lebreles saltaron como locos, y luego acudieron á la voz de Belissan, que los llamaba por sus nombres.

— ¡Rougeot, Jarot, Noirot! Señor, dijo, presentándolos sucesivamente y á cada uno por su nombre. Nantés, Griego, Pivois, Ardois... ¡Asolador y Merlix!... Leopardo y Finot.... En cuanto á este último, añadió mostrando un animal admirable, de pelo negro y sin mancha, no viene de Rieux. Le he comprado en Dol para sustituir al pobre Ravot, que ha muerto reventado en el camino.

— ¿Y serán buenos para la caza que vamos á emprender? preguntó Meloir.

— Están acostumbrados á encontrar la pista de un hombre, vivo ó muerto, en las rocas ó en la playa á una legua de distancia, señor. Dadles tan solo un dia de descanso, y vereis como trabajan.

— Esta noche los echaremos á la playa, replicó Meloir, quien volvió la espalda.

Belissan habia contado con mejor éxito. ¡Recibir así á doce lebreles de Rieux! ¡sin una caricia! ¡Una mirada fria y luego... buenas noches!

Preciso era que el caballero Meloir estuviera enfermo.

De seguro el caballero Meloir pensaba en las palabras de Gueffes.

El duque se hinchaba y se ponía pálido. Se pronunciaba la palabra *fratricidio* en la córte del rey Carlos VII, y Mr. Pedro, futuro dueño de Bretaña, habia jurado que el señor Juan de la Haise seria ahorcado en la torre mas alta de su castillo de Guillo.

El viento cambiaba.

En lo sucesivo, la partida habia de jugarse de un solo golpe.

A no ser que lograrse hacerse amigo en ambos campos.

Ahora bien, el caballero Meloir era un normando á medias.

Cuando nuestro hermoso Juanillo se despidió de los hombres de armas, echando á correr al pié del castillo de San Juan de

las Playas, fué para regresar á la granja de Simon le Priol. Pero la puerta estaba ya cerrada.

La llegada de los soldados habia puesto término á la velada.

El labrador y su mujer estaban dormidos. Simoneta descansaba en su lindo y casto lecho. Las dos vacas, la negra y la roja, rumiaban junto al lecho comun. En cuanto á las muchachas y los mozos, no dicen las memorias de aquel tiempo en que se ocupaban á tales horas.

A Juanillo le gustaba correr por los campos á la luz de la luna.

No le arredraba pasar las noches al aire libre, aunque, segun todos decian, era tan cobarde como una gallina.

Por los agujeros de su piel de carnero penetraba el viento frio, pero no se cuidaba de ello.

Mas de una vez, y mas de ciento tambien, habia ido Juanillo á tal hora á aquel mismo sitio, en el invierno como en el verano, que hiciera buen tiempo ó que estuviese lloviendo. Sentábase al pié de un manzano, cuyo tronco, lleno de grietas y berrugas, lanzaba todavia victoriosamente sus ramas en forma de paraguas.

Un manzano de los mejores, y que habia poseido el amor de Juanillo mucho tiempo antes que Simoneta, daba unas manzanas muy dulces y azucaradas, que le gustaban mucho á Juanillo; pero este no era ya goloso desde que el amor se habia apoderado de su corazon.

La verdad era que amaba con toda su alma.

Hacia un año ya, ó quizás algo mas, que en la festividad de San Jorge de Couesnon, que es en el tercer domingo del mes de mayo, habia visto á la hija de Francisca la Labradora. Antes la habia visto muy á menudo. Pero ¡ay! de muy diferente manera la volvía á contemplar.

Aquel dia llevaba Simoneta una cofia muy adornada y bor-

gada que apenas contenia su profusa cabellera negra. Llevaba tambien zapatos con hebillas de plata, una saya de rayas blancas y azules, unos pendientes de oro, y un ramillete de rosas en su corpiño de paño del rey.

Habia muchas jóvenes que escoger; estaban allí las de Chereuix, las de San Jorge, las de Cuatro Salinas, las de Avranches, las de Dol y las de la aldea de Cancale, en el opuesto lado de la bahía. Pero en todos esos pueblos no la habia tan linda como ella. Ni una siquiera. En efecto, la mas fresca y rozagante era Simoneta.

Simoneta la morena, con sus grandes ojos negros, sus hermosos labios de coral y su sonrisa tan tierna.

El pobre Juanillo habia dejado su corazon en la romería de San Jorge.

Desde aquel tiempo andaba sendas leguas solo por encontrar á Simoneta y decirla:

—¡ Dios os bendiga !

Quando Simoneta iba á la playa, ya fuese para dirigirse á la ciudad de Avranches, ó para ir en peregrinacion al convento del Señor San Miguel Arcángel, Juanillo la precedía, y como conocía á pulgadas el terreno de los arenales, Simoneta llegaba al fin de su viaje sin haberse mojado siquiera sus delicados piecitos.

En aquellos dias, Juanillo no pescaba mariscos, y regresaba á su casa con el morral vacío. Por consiguiente, en tales dias, Juanillo se acostaba sin cenar.

¡ Pero era tan feliz !...

Otras veces lo era mas todavia; no se acostaba poco ni mucho.

Iba allí, al pié del viejo manzano, y se estaba las noches enteras mirando la casa de Simoneta.

¡ Reid cuanto querais !

Las muchachas y los mozos de labranza no os han aguardado para sonreír. ¡Sabe Dios cuantas veces se burlaban al cabo del día del pobre Juanillo, de sus suspiros y de su piel de carnero! Mas no reparaba en ello, amaba y no se atrevía á confesarlo.

Pero quizás sea este el mejor modo de expresar el amor, cuando se tienen diez y ocho años, una mirada de ángel y una cabellera rubia que parece una auréola dorada.

Lo cierto es, que Simoneta sabía perfectamente que Juanillo la amaba.

¿Y ella, le correspondía?

Juanillo entonaba una canción que Simoneta solía cantar algunas veces, cuando estaba sola.

La muchacha le conocía en el pantano ó en las playas, desde lejos; pero desde tan lejos, que se hubiera podido decir que le adivinaba.

Y cuando la voz temblorosa de Juanillo murmuraba al pasar un tímido: « ¡ Dios os bendiga. ! » las mejillas de Simoneta se teñían de púrpura.

Y esto era todo.

¿ Es mucho? ¿ Es poco?

Id á San Juan de las Playas, y preguntádselo á las Simonetas del año 1853.

Era, pues, una hermosa noche de junio, cuando nuestro Juanillo, sentado al pié del manzano, soñando despierto, vió á la Hada, á la buena Hada.

Entreteniase en fabricar toda clase de castillos en el aire, convirtiendo el porvenir en un alegre paraíso en el que Simoneta ocupaba, por supuesto, el mejor sitio, cuando de pronto oyó un paso leve que resonaba en los guijarros del sendero.

Juanillo vió á una jóven. No dormía. La jóven pasó por delante de la puerta de Simon le Priol, y cogió el pan de trigo

que Francisca la Labradora nunca dejaba de poner en el umbral cuando no había manjares frescos.

Juanillo estaba mudo. Sospechó desde luego que la jóven sería una Hada de las playas.

Todo su cuerpo se estremecía, mientras que sus dienteitos, mas blancos que los de una mujer, castañeteaban en su boca.

No pensó en perseguir á la Hada. Por el contrario, cerró los ojos y ocultó la cabeza entre ambas manos.

Pero era que aquella noche no sabía aun la historia del caballero breton. No sabía que los que lograban agarrar á la buena Hada por la cintura, podían pedirla cuanto quisieran.

A la sazón Juanillo era mas sábio. Y no era para mecerse suavemente en sus ilusiones para lo que Juanillo se ocultaba al pié del viejo manzano de rugosa corteza. Estaba acechando al Hada.

Temblaba de antemano con solo la idea de lo que iba á hacer; pero estaba muy resuelto.

No hay como esos cobardillos para intentar las cosas imposibles.

Juanillo aguardaba con el corazón oprimido y la respiración anhelosa.

Se habia cerciorado de que la escudilla estaba intacta en el umbral de la puerta. La Hada iba á llegar.

Aguardó durante mucho tiempo.

La luna señalaba ya mas de la media noche, cuando por la parte del castillo llegó á su oído un murmullo confuso.

Casi en el mismo momento resonaron los guijarros del camino.

La jóven del día anterior llegaba corriendo.

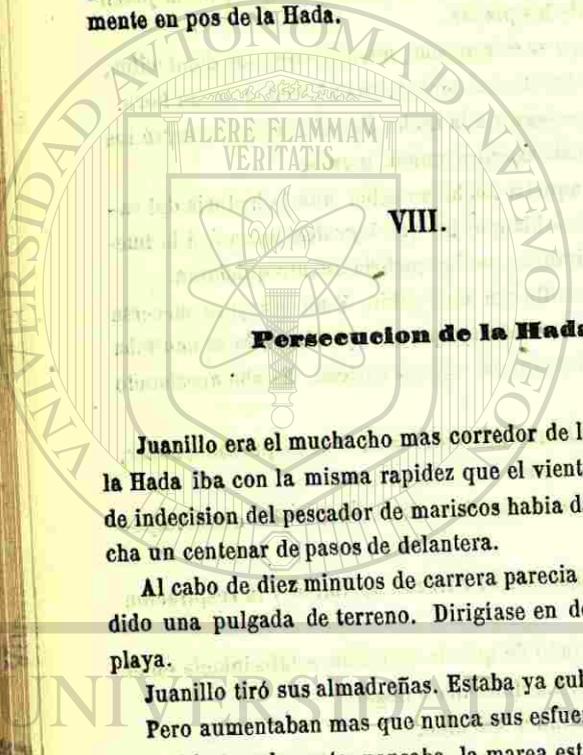
Juanillo se levantó con viveza. Había pensado:

— Cuando se baje para coger la escudilla, la agarraré.

Pero la Hada pasó ligera y rápida.

No se bajó para tomar la escudilla.

Juanillo se quedó, durante un instante, como aturdido. Luego, echando mano de todo su valor, comenzó á correr atrevidamente en pos de la Hada.



VIII.

**Persecucion de la Hada.**

Juanillo era el muchacho mas corredor de la comarca; pero la Hada iba con la misma rapidez que el viento, y el momento de indecision del pescador de mariscos habia dado á la muchacha un centenar de pasos de delantera.

Al cabo de diez minutos de carrera parecia que no habia perdido una pulgada de terreno. Dirigiase en derechura hácia la playa.

Juanillo tiró sus almadreñas. Estaba ya cubierto de sudor. Pero aumentaban mas que nunca sus esfuerzos.

— Afortunadamente, pensaba, la marea está baja; porque la Hada camina sobre el agua como sobre la arena; y lo que es sobre el agua no podré seguirla. Pero, ¿por qué no ha cogido la escudilla llena de comida? El manjar era bueno esta noche. Quizás le guste mas la torta de trigo.

Estas serias meditaciones no le impedian que corriese con rapidez normanda á lo largo del Couesnon. Á la sazón, que iba ya descalzo, sabe Dios el terreno que adelantaba.

El sendero que seguia el Hada bajaba hácia la playa y describia mil recodos entre los setos.

Alzabase la luna en medio del cielo, serena y brillante.

Cada vez que el Hada describia un recodo del camino, Juanillo le trasponia á su vez y la veia de nuevo, ligera como una vision.

No metia ruido al correr; al menos Juanillo no oyó sus pasos. Una vez creyó verla volverse para lanzar una mirada hácia atrás.

Era muy cerca de la playa, al pié de un molino de viento arruinado, que estaba rodeado de malezas y de retoños de álamo blanco.

La Hada, que sin duda hasta aquel momento no sabia que la perseguian, saltó bruscamente en medio de las malezas.

Juanillo la perdió de vista.

Dió la vuelta al molino. Detrás de este se hallaba la playa, uniformemente iluminada por la luna, y en la que de seguro nadie podia esconderse.

No habia niebla: se veian, á lo léjos, el Monte San Miguel, y Tombelene, negros ambos, y destacándose muy claros en el azul del cielo.

Juanillo dió otra vuelta en torno del molino arruinado, y luego, sin perder tiempo en registrar las malezas, se echó en el suelo y arrimó el oído á la arena.

Oyó tres cosas.

Al Oeste, por la parte de San Juan de las Playas, pasos de caballos que resonaban sobre los gujarros del camino. Al Norte la voz sorda del mar, y hácia el Oriente un paso leve.

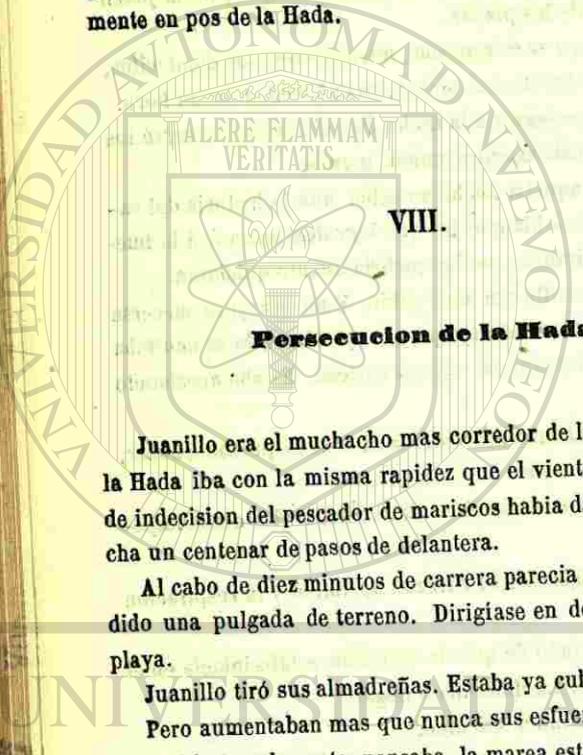
Este último ruido era tan débil, que se necesitaba el oído perspicaz de Juanillo para percibirlo.

Se levantó radiante.

— Mia es, repuso.

No se bajó para tomar la escudilla.

Juanillo se quedó, durante un instante, como aturdido. Luego, echando mano de todo su valor, comenzó á correr atrevidamente en pos de la Hada.



VIII.

**Persecucion de la Hada.**

Juanillo era el muchacho mas corredor de la comarca; pero la Hada iba con la misma rapidez que el viento, y el momento de indecision del pescador de mariscos habia dado á la muchacha un centenar de pasos de delantera.

Al cabo de diez minutos de carrera parecia que no habia perdido una pulgada de terreno. Dirigiase en derechura hácia la playa.

Juanillo tiró sus almadreñas. Estaba ya cubierto de sudor. Pero aumentaban mas que nunca sus esfuerzos.

— Afortunadamente, pensaba, la marea está baja; porque la Hada camina sobre el agua como sobre la arena; y lo que es sobre el agua no podré seguirla. Pero, ¿por qué no ha cogido la escudilla llena de comida? El manjar era bueno esta noche. Quizás le guste mas la torta de trigo.

Estas serias meditaciones no le impedian que corriese con rapidez normanda á lo largo del Couesnon. Á la sazón, que iba ya descalzo, sabe Dios el terreno que adelantaba.

El sendero que seguia el Hada bajaba hácia la playa y describia mil recodos entre los setos.

Alzabase la luna en medio del cielo, serena y brillante.

Cada vez que el Hada describia un recodo del camino, Juanillo le trasponia á su vez y la veia de nuevo, ligera como una vision.

No metia ruido al correr; al menos Juanillo no oyó sus pasos. Una vez creyó verla volverse para lanzar una mirada hácia atrás.

Era muy cerca de la playa, al pié de un molino de viento arruinado, que estaba rodeado de malezas y de retoños de álamo blanco.

La Hada, que sin duda hasta aquel momento no sabia que la perseguian, saltó bruscamente en medio de las malezas.

Juanillo la perdió de vista.

Dió la vuelta al molino. Detrás de este se hallaba la playa, uniformemente iluminada por la luna, y en la que de seguro nadie podia esconderse.

No habia niebla: se veian, á lo léjos, el Monte San Miguel, y Tombelene, negros ambos, y destacándose muy claros en el azul del cielo.

Juanillo dió otra vuelta en torno del molino arruinado, y luego, sin perder tiempo en registrar las malezas, se echó en el suelo y arrimó el oído á la arena.

Oyó tres cosas.

Al Oeste, por la parte de San Juan de las Playas, pasos de caballos que resonaban sobre los gujarros del camino. Al Norte la voz sorda del mar, y hácia el Oriente un paso leve.

Este último ruido era tan débil, que se necesitaba el oído perspicaz de Juanillo para percibirlo.

Se levantó radiante.

— Mia es, repuso.

Y saltó como un cervatillo en dirección al ruido leve, que era el de los pasos de la Hada. Esta había entrado en las tierras labradas en el momento en que Juanillo daba la vuelta al molino.

Para proteger una fuga, la playa está sobrado descubierta.

El Hada no sabía, probablemente, con qué género de enemigos tenía que habérselas. Pensaba en otras muchas cosas muy distintas de Juanillo.

Cuando miró hacia atrás, oyó una cosa que se movía en el camino y nada más; porque la luna estaba al Poniente y le daba á Juanillo de costado, mientras que iluminaba de lleno á la Hada.

La pobre Hada había dicho para sí:

—Este viene delante porque corre más de prisa; pero los otros vendrán detrás de él.

Los otros eran los hombres de armas y los soldados que antes estaban dormidos en la sala grande del castillo de San Juan.

En su loca temeridad, el Hada los había desafiado, y á la sazón iban á castigarla.

La Hada no se engañaba mucho, porque en el mismo momento bajaban por la colina del castillo de San Juan ocho ó diez jinetes, que corrían á galope por el camino de la playa.

Solo que Juanillo no servía de vanguardia á aquel grupo de jinetes.

Cazaba por cuenta propia.

La Hada había juzgado en seguida que no podría escaparse sino por medio de la astucia.

Ahora bien: ¿necesitan nunca las Hadas recurrir á la astucia? ¿No sabía ya montar á caballo en los pálidos rayos de la luna, que eran su cabalgadura habitual? ¿No podía saltar, jugando, por encima de los robles carcomidos del pantano, por encima de los manzanos ó de los álamos de blancas hojas, ó

deslizarse, más rápida que el rayo, sobre la playa mojada, pasar saltando los brillantes remolinos de arena, y sepultarse en las olas hasta llegar á las grutas diamantinas, que están, como todos sabemos, en el fondo del mar?

A la verdad que no valía la pena de ser Hada, cuando necesitaba alejarse por sendas trilladas y torcer el camino como una liebre perseguida que quiere borrar su rastro y ocultarse en las malezas.

Este razonamiento estaba al alcance de Juanillo. Si lo hubiese hecho, acaso habría contenido su carrera, pues lo que necesitaba era una verdadera Hada, que pudiese convertir su miseria en opulencia, y no una Hada de casualidad, que temblaba de miedo como una chicuela.

Pero no hizo este raciocinio. Tenía completa confianza.

—¡Mía es! había dicho.

Ya contaba como segura su presa.

El leve rumor que llegaba á su oído pegado al suelo, iba en dirección á Couesnon, cortando en derechura hacia el río, sin abandonar la orilla de la playa. Juanillo se ahorra todos los rodeos de los senderos que serpenteaban por las tierras.

Así pues, se lanzó por esta nueva senda con creciente ardor. De seguro la acorralaba é iba á tener miedo.

Se sonreía, y como los paladines al volar á la batalla invocaba el nombre de su amada.

—¡Simoneta! ¡Simoneta!

Quizás este nombre no suene heroicamente en vuestros oídos; pero Juanillo no conocía otro más suave y armonioso.

La Hada tenía que ocultarse bien para no ser cogida.

Los riachuelos que surcan las playas son sumamente raros, y sobre todo el Couesnon, el río de Bretaña.

Ningun río sujeta su urna con manos más caprichosas.

Torrente ayer, hoy humilde riachuelo, mañana sorprende á

los habitantes de sus orillas con la rapidez singular de sus caprichos.

Debiera tener un nombre temerario, porque esas veleidades caprichosas, no sientan bien á un dios barbudo, á no ser que esté en poder de alguna náyade.

Algunas veces, al llegar á las orillas del Couesnon, no parece sino que es un estanque seco. Sus orillas, cortadas perpendicularmente por el agua que se ha retirado, parecen paredes de marga verdosa. Léjos de las orillas, en medio de su cauce, pasa un canal angosto. El Couesnon corre por allí, murmurando entre los guijarros.

El día antes, bajo el pintoresco puente, el Couesnon brillaba blanco de espuma como los rios poderosos que atormentan el limo de su cauce. El día antes el Couesnon se estrellaba bramando contra las pilastras del puente. El Couesnon se mostraba aquel día altivo y orgulloso.

Entonces prodigó el agua de su urna, sin cuidarse del día siguiente, como esos hijos de familia que deslumbran á los habitantes de una ciudad antes de inspirarles compasion.

A la sazón el rio se ocultaba humilde, pequeño, reducido á sus antiguos límites, como un pobre diablo entre la última noche de orgía y el primer día de hospital.

Pero nada era mientras permanecía en tierra firme.

Cuando cruzaba la playa, al capricho del agua añadiase el capricho de las arenas, y entonces se entablaba entre ambos una lucha desatentada.

El primero era mas fuerte; la playa le pertenecía entera, y escogía en ella su giro, hoy á la derecha, mañana á la izquierda.

Nunca habia de buscársele donde estuvo la semana anterior. ¿Corría por aquí? Pues era razon suficiente para que corriese por otra parte. De una á otra marea variaba de domicilio.

Aquel arroyuelo que se arrastraba por la playa, y que en cierto modo la surcaba como la reja de un arado, era el Couesnon. Aquel otro, tan ancho como el Loira, era tambien el Couesnon.

Verdad es que aquel rio tan grande y tan ancho como el Loira le podia uno pasar sin mojarse las ligas. En este caso, el Couesnon ostentaba sobre la arena una sábana inmensa de agua, de tres pulgadas de profundidad, y el sol se reflejaba en ella deslumbrante. Parecía un mar.

Y aquel mar tenia sus naufragios.

Sus arenas ardientes temblaban bajo el peso del viajero; se abrian, se hundian, se volvian á cerrar y volvian á brillar.

¡Terrible debe ser la muerte que viene tan lentamente, y que cada esfuerzo hace ser mas inevitable! ¡La muerte que abre traidoramente la tumba bajo las mismas plantas del agonizante! ¡La muerte en los arenales!

¡Y cuántos han perecido en aquel ancho sepulcro!

Las gentes de la costa dicen que el segundo día de noviembre, el siguiente á la fiesta de todos los Santos, se alza una niebla blanca á la caída de la tarde.

Es la fiesta de los muertos.

La niebla blanca está formada de las almas de los que descansan en los arenales; y como esas almas son innumerables, la niebla se extiende á la bahía, envolviendo entre sus fúnebres pliegues á Tombelene y el Monte San Miguel.

Por la mañana se oyen quejas entre aquella niebla animada.

Los que pasan por la orilla oyen decir:

— ¡Dentro de un año!... ¡dentro de un año!...

Son las almas que se citan para el año siguiente.

El que pasa se santigua. Amanece, y la inmensa tumba vuelve á abrirse. La niebla ha desaparecido.

En el momento en que Juanillo llegaba á la orilla del Coues-

non, la cabalgata que habia partido del castillo de San Juan, se detenia tambien delante del rio.

Pareció que los hombres de armas se consultaban un instante entre sí, y luego aquella tropa se dividió en dos grupos.

Uno subia en direccion opuesta á la corriente del Couesnon, hacía la parte de Pontorson. El otro prosiguió su camino hacía la playa.

Juanillo ignoraba el motivo de aquella marcha nocturna. Se ocultó detrás de un arbusto para dejar pasar á los jinetes que bajaban hacía la playa.

Los jinetes pasaron.

¿Pero y la Hada?

El pobre Juanillo habia perdido sus huellas.

¡Ay Dios! ¿y los cincuenta escudos de Nantes? ¿y el amor satisfecho? ¿y la felicidad?

Juanillo volvió á aplicar el oido al suelo. ¡Trabajo inútil! El pesado paso de los jinetes sofocaba todos los demás ruidos.

¿Se habia ocultado la Hada lo mismo que él para evitar el encuentro de los soldados? ¿Habia pasado el Couesnon?

Nada sabia Juanillo; y para colmo de desgracia, la luna se hallaba oculta por una nube.

Y nada se veia en la playa.

Juanillo estaba consternado. Tenia muchas ganas de llorar. El no sabia que la Hada iba á desconfiar, y nunca... ¡oh! ¡nunca! habia de encontrar ocasion tan propicia.

Cansado de correr y sufrir, se sentó y ocultó su cara entre ambas manos.

Mientras estaba así, rozó por sus cabellos una cosa; se levantó sobresaltado y lanzó un grito, al que contestó otro mas débil.

Era el Hada que saltaba á la corriente del Couesnon.

Pues qué, no sabia ella correr por encima del agua sin mojarse las puntas de los piés?

Juanillo no se cuidaba de hacerse á sí mismo esta reflexion indiscreta. Volvió á emprender la carrera.

La Hada habia llegado ya á la opuesta orilla. ¡Bondad del cielo! lo que habia rozado los cabellos de Juanillo era el velo del Hada. Si se le hubiera ocurrido siquiera adelantar un brazo, habria podido cogerla.

En el opuesto lado del Couesnon, decididamente era preciso entrar en la playa ó dirigirse por el camino de las aldeas normandas inmediatas á la costa. Este camino vá en direccion opuesta al Monte San Miguel, y segun la primera senda que habia seguido, Juanillo pensaba que la Hada iba hacía el Monte San Miguel.

No podia dudar mucho tiempo. La Hada, despues de haber dirigido una mirada postrera al camino que describia un rodeo, vaciló, y se lanzó á toda carrera á los arenales.

¡Los arenales! eran el elemento de Juanillo. Volvió á poner sus piernas en movimiento con suma rapidez.

La luna salia de entre las nubes. La playa se iluminaba.

Podia verse la cabalgata del castillo de San Juan que iba á la ventura de un lado á otro por los arenales, unas veces alejándose, y otras acercándose al Couesnon.

Juanillo y la que perseguian, estaban ya demasiado léjos para que tuviesen gran peligro de que los descubrieran.

A la sazón corrian á cincuenta pasos uno de otra, sobre un suelo tan liso y tan terso como el cristal.

Y no habia duda de que Juanillo ganaba terreno á ojos vistas. La carrera de la Hada continuaba siendo ligera y rápida; pero Juanillo, que la deyoraba con la vista, creia descubrir algunos sintomas de cansancio. Con esto se aumentaba su valor y seguia diciendo para sí:

— ¡Mia es! ¡mia es!

No sabia que las Hadas suelen ser, por lo general, de carácter bastante burlon.

Simon le Priol, que era muy fuerte en materia de hadas, hubiera podido decírselo. Las hadas dejan que se las acerque el pobre chicuelo que las persigue, le estimulan con un cansancio fingido, le echan un cebo, por decirlo así, y cuando le ven fatigado, encuentran medio de estimularle. Así, mientras tiene un poco de aliento, sigue corriendo; luego, en el momento de ir á apoderarse de la Hada, esta echa á volar, dejándole con la boca abierta, sudando y jadeante.

Y era feliz todavía si el travieso espíritu no le hacia caer en un agujero. El pobre Juanillo era un ignorante.

Coger á una Hada á la carrera era como querer coger á la luna con los dientes. A las hadas se las persigue, pero no se las coge. Esto todo el mundo lo sabe.

Si el tío Simon hubiese oído al pescadorcillo de mariscos decir con tono de triunfo: « ¡ Mia es! ¡ mia es! » se hubiera reído á carcajada tendida; ¿ por qué había alcanzado buen éxito el caballero breton? Porque había cogido á la Hada en el momento en que se bajaba para alcanzar las golosinas compradas en casa del confitero de la ciudad de Dol. Todo esto es evidente.

Pero Juanillo segula ganando terreno. Ya no había entre la Hada y él mas que treinta pasos de distancia.

El viento llegó á su frente mas fresco.

— ¡ Está subiendo la marea! dijo para sí.

Se hallaba á la mitad del camino del Monte, en la línea del camino de Pontorson.

Mientras iba corriendo preparaba en su mente una estratagemá que le sugerian sus conocimientos prácticos de las playas y las mareas.

Los arenales son llanos; pero hay canales cuya pendiente es casi imperceptible á la simple vista, y en los que la marea sube

mucho tiempo antes de cubrir las arenas. Juanillo estudió el terreno durante algunos segundos. Luego varió bruscamente de dirección, y no parecia sino que cesaba de perseguir á la Hada. Mientras esta corria hácia el Norte, en dirección al Monte, que se veía tan claro como de día, Juanillo se dirigía al Este, sin acortar el paso lo mas mínimo.

Entonces sí que Simon le Priol, las cuatro muchachas y los cuatro mozos de labranza se hubieran reído con toda su alma.

A la verdad, ¡ triste recurso era el que adoptaba Juanillo! Con una chicuela de carne y hueso, acaso habría alcanzado buen éxito, porque al dejarla correr hácia una charca que no veía y en la que el mar estaba ya, conseguía sobre ella un adelanto considerable; pero con un Hada era inútil. Saltaría por encima del charco, y nada conseguiría el que iba persiguiéndola.

A no ser que al Hada se le antojase fingir que se veía apurada para burlarse mejor del pescador de mariscos.....

Así sucedió; ya fuese ó no fingimiento, la Hada permanecía ante el charco, sin decidirse á pasarlo, pues ni siquiera sospechaba antes su existencia.

En seguida dió la vuelta alrededor, y naturalmente, se encontró frente á frente con Juanillo, que estaba aguardando.

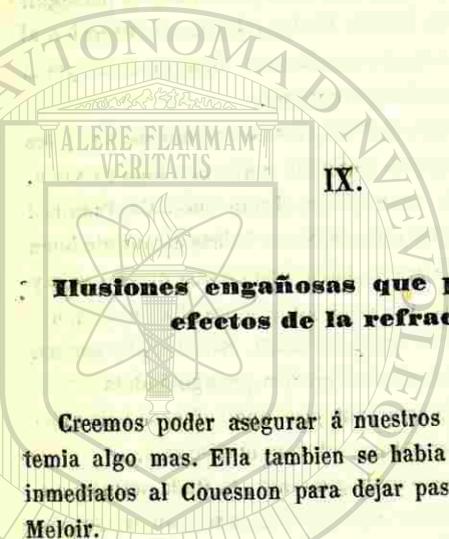
La Hada se echó el velo á la cara.

— ¿ Qué quereis? dijo con voz algo temblorosa.

El corazón de Juanillo latía con singular violencia. Sin embargo, contestó resueltamente y con toda la candidez de su fe supersticiosa:

— ¡ Buena Hada, perdonadme! quiero cincuenta escudos de Nantes para casarme con la linda Simoneta.

Y á fin de que la buena Hada no pudiese jugarle alguna mala pasada ( y en esto las muchachas y los mozos le hubieran aplaudido, así como Simon le Priol ), cogió á la Hada por la cintura y la sujetó respetuosa pero fuertemente.



## IX.

**Husiones engañosas que producen los efectos de la refracción.**

Creemos poder asegurar á nuestros lectores que el Hada temía algo mas. Ella tambien se habia ocultado en los setos inmediatos al Couesnon para dejar pasar á los soldados de Meloir.

Despues de haber mirado frente á frente á su adversario, que bajaba los ojos con aire humilde y contrito, pero sin soltar su presa, cesó de abrigar temores, y Juanillo hubiera podido ver una sonrisa bajo su velo.

La Hada era del país, y sabia todas sus leyendas.

La accion de Juanillo era de esas que las mujeres y las hadas perdonan siempre.

¿No tenia por disculpa al amor?

— ¡Desgraciado! ¿Te atreves á detenerme? dijo la Hada ahuecando su tierna voz.

— ¡Oh! ¡buena señora! ¡buena señora! replicó Juanillo con acento sumiso, pero estrechándola con mas fuerza, todos saben muy bien que no soy valiente. Si aventuro mi vida, creed que es por que no puedo hacer otra cosa.

— ¿Y si yo tomase tu vida?

— ¡Buena Hada! soy un cobarde, es cosa conocida. Pero solo se muere una vez, y prefiero la muerte á ver á Simoneta casada con ese bribon de Gueffes.

— ¡Suéltame!

— ¡No, buena Hada! exclamó Juanillo con viveza, porque si os suelto os convertiriais en niebla.

— ¡Pero puedo vengarme en Simoneta!

Juanillo se estremeció lleno de terror.

— Hé'ahí una accion que estaria muy mal hecha de vuestra parte, porque Simoneta, la pobre chica, nada os ha hecho.

— ¡Suéltame!

— ¡Escuchadme, buena Hada! una vez por todas os digo que no os soltaré mientras no me hayais dado los cincuenta escudos de Nantes. Está dicho.

La Hada habia dejado caer su cesta en la arena. La escarcela del caballero Meloir estaba colgada de su cintura.

Juanillo habia pronunciado estas últimas palabras con tono respetuoso, pero decidido.

Hubo un silencio breve, durante el cual no se oyó mas que el silbido del viento que soplabá de alta mar, y la lejána trompeta de los jinetes bretones, que se llamaban unos á otros en medio de la oscuridad de la noche.

— Ese viento anuncia que está subiendo la marea, ¿no es verdad? preguntó bruscamente la Hada.

— ¡Oh! dijo Juanillo sonriendo, conoceis las playas tan bien como yo, buena señora.... aunque os haya cogido, añadió, como si una idea le hubiese ocurrido de improviso, en el charco Cayeu, en el cual no se detendría un niño de ocho años. En fin, no importa. Sin duda os divierte fingir ignorancia. Sí, buena Hada, ese viento anuncia que la marea sube.

— ¿Subirá hoy con rapidez?

— Con bastante.

— ¿Cuánto tiempo se necesita para ir de aquí al Monte San Miguel?

— Vos, buena Hada, necesitareis la cuarta parte de un minuto, si quereis.

El Hada golpeó el suelo con su lindo piececito.

— Corriendo como veníamos hace poco, se necesita un cuarto de hora largo.

— ¿Y me cortará el camino la marea?

— Próximamente dentro de media hora.

La Hada cogió la escarcela que llevaba en su cintura, y la arrojó á la arena, en donde los escudos hablaron con su alegre lenguaje.

Juanillo lanzó un grito de júbilo, soltó á la Hada, y se precipitó sobre la escarcela.

Pero de pronto se apoderó de él una idea.

— ¡Si serán monedas falsas del diablo! pensó. Se volvió con viveza pensando que la Hada estaría ya á la mitad del camino de las nubes. La Hada estaba de pié en el mismo sitio, y Juanillo observó por vez primera su esbelto, noble y gracioso talle.

No se veía su cara; pero en el momento adivinó Juanillo que era muy linda.

— ¡Niño! dijo ella con voz tan triste y tierna que Juanillo se arrojó involuntariamente al sitio en que se hallaba, no enseñes esa escarcela á nadie, porque podría acarrearle muchas desgracias.

— Preciso será llevarla á Simon le Priol, pensó Juanillo.

— Simoneta es hermosa y buena, repuso la Hada, ¡hazla feliz!

— ¡Oh! en cuanto á eso descuidad.

— Ruega á Dios por Mr. Hue de Maurever, tu señor, que está en desgracia; y si te necesita, mantente dispuesto á servirle.

— ¡Diantre! dijo Juanillo con acento confuso, ya sabeis, buena señora, que yo no soy muy valiente; pero no importa, comienzo á creer que llegaré á ser hombre algun dia, y mirad.... tenia grandes deseos de poseer cincuenta escudos de Nantes, puesto que me he atrevido á correr en seguimiento vuestro para obtenerlos.... Pues bien: esta noche, el caballero de allá abajo me ha dicho: « Si quieres entregarnos el traidor de Maurever, tendrás cincuenta escudos de Nantes. » Yo, en lugar de contestar, eché á correr.

— ¿Sabes dónde se oculta Mr. Hue de Maurever? preguntó la Hada.

— Algunas veces voy á pescar hácia la parte de Tombelene, contestó Juanillo con maliciosa sonrisa.

La Hada se estremeció, y en seguida le cogió la mano.

A la verdad, Juanillo tembló un poco, pero solo por costumbre.

— Si te llamasen en nombre del Hada de las playas, ¿ acudirias pronto? dijo esta.

— ¡A fe mia que sí! contestó Juanillo con viveza. Ahora de seguro iria.

— Está bien.... acuérdate y espera.... ¡Adios!

El Hada pasó de un salto el extremo de la charca Cayeu. El viento del mar alzó su velo, que flotó graciosamente detrás de ella. Juanillo quedó parado en el mismo sitio.

Hubo un momento, cuando la Hada pronunció el nombre de Hue de Maurever, en que quiso ocurrirsele una idea á Juanillo.

— ¡La señorita Reina! ¡sí! ella es.... ó su *espíritu* quizás, añadió, puesto que dicen que está difunta.

Hemos pasado ligeramente, con deliberado intento, por la parte prosáica de la escena. Por ejemplo, no hemos hablado mas que una vez de la cesta del Hada. Sin duda Juanillo no

había visto aquella cesta, que no cuadraba bien á una hada, pero aun hubiera estado peor en un alma en pena.

Un alma en pena nunca iría á llevar una cesta que contiene gallinas (¡ oh poesía !), un pan y un frasco de buen vino añejo. Un alma en pena es incapaz de hacer eso.

Sin embargo, Juanillo renunció mucho mas pronto á la idea de Reina de Maurever viva, que á la de Reina fantasma.

Y á la verdad, no se deben ver las cosas en las playas si se quiere permanecer en la realidad. Allí todo se reviste de un aspecto fantástico. La luz, origen y agente de todo espectáculo, obra allí de distinta manera que en tierra firme.

Así como el objeto mas vulgar colocado en el centro del caleidoscopo brilla de improviso y se tiñe de colores inesperados, así las condiciones de aquella atmósfera, la naturaleza del terreno, una cosa, en fin, que importa muy poco definir aquí, hace que aquellas playas sean un aparato inmenso, en el que la dióptrica y la catóptrica.....

¡ Cielo santo ! ¿ á dónde íbamos á parar ? Nos extraviábamos en el laberinto de la ciencia.

Volviendo á las maravillas de nuestras playas, donde hay efectos de luz que engañan la vista de los mismos habitantes de las costas, preciso será decir que ningun aparato de física podrá dar idea de ellas.

No es necesario ir al desierto de Sahara para ver efectos de refracción espléndidos. Las arenas de la bahía de Cancale presentan un espectáculo tan caprichoso, brillante y variado, como los arenales del África. La pálida luna de las playas bretonas tiene destellos fantásticos, como el sol brillante de Numidia.

Hay allí visiones milagrosas, sueños inauditos que ninguna imaginación inventaria, ni aun en el delirio de la calentura. La playa, cual un espejo mágico, revela entonces secretos de un mundo que no es el mundo de los hombres. Allí he visto selvas

encantadas bogando entre las nubes que mecen blandamente la isla de Armida, mas bella y suave que en los sueños del Tasso; he visto las líneas frias y severas del paisaje griego, la perspectiva sin fin de los Campos Eliseos.

He visto á Babilonia y sus orgullosos terrados sosteniendo naranjos mas altos que los robles de nuestros bosques.

He visto, como un fantasma, la selva muerta, el mágico bosque de Scissy, prolongando su verde enramada sobre el mar, y cubriendo con su sombra á Tombelene, el sitio de los sacrificios humanos. Mas léjos era una flota que avanzaba á velas desplegadas bogando sobre los arenales en el cielo. Mas léjos, era una procecion muda que desarrollaba la púrpura y el oro de sus infinitos anillos. Mas léjos, aun, un espeso cortinaje de álamos delante del castillo amado.

¡ Ilusion ! ¡ ilusion ! ¡ mentiras que encantan y arrebatan !

Pero bajo las cuales no hay mas que las desnudas arenas que están aguardando su presa.

¡ Oh ! ¡ no ! no era una mujer mortal aquel ser á quien Juanillo veía iluminado por los rayos de la luna.

Aquel ser corria, pero Juanillo veía perfectamente que sus piés ni siquiera rozaban las brillantes arenas.

En ellas, el pié de un cristiano se hubiera hundido hasta el tobillo.

Corria, pero su velo y su rebocillo eran los que la llevaban.

Pasaba por entre las chispas que la luna arranca de las arenas como por encima de una lluvia de oro. De pronto el terreno se inclinó bajo sus piés, y la Hada se elevó. Sin duda cabalgaba en las nubes.

Luego hubo mas.

Juanillo se arrepintió amargamente de haberla dicho que el mar tardaría media hora en llegar, porque llegaba ya.

El mar corria, liso y terso cual una superficie plana de cristal, bajo los piés de la jóven.

Pero los piés de la jóven no se movian.

¡ Oh! era una Hada realmente, el Hada de la narracion de Simón le Priol, el Hada del caballero breton que corria sobre las olas.....

Una nube ocultó la luna, y el Hada desapareció.

Juanillo pesó la escarcela en su mano, y volvió á encaminarse muy pensativo hácia la aldea de San Juan.

Poseia aquella fortuna que con tanto anhelo habia deseado; los cincuenta escudos de Nantes que habian de hacerle tan feliz.... y sin embargo, su cabeza se inclinaba sobre el pecho.

No era el mar lo que Juanillo habia visto bajo los piés de la Hada. Era el efecto de la refraccion de la noche.

Juanillo conocia demasiado muy bien las mareas, él, que vivia constantemente con los piés en el agua desde su primera infancia, para haberse equivocado de media hora.

Se ha dicho con frecuencia que en la playa de la bahia de Cancale sube el mar con la rapidez de un caballo á galope. Si con esto han querido decir que el mar, al arrancar del terreno bajo, avanza sobre las arenas con la rapidez de un caballo que va corriendo á galope, de seguro se han equivocado.

Si han querido decir, por el contrario, que un caballo que arrancase desde la parte baja del agua, en las mares grandes, necesitaria correr á galope para no ser sumergido, han dicho la verdad exacta.

Esto consiste en que la playa, llana en la apariencia, tiene, como hemos dicho, ciertas arrugas, ciertas cavidades ó senos, en los que la arena movediza cede de un modo casi insensible, pero suficiente para atraer las aguas, por razon de la ausencia de la pendiente general.

Cuando sube el mar, estos huecos de la playa forman una

especie de rios sinuosos que se llenan en seguida, y que es muy dificil ver en cuanto reina la niebla, porque estos rios no tienen orillas.

El agua que hay en ellos no hace mas que llenar los hueco de la playa, y de tal manera que se puede correr muy léjos de las orillas, sobre una superficie seca y que parece segura, y donde está aguardando una muerte inevitable.

Porque aquel mar invisible se introduce sin ruido, el agua llena las cavidades, y se está en una isla que va á desaparecer á su vista bajo las aguas.

Este es uno de los peligros principales, el mayor quizás despues de las arenas movedizas que humedecen aquellos lagos subterráneos. A la simple vista sube el mar, por el contrario, con cierta lentitud igual y paciente, excepto en las grandes mareas.

Esto en nada se parece al flujo fogoso y ruidoso que se observa en las costas.

En la playa no se ven, hablando con propiedad, olas ni resaca, porque las olas han sido rotas mil veces desde la entrada de la bahia hasta los arenales, y tambien, sin duda, porque la marea no encuentra ninguna especie de obstáculo.

No es mas que el nivel que sube, y el agua que se derrama en virtud de las leyes de la gravedad.

No hay esfuerzos, no hay lucha, no hay olas encrespadas entreabriendo su vientre de color esmeralda y arrojando su loca espuma hácia el cielo.

Para pintar el mar tempestuoso, enfurecido, de seguro que un pintor no escogerá en tiempo alguno las cercanias del Monte de San Miguel.

¿ Pero qué importan el movimiento, el estrépito y la cólera? Las personas que pegan friamente y en silencio, matan lo mismo, ó mejor, que si les arrebatare la rabia.

El movimiento desordenado, el estrépito, las amenazas, son avisos; mientras que la tranquilidad atrae y engaña.

El pérfido reposo es precisamente lo que hace tan mortíferos los remolinos de arena movediza.

Entre los que han muerto en los arenales, mas de uno ha debido sonreír al ver al mar subir entre Avranches y el Monte. Porque, ¿cómo recelar de aquel lago veneciano, que se va extendiendo gradualmente, y que llega á acariciar con tanta suavidad los piés del caminante?

Aquel lago veneciano tiene brazos muy largos que extiende y cierra detrás del viajero.

¡Cuidado con él!

Eran mas de las dos de la madrugada cuando la Hada llegó á las rocas negras que forman la base del Monte de San Miguel.

El mar subía detrás de ella, y se le oía correr hácia uno y otro lado del Monte.

La Hada se sentó en un trozo de roca con el fin de tomar aliento. Apoyó las dos manos en el pecho para comprimir los latidos de su corazón.

Desde San Juan de las playas al Monte, hay legua y media cumplida, y la Hada, al atravesar aquella distancia, no habia cesado un instante de correr.

Alzó su velo para limpiarse el sudor de la frente, y mostró á los rayos de la luna la fisonomía tierna y noble que ya hemos admirado en la sala grande del castillo de San Juan. En seguida dió vuelta á la base de las rocas, entró en la sombra bajo la muralla meridional de la ciudad, y pudo oír en lo alto del muro el paso acompasado del soldado que estaba de centinela.

No era para introducirse en la ciudad para lo que nuestra linda Hada tomaba aquel camino, porque pasó de la Torre del Molino, que era la única entrada de la ciudad, y comenzó á

trepar por las rocas cortadas casi perpendicularmente, y en las que no habia sendero alguno trillado.

Aunque la noche era clara, costábala gran trabajo adelantar entre las masas de piedra que desgarraban sus manos, y en las que apenas podia sentarse el pié.

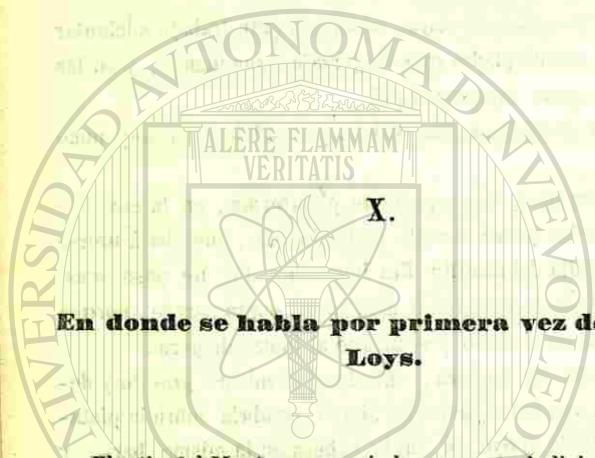
La Hada continuaba con valor; pero adelantaba muy poco terreno.

Llegó por fin á una especie de plataforma, en la cual habia un lienzo de pared cortado verticalmente, que iba á unirse con la muralla del castillo. Era imposible dar un paso mas. Pero la Hada no necesitaba ir mas léjos, segun parece, porque puso la cesta en el suelo y se acercó al lienzo de pared.

Una especie de tronera, abierta en el mismo granito y defendida por una barra fuerte de hierro, se abria sobre la plataforma. La Hada apoyó su rubia cabeza en la misma barra, y dijo en voz muy baja:

— ¡Señor Aubry!

— ¿Sois vos, Reina... mi hermosa Reina? contestó una voz lejana que parecia salir de las entrañas de la tierra.



**En donde se habla por primera vez de maese Loys.**

El sitio del Monte en que á la sazón se hallaba Reina de Maurever, apenas era bastante espacioso para que pudiese sentarse mas de una persona. Precisamente encima de ella se alzaba la gran plataforma del castillo, sobre la cual se halla la basilica. Reina tenia á su izquierda los muros inclinados de la Montgomerie, por donde se subia al claustro y á toda aquella parte de los edificios denominada la *maravilla*. Habia un arquero en la garita de piedra tallada en el flanco de la plataforma.

Reina lo sabia, pues no era la vez primera que iba allí. Sabia tambien que la consigna de los arqueros era tirar, sin avisar, á donde quiera que vieses un movimiento en las rocas.

Y esta consigna, sea dicho de paso, no era supérflua, pues mas de una vez intentaron los ingleses introducirse por aquel sitio, nocturnamente y á traicion, en el recinto del convento-fortaleza.

Reina de Maurever, en su vida habitual, era una niña tímida y buena. Al ver sus grandes ojos azules que á cada momento

buscaban el abrigo de sus largas pestañas, nadie la hubiera tomado por una heroína.

Pero Reina tenia el corazón de un caballero cuando se trataba de hacer bien.

Ni siquiera pensaba en la muerte. Era cosa convenida consigo misma, que en sus excursiones aventureras la muerte estaba en todas partes, lo mismo en las playas que en torno del Monte. Las arenas movedizas, el mar, las balas ó los dardos de los ballesteros, todo esto da la muerte, y todo esto lo arrojaba.

Pero Reina de Maurever despreciaba la muerte porque era cristiana, porque era jóven, porque amaba.

Juana de Arc, otra muchacha inspirada de Dios, acababa de verificar el milagro que permanece, cual un diamante deslumbrador, entre las joyas de nuestros anales. Juana de Arc, á quien el siglo XVIII ha insultado, á fin de que ninguna honra faltase á su memoria.

La pobre Reina no era Juana de Arc. Quizás su hermoso brazo hubiera flaqueado bajo el peso de la armadura; pero ella no tenia que salvar un trono. Su fuerza estaba á la altura de su modesta abnegacion.

La venganza del duque Francisco la hacia mas pobre y desvalida que el mas indigente de los vasallos de su padre.

Ya no podia dar mas que su vida, y la daba sencillamente, y aun íbamos á decir que con alegría.

No era una de esas criaturas *interesantes* que se hacen pagar demasiado caro su martirio con la tristeza y el fastidio que siembran en torno suyo. Era una jóven, nada mas que una jóven, que soportaba sus penas con valor, pero que aspiraba ardentemente á la felicidad.

Era hermosa, era amada, se esforzaba, rogaba y tenia esperanza.

¿No vale esto mas que ponerse pálida en ocasiones dadas y acusar al destino?

Aubry era en verdad el amante que necesitaba la rubia hija de las playas. Valiente como un leon, vivo, impetuoso, sensible, jóven de corazon y de cuerpo, tan hermoso como ella, un verdadero caballero en embrion. Se amaban con toda la vehemente candidez de sus almas.

Acaso habrian tardado mucho en decirselo, porque entonces habia un código de amor mucho mas voluminoso que nuestro código civil, y del cual para obrar bien, habia que observar todas las prescripciones galantes; pero entre ellos, la desgracia habia suprimido los preliminares. Aubry, al arrojar la espada hecha pedazos á los piés del duque en la basilica del Monte San Miguel, habia ganado la batalla de un solo golpe.

Desde entonces le consideraba Reina como á su prometido. Hacia quince dias que Aubry estaba cautivo.

Francisco de Bretaña le mandó prender en la misma tarde del acontecimiento referido en las primeras páginas de este libro.

Desde entonces no habia visto mas que al hermano lego encargado de llevarle su racion, y á Reina que habia ido algunas veces á visitarle.

La ventana de su calabozo estaba hecha de modo que no pudiese ver mas que el cielo.

El suelo que pisaba estaba seis piés mas bajo que la ventana de la tronera. El calabozo habia sido abierto, con otros tres iguales, bajo la plataforma, por Nicolás Famigot, antiguo prior claustral y vigésimo cuarto abad de San Miguel.

El interior era todo roca. En la parte superior de la puerta habia un cuadrado hecho á cincel en la piedra, con esta fecha: A. D. 1276.

Los obreros, al abrir aquella celda cuadrada en la roca viva

habian formado un cubo pequeño de granito destinado á sostener la cabeza del prisionero.

Fuera de esta pequeña atencion, los cuatro calabozos estaban enteramente desnudos.

Solo algunos años mas tarde fué cuando Luis XI, el rey demócrata, se detuvo maravillado al ver aquellos calabozos modelos. Luis XI conocia los peligros de la guerra que habia declarado á sus grandes vasallos, y le gustaban los calabozos seguros. El Monte San Miguel le agradó sobre toda ponderacion.

Volvió otra vez allá y utilizó lo mejor que pudo calabozos tan recomendables.

En la época en que pasa nuestra historia, ningun cautivo político habia ilustrado todavía los subterráneos del Monte San Miguel.

Aquellos calabozos eran simplemente los penitenciarios del convento.

Por otra gracia especial, el hermano guardían habia sido autorizado para entregarle un haz de paja, de modo que Aubry estaba muy á gusto.

En el momento en que la voz de Reina resonó sobre el saliente que habia debajo de la ventana tronera, Aubry dormia tendido en la paja.

Pero el sueño de un cautivo es muy ligero.

Bastó con que llamase una vez á Aubry para que estuviese de pié.

De un salto llegó al poyo de la tronera y allí se mantuvo suspendido.

— Buenas noches, Reina. ¡Reina mia querida! dijo con alegría; estaba soñando en vos.

Reina tendió su hermosa mano hasta donde se lo permitió la longitud del brazo.

El esfuerzo del jóven militar solo sirvió para tocar aquella linda mano con el extremo de los dedos.

Reina no pudo menos de decir, sonriendo con tristeza:

—¡Pobre Aubry!

Aubry se echó á reír.

—¿Me compadeceis?... exclamó. Pues bien, yo pensaba ayer que si me hallase en libertad no vendriais desde tan léjos á verme, Reina mia adorada, y cuando pienso así, me encuentro feliz con estar prisionero.

—¡Loco! murmuró Reina ruborizándose.

—¡Os amo tanto, niña mia!... No me culpeis por la felicidad que encuentro en este sepulcro de piedra, pues estoy en él con vos, Reina. Si estoy despierto, sueño en vos; si estoy dormido os veo en sueños. ¡Disculpad que no me fastidie tanto como se figuran!

Su mano derecha, que estaba agarrada al poyo de la tronera, se soltó, porque comenzaba á entumecerse; sus piés llegaron al suelo y saltaron. Su mano izquierda se agarró á la arista y soportó á su vez todo el peso del cuerpo. Era preciso ser un enamorado, y un enamorado de veinte años, para estar en aquella posicion intolerable.

—Hace un momento, repuso, os veia en el angosto y verde sendero que hay al pié del castillo de mi padre, en la comarca de Saint Brieu. Vuestros piés se hundian en el mullido césped, Reina, y maese Loys saltaba delante de vos. ¿Os acordais de maese Loys?

—¿Vuestro hermoso galgo negro?

—Mi hermoso lebrél, mi pobre amigo tan querido, el único ser que me amaba en este mundo antes de que Dios me concediera vuestro amor, Reina mia, y desde que mi padre había muerto. ¿Qué habrá sido de mi valiente Loys?

La voz de Aubry era triste.

—Es verdad, dijo Reina, ¿qué habrá sido de él?

—Al marchar á la ciudad de Avranches, contestó Aubry, le habia dejado en Dinan, en la posada del Gran San Medardo. Yo debia un escudo al posadero, y regularmente habrá vendido á maese Loys para cobrar con creces el importe de su crédito.

—Se puede preguntar.....

—¿Hareis eso, Reina? exclamó el jóven con extraordinaria viveza. Escuchad, sois mi ángel salvador, nunca os amaré lo suficiente!

Volvió á desaparecer Aubry para aparecer en seguida otra vez, y entonces fué su mano derecha la que se agarró á la base de la tronera.

—Muy feliz era ese maese Loys, dijo Reina riendo.

—¿Os sorprende que piense en él? preguntó Aubry. Cuando seais mi mujer, Reina, ya vereis como os quiere. Pero no podeis ir á Dinan.....

—Tengo un mensajero dispuesto, dijo Reina interrumpiéndole.

Y pensaba en el pescador de mariscos, Juanillo, que tenia tan buenas piernas.

—¡Gracias, Reina mia, gracias! exclamó Aubry con vehemencia. Me parece que nada me faltaria aqui si supiese que mi hermoso Loys estaba en buenas manos, tratado como merece. Pero hablemos de vos. ¿Hay algo nuevo?

Reina movió la cabeza á uno y otro lado.

—¡Ay! que el pais está lleno de soldados, contestó, y nos costará mucho trabajo defendernos y escondernos en lo sucesivo. Ayer han pregonado y prometido una cantidad crecida á quien entregue la cabeza de mi padre.

—A Dios gracias aun no está ganada esa recompensa.

—Eran muy numerosos..... Media docena de hombres de ar-

mas, sin contar el jefe que es un caballero, y muchos soldados....

— ¡ Ah ! dijo Aubry, ¿ nuestro señor Francisco ha encontrado un caballero para envilecerse en ese oficio ?

— No le ha encontrado, repuso Reina, ha hecho uno.

— ¡ Enhorabuena !... ¿ y quién es el villano ?.....

— Uno de vuestros parientes, Aubry.

— ¡ Meloir ! exclamó el joven con esa indignacion mezclada de desprecio que no puede borrar por completo la sonrisa. ¡ Meloir ! mi rival.... ya sabeis, Reina.....

Reina se enderezó.

— ¡ Oh ! ¡ no os ofendais ! en otro tiempo era bueno.... pero ya vereis que será ahorcado algun dia como un villano, si no le clavo antes mi daga en el pecho.

— ¡ Pobre Aubry ! dijo Reina, entre su pecho y vuestra daga hay gran distancia.

Aubry desapareció, como si aquella observacion le hubiera anonadado ; pero solo era su mano derecha que se cansaba.

Aquellas caidas repentinas del pobre prisionero aumentaban la singularidad de una escena en la que la alegría de dos corazones valientes y jóvenes luchaba quizás victoriosamente contra un dolor profundo y abrumador.

Cuando la cabeza de Aubry volvió á aparecer, Reina vió que sacudia con cólera sus rizados cabellos.

— ¡ Paciencia ! dijo. Ya sé que no sirvo para nada. Pero, si Dios quiere, pagaré todas mis deudas de un solo golpe. Volvamos á vos, Reina ; hablábamos de la comitiva de ese bribon de Meloir.

— Decia que su número me aterra, Aubry, é iba á añadir que el secreto del paradero de mi padre ya no es solo mio.

— ¡ Cómo ! ¿ habeis confiado ?.....

— Solo á vos, Aubry, exclamó el joven enderezándose, y si

he obrado mal, no sois vos quien debe culparme. Pero hace dos noches que al atravesar la playa ví que me seguian. Retrocedí; hice cuanto pude para burlar aquella vigilancia..... creí haberlo conseguido, y me engañaba. Al poner los piés en la roca de Tombelene, volví á ver á aquella sombra, alta, delgada y deforme, que salia de la niebla al mismo tiempo que yo.

— ¿ Y conocisteis al espia ?

— Conoci al normando Vicente Gueffes, que habita hace algunos años en la posesion de San Juan de las Playas.

— ¿ Es hombre de bien ?

— Dicen en la aldea que por un escudo venderia su alma.

Aubry guardó silencio.

— Hay otro además, prosiguió Reina, pero este es un niño leal y candoroso.... Solo temo á Gueffes.

— ¿ Os acordais, Aubry, repuso Reina despues de una pausa, de que la semana pasada estábamos todavía llenos de esperanzas y nos deciamos: « Nuestra pena durará, cuando mas, cuarenta dias, puesto que Francisco de Bretaña solo tiene cuarenta dias de vida ? » Dios me es testigo de que todas las noches ruego para que el señor duque se arrepienta y no muera. Pero en fin, esas son cosas que mis oraciones no cambiarán. Mr. Gilles dijo: « ¡ Dentro de cuarenta dias ! » Su voz moribunda resuena todavía en mi oido. Hoy han trascurrido dos semanas; solo quedan veinte y cinco dias de afliccion. Pues bien, Aubry, mi esperanza va desapareciendo.

— No digais eso, Reina, ó hareis que me vuelva loco en esta jaula maldita.

— ¡ Ay Dios ! continuó diciendo la señorita de Maurever, ¡ un anciano y una joven para pelear contra tantos soldados ! Aun no os lo he dicho todo. Si Vicente Gueffes no nos vende, sabrán pasarse sin él. ¿ Habeis oido hablar, Aubry, de esos lebreles que cazan á los náufragos en las playas de Audierna y de

Douarnenez en torno de las rocas de Pennemarch?..... Pues Me-loir aguarda doce de esos lebreles.....

—¡Miserable! exclamó Aubry.

—Mañana, al atravesar la playa para llevar comida á mi padre, prosiguió Reina, seré cazada por la jauría de Rieux lo mismo que una fiera.

La mano de Aubry se adelantó hasta la barra de hierro que sacudió con furia. La barra de hierro, soldada en la roca, no se movió siquiera.

—¡Preciso será que ceda! murmuró el pobre porta-estandarte arrastrado por un verdadero acceso de delirio. ¡La arrancaré, la arrancaré! ¡Y si no puedo, desgarraré la roca con mis uñas! Ahora moriré rabiando en este agujero, y si el viento me trae esta noche los ladridos de esa jauría infernal.....

No acabó la frase. De su pecho salió un gemido. Su mano ensangrentada soltó al mismo tiempo la barra de hierro y la punta saliente de la roca.

Reina le oyó caer como una masa inerte en el fondo del calabozo.

—¡Aubry! dijo la jóven asustada.

Nadie contestó.

—¡Aubry!..... volvió á murmurar.

No se atrevia á levantar la voz por razon del arquero que estaba de centinela en la plataforma.

Aubry guardó silencio.

Reina juntó las manos y su oracion desesperada se elevó hácia el cielo.

—¡Dios mio! ¡y vos, Virgen Santa! ¡apiadaos de nosotros! ¡Aubry! murmuro por tercera vez. Venid aquí, venid, que he estado en Dol y traigo una lima de acero.

Aun no habia concluido estas palabras, cuando la cabeza de Aubry se mostraba de nuevo en la tronera.

—¡Una lima! exclamó delirando de júbilo, como poco antes deliraba de dolor. ¡Una lima de acero! ¡estamos salvados, Reina..... salvados!

En el interior del calabozo sonó un ruido ronco, iluminándose de improviso.

—¡Bajaos! murmuró Aubry.

Reina obedeció.

Habia tenido tiempo para ver en el interior del calabozo una cabeza calva, cuya convexa frente recibia de lleno la luz de una lámpara.

## XI.

**Proezas de maese Loys.**

Reina solo tuvo el tiempo necesario para echarse hácia atrás con viveza y pegarse á la pared exterior del calabozo.

En el interior oyó una voz ruidosa, alegre, que decia:

—¡Estais cogido, maese Aubry! ¡Siempre bostezando á la luna! Por san Bruno, mi patron, ¿no teneis bastante con todo el dia para pensar en las musarañas? Andad, que si mi deber no me llamase aquí esta noche, estaria roncando como el pitorro del coro.

—Yo no tengo sueño, mi buen hermano Bruno, contestó Aubry, que hubiera querido verle á cien piés debajo de tierra.

—Pues bien, ¡maldito si lo entiendo! exclamó el lego; en mi tiempo, los jóvenes dormian mejor que los ancianos..... Pero al cabo la tristeza es la que os aguijonea, mi buen hidal-

Douarnenez en torno de las rocas de Pennemarch?..... Pues Me-loir aguarda doce de esos lebreles.....

—¡ Miserable! exclamó Aubry.

—Mañana, al atravesar la playa para llevar comida á mi padre, prosiguió Reina, seré cazada por la jauría de Rieux lo mismo que una fiera.

La mano de Aubry se adelantó hasta la barra de hierro que sacudió con furia. La barra de hierro, soldada en la roca, no se movió siquiera.

—¡ Preciso será que ceda! murmuró el pobre porta-estandarte arrastrado por un verdadero acceso de delirio. ¡ La arrancaré, la arrancaré! ¡ Y si no puedo, desgarraré la roca con mis uñas! Ahora moriré rabiando en este agujero, y si el viento me trae esta noche los ladridos de esa jauría infernal.....

No acabó la frase. De su pecho salió un gemido. Su mano ensangrentada soltó al mismo tiempo la barra de hierro y la punta saliente de la roca.

Reina le oyó caer como una masa inerte en el fondo del calabozo.

—¡ Aubry! dijo la jóven asustada.

Nadie contestó.

—¡ Aubry!..... volvió á murmurar.

No se atrevia á levantar la voz por razon del arquero que estaba de centinela en la plataforma.

Aubry guardó silencio.

Reina juntó las manos y su oracion desesperada se elevó hácia el cielo.

—¡ Dios mio! ¡ y vos, Virgen Santa! ¡ apiadaos de nosotros! ¡ Aubry! murmuro por tercera vez. Venid aquí, venid, que he estado en Dol y traigo una lima de acero.

Aun no habia concluido estas palabras, cuando la cabeza de Aubry se mostraba de nuevo en la tronera.

—¡ Una lima! exclamó delirando de júbilo, como poco antes deliraba de dolor. ¡ Una lima de acero! ¡ estamos salvados, Reina..... salvados!

En el interior del calabozo sonó un ruido ronco, iluminándose de improviso.

—¡ Bajaos! murmuró Aubry.

Reina obedeció.

Habia tenido tiempo para ver en el interior del calabozo una cabeza calva, cuya convexa frente recibia de lleno la luz de una lámpara.

## XI.

## Proezas de maese Loys.

Reina solo tuvo el tiempo necesario para echarse hácia atrás con viveza y pegarse á la pared exterior del calabozo.

En el interior oyó una voz ruidosa, alegre, que decia:

—¡ Estais cogido, maese Aubry! ¡ Siempre bostezando á la luna! Por san Bruno, mi patron, ¿ no teneis bastante con todo el dia para pensar en las musarañas? Andad, que si mi deber no me llamase aquí esta noche, estaria roncando como el piporro del coro.

— Yo no tengo sueño, mi buen hermano Bruno, contestó Aubry, que hubiera querido verle á cien piés debajo de tierra.

— Pues bien, ¡ maldito si lo entiendo! exclamó el lego; en mi tiempo, los jóvenes dormian mejor que los ancianos..... Pero al cabo la tristeza es la que os aguijonea, mi buen hidal-

go.... y comprendo eso... ¡guárdeme san Miguel! he sido soldado antes de ser fraile, y digo que habeis hecho bien en tirar vuestra espada á los piés de ese pálido bribon que ha envenenado á su hermano.

— ¡Bruno! exclamó severamente el jóven interrumpiéndole; delante de mí no se ha de hablar así de mi señor y dueño!

— ¡Bien! ¡bien! sé que sois leal como el acero, señor Aubry..... Mirad, yo os quiero, y si fuese aquí el amo, en este mismo momento tendrais abierta la puerta.... porque es una vergüenza para la abadía de San Miguel servir de prision para los caprichos de ese condenado Francisco..... ¡Bien! ¡bien! ya contengo mi lengua, caballero..... Decia, pues, hijo mio, que sois un excelente hombre de armas..... y que por todo lo del mundo no quisiera apenaros..... Y mirad, añadió con acento enteramente paternal, si alguna vez me dijeseis: «Fray Bruno, de buena gana beberia un frasco de vino de Gascuña.....» con tal que no fuese Cuatro-Temporas ó vigilia, no me incomodaria con vos.....

El excelente fray Bruno hablaba así con una volubilidad extraordinaria, sin puntos ni comas, y mientras hablaba, su franco semblante sonreía bondadosamente. Era casi un anciano, una cabeza pálida y calva, pero llena, que en otro tiempo podía muy bien haber sido la cabeza de un verdadero calavera.

Desde que Aubry estaba encerrado en los calabozos de la abadía, fray Bruno hacia lo posible por endulzar el rigor de su cautiverio. En la hora de las rondas, nunca pasaba por delante del calabozo de Aubry sin entrar á charlar un rato.

Aubry le queria porque conocia que tenia un corazón noble y sano. Dejaba al fraile que le contase los pormenores del último sitio del Monte, pues ya el monje habia vuelto á ser un poco soldado entonces, con motivo de las circunstancias, y hubiera querido que el Monte estuviera sitiado siempre.

Pero los ingleses, vencidos, habian abandonado hasta su fortaleza de Tombelene, despues de haberla arruinado previamente. Los verdaderos dias de fiesta habian pasado.

Por lo general, Aubry recibia con placer y cordialidad las visitas del fraile, pero á la sazón sabemos muy bien que no podia estar en la conversacion; mientras fray Bruno hablaba, él meditaba.

Fray Bruno lo observó y comenzó á reirse.

— De seguro que no podré incomodaros, dijo, porque me parece que no recibis visitas.....

Aubry se esforzó en conservar un continente sereno.

— Pero ya recuerdo, repuso fray Bruno riendo con mas fuerza. Dicen que el trago de las playas, que habia desaparecido hacia cien años, ha vuelto. Los pastores del Monte no hablan mas que de la buena Hada hace ya quince dias. Vos estabais subido en vuestra claraboya cuando entré. Quizás el Hada habrá venido á veros montada en los rayos de la luna.

De seguro que fray Bruno no creia acertar con tanta exactitud.

Aubry soñaba despierto.

— A propósito de esa Hada de las playas, prosiguió el monje, hay millares de leyendas, mas divertidas unas que otras. A vos, que os gustan tanto las leyendas, señor Aubry, ¿os agradaria que os refiriese una?

Y al decir esto, fray Bruno se sentaba sobre la paja del lecho y ponía la lámpara en el suelo. Era evidente que la idea de contar una leyenda le llenaba de alegría.

Aubry le estaba dando á todos los diablos con su alma entera.

— En tiempo de los primeros cruzados, comenzó á decir fray Bruno, el señor de Chateaufeuf, que era Juan de Rieux, lo vendió todo, hasta la cadena de oro de su mujer, para equipar cien lanzas..... ¿ Me escuchais, maese Aubry?

—No mucho, mi buen hermano Bruno.

—La leyenda que os estoy refiriendo se llama la *Gruta de los záfros*, y muestra todos los tesoros ocultos en el fondo del mar.

—No seré yo quien vaya á buscarlos, murmuró Aubry.

—Juan de Rieux, habiendo equipado sus cien lanzas, fué hasta Dinan para colgar un medallon bendito en el altar de Nuestra Señora, y en seguida partió, dejando á su esposa, la bella Alienor, confiada al cuidado de su senescal....

Aubry bostezó.

—Nunca oí á un cristiano bostezar al oír esta leyenda, señor Aubry, dijo el lego algo picado; y eso me recuerda otra aventura....

—¡ Oh! ¡ mi buen hermano Bruno! ¡ si supierais qué sueño tengo!

—Pues hace un momento suponíais....

—Es verdad.... pero desde entonces....

—¿Segun eso soy yo quien os aduerme hoy, caballero? preguntó fray Bruno levantándose.

—No lo creais, excelente fray Bruno, replicó Aubry, y le endió la mano.

El monje la tomó sin rencor y la sacudió con franqueza.

—¡ Vamos! exclamó, en castigo nunca me oireis contar la leyenda de la *Gruta de los záfros*, que están en el fondo del mar. Buenas noches. No me olvidéis en vuestras oraciones, y tened buenos sueños.

Apenas habia vuelto á cerrar la puerta, cuando Aubry se colgaba de nuevo del poyo de la tronera.

—¡ Reina! dijo, ¡ oh! Reina, bendigaos Dios por haber tenido el pensamiento de traerme una lima!

—Quiera Dios que no os equivoqueis, Aubry.

—Mañana á las ocho estará limada esta barra.

—Pero ¿ podreis pasar por esta hendidura angosta?

—Pasaré, Reina mia adorada, aunque hubiera de dejar en ella la piel de mis hombros y de mis riñones.

—Y cuando hayais pasado, mi pobre Aubry, ¿ tendremos siquiera un enemigo menos?

—Tendreis un defensor mas, Reina, exclamó el jóven con entusiasmo. Escuchad, mientras ese monje estaba aqui, yo meditaba y recordaba. ¿ No se sabe, por ventura, que todo lo puede el hombre de corazon, aun cuando sea contra una multitud? Con Loys para combatir con lebreles de Rieux, y yo para pelear contra los hombres de armas del malvado Meloir, ¡ por ¡ san Briec, Reina mia, iré yo á la batalla muy alegre.

—Lo sé.... comenzó á decir la jóven.

—¡ Escuchad! ¡ escuchad! Reina, prosiguió Aubry con creciente vehemencia; ¡ vos no conoceis á maese Loys! Es un paladin á su manera, puedo jurarlo. Una vez, hace dos años... mi noble padre, que estaba enfermo y á la muerte, ¡ tuvo deseos de comer lomos de gamo. Los gamos se van marchando de nuestra Bretaña, pero aun los hay en el monte Jugon. Dije á mi padre:

—¡ Señor! voy á buscaros un gamo.

El se sonrió y me dió su descarnada mano.

Cuando un hombre va á morir, tiene deseos locos como los niños ó las mujeres.

Solo cogí á maese Loys y bajé hácia Lamballe.

Caminamos durante un dia entero. Al dar la vuelta al bosque de Jugon se alza el castillo de los antiguos señores de Kerial, habitado ahora por el judío Isaac Helles, platero del último duque.

Isaac tenia seis hijos que pretendian ser dueños del bosque. Todos eran altos y robustos mocetones, con la boca hundida y la nariz en forma de pico de águila, como los hijos del Oriente. Si alguno, ya fuese hidalgo ó villano, cazaba en el bos-

que, los hijos de Isaac Helles acudían presurosos y le daban muerte.

Esto era cosa sabida y nadie cazaba.

Tenían una jauría adiestrada para precipitarse sobre los cazadores furtivos y sobre sus perros. Llegué á la caída de la noche á los linderos del bosque de Jugon. Maese Loys descubrió la pista desde los primeros pasos, pero era demasiado tarde para cazar. Conoció las huellas, y anduve una legua por el bosque para escoger un sitio en que apostarme.

Yo no llevaba más armas que mi venablo y mi puñal; un buen venablo, Reina, fuerte como una lanza y aguzado como una aguja. Até á maese Loys al tronco de un castaño, y le dije: « échate, » y no volvió á moverse.

Llegó el gamo trotando por la espesura; maese Loys se hacía el muerto. Cuando pasó el animal le clavé mi venablo en el brazuelo; cayó de espaldas, y le rematé de una puñalada. Maese Loys lanzó un prolongado aullido de alegría.

Como si aquel grito hubiera evocado una legión de demonios, el bosque se iluminó de improviso. Brillaron las hachas de viento entre los árboles y sonó la trompa. Vióse á varios jinetes acudir al galope, excitando á los perros lanzados á carrera tendida.

Dije pára mí:

— Hé ahí á los hijos de Isaac Helles, el judío, que vienen con su jauría para matarme.

De un tajo corté la correa que sujetaba á Loys, y cogí mi venablo en la mano.

Loys no echó á correr. Se quedó delante de mí, bien plantado sobre sus cuatro piés, y con la cabeza erguida.

Los judíos gritaban desde lejos: « ¡A ese, á ese! »

Había un roble corpulento que se hallaba á la derecha del camino. Fui á arrimarme á él de espaldas, para no ser asesinado

á traición. En aquel mismo momento cayeron sobre nosotros como el rayo los hijos de Isaac con su jauría y con sus criados. Aun me parece estar viendo sus rostros largos y cobrizos al rojizo resplandor de las teas. ¡No podré decir lo que pasó entonces, Reina, porque yo mismo no lo sé!

Agitábase en torno mio aquel torbellino; yo recibía á la vez golpes en todo el cuerpo, y mi frente se inundaba de sangre y de sudor. Solo me acuerdo de que á veces decía maquinalmente y casi sin saberlo:

— ¡Animo, maese Loys!

También me acuerdo de que le veía delante de mí, mudo en medio de la jauría que aullaba, y defendiéndose como solo Dios lo sabe. Mi venablo se alzaba y volvía á caer; comenzaba á no sentir mis heridas, lo cual es señal de que va uno á desmayarse ó á morir.

Aubry se detuvo para tomar aliento.

En aquellos tiempos, en que toda existencia atravesaba peligros violentos, la delicadeza de las mujeres, lejos de manifestar repugnancia hácia estos relatos, aumentaba el interés que les inspiraban. Como habían curado muchas heridas, ya no les causaba horror la sangre.

Y cuando tales narraciones eran hechas por el hombre escogido entre todos, ya no era interés lo que excitaban, sino pasión.

Reina escuchaba á su amante sin alentar. Figurábase estar en el bosque, al pié del corpulento roble. El resplandor de las teas la deslumbraba, el ruido la aturdió. Ya la parecía estar desangrando por las heridas de Aubry y exclamaba:

— ¡Animo! ¡maese Loys! ¡defiende á tu amo!

— Sin embargo, repuso Aubry con la candidez de su valor, yo quería llevar los lomos de gamo á mi señor padre que tanto los deseaba.

Yo sentía que iba caerme y dije:

—Vamos, Aubry, un golpe postrero.

Y abandoné mi puesto, como una guarnición sitiada que hace una salida, y fui blandiendo el venablo..... y golpeé, ¡cielo santo! cuanto pude. Me pareció que las teas estaban apagadas y que ya nadie había en torno mío. Un velo de tinieblas se extendía ante mis ojos y me dejé caer.

Permanecí allí mucho tiempo. Cuando desperté, el sol naciente hacía jugar sus rayos entre las frondosas ramas de los árboles.

Maese Loys, con el hocico ensangrentado, lamía mis heridas. En torno mío yacían sobre la yerba seis cadáveres que eran los de los seis hijos de Isaac Helles. Por su parte, maese Loys había ahogado á dos judíos y á media docena de perros.

Era un hermoso animal maese Loys.

Descuarticé el gamo, porque no podía llevarle entero, cogí los lomos, y volví al castillo algo maltratado, pero contento. Mi anciano padre, que ya no veía, no supo que yo estaba herido. Comió los lomos de gamo sonriendo, y los encontró muy buenos.

Tal fué la conclusión del relato de Aubry.

Como Reina seguía escuchando, añadió:

—Dios me conceda la alegría de verme con maese Loys á mi lado, y un arma en la mano, en medio de los soldados de mi primo Meloir. No le pido más.

—Sois valiente, Aubry, dijo Reina con ternura; sereis capitán. ¡Si! teneis razón; si estuvieseis libre podríamos salvar á mi padre.

—¡Pues bien! mi hermosa Reina, exclamó el joven comenzando á limar la barra de hierro, trabajemos para conseguir mi libertad.

El acero rechinó sobre el hierro.

Aubry estaba en una postura muy incómoda, pero trabajaba con toda su alma.

—Ahora, Aubry, dijo Reina al cabo de algunos instantes, Dios sea con vos. Voy á retirarme.

—¿Ya?

—Hace dos horas que mi padre me espera.

—Ahora la mar está alta.

—Ya va bajando, y si queda agua entre Tombelene y el Monte San Miguel, al amanecer preciso será que la pase á nado.

—¡A nado! no hagais eso, Reina mía; la corriente es terrible, dijo Aubry.

—Si la atravesase de día, me prenderían y descubrirían el retiro de mi padre.

Aubry no halló objeción alguna que hacer, pero toda su alegría había desaparecido. La luna daba vuelta en aquel momento al ángulo de las fortificaciones. Un reflejo fué á dar en el hombro de Reina; luego la luz subió lentamente, jugueteando entre los pliegues de su velo negro y entre sus cabellos rubios aplastados por el aire húmedo de la noche. Luego se iluminó su mejilla, y por fin brilló una chispa en sus ojos azules llenos de ternura.

Aubry estaba estasiado.

—¡Oh Reina! dijo, hacía dos semanas que no os había visto así. La noche estaba, como ahora, entre los dos, y me parece que nunca os he visto tan hermosa..... ¡Qué he hecho para merecer vuestro amor, Reina, ese bien inestimable?..... ¡Cuándo pienso en eso, tiemblo, se oprime mi corazón!

Había en el semblante de la joven una sonrisa angelical.

—Cuando pase el mar á nado, correré menos peligro que aquí, mi pobre Aubry.

—¿Por qué?

— Porque la luna brilla para todos, replicó Reina sin perder su sonrisa, y el arquero que está en la plataforma....

— ¡Os ve! exclamó Aubry con voz ahogada por el terror interrumpiéndola.

— ¡Sí! contestó Reina, ya prepara la ballesta.

— ¡Huid! ¡oh! ¡huid!

Reina le hizo una señal de despedida con la mano, y se bajó.

Una saeta silbó, y saltó sobre las rocas.

Aubry se dejó caer en el fondo del calabozo. Luego volvió à agarrarse al ángulo saliente de la piedra.

— ¡Reina! ¡Reina! gritó, ¡una palabra, por compasión!

Otra saeta fué à pegar en el extremo de la roca, rompiendo su punta, é hizo saltar una porcion de chispas.

Aubry sintió que su corazón cesaba de latir.

En aquel momento, en el silencio de la noche, una voz, lejana ya, subió hasta su celda.

La voz decía:

— ¡Adios, Aubry!

Y Aubry se arrodilló, dando gracias à Dios como nunca lo habia hecho hasta entonces.

## XII.

## ¿Cuándo va à ser la boda?

Juanillo habia permanecido mucho tiempo mirando à la Hada correr sobre el espejo de las aguas. Cuando la Hada desapareció, al fin, en la sombra proyectada por el Monte, pareció que Juanillo despertaba. Sacudió su linda cabellera, pesó con la mano la escarcela, y dió un soberbio salto. Su alegría aumentaba à medida que iba caminando con la nariz al viento y la cabeza erguida, como puede caminar un hombre opulento. La alegría le subia al cerebro.

Estaba embriagado de júbilo.

Tan pronto gesticulaba como un loco, como entonaba con toda la fuerza de sus pulmones unos villancicos aprendidos en la parroquia de Chevroueix. Otras veces tomaba carrera, daba un salto, golpeaba la arena con las dos manos extendidas, y volvía à caer sobre los pies. Y proseguía este ejercicio durante distancias de mas de media legua.

Todo el que haya viajado por nuestros caminos del Oeste habrá podido ver ejecutar esta habilidad à algunos jóvenes bajo las portezuelas de las diligencias. Esto se llama dar cabriolas, y Juanillo lo hacia de una manera admirable.

— Porque la luna brilla para todos, replicó Reina sin perder su sonrisa, y el arquero que está en la plataforma....

— ¡Os ve! exclamó Aubry con voz ahogada por el terror interrumpiéndola.

— ¡Sí! contestó Reina, ya prepara la ballesta.

— ¡Huid! ¡oh! ¡huid!

Reina le hizo una señal de despedida con la mano, y se bajó.

Una saeta silbó, y saltó sobre las rocas.

Aubry se dejó caer en el fondo del calabozo. Luego volvió à agarrarse al ángulo saliente de la piedra.

— ¡Reina! ¡Reina! gritó, ¡una palabra, por compasión!

Otra saeta fué à pegar en el extremo de la roca, rompiendo su punta, é hizo saltar una porcion de chispas.

Aubry sintió que su corazón cesaba de latir.

En aquel momento, en el silencio de la noche, una voz, lejana ya, subió hasta su celda.

La voz decía:

— ¡Adios, Aubry!

Y Aubry se arrodilló, dando gracias à Dios como nunca lo habia hecho hasta entonces.

## XII.

## ¿Cuándo va à ser la boda?

Juanillo habia permanecido mucho tiempo mirando à la Hada correr sobre el espejo de las aguas. Cuando la Hada desapareció, al fin, en la sombra proyectada por el Monte, pareció que Juanillo despertaba. Sacudió su linda cabellera, pesó con la mano la escarcela, y dió un soberbio salto. Su alegría aumentaba à medida que iba caminando con la nariz al viento y la cabeza erguida, como puede caminar un hombre opulento. La alegría le subia al cerebro.

Estaba embriagado de júbilo.

Tan pronto gesticulaba como un loco, como entonaba con toda la fuerza de sus pulmones unos villancicos aprendidos en la parroquia de Chevroueix. Otras veces tomaba carrera, daba un salto, golpeaba la arena con las dos manos extendidas, y volvía à caer sobre los pies. Y proseguía este ejercicio durante distancias de mas de media legua.

Todo el que haya viajado por nuestros caminos del Oeste habrá podido ver ejecutar esta habilidad à algunos jóvenes bajo las portezuelas de las diligencias. Esto se llama dar cabriolas, y Juanillo lo hacia de una manera admirable.

Cuando había dado un salto de estos, echaba hácia atrás la masa de sus cabellos, que le cubrian el rostro, lanzaba una carcajada, y daba nuevos saltos y cabriolas.

Luego, de pronto, se puso en jarras como el alabardero de la catedral de Dol, y marchaba contando sus pasos.

¡Vaya un hombre formal que parecia entonces! Con un juboncillo de lana parda, en vez de la piel de carnero, hubiera parecido un curial.

Pero la gravedad duraba muy poco.

¡Simoneta! ¡gentil Simoneta! pensaba en vos, y volvía á ponerse como loco!

Juanillo vivía en las Cuatro Salinas. Su anciana madre tenía allí una choza, en la que el viento entraba por todas partes.

En aquella noche Juanillo edificó una buena casa de adobes á su anciana madre.

En cuanto á él, ya sabemos que rara vez dormía en su casa.

En el extremo de la aldea de las Cuatro Salinas había una alquería grande, y delante de esta, junto á la huerta, había un monton de paja como seis veces la choza de la madre de Juanillo. Aquel era el verdadero domicilio del pescador de mariscos.

Habíase abierto un agujero muy cómodo en la paja, y dormía allí mejor que nadie.

Su madre tenía una cabra, y esta ocupaba en la hora el puesto de Juanillo. Por lo tanto, el pobre muchacho necesitaba buscar un albergue en otra parte.

Mas allá del monte Dol, en la colina de San Meloir, el alba teñía de blanco los contornos del horizonte cuando Juanillo llegó á su miserable lecho. Era demasiado temprano para presentarse en casa de Simon le Priol; Juanillo saltó de cabeza al monton de paja y se durmió en seguida.

¡Qué bien durmió y qué buenos sueños tuvo! Vió cirios encendidos para su boda en la iglesia de la aldea de San Jorge. Francisca la Labradoradora llevaba á su hija de la mano y la conducía al altar. Simon le Priol tenía su hermoso traje de los dias de fiesta, y Simoneta se sonreía maliciosamente con las mejillas teñidas de rubor.

Estaba muy contenta, tan contenta como el mismo Juanillo; ¡y en cuanto á hermosa, era cosa de ver!

Cuando Juanillo se dormía, era de veras. Salió el sol y se volvió á poner sin que interrumpiese su sueño.

Cuando despertó era de noche.

— ¡Calla! dijo para sí, mucho tarda hoy en amanecer.

Salió del monton de paja, aguardando ver el sol.

Pero lo que salió fué la luna.

— ¡Vamos! dijo Juanillo para sí, he echado un buen sueño.

Es preciso correr á casa de Simon le Priol para pedirle la mano de su hija.

Juanillo anduvo alegremente el camino, pues llevaba la es-carcela bajo su piel de carnero.

Llamó á la puerta de la casa de Simon.

— ¡Hola! chicuelo, le dijo el labrador despues que hubo entrado; ¿desde cuándo llamas á las puertas como si fueses alguien!

A la verdad, Juanillo no tenía costumbre de llamar.

Hacia como los gatos: entraba sin meter ruido ni decir una palabra.

Si aquella noche había llamado, era porque, en efecto, sin saberlo él mismo, Juanillo había llegado á ser alguien.

— ¡Buenos dias! Simon le Priol, dijo con las mejillas muy coloradas; buenos dias, señora Francisca y todos los de casa.

Todos los de casa eran las dos vacas, la negra y la roja, y

los cuatro cerdos; porque Simoneta estaba fuera, así como las muchachas y los mozos de labranza.

Francisca y Simon se miraron.

— ¿Qué trae hoy el chicuelo? preguntó la labradora. Parece que está loco de contento.

— ¿Estás enfermo, muchacho? preguntó Simon con acento bondadoso.

Juanillo no sabía si estaba enfermo ó bueno.

Su lengua se hallaba paralizada. Simon le Priol y su mujer le parecían en aquel momento mas imponentes que un rey y una reina.

No había preparado su discurso.

Poco antes le parecía muy sencillo decir al entrar:

— ¡Buenos días!... vengo para casarme con Simoneta.

A la sazón ya no podía hacerlo.

— ¡Mujer! dijo Simon, está muy pálido y tiembla como si tuviera calentura. Dale una escudilla de sidra muy caliente para que se reanime.

— ¡Oh! ¡gracias! murmuró Juanillo; pero á la verdad, señores, no tengo frío.... todo lo contrario.... aunque una escudilla de sidra no debe rehusarse.... Mas debo deciros una cosa que es menester que sepais ambos. Me ha venido una felicidad.

La puerta rechinó sobre sus goznes. La mandíbula de maese Gueffes se mostró en el umbral.

Fué una desgracia, porque Juanillo estaba ya disparado, é iba á ensartar todo su discurso de una vez.

Vicente Gueffes se tiró del mechón de pelo que le colgaba sobre la frente. Era su modo de saludar.

Luego se sentó junto al hogar en un tajo, é hizo á Juanillo una seña amistosa.

Desde por la mañana, maese Vicente atormentaba su cere-

bro para poder buscar un medio decente de hacer ahorcar al pescador de mariscos.

Juanillo se quedó con la boca abierta.

— Veamos, ¿qué es esa felicidad que te ha caído, hijo mio?

Juanillo se puso á retorcer los pelos de su piel de carnero.

Maese Gueffes vió que estorbaba, lo cual le causó un verdadero placer.

— Vamos, habla pronto, exclamó Simon. ¿Crees que tenemos tiempo para estarnos ocupando de ti toda la noche?

— ¡Oh! no por cierto, maese Simon, contestó con humildad, aunque á no ser por vos no se me hubiera ocurrido la idea de....

— ¿Qué idea?

— La idea de los cincuenta escudos.

— ¿Quieres vender, por ventura, la cabeza de nuestro buen señor? exclamó Francisca llena de indignación.

Maese Vicente aguzó el oído, y lo tenía muy penetrante.

— ¡Nada de eso! exclamó Juanillo enérgicamente. El jefe de los soldados me lo propuso, pero yo no entiendo de eso.

— ¡Enhorabuena!

— ¡Son otros escudos!.... repuso Juanillo, escudos.... Y bien, voy á deciros.... son escudos.

Y levantó la cabeza muy satisfecho de haber podido dar una explicación tan categórica.

— Eso no nos indica.... comenzó á decir maese Vicente.

Pero Juanillo no le dejó concluir.

— Por lo que hace á vos, buen hombre, dijo con rudo acento, no se os habla. Y si queréis que hablemos los dos, id y aguardadme á la puerta.

Simon y su mujer volvieron á mirarse.

Aquel Juanillo, mas cobarde que las gallinas, era el que hablaba así.

Maese Gueffes trató de sonreirse, lo cual produjo una mueca muy fea.

Juanillo se volvió de nuevo hácia el labrador y la labradora.

— Mirad, dijo en forma de explicacion, no me gusta ese normando, porque siempre anda rondando á Simoneta.

— ¿Y á tí qué te importa, chicuelo? preguntó Simon riendo.

El semblante de Juanillo manifestó la sorpresa mas sincera.

— ¿Qué me importa? replicó; ¿segun eso aun no os he dicho nada desde que estamos charlando? Me importa, porque Simoneta es mi prometida.

Esta vez Simon y su mujer lanzaron una carcajada.

— ¡Ay! el pobre Juanillo, exclamó Francisca sujetándose los vacíos, de seguro que ha pisado el trébol de cuatro hojas.

No se necesitaba tanto para desconcertar á Juanillo. Todo su valor decayó, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

— ¡Diantre! dijo; puesto que solo se necesitan cincuenta escudos para poseer á Simoneta....

— ¿Y á dónde has de ir á buscar los cincuenta escudos de Nantes, muchacho?

Juanillo sacó de debajo de la piel de carnero la escarcela de mallas finas, que brilló al reflejo del hogar.

Simon y su mujer abrieron desmesuradamente los ojos.

Maese Gueffes estiró el cuello para ver mejor.

— ¿Qué es eso? preguntaron á la vez Simon y Francisca. Juanillo se sonreia.

— ¡Eh! ¡qué diantre! contesto; cuando se sujeta á la Hada de las playas, da todo lo que se la pide.

— ¡La Hada de las playas! replicaron los dos buenos labradores sorprendidos.

Maese Simon le Priol se hallaba, en cierto modo, en la situacion de un charlatan que evocase fantasmas de carton para

entretener á los espectadores, y viese surgir de improviso un verdadero espectro.

— ¡La Hada de las playas! repitió por segunda vez. ¡Pero si esos son cuentos de vieja, muchacho!

— ¡Cómo! ¿la historia del caballero breton?...

— Fue un cuento.

Juanillo hizo sonar las monedas de oro que contenia la escarcela.

— ¿Y esto, son cuentos? preguntó con aire de triunfo. El Hada de las playas bien puede trasportar al caballero al Monte durante la marea alta, puesto que me ha dado con que casarme con Simoneta.

Y esto diciendo, Juanillo abrió la escarcela é hizo brillar los escudos sobre la mesa de la granja.

Habia mas de cincuenta. Simon y Francisca estaban materialmente deslumbrados.

Maese Vicente permaneció inmóvil en su rincon, y decia para sí:

— ¡Pues yo estado á punto de ser ahorcado por esos hermosos escudos nuevos!

Y volvió á decir hablando consigo mismo:

— La señorita tomaria la escarcela, y el chicuelo, trastornado por los cuentos de maese Simon, habrá corrido tras ella, y hé aquí todo.

Como se ve, maese Vicente era hombre de gran sentido comun.

Era imposible resumir mejor la historia que hemos referido en tantos capitulos.

Simon y su mujer estaban muy léjos de ver tan claro en aquellas tinieblas misteriosas.

Miraban los escudos con un aspecto muy poco tranquilo.

Pero al fin eran escudos.

A Simon le gustaban mucho, y también á Francisca. Simon interrogó á su mujer con una mirada, y esta contestó:

— Ya ves, Juanillo es un chicuelo hermoso, no se puede decir otra cosa.

— En cuanto á eso es cierto, dijo Simon le Priol contemplando á Juanillo con atención cual no lo había hecho nunca.

— Tiene hermosos ojos azules ese chicuelo, añadió Francisca con tono casi cariñoso.

— Y unos cabellos rubios como una gloria, prosiguió diciendo Simon.

Juanillo, encarnado y loco de placer, se dejaba adular.

Maese Vicente se había levantado muy despacio, y alzabase ya en el centro del grupo.

— Cuando va á ser la boda? dijo.

Era su acento tan irónico y burlon, que aquellos buenos labradores se estremecieron.

— Nada te importa, replicó Juanillo, pues tú no has de estar en ella. Vete.

Maese Gueffes se tiró de su mechón de pelo y se fué.

Desde el umbral de la puerta se volvió, y dijo sin incomodarse lo más mínimo:

— Si, por cierto, si, por cierto, Juanillo. Te casarás con la sogá, hijo mío, y yo estaré en tu boda.

Y desapareció, y se oyó fuera su ágría y chillona carcajada.

— ¡Bah! dijo la labradora Francisca, eso son celos.

— Y despecho, añadió Simon le Priol.

E hizo sentar á Juanillo en el mejor sitio para hablar del casamiento, porque este era ya desde entonces asunto concluido.

Los escudos permanecían sobre la mesa, cerca de la escarcela abierta.

.....

Sonó de improviso gran rumor en el campo.

Tocaban la trompa y los pasos de los caballos retumbaban sobre los gujarros.

Al mismo tiempo llegaban por el conducto de la chimenea vagos y lejanos clamores.

Simon, su mujer y Juanillo continuaban hablando del casamiento.

De pronto llamaron con violencia á la puerta.

— ¡De orden de nuestro señor el duque!

Simon muy asustado corrió á abrir.

La Negra y la Roja lanzaban mugidos de espanto sobre la paja.

Entraron los hombres de armas de Meoir, mandados por Kerabel y conducidos por maese Vicente Gueffes. Detrás de ellos iba toda la aldea con los cuatro mozos de labranza y las muchachas de la granja.

Simoneta y su hermano Julian continuaban fuera.

— ¿Qué queréis? preguntó Simon le Priol.

El arquero Merry le arrojó sin ceremonia al otro extremo de la estancia.

— Señores, dijo maese Vicente, hé aquí la escarcela y ved allí el ladrón.

Y señalaba á Juanillo.

Todos los hombres de armas conocieron la escarcela del caballero Meoir.

Se apoderaron del pobre Juanillo y Kerabel dijo:

— Atad la sogá al manzano que está en frente de la huerta.

Era justamente el manzano bajo el cual iba Juanillo por las noches á soñar con sus amores.

Ataron la sogá para aborcar al ladrón.

Maese Vicente estaba detrás de Juanillo.

— Bien te dije yo, chicuelo, murmuró junto á su oído, que había de estar en la boda.

## SEGUNDA PARTE.

### EL CALABOZO.

#### I.

#### Amel y Penhor.

Dícese que algunas veces, cuando el viento de Noroeste labra profundamente las tierras de la bahía, el ojo perspicaz del marinero descubre misterios singulares entre los montes é islas de Chassey.

Se ven aldeas enteras sepultadas bajo las olas; aldeas con sus cabañas y el campanario de su iglesia; aldeas cuyos nombres son Bougneuf, Tommen, San Estéban de Paluel, San Luis, Mauny, Epiniac, La Feillette y otras muchas aldeas anegadas, cuyos pálidos cadáveres yacen en la arena con los restos de los naufragos y los abultados troncos del bosque de Seyssy.

El Océano ha invertido siglos enteros en su lucha sin tregua contra la pobre tierra de Bretaña. El Océano, vencedor, descansa ahora en el campo de batalla.

Y no es solo la tradición la que ha conservado el recuerdo de estos combates mortales. Los archivos de las familias y de los monasterios, los de las ciudades y los empolvados legajos de los escribanos, contienen una multitud de documentos auténticos, que prueban los derechos de propiedad sobre aquellas posesiones difuntas, sobre aquellas tierras siempre sumergidas.

Algun pobre que corre por el camino con su palo y su moral al hombro, posee bajo aquellos grandes lagos un patrimonio digno de un príncipe. Castillos, praderas, bosques frondosos, alegres molinos que antes hacían sonar sus ruedas en la orilla de los ríos; cabañas pacíficas, cuya lejana columna de humo hacía que el cansado viajero apresurase el paso.

Los buques pasan ahora á velas desplegadas á cien piés por encima de aquellas moradas hospitalarias. El mar ha extendido sobre el castillo y la choza, sobre el corpulento roble y la endeble caña, su nivel terrible, que es la muerte. Imágen sombría y profética, que explica al hombre Titan lo poco que vale su audacia; burla inmensa de las ironías del siglo, que muestra el sudario como la única y postrera expresión de la soñada igualdad.....

Por toda la extensión de la costa de Granville hasta el Cabo Jichel, detrás de Saint-Maló, el mar conquistador ha llevado sus estériles arenas sobre la opulencia fecunda de los campos.

En tal ó cual punto ha quedado en pié una roca, alzando su negra cabeza sobre las olas, y conservando su antiguo nombre de feudo, castillo ó aldea; porque la tierra tiene también sus huesos como nosotros, y la montaña que ha muerto deja en pos de sí un esqueleto de piedra. Los pescadores de Saint-Maló echan sus redes sobre las hermosas praderas de Cesambre, y el

sitio austero en que Chateaubriand ha querido que se ponga su sepulcro, el Gran Bee, era antiguamente el centro de un jardín magnífico.

Nadie podría decir exactamente el tiempo que ha tardado el mar en cubrir aquellas comarcas. La lucha estaba comenzada antes de la era cristiana. Sabido es que los bosques drúidicos se extienden á ocho ó diez leguas mas allá de nuestras costas.

Mas tarde, el bosque de Seissy plantó sus álamos y robles en las rocas de Chansey.

En aquel tiempo, el Couesnon era un gran río, al que Tolomeo y Amiano Marcelino confunden con el Sena.

Ese Couesnon pantanoso, ese Couesnon ceniciento, ese río loco que se extravía en las playas como una pescadora ébria, era un río orgulloso, señor y soberano del Schine y del Sel, que le llevaban el tributo de sus aguas. Su embocadura estaba mas allá de las montañas de Chausey, que forman ahora un archipiélago. Pasaba entonces por la derecha del Monte San Miguel, á lo largo de la costa actual de la Mancha.

Mucho tiempo despues fué cuando hizo su primera travesura, saltando del Este al Oeste, y arrebatando el Monte á la Bretaña para dárselo á la Normandía.

Penhor, hija de Bud, era mujer de Amel, pastor de los rebaños de Anan.

Anan era señor y conde en el Chezé, mas allá del monte Tombelene.

Tenia su castillo en medio de siete aldeas que le suministraban la hueste cuando llevaba á campaña sus hombres de armas.

Una de estas aldeas se llamaba Saint-Vinol. Amel y Penhor tenían allí su morada.

Penhor contaba diez y ocho años de edad. Amel iba á cumplir los veinte y cinco.

Ambos eran huérfanos, y se amaban con esa vehemencia de las personas que no tienen familia.

Penhor era hermosa como un rayo del sol de primavera. Si hubiese querido, su rubia cabellera hubiera podido servirle de manto.

La mirada de sus ojos azules penetraba hasta el fondo del corazón.

Amel era alto, esbelto y robusto. En un invierno en que el lobo listado de Chezé habia salido del bosque para buscar su alimento en la llanura, Amel se acostó en esta para aguardar al lobo. Estos lobos listados son mayores que potros de seis meses. Matan á los caballos y se beben la sangre de los bueyes dormidos.

Estos lobos listados no huyen delante del hombre. La punta de las saetas no puede atravesar su pellejo. Si se les hiere con venablo, este se rompe en la mano.

Amel cogió al lobo listado entre sus brazos nervudos, y lo ahogó.

Peró Amel, antes de ir á esperar al lobo, habia colgado en la iglesia de la aldea, bajo el nicho en que se sonreía la buena Virgen, un copo de fina lana, redondeado por las hermosas manos de Penhor.

La Virgen de Saint-Vinol era rica. Amontonábanse anualmente á sus piés las ofrendas, porque la gente del país creía rescatar sus pecados con lino, haces de trigo, ó hermosas frutas maduras. ¡Y solo Dios sabe cuántos pecados tenían que rescatar! Los pecados no se rescatan mas que con el arrepentimiento y la penitencia.

Amel y Penhor no tenían hijos.

Cuando Amel guardaba los rebaños y Penhor se quedaba sola en su cuarto, esta se entristecía, y decía para sí:

—Si yo tuviera un lindo querubín sobre mis rodillas, que

fuese el vivo retrato de su padre, aguardaría alegremente el regreso de Amel.

Amel, mientras guardaba los rebaños de su señor, pensaba:

—Si Penhor me diese un hermoso niño, que fuese su vivo retrato, ¡cuánto júbilo y esperanza!

Eran buenos cristianos. Sus pecados no aumentaban mucho la cuenta de la gente de Saint-Vinol.

—¡Penhor! querida esposa, dijo Amel, teje un velo para Santa María, madre de Dios, y quizás tendremos un hijo.

Penhor tejió un velo para Santa María, madre de Dios. Un velo hermoso, blanco como la nieve y mas trasparente que la leve nieblecilla de las tardes de agosto. Esto agradó á la madre de Dios. Amel y Penhor tuvieron un niño, y se amaron mas todavía junto á la cuna.

Cuando el niño tuyo nueve días, y Penhor se hubo levantado de la cama, Amel cogió la cuna en sus brazos para llevar el niño á bautizar.

Recibido el bautismo, Penhor levantó la cuna á su vez, dió vuelta á la iglesia, y se dirigió al altar de la Virgen.

— ¡María! ¡Oh, Santa María! dijo arrodillada, el niño que me has dado te le devuelvo; que crezca consagrado á tu color divino. Mirale, Santa María, se llama Raul, como el padre de su padre. Mirale, á fin de que le conozcas en el dia del peligro.

Amel contestó:

— ¡Así sea!

El color de María es azul celeste.

El niño Raul creció bajo esta piadosa librea.

Era hermoso, vivaracho, con la rubia cabellera de su madre, y los ojos negros de Amel, el valiente pastor.

No se sabe si seria por culpa de los pecados de la gente de Saint-Vinol; pero es lo cierto que una noche, ¡noche de inmensa desgracia, cielo santo! el agua del Couesnon se hinchó

como la leche hirviendo que salta de los bordes de la vasija. El viento soplabá del Noroeste, la lluvia caía á torrentes y temblaba la tierra. La llanura estaba cubierta de agua.

Cuando llegó la mañana se vió que el Couesnon desbordado era el mar.

El mar que habia roto las barreras puestas por la mano de Dios.

Llegaba imponente con olas enormes, y acarreado en sus aguas bosques arrancados en las playas, y cadáveres de reses. La iglesia de Saint-Vinol está situada en una eminencia.

Las gentes de la aldea se refugiaron en ella.

Amel y Penhor, que habian llevado consigo á su hijo, se quedaron en la puerta, porque ya no habia sitio en la nave.

El agua subia..... subia.....

Amel cogió á su mujer en brazos. El agua le llegaba á la cintura y dijo:

— ¡Adios, querida esposa mia! sostente sobre mí, y quizás el agua se detendrá. Si muero y te salvas, todo irá bien.

Penhor obedeció.

Y el agua seguía subiendo.

Cuando el agua llegó á la cintura de Penhor, alzó al niño Raul, diciéndole:

— Adios, hijo querido; sostente sobre mí, que quizás el agua se detenga. Si muero y tú te salvas, todo irá bien.

El niño hizo lo que decía su madre.

El agua seguía subiendo.

Muy luego no quedó fuera de las olas encolerizadas mas que la rubia cabeza del niño Raul y un pedazo de su vestido azul que flotaba.

Ahora bien, la Virgen de la iglesia de Saint-Vinol abandonaba en aquel momento su nicho sumergido con el fin de volar al cielo. Se llevaba en la mano todas sus ofrendas.

Al pasar por encima del cementerio vió la cabeza del niño Raul y un pedazo de su vestido azul.

La Virgen detuvo su vuelo y dijo :

—Ese niño es mio, quiero llevársele á Dios.

Le cogió por su rubia cabellera. El niño era pesado, muy pesado, para tener un cuerpo tan pequeño.

La Virgen Santísima se vió obligada á soltar las ofrendas, una por una, y á hacer uso de las dos manos.

Cuando hubo soltado las ofrendas, el lino, las flores y las frutas maduras, pudo levantar al niño.

Luego vió por qué Raul era tan pesado. La madre le sujetaba con sus dedos moribundos y crispados. El padre, con sus moribundos y crispados dedos, sujetaba á la madre.

¡ Oh santo amor de las familias !

La Virgen se sonrió y dijo :

— ¡ Mucho se amaban !

¡ Se llevó al padre con la madre, y á esta con el hijo, tres almas venturosas en la eternidad de Dios !

Cuéntase esta historia como sucedida entre San Jorge y Cherrueix.

¡ Amaos en la familia, que la Virgen Maria os asistirá á la hora de vuestra muerte !

El monte Tombelene es mas extenso y menos elevado que su ilustre vecino el Monte San Miguel.

En aquella época, segun cuenta la historia, las tropas de Francisco de Bretaña habian conseguido desalojar á los ingleses de las fortificaciones que durante tanto tiempo estuvieron molestando al Monte San Miguel. Estas fortificaciones estaban arrasadas en su mayor parte. Ya nadie habia en Tombelene.

En cuanto á la cuestion de saber si este monte debe su nombre á Júpiter, ó á la interesante víctima del gigante llegado de

España, Elena, la sobrina de Hoel, las opiniones son muy distintas. La novela de Brut, modelo de los poemas caballerescos, asigna al monte Tombelene esta última etimología; porque Artus encontró allí el sepulcro de la sobrina de Hoel, deshonrada é inmolada por el pérfido gigante español, el monte se llama Tombelene, *Tumba-Helena*. Los escritores y los anticuarios pretenden, por el contrario, que Tombelene procede de *Tumba-Beleni*. Hay que dejar á los anticuarios y á los historiadores el placer de desarrollar sus tesis respectivas.

Lo cierto es que Tombelene tiene su crónica, como el Monte San Miguel; solo que es mas antigua.

Tombelene estaba moribundo cuando San Auberto fué á fundar la gloria del Monte San Miguel.

En el peñon de Tombelene, entre las ruinas de las fortificaciones inglesas, era donde Mr. Hue de Maurever habia encontrado un asilo despues del emplazamiento ante el tribunal de Dios, hecho en la basilica del monasterio.

Nunca se dijo cómo se habia proporcionado Hue de Maurever el hábito de fraile, ni tampoco cómo habia obtenido entrada en el coro en el momento de la absolucion. Por último, fué muy difícil acertar á explicarse cómo habia podido Hue de Maurever desaparecer delante de tantas miradas, subir por las escaleras de la galería y huir por aquella via tan peligrosa. Habia huido; esto no era dudoso; y el procurador, el abad, el prior, los monjes, y todas las autoridades del monasterio, se habian puesto á disposicion del principe breton para buscar al fugitivo. Meloir registró en aquel mismo dia todos los rincones de los edificios claustrales, todas las casas de la ciudad, y todas las cavidades de la roca.

¡ Trabajo inútil ! la aventura habia de concluir misteriosamente, como habia comenzado.

Sin embargo, preciso será decir que si Meloir hubiera bus-

cado mejor todavía, no habría regresado con las manos vacías al lado de su señor, porque Mr. Hue de Maurever estaba muy lejos de ser un duende.

En el espolón occidental del Monte existía una capillita que había sido restaurada y que se halla colocada hoy, como estaba entonces, bajo la advocación de San Auberto.

Esta capilla se halla completamente aislada.

Hue de Maurever se había ocultado en ella, detrás del altar. Cuando llegó la noche, atravesó la playa que separa á ambos montes, y se fué á Tombelene.

## II.

### El hambre.

Era el interior de una torre desamparada, que formaba el extremo de las fortificaciones inglesas por la parte opuesta al Monte San Miguel.

Ya no tenía techado.

Los rayos de la luna herían oblicuamente la parte superior de las murallas, y no podían bajar hasta el patio encajonado entre estas, aunque sus reflejos lo iluminaban con una claridad confusa y vaga.

En el patio había una piedra cubierta con yerba arrancada de los mezquinos pastos de Tombelene. Sobre la piedra estaba sentado un anciano de elevada estatura, que dormía con la espada entre las piernas.

Delante de él había dos saeteras estropeadas por las balas y las flechas de todas clases. Una daba á la playa, y la otra al Monte San Miguel.

El anciano, que era Mr Hue de Maurever, caballero, señor de Roz, de la Limosna y de San Juan de las Playas, se apoyaba de espaldas en la misma muralla de la torre. Tenía la cabeza descubierta, y los reflejos que caían de arriba daban un color plateado á la masa de su cabellera canosa. Su barba larga, y blanca también, le bajaba hasta el pecho.

Se sostenía muy derecho.

En aquellas tinieblas vagamente iluminadas, cualquiera hubiera creído ver la estatua de un caballero esculpida en el granito negro, y cuyos contornos superiores sobresalían blanqueados por la nieve.

Era en la misma noche en que hemos visto cruzar á la Hada de las playas desde el castillo de San Juan hasta el calabozo de Aubry de Kergariou, situado bajo los cimientos del monasterio.

El cielo estaba puro.

Apenas un leve soplo de la brisa rizaba el mar en su reflujó.

No se oía ruido alguno mas que las olas murmuradoras que lamian la playa.

El sueño del anciano era tranquilo.

Habían trascurrido las horas de la noche y muy luego los reflejos de la luna comenzaron á palidecer. El crepúsculo de la mañana envió su claridad gris y livida que parece hundir las mejillas y sepultar mas aun los ojos en la sombra de sus órbitas.

El rostro del anciano se iluminó poco á poco. Era hermoso, noble y austero. Pero había sufrimiento en aquellas líneas tan pronunciadas. Las facciones eran duras, por razón de lo descarnado del rostro; las arrugas eran profundas.

cado mejor todavía, no habría regresado con las manos vacías al lado de su señor, porque Mr. Hue de Maurever estaba muy lejos de ser un duende.

En el espolon occidental del Monte existía una capillita que había sido restaurada y que se halla colocada hoy, como estaba entonces, bajo la advocación de San Auberto.

Esta capilla se halla completamente aislada.

Hue de Maurever se había ocultado en ella, detrás del altar. Cuando llegó la noche, atravesó la playa que separa á ambos montes, y se fué á Tombelene.

## II.

### El hambre.

Era el interior de una torre desamparada, que formaba el extremo de las fortificaciones inglesas por la parte opuesta al Monte San Miguel.

Ya no tenía techado.

Los rayos de la luna herían oblicuamente la parte superior de las murallas, y no podían bajar hasta el patio encajonado entre estas, aunque sus reflejos lo iluminaban con una claridad confusa y vaga.

En el patio había una piedra cubierta con yerba arrancada de los mezquinos pastos de Tombelene. Sobre la piedra estaba sentado un anciano de elevada estatura, que dormía con la espada entre las piernas.

Delante de él había dos saeteras estropeadas por las balas y las flechas de todas clases. Una daba á la playa, y la otra al Monte San Miguel.

El anciano, que era Mr Hue de Maurever, caballero, señor de Roz, de la Limosna y de San Juan de las Playas, se apoyaba de espaldas en la misma muralla de la torre. Tenía la cabeza descubierta, y los reflejos que caían de arriba daban un color plateado á la masa de su cabellera canosa. Su barba larga, y blanca también, le bajaba hasta el pecho.

Se sostenía muy derecho.

En aquellas tinieblas vagamente iluminadas, cualquiera hubiera creído ver la estatua de un caballero esculpida en el granito negro, y cuyos contornos superiores sobresalían blanqueados por la nieve.

Era en la misma noche en que hemos visto cruzar á la Hada de las playas desde el castillo de San Juan hasta el calabozo de Aubry de Kergariou, situado bajo los cimientos del monasterio.

El cielo estaba puro.

Apenas un leve soplo de la brisa rizaba el mar en su reflujó.

No se oía ruido alguno mas que las olas murmuradoras que lamian la playa.

El sueño del anciano era tranquilo.

Habían trascurrido las horas de la noche y muy luego los reflejos de la luna comenzaron á palidecer. El crepúsculo de la mañana envió su claridad gris y livida que parece hundir las mejillas y sepultar mas aun los ojos en la sombra de sus órbitas.

El rostro del anciano se iluminó poco á poco. Era hermoso, noble y austero. Pero había sufrimiento en aquellas líneas tan pronunciadas. Las facciones eran duras, por razón de lo descarnado del rostro; las arrugas eran profundas.

Mr. Hue de Maurever tenía cincuenta y cinco años de edad. Cuatro antes, Gilles de Bretaña, su señor, le había desterrado de su presencia por consejos inoportunos y reconvenciones harto severas, porque varias veces Hue de Maurever había intentado detener al joven y desventurado príncipe en aquella pendiente rápida de orgías é intrigas políticas que había de servir de pretexto á su hermano.

En efecto, el arresto de Gilles de Bretaña fué bien mirado al pronto por los nobles.

Mr. Hue, tan luego como supo que el príncipe estaba encerrado, volvió á su lado sin haber recibido orden para ello. Le servía de escudero en los diferentes encierros en que el odio de Francisco persiguió al desgraciado joven, y no se separó de él sino por la fuerza, en el momento en que Gilles trasponía el umbral funesto del castillo de la Hardounays.

Mr. Hue de Maurever era un breton de antigua raza, fiel y duro como el acero. En el escondite que había elegido para huir de la venganza de Francisco, nada tenía, ni muebles, ni viveres; un cántaro sin agua y una cruz que había hecho con dos pedazos de madera, eran á la sazón toda su riqueza.

En el momento en que el crepúsculo de la mañana comenzaba á dibujar los objetos en el horizonte, Hue de Maurever despertó sobresaltado y estrechó su espada. Su mirada interrogó á la entrada de la torre, que estaba obstruida con algunas tablas, y dió un paso hácia adelante con la espada levantada, como para rechazar á enemigos invisibles.

Sin duda había visto en sueños á su retiro atacado.

El silencio profundo que reinaba en el monte Tombelene puso término muy luego á su error, y su espada volvió á caer.

— ¡Aun no será esta noche! murmuró.

Esto fué dicho sin pesar; pero también sin alegría, en el tono de la indiferencia mas completa.

Extendió sus miembros cansados y entumecidos por la postura que había guardado durante la noche.

En seguida se arrodilló delante de la cruz de madera, y rezó sus oraciones. Entre estas había una que decía así:

« Dios mio, perdonadme que me haya rebelado contra mi señor legítimo el duque Francisco de Bretaña.

« Conceded el arrepentimiento á mi referido señor.

« Que obtenga vuestra misericordia en la hora de su muerte. »

Mucho tiempo despues de haber concluido esta oracion pronunciada en alta voz, permaneció arrodillado, con la cabeza inclinada y con un murmullo en los labios. En aquel murmullo sonaba con frecuencia el nombre de Reina.

¡ Reina, su hija ! ; Su único amor ; su niña querida !

Maurever se levantó al fin.

Adelantaba el dia, pero la niebla de la mañana envolvía el Monte San Miguel, y Maurever podía salir como si fuese de noche.

El mar bajaba con lentitud. Aun había una corriente ancha y rápida entre Tombelene y el Monte. La niebla, que era leve, dejaba ver las olas azules á la distancia de cien piés.

Hue de Maurever caminó hácia la playa.

— Ella no vino ayer, ni tampoco anteayer, pensaba. ¡ Dios mio ! ¿ la habrá ocurrido alguna desgracia ?

Al decir esto, su mano se apoyó involuntariamente sobre su pecho y le oprimió.

Este ademán no pertenecía á su inquietud de padre; un sufrimiento físico se lo arrancaba. Tenía hambre.

Sus provisiones se habían agotado desde la antevispera. Reina debía saberlo y no iba.

¡ Reina, que era una hija valiente y afectuosa !

No sintió Maurever durante mucho tiempo ese mal del ham-

bre que destroza á los mas fuertes, porque su corazon se oprimió en seguida al pensar en su hija.

El dolor moral mata muy pronto al dolor fisico.

Pero la ausencia de Reina podia explicarse fácilmente.

Hacia dos días que la marea era alta á la hora en que la joven solia atravesar el espacio que separa á ambos montes. Quizás estaria aguardando oculta en alguna parte, entre las rocas del Monte San Miguel.

Hue caminaba con lentitud, siguiendo la direccion del agua.

A medida que su razon le daba motivo para pensar que ninguna desgracia habria ocurrido á Reina, el hambre le hablaba de nuevo y con mas fuerza.

Aquel austero caballero no era por cierto un gastrónomo, y sin embargo, los sueños mas sensuales revoloteaban en aquel momento en torno de su cansado cerebro. ¿Quién de vosotros lectores, ha tenido hambre? Me refiero, por supuesto, al hambre que retuerce los músculos del pecho y hace subir á la cabeza el delirio furioso. ¡El hambre! que es á vuestro apetito diario lo que la muerte al sueño, lo que la parrilla de los mártires al hogar que caldea suavemente las suelas de vuestras zapatillas.

¡El hambre! ¡el gran suplicio!

¿Nunca habeis tenido hambre? Tanto mejor. Dios os libre de ella. El que escribe estas líneas ha tenido hambre y conoce algunas de las fases de esa agonía lenta y horrible.

Hay un momento extraño y singular en que el hambre se burla y juguetea. Entonces aun se está lejos de la muerte: se sufre, pero apenas se han perdido las fuerzas, las piernas permanecen firmes, y apenas se siente delante de los ojos alguno que otro desvanecimiento.

Se sueña despierto. Entre las cuatro paredes de una bohardilla se reproduce el fenómeno de la refracción doble. El vacío se llena. Todo lo que uno come vá á colocarse sobre la pobre mesa

desnuda. El escaparate de una tienda de comestibles nada es comparado con el magnífico aparador que sabe preparar el hambre. Hue se hallaba en este caso. Solo pedia un pedazo de pan y el hambre generosa le prodigaba un festin de rey. ¡Oh! qué ricos trozos de corzo ahumado! ¡qué jamones! ¡qué lenguas de vaca! qué faisanes con su noble pluma!

Los pasteles alzaban sobre el blanco lino del mantel su fantástica arquitectura, y las confituras y las pirámides de frutas, la pera dorada, el aterciopelado melocoton, la uva trasparente y rubia! ¡y el vino hermoso que brillaba en el oro cincelado de las copas!

Mr. Hue veia todas estas cosas caminando á lo largo de la playa.

¡Un pedazo de pan! ¡Un pedazo de pan!

En el castillo de la Limosna (hermoso nombre para la casa de un hidalgo), la mesa estaba lejos de ser suntuosa, pero habia abundancia sencilla y noble. La última vez que Mr. Hue cenó en el castillo, pusieron sobre la mesa un trozo de jabali! Mr. Hue se acordaba, lo veia, y la boca se le hacia agua.

¡Un pedazo de pan! ¡un pedazo de pan!

Entonces hubo como un milagro. En el momento en que Mr. Hue regresaba á su escondite porque la niebla iba diseminándose; en el momento en que, contestando á la vez á su ansiedad de padre y á los gritos de su estómago rebelado, murmuraba: « ¡Esta noche vendrá! » se le apareció el maná, y este maná no caia del cielo sino que se adelantaba sobre el mar.

Era una cesta, una linda cestita, trenzada delicadamente, y de la que salia el extremo de un pan de trigo.

Esta vez no era ilusion. Era realmente pan, un pan abultado como los que se hacen por la parte de San Juan. Y aquel pan iba andando, arrastrado por el reflujó.

Mr. Hue se puso á correr como un jovencillo, y al acercarse

pudo ver que el buen pan iba acompañado, pues la cesta contenía un frasco de vino y dos aves asadas de un aspecto encantador. Mr. Hue se metió en el agua y se disponía á coger aquella bienaventurada cesta con la cruz de su espada.

Pero de repente se aflojaron sus dedos, se quedó mas pálido que la muerte, y lanzó un grito de angustia.

Habia conocido la cesta de Reina.

¡Reina! Sin duda había intentado pasar la mar á nado!

¡Sabía que su padre la aguardaba!

¡Reina! ¡oh! ¡Reina!

El anciano se llevó ambas manos al rostro y al corazón, y corrieron lágrimas por entre sus dedos temblorosos.

Mientras tanto la linda cestita seguía corriendo arrastrada por el agua, llevándose el pan, el frasco y lo demás.

Mr. Hue había perdido una buena oportunidad.

A la sazón, aunque hubiera querido no habría podido coger la cesta, que comenzaba á hacerse pesada y muy pronto se iría á pique con su precioso cargamento.

Pero Hue de Maurever no pensaba en esto.

¡Su hija! ¡su pobre y hermosa Reina!

Su corazón se desgarraba.

Temía que si levantaba mas los ojos iba á ver un trozo de su vestido, su velo, algun resto, alguna cosa horrible.

La niebla se había aclarado completamente.

Mr. Hue cobró ánimos y miró delante de sí.

Delante de él corría el agua pacíficamente, descubriendo cada vez mas la playa.

A lo lejos, el Monte San Miguel salía de entre la niebla, majestuoso y altivo, con su corona de edificios atrevidos.

Entre él y el Monte, en un rayo de sol, corría una jóven graciosa cual una sílfide.

— ¡Reina! ¡Reina!

La jóven se volvió y lanzó un beso por encima del brazo de mar. El anciano alzó al cielo sus ojos humedecidos y dió gracias al Señor.

Reina era quien por allí corría, y su cesta era la que el anciano Maurever había estado próximo á coger con la cruz de la espada.

Reina, despues de haberse librado de las descargas del centinela que velaba en la plataforma del convento, se había perdido entre las rocas que bajan á la playa por la parte de la capilla de San Auberto.

Aguardó allí durante algun tiempo; luego, viendo que rayaba el alba, dió vuelta al Monte para acercarse á Tombelene.

El reflujo no había dejado libre todavía el trozo de playa que separa á ambas rocas. Reina se encontró en frente de una especie de rio de rápida corriente. Acercábase el dia, quiso aprovechar la niebla, y se puso á nadar valerosamente. Pero desde las primeras brazadas se apoderó de ella la corriente, y se vió obligada á soltar su cesta y á volverse atrás.

Eran veinte y cuatro horas de espera para el anciano que estaba sufriendo. Reina lo sabia.

La pobre jóven llevaba el corazón muy oprimido al atravesar la playa; pero además de que el reflujo se había llevado sus provisiones, no podía ir á Tombelene en mitad del dia sin exponer el secreto del retiro de su padre.

El camino que la jóven había de seguir para llegar á la aldea de San Juan era muy largo, porque no podía atravesar la playa bretona por razon de la presencia de los soldados de Meloir. Era preciso que permaneciese en Normandía hasta llegar á tierra firme, en donde las zarzas y malezas podrian ocultar su marcha.

Estaba cansada y casi desalentada.

Si Juanillo no la hubiese tomado la escarcela de Meloir, habría aguardado la noche en el opuesto lado de Avranches, en

la aldea de Genert ó en cualquiera otra, hubiera comprado provisiones, y aprovechado la marea baja al principio de la noche para pasar á Tombelene. Pero nada tenia; todo lo había dado por la mucha prisa que tenia de huir.

El único medio que tenia ya para procurarse víveres era el de vagar en la próxima noche en torno de las casas de San Juan, y tomar en el umbral de las puertas cerradas las ofrendas depositadas para el Hada de las playas. Durante el día érala preciso vagar por la campiña de Normandía.

Aun no habían dado las doce del día cuando llegó á la aldea de Arderon, situada á media legua de la orilla normanda del Couesnon. Se metió en los barbechos, y como estaba abrumada de cansancio, se apoderó de ella el sueño en medio de un campo sembrado de trigo.

No hizo como Juanillo que durmió aquel día doce horas en un monton de paja. Despertó mucho antes de ponerse el sol, y dió la vuelta grande para llegar á la aldea de San Juan á la caída de la noche. El castillo estaba desierto cuando llegó al pie de la colina.

Meloir había recorrido las aldeas y alrededores para publicar á son de trompa el edicto ducal.

La jauría descansaba aguardando á que llegase la cacería de la noche.

Reina bajó hasta la aldea, y á medida que avanzaba la parecía oír ruido de clamores y risas. Al dar vuelta al recodo de un seto, vió que los manzanos de la huerta de Simon le Priol se iluminaban con un resplandor rojizo.

Se acercó; el seto la protegía contra las miradas.

Muy luego distinguió á la luz de las hachas de viento á una multitud de campesinos, mujeres y soldados que se hallaban reunidos allí. Un arquero ataba una cuerda al manzano que estaba delante de la casa de Simon le Priol.

Reina se acercó mas todavía y oyó á los soldados que decían: —Robar la escarcela á un caballero es el medio mejor de que le ahorquen á uno.

Reina escuchaba temblorosa. Había adivinado.

El niño que la persiguió en la playa iba á morir por culpa suya.

### III.

#### Juanillo y Simoneta.

La Bretaña ha echado de menos, durante mucho tiempo, el poder nacional de sus duques. Ahora, que es francesa y muy francesa, gusta todavía de recordar aquel tiempo en que, colocada entre dos reinos rivales, mantenía su independencía con sendos mandobles y estocadas.

La Bretaña sabido es que no fué conquistada. A aquella nación noble y altiva la deslizaron entre las galas de una boda.

Y si ha conservado gratos recuerdos de su duquesa Ana, consiste en que la Bretaña no guarda rencor. La Bretaña de los duques tenia la libertad feudal; la Bretaña de los reyes fué oprimida por el trono, y defendió al trono atacado por todas partes. No tenemos que hacer aqui el panegirico del siglo vx en la Bretaña ni en ninguna otra parte. Pero no habia de juzgarse una civilizacion por algunos excesos aislados, por algunos crímenes que lo eran entonces como ahora.

La aldea de San Juan estaba reunida delante de la puerta de

la aldea de Genert ó en cualquiera otra, hubiera comprado provisiones, y aprovechado la marea baja al principio de la noche para pasar á Tombelene. Pero nada tenia; todo lo había dado por la mucha prisa que tenia de huir.

El único medio que tenia ya para procurarse víveres era el de vagar en la próxima noche en torno de las casas de San Juan, y tomar en el umbral de las puertas cerradas las ofrendas depositadas para el Hada de las playas. Durante el día érala preciso vagar por la campiña de Normandía.

Aun no habían dado las doce del día cuando llegó á la aldea de Arderon, situada á media legua de la orilla normanda del Couesnon. Se metió en los barbechos, y como estaba abrumada de cansancio, se apoderó de ella el sueño en medio de un campo sembrado de trigo.

No hizo como Juanillo que durmió aquel día doce horas en un monton de paja. Despertó mucho antes de ponerse el sol, y dió la vuelta grande para llegar á la aldea de San Juan á la caída de la noche. El castillo estaba desierto cuando llegó al pie de la colina.

Meloir había recorrido las aldeas y alrededores para publicar á son de trompa el edicto ducal.

La jauría descansaba aguardando á que llegase la cacería de la noche.

Reina bajó hasta la aldea, y á medida que avanzaba la parecía oír ruido de clamores y risas. Al dar vuelta al recodo de un seto, vió que los manzanos de la huerta de Simon le Priol se iluminaban con un resplandor rojizo.

Se acercó; el seto la protegía contra las miradas.

Muy luego distinguió á la luz de las hachas de viento á una multitud de campesinos, mujeres y soldados que se hallaban reunidos allí. Un arquero ataba una cuerda al manzano que estaba delante de la casa de Simon le Priol.

Reina se acercó mas todavía y oyó á los soldados que decían: —Robar la escarcela á un caballero es el medio mejor de que le ahorquen á uno.

Reina escuchaba temblorosa. Había adivinado.

El niño que la persiguió en la playa iba á morir por culpa suya.

### III.

#### Juanillo y Simoneta.

La Bretaña ha echado de menos, durante mucho tiempo, el poder nacional de sus duques. Ahora, que es francesa y muy francesa, gusta todavía de recordar aquel tiempo en que, colocada entre dos reinos rivales, mantenía su independencia con sendos mandobles y estocadas.

La Bretaña sabido es que no fué conquistada. A aquella nación noble y altiva la deslizaron entre las galas de una boda.

Y si ha conservado gratos recuerdos de su duquesa Ana, consiste en que la Bretaña no guarda rencor. La Bretaña de los duques tenia la libertad feudal; la Bretaña de los reyes fué oprimida por el trono, y defendió al trono atacado por todas partes. No tenemos que hacer aqui el panegirico del siglo vx en la Bretaña ni en ninguna otra parte. Pero no habia de juzgarse una civilizacion por algunos excesos aislados, por algunos crímenes que lo eran entonces como ahora.

La aldea de San Juan estaba reunida delante de la puerta de

Simon le Priol. La casa se hallaba cerrada. Servía de cárcel á Juanillo.

Juanillo tenía las manos atadas á la espalda, y estaba sentado en el suelo cerca de las vacas.

Kerabel había dicho que era preciso aguardar á que llegase maese Meloir, al menos hasta la hora habitual de la queda.

Gueffes no opinaba de este modo, pero no tenía voto en aquel consejo.

Juanillo estaba materialmente anonadado. No se movía ni mas ni menos que si estuviera ya muerto.

El golpe que le alcanzaba en medio de su felicidad, le había abrumado.

Fuera se agitaban, hablaban, y los soldados reían.

Sobrecogidos de espanto los de la aldea, ni siquiera se les había ocurrido la idea de protestar.

Simon y su mujer se mantenían inmóviles en el umbral de la puerta de su casa. Todos comprendían que la desgracia de Mr. Hue de Maurever, su señor, les privaba de todo medio de resistencia.

Detrás del compartimiento de la granja en que estaban las reses, había una puertecita que comunicaba con el patio.

La puerta se abrió suavemente y entró Simoneta en la sala comun.

Llevaba los ojos arrasados en llanto, y violentos sollozos sofocaban su pecho.

—¡Oh, pobre Juanillo! exclamó, cayendo sobre la paja al lado suyo. ¿Por qué fuistes en pos de la Hada?

Ya hemos dicho que los dos niños nunca se habían hablado de amor. Pero hablar de amor es el fin.

Juanillo se ocupaba precisamente á la sazón en pensar en Simoneta. Se estremeció, y salió de su entorpecimiento.

Sus grandes ojos azules se fijaron en la jóven.

—¿Lloras? dijo, ¿según eso me amabas, Simoneta?

—¡Que si te amaba, pobre Juanillo mio!....

—Algunas veces abrigaba esa esperanza, interrumpió el niño, que sonreía lleno de ventura; pero no era muy á menudo, porque tenía miedo de sufrir en demasía si veía que me había engañado. ¡Ah, Simoneta! muchas veces lo he pensado allá abajo, al pié del manzano del cual me van á ahorcar. Daría mi vida por saber que me amas.

—¡Al pié del manzano del cual te van á ahorcar! repitió la jóven ahogada por los sollozos.

—Pues bien, prosiguió Juanillo, que continuaba sonriendo-se, el Dios de bondad ha escuchado mi ruego... sé que me amas y muero...

Simoneta le cogió ambas manos y comenzó á mirarlo llena de desesperación.

—¡Morir, morir! dijo balbuceando bañada en lágrimas. ¡Ah, no quiero que mueras, no! ¡te lo ruego, pobre Juanillo mio!

Estaba como loca.

Asomó una lágrima á los párpados del niño.

—¡Diantre! dijo cándidamente, puesto que me amabas así, Simoneta, hubiéramos sido muy felices!

—¡Dios mio, Dios mio!... murmuraba la jóven retorciéndose los brazos.

—Escucha, repuso Juanillo, es preciso que te hagas una cuenta, hija mia. En mi oficio, ya sabes, muchas veces se va á la playa por la mañana, y no se vuelve por la noche. Ya ves, hubiéramos tenido hijos, y si me hubieras aguardado en valde, pobre Simoneta mia, al lado de las camitas de los pequeñuelos, ¡entonces si que habrias llorado!

Juanillo estaba sublime con su serenidad sencilla y tierna, Juanillo; á quien se acusaba de ser *mas cobarde que las gallinas*. Entre los soldados que se estaban burlando fuera, ni uno solo

habría visto acercarse su última hora con un corazón tan tranquilo. En lo que más se ocupaba era en consolar á Simoneta.

Pero Simoneta no podía ser consolada.

Por las rendijas de la puerta se veía á los soldados, que decían:

— ¡Vive Dios! el señor Meloir tarda mucho en venir. ¿Haremos de aguardar para cenar á que se haya ahorcado á ese chicuelo?

— Muchachos, contestaba maese Gueffes, que aquella noche estaba alegre y era amable, parece que al señor Meloir no le disgustaría encontrar la tarea hecha.

Simoneta había parado de llorar para escuchar.

— ¡Van á venir! murmuró.

— Cuando vengan te besaré en la mejilla, Simoneta, por la primera y la última vez, y después entregaré mi alma al Señor.

En el momento en que acababa de pronunciar estas palabras, pasó una nube por su frente y bajó la cabeza para enjugarse furtivamente una lágrima.

— Sé que eres buena, Simoneta, repuso tímidamente; allá abajo, en las Cuatro Salinas, hay una pobre anciana....

— Tu madre, Juanillo!

— Mi madre, es cierto. Debiera haber pensado antes en ella; mi madre, que está casi ciega, y no tiene más apoyo que yo.

— ¡Seré su hija! exclamó Simoneta.

— ¿Lo prometes? preguntó Juanillo, que comenzaba á sentir alguna inquietud.

— ¡Lo juro!

La inquietud de Juanillo desapareció en seguida.

— Puesto que es así, dijo, irás mañana á su casa. No digas en seguida á la anciana: «Señora Renata, Juanillo ha muerto;» ya ves, eso sería un golpe muy cruel, y no está ella muy fuerte. En vez de eso, la cogerás ambas manos, como cojo las tuyas,

Simoneta mía, y comenzarás á decir: «Señora Renata, es un oficio muy peligroso correr por los arenales.» Entonces parará su torno para mirarte, la besarás, Simoneta, y seguirás así: «Señora Renata, ¡ay Dios mío!.....»

Se detuvo y lanzó un profundo suspiro.

A Simoneta se la partía el corazón.

— Sí, prosiguió el niño, que luchaba con heroico valor contra el desconsuelo terrible de aquella escena; sí.... no sé yo, Simoneta mía, cómo arreglarás todo eso.... de seguro eres más hábil que yo..... Es preciso ir con mucho miramiento, porque quiere en extremo á su hijo, créeme, y..... ¡oh Dios mío! quisiera que vinieran ya á buscarme para darme muerte. ¡Cuánto hace sufrir esperar!.....

En la parte de afuera, hablaban los soldados para entretener el tiempo.

— El Hada de las playas, decía Kervoz, las lavanderas de la noche, los gatos rabones, las mujeres blancas y todo lo demás, son mentiras, mentiras que solo creen los necios.

— ¡Mentiras, mentiras! murmuró Merry; sin embargo, yo diré que he visto....

— ¿Qué has visto?

— En la escalera que está á la derecha de la casa de mi padre, en Trequier, he visto á los gatos rabones celebrar consejo.... sí.... eran tres; uno blanco, otro negro y otro pío. Este tenía ojos encarnados, y el negro azules, y el blanco verdes.

— ¿Y qué hacían en la escalera?

— Hablaban en latín.

Una carcajada general acogió la respuesta.

— En cuanto á las mujeres blancas, dijo el arquero Conan, en el obispado de Vannes, de donde soy natural, las conozco por docenas.... Hay la del pantano de Glenat, cerca de la Carrentoiz, que coge á los hombres por los hombros y les dá vuel-

tas como si fueran una peonza, hasta que los echa al fondo del agua.

— Pues yo no he visto gatos rabones ni mujeres blancas, repuso otro soldado; pero mi tío Renet murió del miedo que le causó una lavandera de noche, á la luz de la luna.

Ya no se reían con tantas ganas, porque no se ha de hablar de cosas sobrenaturales durante mucho tiempo, si se quiere que los vasallos bretones permanezcan alegres.

Son así: al cabo de diez minutos tienen frío; al cuarto de hora castañetean sus dientes.

Por eso son apasionados á oír hablar de cosas sobrenaturales.

— ¿Y de duendes? prosiguió Merry, ¿quién no los ha visto bailar alrededor de las cruces en los arenales? Una vez, Merry de Poulven, mi padrino, estaba en su huerta, ocupado en varear los manzanos. Era domingo y obraba mal.

A la hora en que concluyen las vísperas entró un caballero en la huerta. ¿Por dónde? no lo sé, y dijo á mi padrino:

— Mas vale varear manzanas para hacer sidra, que estar dando berridos en el facistol.

— ¡Ah! si por cierto, contestó mi padrino, quien no pensaba obrar mal.

El caballero, que era un duende, tomó una vara y comenzó á sacudir los manzanos con mi padrino.... Este pensaba:

— Hé aquí un señor excelente, por vida mia.

Las manzanas caían á celemines.

Cuando lo hubo sacudido todo, el caballero tendió su percha á mi padrino, quien no tenía malicia alguna. Mi padrino la tomó. Tan cierto como Poulven está en Ploubalay, allende el río de Rance, mi padrino sintió que le elevaban por cima de sus manzanos. El caballero sujetaba el otro extremo de la percha y nadaba en el aire como un pez en el agua. ¿Y qué sucedió?

Que á mi padrino se le ocurrió la idea de rezar un *Ave-Maria*, y el caballero soltó la percha gritando: «¡Me quemas!»

Así sucedió que mi padrino despertó con una costilla hundida sobre las piedras de Saint-Suliac, al otro lado del Rance.

Hubo un murmullo sordo entre los soldados y los aldeanos que se habían acercado para oír la historia.

— Pero ¿y el Hada de las playas? repuso Kervoz, quien no era ya tan fanfarron mas que á medias.

Un mozo de labranza se encargó de contestar.

— Hacia algunos años que no se la había visto, dijo, pero de pocos días á esta parte ha vuelto á aparecer por aquí, porque las escudillas de comida se van todas las noches.

Habiendo hablado así un mozo, las lenguas de las muchachas ardían en deseos de ponerse en movimiento.

— ¡Eso es verdad! exclamaron cuatro á la vez, y todos sabemos que cuando se la encuentra, hallándose uno en pecado mortal, no se vé salir el sol al día siguiente.

Entre los soldados no había uno solo que no estuviese en estado de pecado mortal, y mas de una mirada furtiva escudriñó la oscuridad de la noche con terror.

Hubo un momento de silencio.

Durante este silencio, aumentóse el mal estar general.

Maese Meloir tardaba demasiado.

Las hachas de viento comenzaban á palidecer por falta de resina. Habiendo sacudido el arquero Conan la suya, al resplandor de la llama se vió á una sombra negra deslizarse detrás del manzano, de donde ya colgaba la soga.

Cada cual contuvo su aliento. Cuando disminuyó el brillo de la llama, pareció que la sombra volvía á sepultarse en la tierra. Soldados y labriegos, todos se estremecieron hasta la médula de los huesos.

— ¡Vamos! muchachos, dijo desde léjos Morgan, el hombre

de armas que sustituía á Meloir, concluyamos. Id á buscar al chicuelo y echadle pronto la sogá al cuello.

## IV.

**La partida.**

Los soldados se dispusieron á obedecer la orden de Morgan, pero de muy mala gana. Su imaginacion estaba impresionada.

En la granja, Juanillo y Simoneta estaban arrodillados uno junto á otro.

Juanillo habia rogado á Simoneta que le ayudase á hacer su última oracion. Simoneta lloraba á lágrima viva; pero Juanillo tenia fuerza suficiente todavía para sonreír cuando le miraba. Rezaba lo mejor que podia, pidiendo á Dios que su madre tuviese una vejez tranquila, y para Simoneta una larga vida llena de felicidad.

A la verdad que Juanillo, arrodillado así con los ojos alzados al cielo, tenia la figura de un ángel.

Cuando entraron los soldados se levantó.

—¡Adios, Simoneta! dijo besándola en la frente segun lo habia prometido. ¡Piensa un poco en mí, y acuérdate de lo que has jurado acerca de mi madre!.....

—¡Oh, Juanillo! no te vayas, gritaba la jóven abrazándose con desesperacion á él.

Simon y su mujer lo miraban todo desde fuera, y veían que la felicidad de su hogar ya no existía.

Los soldados cogieron á Juanillo.

Simoneta les dijo:

— ¡Llevadme con él... quiero morir con él!

Uno de los soldados que estaba luchando con Simoneta, la cogió por la cintura y la robó un beso.

Juanillo tenia las manos atadas, pero dió con la cabeza en el pecho del soldado, que cayó de espaldas y fué rodando por el suelo de la granja.

En seguida el pobre pescador de mariscos caminó por sí mismo hácia el manzano que habia de servirle de patíbulo.

Maese Vicente Gueffes se ocultaba detrás de las muchachas.

Su mandíbula se sonreía diabólicamente.

— Mi lindo Juanillo, gritó en el momento en que pasaba el niño, bien te habia yo dicho que asistiria á tu boda....

Una mano se apoyó en el hombro del normando. Era la de Simon le Priol.

— Vicente Gueffes, dijo el buen labrador, te prohibo que vuelvas á pisar los umbrales de mi casa.

Gueffes retrocedió y murmuró entre dientes:

— Está bien, maese Simon; las cosas buenas y las muchachas hermosas, son del mas fuerte ó del mas astuto.

Juanillo ni siquiera se habia dignado contestar.

Simoneta habia caído en los brazos de su madre.

Reinó una agitacion singular entre los soldados que estaban aguardando al pié del manzano. Hablabanse en voz baja y con acento asustado. Se oía decir:

— Te afirmo que lo he visto.... Una cara grande, blanca y pálida, sobre un cuerpo negro.

— Está ahí.... dijo otro balbuceando, nos acecha....

— ¿En dónde?

— Detrás del seto.

— ¡San Guimou! es verdad, veo sus ojos brillar entre las ramas.

Las teas arrojaban unos resplandores pálidos y moribundos, que hacían que todos los rostros pareciesen lívidos.

La luna, enorme y rojiza, mostraba la mitad de su disco sobre la escarpa del camino.

— ¿Habeis despachado? gritó Morgan.

Los dos soldados que cogieron á Juanillo para pasarle el nudo corredizo de la soga al cuello, temblaban de piés á cabeza.

Juanillo murmuró:

— ¡Ah, buena Hada, buena Hada! ¡Bien me habia dicho que los escudos me acarrearían desgracia!

— ¡Llama á la Hada! dijo balbuceando uno de los soldados.

Otro se santiguó.

El cuello de Juanillo estaba sujeto por la soga.

— ¿Habeis despachado? volvió á preguntar Morgan.

— Sí, señor.

— Agitad las teas, que yo lo vea.

Las teas se agitaron lanzando una llama vivísima.

Luego se vió al pobre Juanillo colgado del manzano. Pero también se vió á una hermosa jóven que sostenía sus piés, y por consiguiente todo el peso de su cuerpo. Juanillo se sonreía, en vez de tener los ojos saltones y de sacar la lengua, como hacen los pacientes de la soga.

Las teas habían arrojado sus últimos resplandores y se apagaron. En medio de aquella oscuridad completa, el pánico se apoderó de los soldados de Meloir, quienes huyeron dando gritos. Habían visto sonreír al ahorcado, y á la Hada de las Playas que le sostenía por los piés. No es necesario decir que los mozos de labranza y las muchachas de la granja habían tomado la delantera á los soldados.

Algunos minutos despues, en la granja, bien cerrada y atran-

cada por dentro, Francisca la Labradoradora y la linda Simoneta se apresuraban á prodigar sus cuidados á Juanillo desmayado.

Simon le Priol y Julian, su hijo, estaban muy pensativos junto al hogar.

En un rincón estaba inmóvil una mujer vestida de negro.

— Ya vuelve en sí el pobre chico, dijo Francisca.

— Juanillo, Juanillo mio, repetía Simoneta, quien lloraba y sonreía á la vez.

— Ahora no se le puede entregar á esos bribones de soldados, murmuró Julian.

Simon movió la cabeza á uno y otro lado.

— Yo habia dicho que mi yerno necesitaria tener cincuenta escudos de Nantes, dijo manifestando su pensamiento en alta voz, pero habia contado sin mi hija.

Juanillo abría sus hermosos ojos azules y grandes.

— ¡Simoneta! dijo como extasiado, ¿es esto ya el paraíso de Dios?

Simoneta, harto feliz, no encontraba palabras para contestar.

El tío Simon continuaba diciendo:

— El chicuelo no tenía un cuarto, pero lo mismo dá, puesto que mi hija le quiere.

— El chicuelo tendrá los cincuenta escudos de Nantes, si Dios quiere, dijo una voz suave en la sombra.

Juanillo se levantó de un salto y exclamó:

— ¡Es la voz de la buena Hada!

Julian y Simoneta decían al propio tiempo:

— ¡Es la voz de nuestra señorita!

Quedaron un momento sorprendidos, porque Reina habia pasado por muerta, y la idea del fantasma es siempre la primera que se ocurre á la mente del labriego breton.

Fué preciso que Reina se adelantase.

Juanillo, á quien aun costaba trabajo sostenerse de pié, fué á arrodillarse delante de ella.

— Ya seais hada ó mujer, dijo, ya sea que esteis viva ó muerta, bendigaos Dios!

Reina le tomó la mano.

— ¡ Ah! ¡ nuestra querida señorita vive! exclamó Julian, ¡ puesto que toma la mano del chicuelo!...

Simoneta tenia tambien la otra mano de Reina y la cubria de besos.

— Os quería ya mucho, murmuró, antes de que le hubieseis salvado.....

— Y ahora me queréis dos veces mas, ¿ no es así? exclamó Reina sonriendo. Simon y Francisca, mis buenos amigos, haremos esta boda hácia el dia de Santa Ana.

Le Priol y su mujer se mantenian respetuosamente inclinados.

— Preciso era que yo salvase, prosiguió Reina, á ese lindo hombrecillo, porque yo era quien le habia puesto la sogá al cuello.

Todas las miradas la interrogaron, mientras que Juanillo murmuraba confuso:

— Si yo hubiera sabido que erais vos, allá abajo en la playa, noble señorita, no hubiera apretado tanto.

— ¡ Amigos míos! dijo Reina, voy á explicaros el enigma en dos palabras. Yo fui quien robé la escarcela del caballero Meloir porque contenia el precio maldito de la cabeza de mi padre. Juanillo me tomó por el Hada de las playas, y me pidió cincuenta escudos de oro. Yo tenia prisa, porque llevaba viveres á Mr. Hue, y le tiré la escarcela diciéndole que tuviese mucho cuidado.

— ¡ Eso es verdad! exclamó Juanillo interrumpiéndola, y yo no merecia un buen consejo en aquel momento.

— ¿ Segun eso, era á vos, noble señorita, á quien vi ayer

al oscurecer por la ventana destrozada del castillo? preguntó Julian.

— Yo era.

— ¿ Y por qué nuestra querida señorita, murmuró Simoneta acariciando la mano de su señora feudal y su amiga, no entraba en casa de sus fieles vasallos?

— Porque era cuestion de vida ó muerte, contestó Reina, que esta vez no se sonreia.

— Nuestra señorita desconfiaba de nosotros, hermana mia, dijo Julian con acento algo amargo. Se hacia pasar por muerta á fin de que los Priol no pudiesen vender su secreto.

— Vuestra señorita, amigo Julian, replicó Reina, que compartió vuestros juegos cuando niña, os habria confiado gustosa su propia vida, pero....

Julian la interrumpió con un gesto lleno de respeto é hincó una rodilla en tierra al lado de Juanillo.

— ¡ Lo que nuestra señorita ha hecho, bien hecho está! dijo. Mi lengua ha hecho traicion á mi corazon.

Reina le tendió la mano muy conmovida.

Tenia todo el tipo de un hermoso soldado aquel altivo jóven que estaba de rodillas delante de ella.

La mano que le tendian la besó Julian le Priol con un entusiasmo caballeresco.

— Yo soy un villano, exclamó; pero sé un sitio donde hay espadas. Si mi señor y su hija necesitan mi sangre, héla aquí.

— Y yo tambien, héla aquí, repitió alegremente Juanillo.

— ¡ Cómo! ¿ tú, chicuelo? dijo Reina, quien se reia conmovida, ¿ tú que eres mas cobarde que las gallinas?...

— Ya no soy cobarde, señorita, replicó Juanillo con la mejor buena fe del mundo, y aun creo que soy ya valiente. Desde que he visto la muerte frente á frente, sé lo que es y solo temo á

Dios; en cuando al diablo y á los soldados, mirad, me burlo de ellos.

Y al decir esto echaba hácia atrás su linda cabellera con aire travieso, y sus ojos chispeaban. Simoneta se alegró tanto de oír su discurso, que le plantó un sonoro beso en la mejilla, y luego exclamó:

— Y yo también, héla aquí; y mi padre y mi madre y todos los que están presentes, y todos los habitantes de la aldea. ¡Santo Dios! añadió, ¡que bien me batiría yo por mi querida señorita!

— Entonces estoy al frente de un ejército, dijo Reina alegremente. Mi primera operación militar será dirigir un convoy de víveres al retiro de Mr. Hue, con quien no he podido reunirme hace tres días.

— Tomemos cuanto haya en la casa y marchemos, dijo Julian.

Sinon le Priol y Francisca se habían interrogado mutuamente con una mirada.

Ambos eran fieles y adictos vasallos, pero eran personas de edad avanzada.

— Has dicho bien, hijo mío, dijo Simon con voz firme; pero quizás habrías hecho mejor en consultar previamente á tu padre.

— Mi padre ignora lo que yo sé, contestó el joven volviéndose al viejo le Priol. Hace un momento que me he introducido entre los soldados, y esa vívora llamado Vicente Gueffes, los ha excitado al mal. Decían que la aldea de San Juan era un nido de traidores, y que lo mejor sería prenderla fuego una de estas noches.

— La fuerza esta de parte de ellos, murmuró el anciano inclinando la cabeza.

— No para mucho tiempo quizás, prosiguió Julian, porque aun sé otras cosas más. Mientras el caballero Meloir dá-descan-

so á su jauría, y se dispone para obrar mal, circulan por la parte de la ciudad noticias singulares. El duque Francisco está enfermo, y todos consideran su padecimiento como un castigo impuesto por Dios al fratricida. Un sacerdote lo ha dicho en el púlpito de la iglesia de Comburg. Si Mr. Hue quisiese, mañana estaría á la cabeza de diez mil aldeanos.

— Mr. Hue de Maurever, dijo Reina interrumpiéndole, no desea faltar á la lealtad de un breton; preferiría morir mil veces antes que alzar su pendon contra su soberano legítimo.

— Pues os digo, señorita, repuso Julian, que entonces las cosas se harán sin él, y los soldados tendrán que apresurarse si quieren tener tiempo de incendiar nuestras moradas. Entretanto, si mis padres aceptan por hijo á ese chicuelo (y tendió la mano á Juanillo), y yo me alegraré de ello, porque bajo su agujereada piel de carnero late un corazón noble y bueno, páreceme que debemos alejarnos de aquí, porque mañana será de día y esa canalla que va haciendo sonar el hierro viejo no tiene miedo á los duendes más que de noche.

Francisca la Labradora recorrió la granja con una mirada triste.

— Hace treinta años que duermo bajo este techo, murmuró; aquí habéis nacido ambos, hijos míos.

— Aquí fué donde murió mi padre, dijo á su vez Simon le Priol, y también el padre de mi padre. Sobre ese lecho que está ahí cerré los ojos á mi madre. Escúchame, Julian, créeme. Por el interés de todo el oro del mundo, y por temor á la muerte ante mi vista, no abandonaría yo la pobre casa de los Priol. Pero me voy fuera de aquí, porque quiero mostrar mis brazos á mi señor Hue y decirle: «Aquí los teneis; vuestros son.»

Reina se arrojó al cuello del anciano y le besó como si hubiera sido su padre. En seguida besó á la labradora Francisca, que se limpiaba los ojos preñados de lágrimas.

Simoneta, con el corazón oprimido y la mano temblorosa, acariciaba á las dos hermosas vacas la Negra y la Roja.

— Vamos, vamos, dijo Juanillo, que crecía en importancia y tenía ya voto en el consejo, volveremos, maese Simon; volveremos, señora Francisca. Simoneta, amiga mía, encontraremos á la Roja y á la Negra. Pero pongámonos en marcha antes de que comience la caza, pues de lo contrario podría suceder que nos quedáramos en el camino.

Esta palabra llamó la atención de todos. Julian se abalanzó detrás de la puerta de la sala que servía de establo. Llamó cariñosamente á Juanillo, su nuevo hermano, y ambos volvieron muy luego con tres ballestas y tres espadas; las cestas de las mujeres se llenaron poniendo en ellas cuantas provisiones había en la granja.

¡Qué aspecto tenía Juanillo con su grande espada ceñida y su ballesta al hombro!

Por instinto buscaba en el ángulo de su labio alguna cosa que retorcer. Verdad es que nada encontraba, pues ni siquiera le asomaba el bozo.

Cuando todo estuvo corriente, Julian quitó las trancas de la puerta.

Aquello era verdaderamente una caravana que se ponía en marcha.

El padre, la madre, Reina, Julian, Simoneta y Juanillo, equipado como todo un hombre de guerra. De seguro que tardaron un cuarto de hora en dar vueltas para no olvidar cosa alguna.

Luego Simon dijo con voz sonora:

— ¡Marchemos!

Pero el anciano tenía los ojos arrasados en llanto.

En cuanto á Francisca la labradora hubo que sacarla por fuerza; estaba arrodillada delante del crucifijo de madera que había sobre la cama, y decía:

— ¡Un minuto mas para que acabe mi oración!

No parecía sino que la llevaban al suplicio, y Juanillo no había hecho tantos aspavientos para ir al manzano.

Por fin salieron todos; Simon cerró la puerta y confió su casa á la custodia de Dios.

Las reses estaban en la dehesa.

La caravana se puso en marcha.

Juanillo formaba la vanguardia, como era muy justo. En seguida iban las tres mujeres. Simon y Julian cerraban la retaguardia.

Al dar vuelta al primer recodo del camino, Juanillo conoció junto á un seto la sombra larga y deforme de maese Vicente.

Se echó rápidamente la ballesta á la cara; pero el normando saltó por encima del seto y huyó gritando:

— ¡Buen viaje!

## V.

### Dos primos.

Maese Vicente Gueffes era un normando que no tenía preocupaciones ni debilidades de ningún género. Su desgracia consistía en vivir en aquellos tiempos tenebrosos en que valían mas los hombros anchos y fuertes que la filosofía.

En nuestro siglo deslumbrador, maese Gueffes habría prosperado.

Maese Vicente Gueffes contó á nuestros nocturnos viajeros. Eran seis.

Simoneta, con el corazón oprimido y la mano temblorosa, acariciaba á las dos hermosas vacas la Negra y la Roja.

— Vamos, vamos, dijo Juanillo, que crecía en importancia y tenía ya voto en el consejo, volveremos, maese Simon; volveremos, señora Francisca. Simoneta, amiga mía, encontraremos á la Roja y á la Negra. Pero pongámonos en marcha antes de que comience la caza, pues de lo contrario podría suceder que nos quedáramos en el camino.

Esta palabra llamó la atención de todos. Julian se abalanzó detrás de la puerta de la sala que servía de establo. Llamó cariñosamente á Juanillo, su nuevo hermano, y ambos volvieron muy luego con tres ballestas y tres espadas; las cestas de las mujeres se llenaron poniendo en ellas cuantas provisiones había en la granja.

¡Qué aspecto tenía Juanillo con su grande espada ceñida y su ballesta al hombro!

Por instinto buscaba en el ángulo de su labio alguna cosa que retorcer. Verdad es que nada encontraba, pues ni siquiera le asomaba el bozo.

Cuando todo estuvo corriente, Julian quitó las trancas de la puerta.

Aquello era verdaderamente una caravana que se ponía en marcha.

El padre, la madre, Reina, Julian, Simoneta y Juanillo, equipado como todo un hombre de guerra. De seguro que tardaron un cuarto de hora en dar vueltas para no olvidar cosa alguna.

Luego Simon dijo con voz sonora:

— ¡Marchemos!

Pero el anciano tenía los ojos arrasados en llanto.

En cuanto á Francisca la labradora hubo que sacarla por fuerza; estaba arrodillada delante del crucifijo de madera que había sobre la cama, y decía:

— ¡Un minuto mas para que acabe mi oración!

No parecía sino que la llevaban al suplicio, y Juanillo no había hecho tantos aspavientos para ir al manzano.

Por fin salieron todos; Simon cerró la puerta y confió su casa á la custodia de Dios.

Las reses estaban en la dehesa.

La caravana se puso en marcha.

Juanillo formaba la vanguardia, como era muy justo. En seguida iban las tres mujeres. Simon y Julian cerraban la retaguardia.

Al dar vuelta al primer recodo del camino, Juanillo conoció junto á un seto la sombra larga y deforme de maese Vicente.

Se echó rápidamente la ballesta á la cara; pero el normando saltó por encima del seto y huyó gritando:

— ¡Buen viaje!

## V.

### Dos primos.

Maese Vicente Gueffes era un normando que no tenía preocupaciones ni debilidades de ningún género. Su desgracia consistía en vivir en aquellos tiempos tenebrosos en que valían mas los hombros anchos y fuertes que la filosofía.

En nuestro siglo deslumbrador, maese Gueffes habría prosperado.

Maese Vicente Gueffes contó á nuestros nocturnos viajeros. Eran seis.

Vicente Gueffes no creía en la Hada de las playas. Sabía perfectamente el nombre de la supuesta hada.

La guardaba mortal rencor por haber salvado al pescador de mariscos Juanillo.

Guardaba rencor al viejo Simon le Priol, que le había prohibido la entrada en su casa.

Se sentía dispuesto á hacer daño.

De un salto llegó al pié del castillo de San Juan, en donde se habían instalado los soldados, y pidió que le introdujesen hasta donde se hallaba el caballero Meloir.

El caballero acababa de regresar á su cuartel general, después de haber recorrido los pueblos inmediatos para publicar el edicto ducal.

Estaba cansado y de mal humor.

Para distraerle, Belissan, el montero, soltaba los lebreles delante de él en el patio del castillo.

— ¡Oh! ¡Tarot! ¡Noirot!..... ¡á! ¡Rangeat! ¡á!..... ¡Buen Dios! ¡ved al Nantés que patas tiene! ¡y Pivois! ¡y Ardois!.....

— Pero, ¿y ese perro grande y negro? preguntó el caballero señalando á un lebel enorme y magnífico que estaba echado en otro sitio.

— Es un animal hermoso, señor, contestó Belissan.

— Pero perezoso y cobarde, según creo. ¿Cómo le llamas?

— Se lo he comprado á un villano que le llevaba sujeto de cuello, y no sabía su nombre. Algo hay grabado en su collar, pero lléveme el diablo si sé leer.

— Se llamará Reynot, por amor á la dama de mis pensamientos, dijo Meloir.

— Corriente. ¡Reynot! ¡aquí, Reynot! ¡aquí, perro!

El lebel negro, echado en el suelo con las dos patas de delante cruzadas, se mantenía en una inmovilidad soberbia.

Belissan hizo sonar el látigo.

El galgo se levantó, se estiró, bostezó y lanzó un aullido quejumbroso, alargando el cuello.

— ¿Es eso cuánto sabe hacer? preguntó Meloir en tono de desprecio.

En aquel momento, el Griego y Pivois, que eran los dos más valientes de la jauría, se aproximaron á su nuevo compañero para conocerle.

Entre los perros, la manera de conocerse es darse una dentellada. Hubo gruñidos por ambas partes. Pivois y el Griego quisieron morder. El galgo negro saltó dos veces, y el Griego y Pivois rodaron aullando por el piso del patio.

— ¡Buena! ¡basta! ¡Reynot! ¡hijo mio! gritó Meloir gozoso. Es un buen compañero. Belissan, esta noche misma le vamos á poner á trabajar.... ¡Ea! cenemos pronto y en marcha. ¿Eres tú otra vez? repuso al ver que le traían á maese Vicente Gueffes.

— Si señor, yo soy.

— ¿Y qué quieres?

— Deciros que vais á poneros en marcha al instante, salvo que ceneis despues.

— Explicate.

Gueffes no deseaba otra cosa.

Refirió la fuga de los viajeros y pronunció el nombre de Reina.

Meloir no le dejó concluir.

— ¿Qué camino han tomado? preguntó.

— El de Normandia, mi querido señor.

— ¡A caballo! ¡señores, á caballo! gritó Meloir; si llegamos antes que ellos al Couesnon, la hija del traidor Maurever será nuestra.

La cena estaba casi cocida.

Hombres de armas y arqueros se pusieron en movimiento con visible pesar.

Meloir dejó en el castillo la mitad de su tropa á las órdenes de Morgan.

Por supuesto que Gueffes no habia referido á Meloir la historia de Juanillo ahorcado del manzano.

Estos eran pormenores de harto escasa importancia.

Se pusieron en marcha. La jauría iba delante de los caballos, y el galgo negro iba delante de la jauría.

En el castillo quedaron Conan, el heraldo, Morgan, y ocho ó diez soldados. Conan suspiró y se durmió. Morgan hizo lo propio.

Maese Gueffes dijo á los soldados:

— Hay sidra, vino é hipocrás en la alquerfa del viejo Simon le Priol.

Los soldados bajaron silenciosamente por la falda de la colina.

Echaron abajo la puerta de la casa de Simon le Priol y se pusieron á hacer una orgía.

No daremos pormenores de lo que pasó en aquel sitio entre Gueffes y los soldados ébrios. Pero cuando nuestros fugitivos, que habian caminado por las tierras hasta mas allá de Arderon, para evitar toda persecucion, bajaron á la aldea de Rive y entraron en la playa, Juanillo se detuvo de improviso. Su mano extendida señaló la costa de Bretaña en direccion de San Jorge.

Se veia un gran resplandor entre los árboles.

Los Priol y Reina se volvieron.

Reina lanzó un grito y preguntó:

— ¿Qué es eso?

El viejo Priol se santiguó, balbuceando:

— ¡Dios nos asista! ¡es la aldea de San Juan!

Francisca se vió obligada á sentarse en la arena. La faltaban los ánimos.

— ¡Mujer! dijo Simon, la casa de mi padre está ardiendo. Nada tenemos ya en la tierra, pero hemós cumplido nuestro deber.

Los dedos de Julian se crisparon en torno de la madera de su ballesta.

Los fugitivos permanecieron allí cinco minutos, y luego Juanillo dijo:

— ¡Adelante!

Volvieron la espalda al incendio y se dirigieron hácia Tombelene.

El viejo Simon no se equivocaba.

En la aldea de San Juan era donde efectivamente estaba el incendio, y su casa era la que ardia; solo que tambien ardian otras además de la suya.

Maese Vicente Gueffes no hacia las cosas á medias.

Durante toda la noche Aubry trabajó lo mejor que pudo. Habia trabajado durante la noche anterior y durante todo el dia.

La lima era buena, y Aubry adelantaba mucho.

A no ser por la postura intolerable en que se veia obligado á estar limando con una mano y sosteniéndose con la otra en la tronera, habria concluido muy pronto la tarea.

Pero á cada instante se soltaban sus dedos cansados, y caia en el fondo del calabozo sudando á chorros, cansado y jadeante.

Para recobrar su energía le era preciso evocar la imágen de Reina.

Pero tambien, ¡qué nuevo valor sentia tan luego como aquel nombre querido salia de sus labios!

La veía. Estaba allí sosteniéndole y animándole, y la oía decir:

— Necesitamos vuestro brazo, Aubry, para defendernos contra nuestros perseguidores.

Fué aquella una noche de febril impaciencia, durante la cual mas de una ilusión extravagante visitó la soledad del cautivo.

Hacia la madrugada vió la mas singular de todas en medio de su trabajo. Ocurria lo que habia previsto la víspera en su conversacion con Reina. Creía oír los lejanos ladrillos de una jauría que iba cazando por la playa.

Sin duda era una ilusión; y sin embargo, cada vez que el viento soplaba de aquella parte, llevaba mas claros los ladridos. Y una vez, entre otras, creyó reconocer Aubry el ladrido de maese Loys, su hermoso galgo.

La fiebre produce errores singulares, como este.

Aubry volvió á coger la lima y trabajó de nuevo. La barra de hierro estaba casi cortada.

Sin embargo, aun se sostenía. Amaneció, y Aubry se echó sobre la paja y quiso disfrutar un momento de sueño.

Apenas se hubo dormido, cuando el ruido de la llave de fray Bruno girando en la cerradura le despertó sobresaltado. Sin embargo, fray Bruno habia ido ya á hacer su ronda y á contar sus historias. ¿Iba á contraer la costumbre de hacer dos rondas cada noche, y de contar dos historias?

¿O bien el trabajo nocturno de Aubry habia despertado sospechas?

Antes de que hubiese tenido tiempo para contestar él mismo á estas preguntas, sucedió al ruido de los cerrojos el de un paso fuerte y un sonido de hierro.

— Vamos, primo Aubry, dijo una voz sonora en la puerta; ¿estamos durmiendo todavía? ¡Por mi santo patrono! parece que aquí no madrugamos mucho.

Aubry se levantó con viveza.

— ¡Meloir! exclamó.

— Entrad, entrad, señor caballero, dijo fray Bruno á su vez. Estas celdas no son muy grandes, pero para lo que en ellas se hace, son muy suficientes. Me acuerdo de que en el año 35, poco despues de mi llegada al monasterio, habia un prisionero que se llamaba Olivier Triquetaine, el cual era tan gordo, que costó mucho trabajo hacerle entrar por la puerta. En cuanto á salir, solo lo verificó en un ataúd. Olivier Triquetaine era un compañero bastante alegre, y siempre decia que los sábados por la noche....

— Cuando me saqueis de aquí, hermano, dijo Meloir despidiéndole, me contareis por el camino lo que decia Oliver Triquetaine los sábados por la noche.

— ¡Bueno! dijo fray Bruno: no faltaré, pues os interesará, señor caballero.

Salió y cerró la puerta con tres vueltas.

— ¡Señor caballero! gritó desde la parte de fuera de las tablas de roble, en el momento en que os plazca marcharos, llamad y no os impacientéis, que voy á maitines.

— ¡Diablo! dijo Meloir volviéndose hácia Aubry, primo mio, tienes un carcelero de buen humor. ¿Y cómo estás desde que no nos vemos?

— Bien, replicó Aubry.

— La verdad es que no tienes todavía muy mala cara.

— ¿Qué vienes á hacer aquí?

— A saber de tí, y de paso, primo Aubry, á darte un apretón de mano.

Y al decir esto tendió la suya á Aubry, quien la rechazó.

— ¡Oh! ¡oh! dijo Meloir, ¿sabes que es la mano de un caballero, primo mio?

— Me avergüenzo por la caballería.

—¿Qué significa eso? exclamó Meloir, frunciendo el entrecejo terriblemente. Pero en seguida dió otra expresion á su fisonomía.

—Desde tiempo inmemorial, prosiguió diciendo, han tenido los prisioneros derecho de insolencia. No te violentes, primo, estas paredes de granito deben agriar un poco tu carácter. Por parte de los cautivos, los niños, y las mujeres, un caballero debe sufrirlo todo.

—¡Un caballero!.... repitió Aubry encogiéndose de hombros; ¡y se quejan de que se va la caballería! ¡Por Nuestra Señora! primo, si hay muchos hombres como tú que lleven espuelas de oro y corazón de villano....

Meloir palideció.

—*He dicho corazón de villano*, repitió Aubry, cuya voz era serena y fría. Si tienes algo de alma todavía, vete, porque no tendré para tí sino palabras de desprecio.

—Pues bien, primo Aubry, dijo Meloir con sonrisa forzada, me decido á quedarme. Abrúmame á improprios; eso te aliviará, y yo rogaré á Dios que me tenga en cuenta esta humillacion, sobrellevada cristianamente, cuando se trate de sufrir la prueba grande.... ¡Qué diablo! añadió cambiando brusca-mente de tono, ¿no puede hacerse la guerra y vivir como amigos durante la tregua? vamos, primo Aubry, deja á un lado tu lenguaje de Amadis, y hablemos como honrados parientes que somos.

Meloir habia recobrado su perfecto desembarazo.

—Ten en cuenta, primo Aubry, continuó diciendo alegremente, que venia en extremo cansado; he entrado en el convento para descansar, y el prior, como es razon, me ha ofrecido su mesa; pero yo he contestado: «Reverendo padre, tenéis aqui á un hombre de armas jóven, que es primo mio, y á quien quiero como si fuese mi hermano; pero está prisionero; permí-

tidme que vaya á verle.» Y entonces me hicieron bajar por una escalera larga y endiablada, y en vez de sentarme delante de un buen pastel de carne de venado, me sepultan en un agujero húmedo; y tú, para recompensarme, me llenas de injurias.

—No te habia pedido yo que vinieras.

—Es verdad. Pero.... ¿y si yo viniera á traerte buenas noticias?....

—Me disgustaria recibirlas de tí.

—¡Diablo! eso es decididamente odio.

—No, replicó Aubry sin comoverse lo mas mínimo; solo es desprecio.

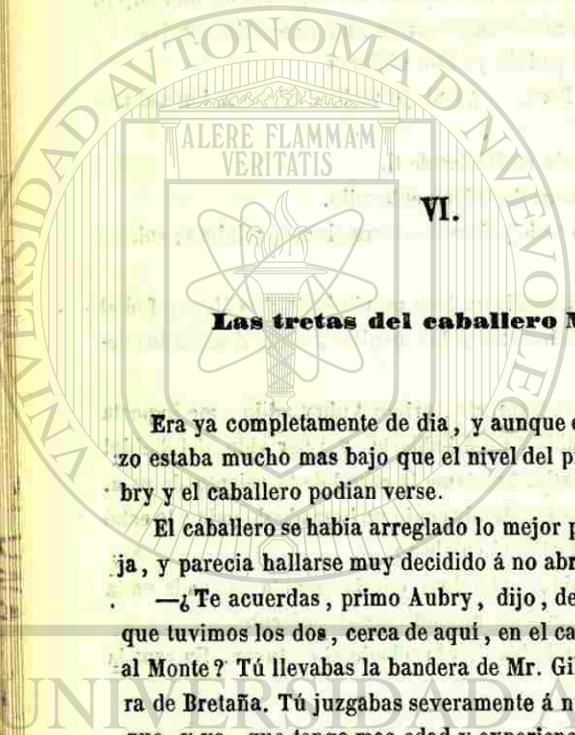
Meloir volvió á sentir un leve movimiento de cólera; fué el último. Se acostumbra uno á los insultos, como á todas las demás cosas.

—Ya sea odio ó desprecio, primo Aubry, dijo, me importa muy poco. He venido aquí á hablarte, y ¡por vida del diablo! que hemos de hacerlo. Préstame la mitad de tu asiento de paja.

Aubry no contestó. Meloir cogió un brazado de paja y lo echó en el extremo opuesto del calabozo.

—Así, prosiguió, sentándose con la espalda apoyada en la roca, estaremos á gusto y no podremos mordernos.

Para sentarse se habia desabrochado el cinturón. Su espada estaba junto á él.



## VI.

**Las tretas del caballero Meloir.**

Era ya completamente de día, y aunque el suelo del calabozo estaba mucho más bajo que el nivel del piso de afuera, Aubry y el caballero podían verse.

El caballero se había arreglado lo mejor posible sobre la paja, y parecía hallarse muy decidido á no abreviar su visita.

—¿Te acuerdas, primo Aubry, dijo, de una conversacion que tuvimos los dos, cerca de aquí, en el camino de Avranches al Monte? Tú llevabas la bandera de Mr. Gilles, y yo la bandera de Bretaña. Tú juzgabas severamente á nuestro señor el duque, y yo, que tengo más edad y experiencia, era más indulgente. Llegamos á hablar de nuestros amores porque siempre hay que llegar á ese punto, y supimos que éramos rivales. Pues bien, Aubry, con toda la sencillez de mi corazón te digo que eso me afligió por tí.

Aubry se sonrió desdeñosamente.

—¡Oh! dijo Meloir, ya sé que eres amado. Pero no se trata de eso. Está bien tu sonrisa bajo tu naciente bigote. Pero ella no está aquí, tu sonrisa es perdida. Entre dos hombres que se dis-

putan á una hermosa, no se trata en manera alguna de saber á cuál de los dos quiere ella.

—¿Pues de qué se trata?

—De saber cuál de los dos será en último resultado su señor y dueño. Ahora bien, me afligió por tí, primo mío, porque sabía de antemano que no ganarías la partida.

—¡Todavía no la he perdido! murmuró Aubry.

La mirada viva y penetrante del caballero se fijó en él á hurtadillas. En seguida examinó prolijamente el calabozo como si hubiese querido desvanecer un temor enfadoso que le hubiese ocurrido de improviso.

Aquella caja de granito era muy á propósito para destruir toda inquietud.

Meloir comenzó á sonreír á su vez.

—Figúrate, primo Aubry, dijo, que acaba de cruzar por mi cerebro una idea extravagante. La manera en que has pronunciado estas palabras: «Todavía no la he perdido,» ha sonado en mis oídos como una amenaza, y he pensado que quizás tendrás algún medio de recobrar la libertad. Ahora bien, si la recobras, á la verdad que la partida no sería muy mala.

La mirada de Aubry se alzó lentamente hácia el caballero.

—Ya comienza á excitarse tu curiosidad, ¿no es así? dijo Meloir. Ahora podría yo usar de rigor contigo, porque no has estado muy amable conmigo. Pero soy bonachón y no guardo rencor. Voy á hablarte absolutamente lo mismo que si me hubieras recibido con los brazos abiertos. Si, primo Aubry, la fortuna se va volviendo á mi favor. Si estuvieses en libertad tendrías mucho adelantado, y entonces no me encontraría yo tan bien con mi famosa máxima de que «más vale hacerse temer que hacerse amar,» porque ni aun siquiera tendría medios de hacerme temer.

Aubry escuchaba con suma atención.

Meloir hizo una pausa.

Parecia gozar con la nueva atencion que le prestaba su compañero.

—Pero justamente te falta la libertad, repuso con una carajada burlona, primo Aubry, y no seré yo quien vaya á dártela, en verdad. Hay aqui unas paredes magnificas, y mi juego vale mas que el tuyo. A ti te ama, pero yo me casaré. ¿No hay en esto motivo para reirse?

—Si, cuando un hombre es un villano sin fe y sin honor, comenzó á decir Aubry.

—¡Quita allá! al momento llegas á los insultos; te prevaleces de tu posicion de cautivo, y eso no es generoso.

—Haz que me bajen á la playa, exclamó Aubry, dame una espada, lleva contigo dos ó tres de tus valientes soldados, y verás si sostengo mis palabras.

—¡Bien replicado! Pero soy demasiado viejo, primo mio, para dejarme coger de ese modo. Te perdono toda reparacion. Eres la espada mas valiente del mundo, y todo está dicho. Si nos hallásemos ambos en la playa, me partirias el cuerpo como Arturo de Bretaña lo hizo con el gigante del Monte Tombelene. Queda convenido. Entretanto hablemos razonablemente. Me falta explicarte por qué seria bueno tu juego si viniese una buena Hada, por casualidad, á romper tus hierros y perforar las murallas de tu calabozo. Las cosas han caminado de prisa desde el octavo dia del presente mes de junio que está para concluir. Francisco de Bretaña ha quedado muy impresionado por el terrible emplazamiento que le hizo el anciano Maurever, y ha envejecido diez años en dos semanas. Piensa incesantemente en el décimo octavo dia de julio, que es el que se le ha fijado para comparecer ante el tribunal de Dios, y sus médicos no saben si llegará á ese término, tal es la prisa con que se va marchando su vida. Ahora bien, el sol poniente no tiene ya adoradores; los

magos se dirigen siempre al sol que sale. En este momento en que te estoy hablando, un hombre resuelto que echase al viento un guiñapo blasonado, gritando en nombre de Mr. Pedro el futuro duque, pondria en precipitada fuga á mis jinetes y soldados como una bandada de gansos asustados.

Aubry bajaba la cabeza para ocultar el fuego que sentia en sus ojos.

Pensaba en su barra de hierro que estaba casi cortada.

Dentro de pocas horas podia estar libre.

Necesitaba toda su fuerza de voluntad para contener el grito de alegría que se escapaba de su corazon.

Meloir que le veia así, con la cabeza baja, experimentaba un sentimiento secreto de triunfo.

Prosiguió diciendo:

—Pero, ¿quién diablos pensaria en jugar á ese juego sinó tú, primo Aubry? El viejo Maurever, que es un santo, no puedo negarlo, preferiria hacer que le matasen mil veces antes que alzar la bandera de la rebellion, y al fin y al cabo, nuestra linda Reina no es mas que una mujer.

—¡Oh! dijo Aubry fingiendo desesperacion y rabia; ¿verse uno obligado á permanecer aquí, como una fiera, en una jaula de hierro!

—Es cosa de desesperarse, no digo que no, porque durante este tiempo trabajo yo, primo Aubry. Por muy mal que esté el duque Francisco, siempre tengo quince dias de trabajo, y por vida mia que yo no pido tanto. Dentro de tres dias habré arreglado mis negocios.

—¡Tres dias! repitió Aubry con acento quejumbroso.

—Todo lo mas. Olvidaba decirte que el cansancio que me ha obligado á sentarme sobre tu paja, proviene de que la pasada noche he hecho una pequeña cacería en las playas.

—¡Ah! dijo Aubry interrumpiéndole, bien creia yo oír...

—¿Los ladridos de mi jauría? exclamó Meloir interrumpiéndole á su vez. ¡Ah! ¡endiablados perros! ¡qué buena la han llevado esta noche! Figúrate que han venido hasta las rocas que hay al pié del Monte. Esta noche los llevaremos á Tombelene.

Aubry sintió un estremecimiento pero guardó silencio.

— Por otra parte, prosiguió Meloir, esa jauría es un mero lujo; la he mandado venir para darme un aspecto de celo exagerado, porque sé yo de un picaro que me dirá, en cuanto yo quiera, el retiro de Maurever.

Aubry ya no respiraba.

El caballero se arregló sobre la paja y buscó una postura cómoda.

—No es eso lo principal, dijo, lo que quiero participarte es lo relativo á la famosa partida que tenemos empeñada tú y yo; es el medio que emplearé para obtener la mano de la hermosa Reina.

—¡La violencia! murmuró Aubry.

—¡Quita allá! no me conoces. ¡Yaya una locura que sería hacerse temer, para llegar á amenazar como un hombre brutall Y á la verdad que no merecía la pena..... Hacerse temer, primo Aubry, es, como te he dicho ya, el gran secreto del amor; pero con la condicion de no tener en sí, cuando se usa ese talisman querido, todo lo necesario para agradar. Ahora bien, no obstante los quince ó veinte años que tengo mas que tú, Aubry, amigo mio, todavía llevo bastante gallardamente mi penacho, y mira, en esta coraza de acero, mi cintura, como ves, conserva alguna elasticidad y gracia. ¡La violencia! ¡pardiez! he aquí lo que son estos jovencillos que pegarian á las mujeres si estas no suspirasen como esclavas á sus piés. Nosotros los caballeros (y Meloir se enderezó con mucha formalidad), nosotros los caballeros tenemos otros recursos, y para edificacion tuya, primo, voy á enseñarte una treta.

Al llegar aquí se interrumpió y volvió á reir ruidosamente.

—¡Oh! ¡oh! exclamó, ahora sí que aguzas el oido. Y á la verdad, primo, que preciso es que yo sea un pariente muy bueno, ó que tenga una confianza extremada en los cerrojos de mosen Juan Gonault, prior de los monjes del Monte San Miguel, para mostrarte de este modo hasta lo mas recóndito de mi corazon. ¡Pero no recuerdo haber visto en mi vida un semblante mas raro que el tuyo, primo Aubry! Me divierte el contemplarte, como entretiene mirar un misterio, representado por hábiles histriones.

Entonces tocó al prisionero fruncir el entrecejo.

Meloir tomaba francamente su revancha.

—No te incomodes, prosiguió, y deja que me divierta.... Hé aquí, pues, la treta anunciada.... Llego al retiro de Mr. Hue de Maurever, mi futuro y venerado suegro, y le prendo en nombre del duque Francisco, y á su hija, y á su comitiva, si la tiene, por fortuna, lo cual no creo, y me le llevo conmigo.

En el camino, coloco mi caballo al lado del suyo, y le digo: —¡Señor caballero! en otro tiempo fui uno de vuestros amigos, y debe haberos sorprendido en gran manera verme encargar del papel que hoy estoy representando.

El solo me contesta con una mirada desdeñosa; insisto, y me envia al diablo.

Ya ves, primo que me pongo en lo peor.

Insisto de nuevo, y digo con tristeza:

—Me habeis juzgado mal, Hue de Maurever; todo lo que he hecho ha sido en beneficio vuestro. Desde el primer momento que estuvisteis en peligro, he querido salvaros, aunque fuese arriesgando mi propia vida!

Naturalmente abre el oido, porque al fin, tan luego como se propone un enigma, gustá saber su explicacion.

Yo saludo respetuosamente, y finjo retirarme. El me detiene diciendo:

—No os entiendo

—A menos que prefiera decir:

—Explicaos.

Le dejó la elección entre los dos giros; volvió en seguida con aire humilde y afectuoso, y prosiguió diciendo:

—¡Señor Hue, amo á vuestra hija!

—¡Y al oír eso, te vuelve la espalda, malandrin! exclamó Aubry interrumpiéndole.

—Creo que tienes razón, contestó Meloir tranquilamente; al oír esa confesión, deberá volverme la espalda, si te parece; pero yo no me descontento, y añadido con voz compungida:

—¿Podeis pensar, Mr. Hue, que sintiendo este amor, haya podido ni por un solo instante? ...

—Basta, me interrumpirá él, porque para prevenirlo todo hay que contar con lo que dé de sí el mal humor. Yo exclamo:

—¡Ah, señor Hue! el acusado tiene, al menos, el derecho de hacer su defensa. En el momento que yo os he dicho: amo á vuestra hija, habeis creído adivinar el móvil de mi conducta, habeis pensado: el caballero Meloir quiere conducirme ante el duque Francisco, entregar mi cabeza, y pedir por recompensa la mano de mi hija.

Si entonces puedo derramar una lágrima, primo Aubry, todo está dicho; si no puedo hacerlo, fingiré limpiarme los ojos, y proseguiré con calor:

—Ay Dios, señor Hue, no es tal mi intento. Yo soy un pobre hidalgo, es verdad, pero tengo un corazón tan elevado como el de un rey. Mi intención fué tomar el encargo de perseguirlos, á fin de que no se encargase de ello otro que fuese menos amigo vuestro; mi intención era lo mismo el primer día que es hoy; venir á vos y deciros: La tierra normanda está bajo vuestros piés, señor Hue; estais libre y Dios os guarde.

—¡Ah! ¡malvado, maldito! exclamó Aubry, cuyas sienes estaban bañadas en sudor.

—¿Preferias verme entregarle al gran preboste del duque Francisco? preguntó irónicamente Meloir.

—¡Quisiera verte en campo cerrado y con espada en mano, charlatan de honor!

—Puesto que te incomodas así, primo Aubry, dijo Meloir interrumpiéndole y levantándose, es señal de que la receta es buena y deberá alcanzar buen éxito.

Aubry se levantó igualmente.

—¡Si, si, es buena tu receta! dijo balbuceando con voz ahogada por el furor. Hue de Maurever es la generosidad personificada, creará en la tuya, y aun despues, Reina, por salvar á su padre...

—¡Por San Meloir! exclamó el caballero, cada una de tus palabras me llena de placer, primo. Parece que, decididamente, he dado en la dificultad.

Hervía la colera en el corazón de Aubry.

El mismo esfuerzo que hacia para contenerla era un alimento para su furor.

Meloir le miraba con aire provocativo.

—Y ahora, repuso, nada tengo ya que decirte; hasta la vista y te deseo mucha resignación. Cuando volvamos á encontrarnos te presentaré á mi mujer.

En aquel momento estalló la rabia del joven.

Habia desaparecido de él toda idea de prudencia.

—¡Cobarde! ¡cobarde! ¡cobarde! exclamó por tres veces, apoyándose de espaldas en la puerta, me encontrarás mas pronto de lo que piensas, y cuando abras la boca para engañar al anciano y á su hija, mi espada hará que tu mentira se ahogue en tu garganta.

—¡Ah! dijo Meloir, quien retrocedió hasta el pié de la ventana.

Aubry hubiera querido recoger las palabras pronunciadas, pero no era ya tiempo.

— ¡Voto al diablo! dijo Meloir, yo habia venido para saber algo de eso. ¿Parece que tambien tenemos nuestras tretas?

Miró alrededor del calabozo por segunda vez y con mayor atencion.

Aubry habia vuelto á tumbarse en su lecho de paja. Ya no hablaba; tenia las manos libres; mas de una vez le habia ocurrido la idea de precipitarse sobre el caballero, pero este se hallaba armado de piés á cabeza, mientras que Aubry nada tenia para defenderse.

Meloir, despues de haber hecho su exámen, murmuró:

— No hay una sola hendidura por donde pase un dedo, y este mocito no es duende... ¡Ah, exclamó de pronto, como si le ocurriese una idea, la tronera!

Aubry se estremeció de piés á cabeza. Meloir enderezó su elevada estatura, y como aun no alcanzaba su cabeza á la tronera, dió un salto.

— Un conejo podria pasar por ahi.

Parecia que su mirada hacia la comparacion entre la anchura de la ventana y el grueso del cuerpo de Aubry.

— ¡Si estuviese cortada la barral dijo explicando en alta voz su pensamiento.

Se quitó la manopla de hierro, se puso de puntillas, y le arrojó violentamente contra la barra, que produjo un sonido cascado.

— ¡Ah, voto al diablo! ¡cuerpo de Cristo! [primo mio], exclamó, he hecho bien en venir.

Pero no concluyó la frase, porque el jóven, viéndose perdido y adoptando una resolucion repentina, habia aprovechado el momento en que Meloir atacaba á la barra, para precipitarse sobre él.

En un abrir y cerrar de ojos fué derribado Meloir al suelo.

Aubry, que apoyaba la rodilla en su pecho, le puso su propia espada en la garganta.

— ¡Lanza un grito, pronuncia una palabra, dijo en voz baja, y te mato como á un perro!

— Y harás bien, primo Aubry, repuso Meloir, que no se desconcertaba por tan poco. Has obrado como se hace en buena guerra, y yo no he hecho tan bien en venir. Pero puedes oprimir un poco menos mi garganta, si quieres. Te empeño mi palabra de caballero de que no pediré socorro.

## VII.

## Fray Bruno.

Cuando Aubry hubo aflojado un poco la mano, Meloir absorbió un poco de aire con visible satisfaccion.

— Tienes buenos puños, primo, dijo, y yo soy un necio. Tu treta vale mucho mas que la mia. No hay mas, y no es motivo ese para enfadarse.

— Escucha, Meloir, le contestó el jóven, en otro tiempo eras tú un soldado valiente y un buen compañero; no tengo valor para matarte.

— ¡Diablo! dijo Meloir interrumpiéndole, ¡matarme! No te andas con rodeos, primo Aubry.

— Deberia hacerlo por Hue y por su hija.

— Nada de eso, añadió Meloir volviendo á interrumpirle. Sabes que soy incapaz...

Aubry hubiera querido recoger las palabras pronunciadas, pero no era ya tiempo.

— ¡Voto al diablo! dijo Meloir, yo habia venido para saber algo de eso. ¿Parece que tambien tenemos nuestras tretas?

Miró alrededor del calabozo por segunda vez y con mayor atencion.

Aubry habia vuelto á tumbarse en su lecho de paja. Ya no hablaba; tenia las manos libres; mas de una vez le habia ocurrido la idea de precipitarse sobre el caballero, pero este se hallaba armado de piés á cabeza, mientras que Aubry nada tenia para defenderse.

Meloir, despues de haber hecho su exámen, murmuró:

— No hay una sola hendidura por donde pase un dedo, y este mocito no es duende... ¡Ah, exclamó de pronto, como si le ocurriese una idea, la tronera!

Aubry se estremeció de piés á cabeza. Meloir enderezó su elevada estatura, y como aun no alcanzaba su cabeza á la tronera, dió un salto.

— Un conejo podria pasar por ahí.

Parecia que su mirada hacia la comparacion entre la anchura de la ventana y el grueso del cuerpo de Aubry.

— ¡Si estuviese cortada la barral dijo explicando en alta voz su pensamiento.

Se quitó la manopla de hierro, se puso de puntillas, y le arrojó violentamente contra la barra, que produjo un sonido cascado.

— ¡Ah, voto al diablo! ¡cuerpo de Cristo! [primo mio], exclamó, he hecho bien en venir.

Pero no concluyó la frase, porque el jóven, viéndose perdido y adoptando una resolucion repentina, habia aprovechado el momento en que Meloir atacaba á la barra, para precipitarse sobre él.

En un abrir y cerrar de ojos fué derribado Meloir al suelo.

Aubry, que apoyaba la rodilla en su pecho, le puso su propia espada en la garganta.

— ¡Lanza un grito, pronuncia una palabra, dijo en voz baja, y te mato como á un perro!

— Y harás bien, primo Aubry, repuso Meloir, que no se desconcertaba por tan poco. Has obrado como se hace en buena guerra, y yo no he hecho tan bien en venir. Pero puedes oprimir un poco menos mi garganta, si quieres. Te empeño mi palabra de caballero de que no pediré socorro.

## VII.

## Fray Bruno.

Cuando Aubry hubo aflojado un poco la mano, Meloir absorbió un poco de aire con visible satisfaccion.

— Tienes buenos puños, primo, dijo, y yo soy un necio. Tu treta vale mucho mas que la mia. No hay mas, y no es motivo ese para enfadarse.

— Escucha, Meloir, le contestó el jóven, en otro tiempo eras tú un soldado valiente y un buen compañero; no tengo valor para matarte.

— ¡Diablo! dijo Meloir interrumpiéndole, ¡matarme! No te andas con rodeos, primo Aubry.

— Deberia hacerlo por Hue y por su hija.

— Nada de eso, añadió Meloir volviendo á interrumpirle. Sabes que soy incapaz...

La mano de Aubry se hizo algo mas pesada sobre la garganta del caballero.

— Cállate, dijo con rudeza. No tengo tiempo ni ganas de escuchar tus necesidades. Consiento en perdonarte la vida, pero á condicion de que no me estorbarás en el cumplimiento de mi propósito.

— ¡Á fe de caballero! exclamó Meloir; no tienes mas que serrar tu barra delante de mí, si quieres, y yo te serviré de escabel para que subas.

— Muchas gracias. Esa via me parece incómoda y peligrosa. ¿Á qué salir por la ventana cuando está ahí la puerta?

— Te haré observar, primo Aubry, que me estás oprimiendo el cuello sin pensar en lo que haces. No me gustan las cosas á medias. ¡Ahógame en regla! vive Dios, ó suéltame.

— Te soltaré en cuanto nos hayamos arreglado.

— Sin embargo, yo no puedo abrirte esa puerta, exclamó Meloir con doliente acento.

— ¿Me prometes que, en cuanto te deje libre, no intentarás contra mi resistencia alguna?

— Lo prometo.

— ¿Me prometes que dejarás que te ate las manos y las piernas?

— ¿Las piernas? ¿para qué, primo?

— Y qué te ponga una mordaza en la boca? añadió Aubry, cuyos dedos hicieron un pequeño movimiento en torno del cuello del caballero.

— ¡Lo prometo, lo prometo! dijo Meloir precipitadamente.

— ¿Te comprometes á cederme tu armadura para que me la ponga ante tu vista?

— ¡Mi armadura!

— Desde las espuelas hasta la celada.

— ¡Ah, primo Aubry, primo Aubry! murmuró el pobre caballero, nunca te hubiera creído tan astuto.

— ¿Te comprometes?

— Me comprometo.

— ¿Bajo juramento?

— Bajo juramento.

— ¡En hora buena! levántate y cumple tu palabra como un caballero.

En cuanto á lo de levantarse, Meloir no se lo hizo repetir; en cuanto á cumplir su palabra, acaso hubiera encontrado alguna escapatoria si no hubiese visto su buena espada en manos de Aubry. Verdad es que la daga la llevaba todavía en la vaina; pero Aubry de Kergariou era un excelente hombre de armas, y atacarle con una daga cuando estaba con espada en mano, habría sido una locura.

Meloir se sacudió, se estiró y se palpó.

— Vamos, dijo Aubry, despáchate.

Meloir dió un paso hácia él.

Aubry le puso sin ceremonia la punta de su espada entre ambos ojos.

— Mantente á distancia, le dijo. Entre buenos amigos las cuentas claras: no te acerques ó te pincho.

— Segun eso, tienes desconfianza?

— Tengo prisa, y si no te despachas....

— Ya voy, ya voy, primo Aubry.

Con efecto, Meloir comenzó á desabrocharse la armadura.®

Solo tenia puestas las piezas ligeras y no la lóriga de hierro que aun se llevaba al combate en el siglo xv.

Su equipo consistia en martingalas de acero y de búfalo, corselete de mallas anchas, jubon de búfalo, y celada sin visera con penacho.

Aubry le seguia con la vista.

Cuando Meloir hubo concluido de desarmarse sin conservar mas que sus calzas y su jubon, Aubry tomó de debajo de la paja de su lecho una cuerda que habia de servirle en su proyectada evasión.

— Dame tus muñecas, dijo con voz imperiosa.

— Aguarda siquiera á que estés armado.

Aubry se sonrió.

— Me armaré cuando estés atado, replicó; dame tus puños.

Meloir obedeció al fin, aunque de muy mala gana.

El pobre caballero habia esperado verdaderamente restablecer su posición, mientras Aubry estuviese entretenido en vestirse. Al tender sus puños, murmuró:

— Quién diablos habria pensado que este hombrecillo supiese manejarse así!

— Ya está, dijo Aubry, que habia hecho un nudo excelente; te perdono los piés. Ahora sientate en aquel lugar, y reflexiona, si quieres, acerca de las vicisitudes de la suerte.

Meloir se sentó. Tenia la traza de una zorra á quien hubiese cogido una gallina.

En un abrir y cerrar de ojos estuvo Aubry armado de piés á cabeza.

— ¿Estoy bien así? preguntó.

— ¡Vive Dios! exclamó Meloir encolerizado, ¿será preciso tambien que te sirva de espejo?

— Vamos, vamos, no te incomodes, primo Meloir. Ya llegará día en que te devuelva tus armas. Ahora no nos falta mas que ponerte la mordaza.

El momento no era oportuno para oponer resistencia.

Meloir se dejó poner la mordaza.

Pero ya no le quedaba ni un resto de su excelente carácter.

En su cabeza se agitaban pensamientos feroces de venganza.

Aubry le dió cortesmente los buenos días y golpeó con la ace-

rada manopla en la puerta. Llamaba con toda su fuerza, acordándose de que fray Bruno habia dicho que iba á maitines. Sin embargo, pareció que el buen fray Bruno habia variado de opinion, porque al oirse el primer golpe dado con la manopla, se abrió la puerta.

Aubry no pudo menos de retroceder un paso.

— Estaba ahí, pensó, y ha debido oirlo todo!

Y como en el mismo instante se levantó Meloir bruscamente lanzando gritos inarticulados bajo su mordaza, Aubry se creyó perdido.

— ¿Qué tiene ese loco? exclamó alegremente el buen fray Bruno. Ceedme, señor caballero, dadle en la espalda un par de golpes de plano con vuestra espada.

Meloir se habia precipitado hácia la puerta, y procuraba poner su rostro á la luz y hacer que le conociese el lego; pero este, volviéndose hácia Aubry, le dijo:

— Nunca he visto así al prisionero..... ¿le habeis dado de beber, caballero? En el año 39 teníamos un cautivo llamado Tomás Graveleur, que se volvió maniático en este mismo calabozo. Deseo contaros su historia. Figuraos que este Tomás Graveleur....

Meloir se agitaba furiosamente.

— Salgamos, dijo Aubry, que estaba muy pálido y se hallaba sorprendido de que pudiese prolongarse así la equivocación del fraile.

El buen fray Bruno verificó entonces su retirada, y como Meloir se acercaba á él, el buen padre creyó que no podia hacer cosa mejor que administrar al prisionero recalcitrante un puñetazo paternal. Era un magnífico puño el del monje. El pecho de Meloir sonó como un tambor; el caballero se tambaleó y cayó sobre la paja.

— Ved! dijo fray Bruno indignado, no es de mi incumben-

cia acariciar á los locos. Me he hecho daño en la segunda falange del dedo annularius,....

Aubry habia traspuesto el umbral de la puerta. Fray Bruno le siguió hablando y refunfuñando cada vez mas.

Cerró la puerta con el mayor esmero.

Hecho esto, se sujetó los ijares con ambas manos, y miró á Aubry riendo á carcajadas.

Aubry no sabia qué pensar.

— ¡Oh! ¡oh! decía fray Bruno, cuyos ojos se llenaban de lágrimas, me voy á morir de risa, señor Aubry, me voy á morir de risa! Esta sí que es historia... ¡Santo Dios! una historia como nunca la he inventado.

—¿Segun eso, me habeis conocido? dijo Aubry balbuceando y desconcertado.

— ¡Dulce nombre de Jesús! ¿Pensais que tengo telarañas en los ojos? ¡Oh, oh! me duelen las costillas de reirme. ¡Y se ha desnudado él solo! ¡qué obediente ha sido!

— ¡Cómo! ¿lo estabais viendo?...

— ¿Pues y el agujero de la cerradura, señor Aubry? lo veia, como os vi ayer durante todo el dia limar vuestra barra, y... buenas ganas se me pasaron de traeros un escabel para los piés. ¡Santo Dios! porque debiais cansaros mucho en aquella postura.

Aubry le miraba sorprendido.

— Sí, señor, sí, repuso fray Bruno, aun cuando me mireis con ojos de á cuarta. A mí me gustan las historias buenas; y referiré esta dentro de veinte años, si vivo. Además, ya sabeis que era un soldado completo, antes de ser, como ahora, medio monje. El viejo Maurever ha cautivado mi corazon al venir hasta aqui á humillar el orgullo de un soberano; vos me habeis cautivado tambien, arrojando vuestra espada delante del catafalco, y ese picaro Meloir, por el contrario, me encendió la

sangre cuando se constituyó aquel dia en perdiguero. Ahora bien, todo esto me recuerda una historia bastante curiosa que ocurrió en el año 28, detrás de Bellesene, en la Normandía....

— Muy bien, fray Bruno, dijo Aubry interrumpiéndole; lo que mas urge es que yo salga del recinto del monasterio, y luego me contareis vuestra historia.

— Puedo contárosla en el camino, señor Aubry. Era el caballero Pothon de Xaintrailles, que queria entrar en Bellesene de noche, contra la voluntad de los ingleses. Durham estaba en Bellesene con cuatrocientos arqueros del norte, que hubieran dado muerte á una alondra á la distancia de cincuenta toesas....

Aubry oprimió de pronto el brazo del lego.

Habian salido del pasadizo y desembocaban en el claustro, en donde se paseaban vario monjes. Bruno cambió repentinamente de tono.

— Sí, señor caballero, dijo con todas las apariencias de un respeto profundo; los tres calabozos están á continuación uno de otro, y abiertos en la roca viva. D. Nicolás Famigot, vigésimo cuarto abad del santo monasterio, hizo además que dorasen de nuevo la estatua giratoria de San Miguel Arcángel, que está en la parte superior de la capilla. Su muerte se verificó el dia 19 de mayo de 1272, y dice el cartulario...

En esto habian atravesado ya el claustro.

— Lléveme el diablo si sé lo que dice el cartulario, señor Aubry, repuso fray Bruno. El cartulario no contiene buenas aventuras como las que yo he presenciado hoy ¡Ah! dejadme que me ria un poco mas, os lo ruego. ¡Qué figura tenia el caballero! ¡Y qué miradas tan lastimosas me dirigía! ¡Ay! daría yo dos ó tres dineros por saber qué vida está haciendo solo, allí en vuestro calabozo.

Aubry no podia participar de la expansiva hilaridad del lego. Su caso no tenía visera: Meloir debió llevar alguna comitiva

consigo al convento. Aubry temia encontrar hombres de armas, al pasar, y ser conocido.

Pero Bruno tenia contra sus temores argumentos que no admitian réplica.

— ¡Los soldados! decía, ¡ja, ja! los he visto, y ya son buenos perillanes. Yo mismo los he llevado al refectorio de los legos. Han entrado allí por su pié, pero será preciso sacarlos en camillas. ¡Ah! yo he sido soldado y sé ya lo que es.

Fray Bruno se pasó la lengua por los labios, conmovido por el recuerdo de alguna orgia épica.

Bajaron por la escalera grande, cruzaron la sala de los caballeros, el refectorio de los frailes y llegaron al umbral de la sala de la guardia.

— La cabeza erguida, dijo fray Bruno, que era grande observador, el aire audaz é insolente, el puño en la cadera... así es como anda Meloir.

— Los guardias hicieron con respeto el saludo de las armas. Se abrió la puerta exterior.

— Llevo el encargo, dijo el lego al portero, de enseñar la capilla de San Auberto al digno caballero Meloir.

— ¡Dios os acompañe! dijo el hermano tornero.

Y salieron.

Aubry respiró ruidosamente. Fray Bruno le hizo coro.

— Ahora, repuso, ¿á dónde vais, jóven caballero?

— No puedo deciroslo, respondió Aubry.

— Si por cierto, si por cierto, exclamó Bruno, puesto que voy con vos.

— ¡Cómo! ¿vos venis conmigo?

— Os sigo hasta el fin del mundo.

— Pero... ¿y vuestros hábitos, hermano?

— No he hecho voto todavía, señor Aubry; ya os he dicho que solo soy medio monje, y no me cuido mucho de sustitui-

ros en el calabozo abierto por D. Nicolás Famigot, vigésimo cuarto abad del Monte San Miguel, aunque sea una obra muy hermosa.

— ¿Creeis que os harian responsable?

— El caballero Meloir hablaria del puñetazo.... un buen puñetazo, señor mio, como visteis.... y esta noche dormiria yo en vuestro lecho de paja.... Con ese motivo sé una historia que verdaderamente os va á divertir.... al menos así lo espero.

Era el año.... ¡aguardad!.... el año se me ha olvidado. Pero, sí.... de seguro era antes del año 40, porque yo tenia mis tres dientes de delante, que me los rompieron de un pica-ro golpe de maza mas abajo de Flennebon. El señor de Villaines....

— ¡Bruno! dijo Aubry interrumpiéndole, voy á un sitio donde no tengo derecho para llevaros.

— Venid por aquí, señor Aubry, contestó el lego; mas vale entrar un poco en la playa que andar por encima de esas diabólicas rocas, que gastan en dos dias el mejor par de sandalias. ¿Con que, segun eso, no quereis oir mi historia? Está bien, señor Aubry. En cuanto al sitio á donde vais, si no 'me llevais, os llevaré yo á él.

— ¡Cómo! ¿sabeis?....

— ¿Creeis que el tercer dardo de mi compañero Alain, el arguero que velaba sobre la plataforma hace dos dias, no hubiera alcanzado mejor que los dos primeros? Mi compañero Alain nunca ha errado tres tiros seguidos en su vida, y á Dios gracias, se veia á la jóven á la luz de la luna, como yo os estoy viendo ahora, señor Aubry. Afortunadamente habia yo escuchado por un agujero de la cerradura mientras hablabais con ella.

— ¡Pero tú eres un verdadero diablo! exclamó el jóven medio enfadado, medio risueño.

— ¡Quejaos todavía! Cogí el brazo de Alain, mi compañero, y le dije: « Hé aquí un vaso de vino que San Miguel Arcángel envía á su fiel guardia. » Y maese Alain levantó la ballesta para tomar el vaso. El vaso era hondo... Cuando Alain, mi compañero, le hubo apurado, la señorita Reina de Maurever estaba ya guarecida detrás del ángulo de la muralla.

Aubry le cogió la mano, y se la estrechó con viveza. Fray Bruno se detuvo, y alzó las anchas mangas de sus hábitos.

— Mirad esto, dijo, mostrando un brazo de atleta. Cuando los soldados de Meloir vayan á buscar al anciano Hue de Maurever, allá abajo en Tombelene, estos brazos podrán darles todavía algo que sentir. Descuidad: manejo lindamente una espada; cuando no tengo espada, me gusta bastante el garrote; cuando no tengo el garrote á mano, mirad, me manejo lo mejor que puedo.

Al decir esto, había cogido con ambas manos un pedazo grande de roca, que balanceó un instante sobre su cabeza: la roca partió, como si la hubiera lanzado una máquina de guerra, y fué á aplastar un poste plantado en la arena á treinta toesas de allí.

Fray Bruno se sonreía plácidamente.

— Suponed que Meloir hubiera estado en lugar de ese poste, dijo; de seguro que el golpe le hubiera quitado el apetito para mucho tiempo.... Pero decidme, joven caballero, exclamó interrumpiéndose de repente, ¿ habeis oido contar alguna vez la aventura de Josson Drelin, pertiguero de la parroquia de San Juan de los Barbechos?

## VIII.

**De como Josson Drelin se bebió el rio de Rance.**

Mientras hablaban así, Aubry de Kergariou y fray Bruno habían dado la vuelta al Monte y se encontraban en frente de Tombelene.

Aubry reflexionaba.

Bruno narraba.

— Josson Drelin, decía, pertiguero de la parroquia de San Juan, era un buen bebedor, muy inteligente en sidra, como el pobre Mr. Gilles de Bretaña, cuya alma tenga Dios, era inteligente en mujeres. Y en último resultado, señor Aubry, ser inteligente en mujeres es propio de un caballero, así como serlo en sidra lo es de un pertiguero.

Yo soy quien os digo esto, salvo el respeto que se debe á cada uno. Así pues, en el bautizo de las campanas de San Juan de los Barbechos en el año 43 ó 44, porque ya la memoria se me vá ( que ahora ya no tengo veinte y cinco años, no, ni treinta; ser y haber sido son dos cosas). Decía, pues, que en el año 43 ó 44, Josson Drelin tocó tanto, que bebió mucho.... Si tocó

— ¡Quejaos todavía! Cogí el brazo de Alain, mi compañero, y le dije: « Hé aquí un vaso de vino que San Miguel Arcángel envía á su fiel guardia. » Y maese Alain levantó la ballesta para tomar el vaso. El vaso era hondo... Cuando Alain, mi compañero, le hubo apurado, la señorita Reina de Maurever estaba ya guarecida detrás del ángulo de la muralla.

Aubry le cogió la mano, y se la estrechó con viveza. Fray Bruno se detuvo, y alzó las anchas mangas de sus hábitos.

— Mirad esto, dijo, mostrando un brazo de atleta. Cuando los soldados de Meloir vayan á buscar al anciano Hue de Maurever, allá abajo en Tombelene, estos brazos podrán darles todavía algo que sentir. Descuidad: manejo lindamente una espada; cuando no tengo espada, me gusta bastante el garrote; cuando no tengo el garrote á mano, mirad, me manejo lo mejor que puedo.

Al decir esto, había cogido con ambas manos un pedazo grande de roca, que balanceó un instante sobre su cabeza: la roca partió, como si la hubiera lanzado una máquina de guerra, y fué á aplastar un poste plantado en la arena á treinta toesas de allí.

Fray Bruno se sonreía plácidamente.

— Suponed que Meloir hubiera estado en lugar de ese poste, dijo; de seguro que el golpe le hubiera quitado el apetito para mucho tiempo.... Pero decidme, joven caballero, exclamó interrumpiéndose de repente, ¿ habeis oido contar alguna vez la aventura de Josson Drelin, pertiguero de la parroquia de San Juan de los Barbechos?

## VIII.

**De como Josson Drelin se bebió el rio de Rance.**

Mientras hablaban así, Aubry de Kergariou y fray Bruno habían dado la vuelta al Monte y se encontraban en frente de Tombelene.

Aubry reflexionaba.

Bruno narraba.

— Josson Drelin, decia, pertiguero de la parroquia de San Juan, era un buen bebedor, muy inteligente en sidra, como el pobre Mr. Gilles de Bretaña, cuya alma tenga Dios, era inteligente en mujeres. Y en último resultado, señor Aubry, ser inteligente en mujeres es propio de un caballero, así como serlo en sidra lo es de un pertiguero.

Yo soy quien os digo esto, salvo el respeto que se debe á cada uno. Así pues, en el bautizo de las campanas de San Juan de los Barbechos en el año 43 ó 44, porque ya la memoria se me vá ( que ahora ya no tengo veinte y cinco años, no, ni treinta; ser y haber sido son dos cosas). Decia, pues, que en el año 43 ó 44, Josson Drelin tocó tanto, que bebió mucho.... Si tocó

tanto, fué porque el campanero estaba enfermo; si bebió mucho era porque tenía inmensa sed; ¿no es verdad?... ¿Me escuchais, señor Aubry?

Aubry no contestó. Apresuró el paso porque tenía mucha prisa de ver á quienes amaba.

Y en último resultado no podía despedir á aquel hombre que se había comprometido por salvarle.

Sin embargo, ¡introducir á un extraño en el retiro del proscrito!... Aubry vacilaba algunas veces.

— ¡Está bien! veo que esta vez me escuchais, continuó el buen lego, quien sudaba, jadeaba y charlaba cuanto podía, y no me extraña, siendo esta una historia agradable, aunque verídica de todo punto.

Josson Drelin, como había bebido mucho, se embriagó algún tanto.

Y su mujer le dijo:

— Acuéstate Josson, marido mío, así estarás seguro de no pegar y de no ser pegado.

Justamente Josson Drelin no tenía sueño.

— ¡Oh! ¡mujer! dijo, déjame en paz ó vuelvo á beber.

— ¿Volver tú á beber? No podrias tragar siquiera mi dedal lleno de sidra, tan repleto estás, mi pobre Josson.

En cuanto á eso, todos saben que las mujeres están en la tierra para hacernos padecer. ¡Desafiar á un hombre á beber! ¿se ha visto corazón igual?

Josson Drelin llamó á unos labradores que pasaban por el camino, y les dijo:

— ¡Eh! señores, ¿quereis ver á un hombre beberse toda el agua del río Rance?

Los labradores se acercaron.

— Hé aquí lo que hay, repuso Josson, mis buenos amigos; escuchad. Dice mi mujer que no me beberé un dedal lleno de si-

dra: yo apuesto á que me bebo toda el agua que en este momento corre por el río Rance desde Plouer á Saint-Suliac.

— Los labradores se encogieron de hombros.

Uno de ellos llevaba un saco de cuero lleno de monedas de plata, porque había vendido sus vacas en el mercado de Chasenneuf.

— Apuesto mi casa contra tu dinero, dijo Josson Drelin.

¿Quién lanzó exclamaciones y gritos? La mujer de Josson.

Pero el hombre del saco de cuero examinó la casa, que era buena, y contestó muy alto:

— Venga esa mano, tu casa contra mi dinero.

Los otros labradores dijeron:

— Se han tocado la mano con la mano; el que se vuelva atrás, es un gallina cobarde.

— A la verdad, exclamó Aubry, contestando á sus propias reflexiones, un soldado valiente mas en las contiendas, suele ser la salvación.

— ¡Oh! por mi fe, señor Aubry, repuso Bruno, Josson Drelin era pertiguero y nada tenía de soldado, os lo aseguro.

— Vamos, andemos de prisa, fray Bruno; sube el mar y tenemos que pasar á Tombelene.

— Ya lo sé, ya lo sé, señor. ¿Pero no teneis capricho de saber cómo hizo Josson para beberse el agua que corría por el río Rance, desde Plouer hasta Saint-Suliac?

Sin embargo, eso es lo maravilloso de mi historia, y recuerdo que fray Pacomio, segundo sumiller del difunto abad...

¡Oh, oh! pero á ese fray Pacomio sí que le ocurrió una aventura en el año 37. La víspera de Navidad había ido á buscar el vino de las tres misas...

— Vamos, decía Aubry, que veía llegar el mar, apretemos el paso.

— ¡San Salvador! pues yo ando lo mejor que puedo. Fray

Pacomio era sordo de un oído desde el año 28, en que le había picado un insecto maligno en los trigos normandos. Al ir á buscar el vino de las tres misas, encontró á maese Oliver Chouesnel, síndico de los pellejeros y curtidores de la ciudad de Avranches... ¿Sabeis cómo se había casado este Oliver Chouesnel?... Pero no se trata ahora de maese Oliver Chouesnel, y volvamos á fray Pacomio.... es decir, concluyamos antes, á fin de proceder por orden, la historia de Josson Drelin, pertiguero de San Juan de los Barbechos, y las otras vendrán despues..... ¡Es una hermosa parroquia la de San Juan, señor Aubry! en donde conocí á un vicario que se llamaba Melin Moreau, y que dejaba lindamente á los chantres en su facistol cuando quería.....

Su hermano menor vendía tocino en el Pré Botté de Rendén, tocino y huevos cocidos, manteca de cerdo, jabones, queso y manteca salada. Murió de los golpes que le había dado su mujer.

¡Oh, oh! ¡qué mujer aquella! El año en que murió, recuerdo que se prendió fuego á la iglesia de San Sulpicio, en Fougeres, y que á mi tío Mateo, alabardero de los canónigos, le rompió una pierna un caballo loco.

Digo, pues, que Josson Drelin se vió muy apurado cuando hubo de llevar á cabo su apuesta.

Su mujer se desconsolaba y lloraba diciendo:

—¡Dios tenga compasion de nuestra ancianidad! Hénos aquí en medio de la calle!

Bruno había llegado á este punto de su relato, cuando Aubry le cogió rudamente de los hombros, y le empujó hácia adelante.

El mar llegaba al cauce del riachuelo que separa ambos montes, y á Bruno le subía el agua hasta las pantorrillas. Ahora bien, en los arenales, cuando el agua llega hasta las pantor-

rillas, suele suceder con frecuencia que también envuelve pronto la cabeza.

Bruno se echó á reír cuando estuvo ya en seco.

—¡Señor Aubry! dijo, os doy las gracias. Hé aquí lo que es charlar. No miraba siquiera el camino por donde iba. Esto me recuerda la historia del viejo Martin de Saint-Jacut, que se ahogó cantando las antífonas burlonas....

La mujer de Josson Drelin.....

—¡Ira de Dios! hermano, exclamó Aubry, vamos á incomodarnos si no dejais de una vez á Josson y á su mujer.

Bruno le miró estupefacto.

—¿No os agrada la historia, señor? dijo; es raro, pero en materia de gustos no hay que disputar, y entonces voy á acabar la aventura de Pacomio, segundo sumiller del abad difunto.

—Ni esa aventura ni otra, hermano. Dad descanso á vuestra lengua y poned vuestras piernas al trote, porque el mar va á rodearnos.

—¡Oh! replicó el lego, siempre tendré tiempo para referiros lo que sucedió á maese Olivier Chouesnel, síndico de los pellejeros y curtidores de la ciudad de Avranches, en la noche de la boda.

—Una palabra mas y os dejo aquí, hermano.

—Bueno, bueno, señor Aubry, no os incomodeis. Yo no cuento historias mas que á los que me lo piden, á Dios gracias, y aun muchas veces me dejo rogar, como me sucedió en el año 45, en la fiesta de Noyal-sur-Vilaine....

Aubry no quiso oír mas. Echó á correr, y fray Bruno se quedó en las arenas movedizas.

—¡Oh! ¡oh! dijo, lo propio me sucedió en la Bretaña baja, antes de la guerra. Quise referir la historia del molinero Rohan, quien vendió su alma al diablo por un par de piedras de molino.... Pero....

¡Oh! ¡oh! dijo otra vez saltando, hé aquí el mar que llega de veras!

Esta vez no comenzó historia alguna, y echó á correr.

La fortaleza que los ingleses habian construido en el monte Tombelene era magnífica y podia contener una guarnicion numerosa. Al marchar de allí, algunos meses antes de los acontecimientos que venimos narrando, Kuolle ó Kernol, el último lugarteniente que habia quedado en Tombelene con 100 ó 150 hombres de armas, voló las obras de defensa, arrasó el castillo y dejó desnudo el monte.

Solo quedaba en pié la parte occidental de las murallas flanqueadas por la torre desmantelada en que hemos visto á Mr. Hue de Maurever durmiendo con su espada entre las piernas.

Estas murallas, las torres, una cortina que se alzaba [varios piés sobre el suelo, y el edificio interior cuyo piso bajo solo habia sido conmovido en parte, formaban todavia un retiro bastante extenso, que era muy fácil cerrar y poner al abrigo de un golpe de mano, sobre todo por la circunstancia de que el resto de la isla se hallaba completamente descubierto.

En el momento en que Aubry de Kergariou y fray Bruno atravesaban la playa, habia muchos ojos inquietos y fijos en ellos, desde las murallas ruinosas. Hue de Maurever, que habia permanecido solo durante tanto tiempo en la roca abandonada, tenia á la sazón compañía, y aun acaso mas de la que habria deseado.

Además de su hija Reina, los Priol y Juanillo, que habian llegado á la mitad de la noche, encontramos en Tombelene á toda la aldea de San Juan, las cuatro muchachas y los cuatro mozos de labranza y otros muchos vecinos cuya enumeracion haríamos con celo, si estas desaliñadas páginas fuesen una epopeya. Diríamos la edad, el pelaje, y la genealogia de todos aquellos valientes hijos del pantano, y de todas aquellas vírgenes, feas ó

hermosas, y despues de haber invocado á la musa Caliope, hija de Júpiter y de Nemosina (patrona antigua de los plagiaris), prestaríamos á nuestras bretonas facciones griegas ó latinas.

Pero las saladas nieblas de la América aflojarían pronto las cuerdas de la vieja lira de Apolo. Solo la gaita, con su zurrón de cuero y su embocadura de madera, puede soportar el catarro crónico de aquellas comarcas.

¡Cantemos la gaita!

Los labriegos de la aldea de San Juan de las Playas habian emigrado, porque sus moradas no eran ya mas que un monton de ceniza.

Maese Vicente Gueffes habia pagado la hospitalidad recibida.

Habia dicho á los soldados ébrios:

—Estoy seguro de que el traidor Maurever se oculta en una de las casas de la aldea.

Los soldados habian echado abajo las puertas. Cuando se derriba la puerta del labriego breton, por débil que sea, sacude. Hubo batalla y luego incendio, porque la aldea de San Juan era la que Reina y los Priol habian visto arder al entrar en la playa en el opuesto lado de Arderon.

Entre hombres, mujeres y niños habia allí como unos cuarenta, detrás de los restos de la fortaleza inglesa.

Como desde luego sospechaban que se habrian conocido sus huellas, y que los irian á perseguir allí, emplearon toda la noche en trabajar. Piedras amontonadas tapiaban ya todas las brechas, y por la parte del interior se alzaba un nuevo recinto.

Se disponian á sufrir un sitio.

El viejo Maurever de nada de esto se cuidaba. Estaba en su torre. Reina, sentada á sus piés, apoyaba la rubia cabeza en sus rodillas. Era mas feliz que un rey.

—¡Reina! decia acariciando los suaves cabellos de la jóven, he soñado que no volveria á verte. Cuando tu cesta pasó ante

mi vista, arrebatada por la corriente, mi corazón se quedó frío y como muerto. ¡Oh! cuánto te amo, ¡hija querida!... ¡Por todos los trabajos de mi larga vida no pido á Dios mas que una recompensa, tu felicidad!

Reina cubría de besos su mano.

—Tú, repuso Maurever con melancolía, también me amas, lo sé; pero el amor de los jóvenes no se parece al triste cariño de los ancianos. A medida que se envejece, Reina, la ternura se reconcentra y estrecha, porque los objetos amados van escaseando. Así, yo he perdido á mi esposa, que era una santa, he perdido á tus hermanos que eran unos corazones nobles.... solo tú me quedas.... tú, por el contrario, tomarás un marido y le amarás; tendrás hijos y los adorarás; ¿qué le quedará á tu anciano padre?

—Lo que le quedaba á vuestra madre tan amada cuando fuisteis esposo y llegasteis á ser padre.

Una lágrima cayó sobre la nevada barba del caballero.

—¡Mi madre! murmuró, Dios me es testigo de que la amaba.... ¡oh, Reina!... y sin embargo, mi madre murió sola en el castillo de Roz, mientras yo me hallaba en la guerra. Prométeme que estarás á mi lado para cerrarme los ojos....

Reina solo contestó con los besos mas tiernos.

Habia sido una escena muy tierna cuando el anciano proscrito, después de tres dias mortales de espera, volvió al fin á ver á su hija escoltada por sus fieles vasallos.

Antes de besarla hincó una rodilla en tierra para dar gracias al Altísimo.

Después la estrechó sobre su pecho, acosado ya por el hambre.

En seguida comió con avidez, en medio de los Priol, que tenían los ojos llenos de lágrimas con la idea de lo que habria sufrido su pobre señor.

Reina le servía, presentándole el pan y la copa llena.

Después de la comida los habian dejado solos.

Hacia mucho tiempo que estaban hablando así. Hubo un momento de silencio. El caballero contemplaba á su hija, y asomó una sonrisa á sus austeros labios.

—Tengo celos de él.... murmuró.

—¿De él, que tanto os ama, padre mio?

—¿Y crees que yo no le quiero, cuando le doy así mi tesoro maspreciado? exclamó el proscrito, quién levantó á Reina entre sus brazos, y la colocó sobre sus rodillas como á una niña. Es un buen soldado, es un corazón generoso; quiero que sea mi hijo.... Pero, te lo repito, Reina querida, mi vejez es un suplicio prolongado.... Ya no logramos adquirir.... y siempre vamos perdiendo hasta llegar al dintel de la tumba.... Hé ahí un hombre fuerte, joven y venturoso, que sonríe á las promesas que le prodiga el porvenir... el mundo es suyo... ¿qué hace? Viene á pedir al anciano desposeido una parte de su bien supremo.... El rico necesita el óbolo del pobre.... ¡Hé ahí lo que es la vida!

Bajó la cabeza, y su blanca cabellera inundó su frente.

Reina se habia entristecido escuchándole.

—¿Con que tanto le amas? preguntó Maurever bruscamente.

Reina se estremeció.

—Sí, padre mio, dijo con voz grave y lenta.

—¿Y él?

—Padre mio, me ama bastante para renunciar á mí, si le digo: «Mr. Hue de Maurever quiere conservar á su lado á su hija.»

No concluyó la frase, porque el anciano la tapaba la boca con un beso apasionado.

—¡Loca! ¡loca! la decia; ¡oh!... ¡qué hermoso corazón!

¡qué buena hija! ¡cuánto ama á su padre! ¿Escuchas, por ventura, las palabras de un hombre que delira? Estoy soñando, bien lo ves, estoy soñando. Lo que yo necesito, Reina mía, es tu felicidad, es ver la sonrisa en tus rosados labios. Escucha, la vejez no es tan desgraciada sino por su egoismo receloso. Que nada ganamos, decía yo hace poco! ¡Cuán ingrato y cuán insensato soy! ¿y ese hijo que va á venir á sustituir á los míos difuntos, nada es por ventura? ¿y esos hermosos ángeles rubios que se parecerán á su madre, los hijos de mi Reina, mis nietos, mis lindos amorcillos?.....

Reina ocultó en el pecho de su padre la frente teñida de rubor.

El anciano cogió aquella cabeza con ambas manos y la cubrió de besos.

—Dios es bueno, dijo extasiado; ¡aun me quedan días hermosos!

En aquel momento, las tablas que cerraban la puerta de la torre, cayeron hácia dentro con estrépito, y entró Julian le Priol muy sofocado, gritando:

—¡El caballero Meloir viene con un fraile!

—¡El caballero Meloir! repitió Maurever abalanzándose hácia la tronera.

Recordará el lector que Aubry se habia puesto la armadura del antiguo porta-estandarte de Bretaña.

—Negro y plata, murmuró el anciano despues de haber mirado, ¡en efecto, son sus colores!

Julian puso un dedo en su ballesta.

—Nunca yerro el golpe, señor, dijo echándose la ballesta á la cara; aguardo vuestras órdenes.

## IX.

## Palabras y gestos de fray Bruno.

Afortunadamente Reina tenia buena vista. Detuvo vivamente con su blanca mano la ballesta de Julian le Priol, que estaba tomando ya su puntería, y exclamó:

—No es el caballero Meloir.

—¿Pues quién es, señorita?

—Es Aubry de Kergariou.

—¡Ya! murmuró Maurever.

Julian se sonrió, desarmó la ballesta, y salió.

—Si yo fuese siquiera hidalgo, pensó al volver á la habitacion que ocupaba su familia, desearia que la señorita Reina á nadie conociese desde tan léjos.

Y el pobre mancebo suspiró un poco.

Y no hubo mas; porque Julian era un valiente mozo, cuyo pensamiento podia mostrarse con entera libertad.

Un momento despues entraba Aubry en la torre.

Maurever le tendió los brazos y le llamó hijo. Reina le dió su mano. Fué preciso saber la historia de aquel disfraz. Aubry se sentó entre su prometida y su padre. Aquel instante le compensaba todas las horas crueles pasadas en la jaula de piedra.

—¡Hijos míos! decía entretanto Bruno á los emigrados de la

¡qué buena hija! ¡cuánto ama á su padre! ¿Escuchas, por ventura, las palabras de un hombre que delira? Estoy soñando, bien lo ves, estoy soñando. Lo que yo necesito, Reina mía, es tu felicidad, es ver la sonrisa en tus rosados labios. Escucha, la vejez no es tan desgraciada sino por su egoismo receloso. Que nada ganamos, decía yo hace poco! ¡Cuán ingrato y cuán insensato soy! ¿y ese hijo que va á venir á sustituir á los míos difuntos, nada es por ventura? ¿y esos hermosos ángeles rubios que se parecerán á su madre, los hijos de mi Reina, mis nietos, mis lindos amorcillos?.....

Reina ocultó en el pecho de su padre la frente teñida de rubor.

El anciano cogió aquella cabeza con ambas manos y la cubrió de besos.

—Dios es bueno, dijo extasiado; ¡aun me quedan días hermosos!

En aquel momento, las tablas que cerraban la puerta de la torre, cayeron hácia dentro con estrépito, y entró Julian le Priol muy sofocado, gritando:

—¡El caballero Meloir viene con un fraile!

—¡El caballero Meloir! repitió Maurever abalanzándose hácia la tronera.

Recordará el lector que Aubry se habia puesto la armadura del antiguo porta-estandarte de Bretaña.

—Negro y plata, murmuró el anciano despues de haber mirado, ¡en efecto, son sus colores!

Julian puso un dedo en su ballesta.

—Nunca yerro el golpe, señor, dijo echándose la ballesta á la cara; aguardo vuestras órdenes.

## IX.

## Palabras y gestos de fray Bruno.

Afortunadamente Reina tenia buena vista. Detuvo vivamente con su blanca mano la ballesta de Julian le Priol, que estaba tomando ya su puntería, y exclamó:

—No es el caballero Meloir.

—¿Pues quién es, señorita?

—Es Aubry de Kergariou.

—¡Ya! murmuró Maurever.

Julian se sonrió, desarmó la ballesta, y salió.

—Si yo fuese siquiera hidalgo, pensó al volver á la habitacion que ocupaba su familia, desearia que la señorita Reina á nadie conociese desde tan léjos.

Y el pobre mancebo suspiró un poco.

Y no hubo mas; porque Julian era un valiente mozo, cuyo pensamiento podia mostrarse con entera libertad.

Un momento despues entraba Aubry en la torre.

Maurever le tendió los brazos y le llamó hijo. Reina le dió su mano. Fué preciso saber la historia de aquel disfraz. Aubry se sentó entre su prometida y su padre. Aquel instante le compensaba todas las horas crueles pasadas en la jaula de piedra.

—¡Hijos míos! decía entretanto Bruno á los emigrados de la

aldea de San Juan, desde lo alto de la plataforma, aquí cerca, en el monasterio, hemos visto arder vuestras casas. Yo, que he sido soldado antes de ser monje, sé lo que es eso. Si teneis un vaso de sidra, beberé á vuestra salud con mucho gusto, hijos míos, porque durante todo el camino el señor Aubry me ha obligado á contarle historias.

Juanillo le llenó una escudilla.

— ¡Eh! repuso fray Bruno, acariciando la mejilla del pescador de mariscos, te pareces como un huevo á otro al San Juan Bautista de la iglesia de Tinteniac, mi país nativo, y voy á contarte una historia que te gustará mucho.

— Si habeis sido soldado, como decís, replicó Juanillo, mas valdria que nos ayudaseis en nuestros trabajos.

— Bien hablado, muchacho, exclamó fray Bruno, como decia Malestroit, mi capitán, á quien una bala de piedra le llevó un brazo al pié de Bectrerel, en el año 31. En cuanto á ayudaros lo haré con sumo gusto. Estoy aquí para eso, pues no puedo regresar al monasterio sin una inmunidad del prior claustral. Veamos vuestros trabajos.

Echóse atrás el hábito, se alzó las mangas como hombre buen trabajador, y Juanillo, Julian, y algunos mozos y las muchachas, le enseñaron el principio del recinto que estaban formando. Fray Bruno aprobó el trazado y puso manos á la obra inmediatamente.

En la cortina se hallaban Simon le Priol, su mujer, Simoneta y las demás muchachas. Una de ellas preparaba la comida comun.

Todos estaban muy tristes en aquel paraje. Simoneta tenia los ojos preñados de lágrimas porque Juanillo, habiéndose convertido en hombre de armas, no se ocupaba tanto de ella como la linda jóven habria deseado.

Las cosas habian variado mucho, solo desde la antevíspera

del día de San Juan. Aquella noche, se recordará que Juanillo tenia los piés descalzos y humildemente metidos en la ceniza, y una vez que se atrevió á hacer uso de la palabra, le mandaron callar.

Pero desde entonces le habian ahorcado, y esto forma á un jóven. Su importancia crecia á ojos vistas. Las muchachas le miraban, y los mozos tenian celos de él, y aun se decia que dos doncellas habian llevado su descaro hasta el extremo de pedirle su mano.

— Era ya todo un personaje.

— ¡Piel de carnero, mi lindo rubio! le dijo fray Bruno, me constituyo en maestro albañil, y te tomo por aprendiz.

Juanillo, al oír estas palabras, irguió su frente. Su posicion era ya oficial.

Dirigió una mirada hácia la cortina en donde se hallaban reunidas las mujeres, y se puso en primer término delante de todos los mozos.

— Lo haré lo mejor que pueda, fray Bruno, replicó con orgullosa modestia.

— Tráeme esa roca, chicuelo, repuso el monje, mostrándole una piedra casi tan abultada como Juanillo.

El muchacho la atacó valerosamente, pero sus esfuerzos ni siquiera lograron mover la roca.

Los mozos se echaron á reír.

— ¡Bueno! ¿por qué os reís? dijo el fraile. Id cuatro á hacer lo que el rubio no ha podido.

Los cuatro mozos sudaron sangre, y la piedra no se movió.

— ¡Oh, oh! exclamó fray Bruno, bien dicen que las gentes del pantano tienen manos de manteca. Ved lo que vale la mitad de un fraile.

Cogió la roca entre ambas manos, y la llevó á una distancia de diez pasos hasta el recinto improvisado.

Al paso que la llevaba iba diciendo:

— ¿Ninguno de vosotros conoció á Robin de Ploermel, que aplastó la cola del diablo? Esta noche, cuando cenemos, os contaré su leyenda. Ahora, trabajemos, hijos míos, porque no tardaremos en tener cosas nuevas.

Los mozos le contemplaban llenos de admiración. Fray Bruno les asignó los puestos respectivos para el trabajo, y entonó la ronda ó canción del país de Vannes.

Fray Bruno la cantaba con una hermosa voz de sochantre y con una de esas melodías tristes y singulares que solo en Bretaña se encuentran.

Todo era alegría, pero alegría bretona, que aun á las bodas les da un color marcado de entierro.

Los mozos comenzaron á trabajar al compás de la canción, como los marineros cuando hacen girar el cabrestante. El trabajo progresaba, y el fraile cantaba.

La fábula de Orfeo se reproducía. Las piedras bailaban al son de la música. Los mozos se movían sin descanso.

— ¡Eh, muchachas! gritó fray Bruno, yo no puedo hacerlo todo. Venid á cantar mientras trabajamos.

Las muchachas, que se fastidiaban de estar solas, no deseaban otra cosa. La tercera copla, algo mas lúgubre que las primeras, se entonó en coro y muy alegremente. La cuarta se cantó saltando. Al llegar á la quinta, no conocía límites la alegría. Y en la sexta, todas las mozas, Simon le Priol y aun su grave esposa, removían la tierra saltando de placer, como unos bienaventurados. El recinto iba alzándose.

Cuando el anciano Maurever, Aubry y Reina salieron de la torre, se hallaban en una verdadera fortaleza.

Fray Bruno se aproximó respetuosamente á Mr. Hue de Maurever.

— ¡Dios os bendiga, mi buen señor! dijo, y á la linda seño-

rita, y aun al señor Aubry, mi amigo, que me ha dejado plantado en mitad de la playa, aunque yo me tomaba el trabajo de referirle una historia ó dos para abreviar el camino. Vengo aquí á desentumecer un poco mis pobres brazos, que se estaban emmoheciendo allá arriba.

— Pero ¿y si el prior llega á saber vuestra fuga? replicó Mr. Hue; enviaria sus hombres de armas á perseguiros.

— ¿Qué prior? Es preciso distinguir. El prior claustral, no digo que no; pero solo se ocupa en el interior. En cuanto al prior de los monjes, ha vestido la armadura lo mismo que yo, y siente comezon en la mano con harta frecuencia para que no comprenda el caso en que yo me encuentro. Además, yo no he pronunciado votos, mi buen señor, y á mi regreso solo tendré una simple disciplina, que es administrada por fray Eustaquio, mi compadre....

El anciano Maurever frunció el entrecejo.

— No me gusta oír chancearse, siquiera sea inocentemente, respecto de las cosas de la religion, dijo con severidad.

— ¡Bueno! exclamó Bruno desesperado, ahora veo que me van á despedir antes del combate. Sufiré la disciplina, de todos modos, y no habré logrado batirme! ¡Mi buen señor, apiadaos de mí!....

— ¡Padre! murmuró la tierna voz de Reina, ha ayudado á Aubry á salvarse.

— Y he dado tres vueltas á la llave para encerrar á ese pícaro de Meloir, añadió fray Bruno. ¡Ah, señor! ¡si hubieseis visto qué cara ponía!....

— Es un hombre excelente, dijo Aubry á su vez. A no ser por él, los días de mi cautiverio habrían sido muy malos.

— Si, exclamó fray Bruno, y le he contado á este jóven caballero muy buenas historias. ¡Mirad! exclamó interrumpiéndose y cogiendo sin ceremonia de la manga á Mr. Hue, ese fray

Eustaquio de quien os hablaba antes, y que entró en el convento hácia abril del año 23, tuvo una aventura muy curiosa en la aldea de Guichen, entre Rennes y Redon.

Acababa de vender gallinas en el mercado de Guer, porque tenia en arriendo una granja de la viuda de la Bourdonnaye, allá abajo cerca de Pont-Resac. Iba á caballo con una pierna á cada lado de su cesto, y cantando la *litra*. Ya sabeis que la *litra* se baila de espaldas, pegando taconazos. Yo conocí en la aldea de Rains á un tonelero, á quien iban á ver bailar la *litra* de diez leguas á la redonda. Era tuerto y le llamaban Pelo Halluin. Su hermana Magdalena cosía velas de buques en la Roche Bernard, y estaba casada con Guillon de Guenner, á quien llamaban el *Banhal* porque tenia las piernas torcidas.

Ese Pelo Halluin..... pero es de fray Eustaquio de quien queria hablaros, mi buen señor....

—¿Qué os decía yo? murmuró Aubry al oído de Maurever.

El anciano comenzó á sonreír. Parece que Aubry le habia hablado ya del digno fray Bruno y de sus cuentos.

—Así pues, repuso este último, fray Eustaquio, que era entonces jóven y vivaracho como una ardilla.....

—¡Basta! fray Bruno, dijo Hue interrumpiéndole.

Fray Bruno se detuvo de repente y dijo balbuceando:

—¿Habré ofendido á mi buen señor?

—Basta, os digo; os permito quedaros aquí con nosotros.

Fray Bruno dió una fuerte palmada y lanzó un grito de júbilo.

—Pero con una condicion, añadió Maurever.

—¿Cuál es, señor, cuál es?

Que durante nuestra permanencia aquí, no habeis de contar ni una historia.

—¡Ah! exclamó el monje riendo á carcajadas, eso sí que no es difícil, ¡Santo Dios! ¿ereis que soy un charlatan? Eso me re-

cuerda una aventura que me sucedió el año 44, en una posada de la Guerche.

Eramos tres, mi primo Juan, Miguel de Gris y yo. Dije á Miguel Gris....

Fué interrumpido por una carcajada general que lanzó todo el auditorio.

¿Por qué se reían?

Fray Bruno no lo adivinó.

—Si hubieseis aguardado un poquito, dijo, mi historia sí que os habria hecho reír!

El caballero Meloir, encerrado en el calabozo de Aubry, sobrevivió al pronto con bastante resignacion su infortunio. Era filósofo.

Lo peor que podia sucederle era pasar algunas horas en aquel estado desagradable.

Pero las horas trascurrian y se sucedian, y la filosofia del caballero Meloir se agotaba.

Eran próximamente las diez de la mañana cuando Aubry le habia arrebatado su traje.

Dieron las doce en el campanario del monasterio, y luego la una, y luego las dos.

¡Cuerpo de Cristo! el caballero Meloir iba perdiendo la paciencia.

Si no hubiese tenido el demonio de la mordaza, hubiera llorado; pero la mordaza estaba muy bien atada.

Como sus piernas se hallaban libres, al pronto se sirvió de ellas para dar paseos precipitados por su calabozo, y luego para dar golpes furiosos en la puerta de madera de roble. Pero los prisioneros tienen reconocido el derecho de desahogar su mal humor en las puertas ó en las paredes de sus encierros, y nadie se cuidó de los golpes del caballero Meloir.

Hacia las cuatro de la tarde giró la llave en la cerradura.

—Vamos, Bruno, dijo una voz en el umbral, ¿eres tú quien mete todo ese ruido? ¿Por qué están tus llaves por la parte de afuera?... Pero, ¡calle! Bruno no está aquí.... ¿dónde está?

El desgraciado Meloir no podía contestar.

Se puso delante del reciénvenido, que era fray Eustaquio, amigo y compañero de Bruno.

—¡Calle! calle! murmuró Eustaquio, Bruno le ha atado las manos con una cuerda y le ha puesto una mordaza en la boca. Quizás sea porque esté rabioso.

Meloir lanzaba sonidos inarticulados bajo su mordaza.

—De seguro que está rabioso, repuso fray Eustaquio. Mucho desearia saber lo que ha hecho al pobre Bruno.

que Eustaquio luchaba entre el deseo de emprender la retirada y el de saber. Al fin prevaleció la curiosidad. Se acercó á Meloir y le dijo:

—No me mordais, buen hombre; pues entonces os sacudiré con mi manojo de llaves.

Una vez adoptada esta precaucion oratoria, desató la mordaza al caballero.

—Vuestro fray Bruno, exclamó en seguida Meloir, quien echaba espuma por la boca lleno de rabia, es un solemne bribon, y vos tambien, y todos cuantos habitan en este maldito monasterio. ¡Ira de Dios! ¡Veremos si nuestro señor Francisco de Bretaña se vengará de esta conducta indigna!

—¡Señor! dijo Eustaquio sorprendido, ¿no es el duque Francisco de Bretaña quien os ha mandado encerrar en este calabozo?

Meloir le dió un empujon violento en vez de contestarle. Subió los escalones de cuatro en cuatro, y forzó la entrada del rectorio en que el procurador del abad estaba comiendo en la mesa de los frailes. Meloir enseñó sus manos atadas, y pidió

satisfaccion en nombre del duque de Bretaña. Guillermo Roberto le miró frente á frente.

—Os he visto ya en el coro de la basilica, caballero, dijo friamente, el dia en que el fratricida fué confundido ante Dios y ante los hombres.

—¡El fratricida! repitió Meloir retrocediendo lleno de estupor. ¿Es de mi señor Francisco de quien así estais hablando? Guillermo Roberto no contestó.

—Desatad las manos á ese hombre, dijo. Si la aldea que incendió ayer estuviese en Normandia en vez de estar en Bretaña, juro á Dios que no saldria vivo del Monasterio de San Miguel.

—¡Una aldea incendiada! dijo Meloir balbuceando.

—¡Vete! añadió el procurador; tu duque tiene ya un pié en el sepulcro. Ruego á Dios que le inspire sentimientos de penitencia.

—En efecto, preciso es que mi señor Francisco de Bretaña esté casi muerto para que ese fraile hable de él en tales términos, pensó Meloir. Hé echado á perder mi juego, ¡voto al diablo!

Al llegar al patio encontró á sus hombres de armas que estaban aguardándole.

En el momento en que iba á trasponer el umbral de la puerta, se fijó su mirada en dos ó tres docenas de mendigos que recibian limosnas en víveres al pié de la torre. Entre ellos conoció á maese Gueffes, quien comia á todos carrillos, y aceptaba gustoso el pan de Dios.

—¡Ven conmigo! le dijo Meloir.

Vicente Gueffes se inclinó y obedeció.

Meloir mandó que le diesen un caballo y se encaminaron á galope al castillo de San Juan.

Durante el tránsito, Gueffes dijo varias veces á Meloir:

—¿Me ha mandado mi querido señor que le siga?

Meloir no contestaba y permanecía sepultado en su sombría meditacion.

Cuando hubo llegado á tierra firme se volvió precipitadamente hácia Gueffes.

— ¡Tú fuistes quien prendistes fuego á la aldea! dijo.

— No señor; fueron vuestros soldados.

— Debiste ser tú. No te se castigará.... si me dices dónde está Maurever.

— Diré á mi querido señor donde está Maurever, repuso Gueffes con perfecta seguridad, bajo la condicion de que se me dará: 1.º Cien escudos de oro; 2.º la cabeza de Juanillo el pescador de mariscos; y 3.º la hija de Simon le Priol, Simoneta, de quien pretendo vengarme cuando sea mi esposa.

## X.

### Gueffes se va á la guerra.

Meloir detuvo su caballo y miró á Vicente Gueffes.

Este no bajó los ojos.

Meloir estaba cansado. Algunas gotas de sudor brillaban en sus sienes.

— Es lo mismo que si vendiera el alma á Satanás, pero no importa. Tendrás los cien escudos de oro, la cabeza de Juanillo y la linda Simoneta.

— ¿Qué garantías me dais?

— Mi palabra de caballero.

Acaso Vicente Gueffes habria preferido otra cosa, pero no se atrevió á decirlo.

— La palabra de un ilustre caballero cual vos vale por todas las garantías del mundo.

Picó espuela para hacer que su caballo se colocase en la misma linea que el de Meloir, y repuso:

— El traidor Maurever tiene ahora compañía. Las gentes de la aldea han ido á reunirse con él despues que vuestros soldados.... porque vuestros soldados fueron, señor.... Yo hice cuanto pude para impedirlo.

— Me fio de tí, maese Vicente.

— Soy un hombre pacífico, y esa catástrofe ha afectado gravemente mi corazon. Decia, pues, que encontraremos al lado de Maurever á los labriegos de la aldea de San Juan, y además á su hija Reina, que tan bien se burló de vos, la otra noche, cortando los cordones de vuestra escarcela.

— ¿Era Reina? exclamó Meloir.

— Hubiera podido heriros con vuestra propia daga en la garganta, señor, si hubiera querido.... Continúo, pues. Encontraremos tambien, probablemente, á ese engendro de caballero, el Sr. Aubry de Kergariou.

— ¡A ese, confúndale Dios!

— ¡Amen, mi querido señor. Por consiguiente, no es ya una jauría lo que necesitamos, sino un ejército.

— ¡Un ejército! dijo Meloir encogiéndose de hombros. [Un ejército para reducir á dos docenas de palurdos y á algunas mujeres. ¿Están por ventura en alguna fortaleza?

— Sí, señor, respondió Gueffes.

— ¿No estarán al menos en el convento del Monte San Miguel? exclamó Meloir.

Gueffes volvió la cabeza á uno y otro lado con irónico ademán.

Meloir no contestaba y permanecía sepultado en su sombría meditacion.

Cuando hubo llegado á tierra firme se volvió precipitadamente hácia Gueffes.

— ¡Tú fuistes quien prendistes fuego á la aldea! dijo.

— No señor; fueron vuestros soldados.

— Debiste ser tú. No te se castigará.... si me dices dónde está Maurever.

— Diré á mi querido señor donde está Maurever, repuso Gueffes con perfecta seguridad, bajo la condicion de que se me dará: 1.º Cien escudos de oro; 2.º la cabeza de Juanillo el pescador de mariscos; y 3.º la hija de Simon le Priol, Simoneta, de quien pretendo vengarme cuando sea mi esposa.

## X.

### Gueffes se va á la guerra.

Meloir detuvo su caballo y miró á Vicente Gueffes.

Este no bajó los ojos.

Meloir estaba cansado. Algunas gotas de sudor brillaban en sus sienes.

— Es lo mismo que si vendiera el alma á Satanás, pero no importa. Tendrás los cien escudos de oro, la cabeza de Juanillo y la linda Simoneta.

— ¿Qué garantías me dais?

— Mi palabra de caballero.

Acaso Vicente Gueffes habria preferido otra cosa, pero no se atrevió á decirlo.

— La palabra de un ilustre caballero cual vos vale por todas las garantías del mundo.

Picó espuela para hacer que su caballo se colocase en la misma linea que el de Meloir, y repuso:

— El traidor Maurever tiene ahora compañía. Las gentes de la aldea han ido á reunirse con él despues que vuestros soldados.... porque vuestros soldados fueron, señor.... Yo hice cuanto pude para impedirlo.

— Me fio de tí, maese Vicente.

— Soy un hombre pacífico, y esa catástrofe ha afectado gravemente mi corazon. Decia, pues, que encontraremos al lado de Maurever á los labriegos de la aldea de San Juan, y además á su hija Reina, que tan bien se burló de vos, la otra noche, cortando los cordones de vuestra escarcela.

— ¿Era Reina? exclamó Meloir.

— Hubiera podido heriros con vuestra propia daga en la garganta, señor, si hubiera querido.... Continúo, pues. Encontraremos tambien, probablemente, á ese engendro de caballero, el Sr. Aubry de Kergariou.

— ¡A ese, confúndale Dios!

— ¡Amen, mi querido señor. Por consiguiente, no es ya una jauría lo que necesitamos, sino un ejército.

— ¡Un ejército! dijo Meloir encogiéndose de hombros. [Un ejército para reducir á dos docenas de palurdos y á algunas mujeres. ¿Están por ventura en alguna fortaleza?

— Sí, señor, respondió Gueffes.

— ¿No estarán al menos en el convento del Monte San Miguel? exclamó Meloir.

Gueffes volvió la cabeza á uno y otro lado con irónico ademán.

— La verdad, contestó, si no están allí sera porque no quieren, pues vuestro duque Francisco se halla muy en baja entre aquellos monjes. Pero, en fin, lo cierto es que no están allí!... Solo que desde los muros del convento que domina á la ciudad se les ve bastante bien.

— ¿Están en Tombelene?

— Vos lo habeis dicho, señor. Se les ve bastante bien remover sus rocas y cerrar el recinto. Entre ellos hay buenos brazos, señor, y buenas cabezas, porque su fortin va tomando buenas formas.

— Hombres de armas! gritó Meloir, ¡ á galope!

Los pesados caballos hirieron la arena con acompasados golpes. Pasaban á la sazón por delante de la aldea de San Jorge.

Gueffes, aunque algo chalan, no era jinete de primer orden; se agarró á las crines de su cabalgadura, y galopó así al lado de Meloir.

Varias veces quiso proseguir la conversacion, pero el movimiento del caballo y el viento de la playa le cortaban la palabra.

Cuando la cabalgata atravesó el sitio en que la pobre aldea de San Juan de las Playas elevaba poco antes sus ocho ó diez cabañas, Meloir volvió á otro lado la cabeza.

Vicente Gueffes pensaba:

— Todas esas buenas gentes se burlaban de mí, reían cuando yo pasaba, y los niños decían: « Allí viene la mandíbula del normando. » La mandíbula tenia dientes, ha mordido, y nada mas.

Y miraba los sitios negros que indicaban el incendio.

Era un bribon sin flaqueza alguna, que no tenia nervios ni corazon.

La tropa de Meloir se hallaba acampada en aquel momento en el patio del castillo de San Juan. Los hombres de armas ocu-

paban la sala en que hemos asistido á la cena triunfante de la primera noche.

Mucho habian variado las cosas desde entonces, segun parece, aunque no hubieran trascurrido desde aquella famosa cena mas que cuarenta y ocho horas escasas.

En el patio los soldados y los arqueros tenian un aspecto triste.

El mismo Belissan, el montero, reñia sin motivo alguno á sus grandes lebreles de Rieux.

Sin embargo, durante aquel día habian llegado siete ú ocho lanzas de Saint-Rieuc.

— Hola! ¡ que se preparen á marchar! gritó Meloir al entrar en el patio.

Por lo general esta orden encontraba á los soldados alertas y gozosos; aquella tarde se pusieron en movimiento lentamente y como de mala gana.

¿ Era el convencimiento de su atentado de la noche anterior? Nadie se atreveria á afirmarlo. En todo tiempo el soldado se ha perdonado á si mismo muchas cosas, pero los hombres de armas que acababan de llegar llevaban noticias. La mano de Dios se hacia sentir sobre la cabeza del duque Francisco de Bretaña. Todos le abandonaban, y se aguardaba con singular impaciencia el momento fatal fijado por el emplazamiento de Mr. Gil. Nadie dudaba que Francisco hubiese de ir antes de trascurrir cuarenta dias ante el tribunal terrible á donde le llamaba su hermano.

Ahora bien, la historia, tan variable en todas sus demás enseñanzas, nunca se ha desmentido acerca de este hecho: « los principes á quienes declara la guerra la idea religiosa están perdidos. »

Ya sea que una excomunion caiga sobre su rebelde cabeza desde las alturas del Vaticano' ó que la conciencia popular se

ponga en el puesto y lugar de los rayos de la Iglesia, siempre sucede lo mismo.

En aquella ocasión la voz del sepulcro era la que se había alzado, y la voz de los muertos es la voz de Dios, como la del Papa ó la del pueblo.

En el momento en que el caballero Meloir pasaba el umbral de la sala en que se hallaban reunidos sus hombres de armas, cesó bruscamente una discusión muy viva y acalorada.

Meloir solo pudo oír algunas palabras, pero que fueron para él una explicación muy suficiente.

Kerabel y Fontebraut se levantaron á un tiempo al verle acercarse.

—Señor, le dijo Kerabel, voy á volverme á mi castillo de Huelduc, hácia Hennebont, si teneis á bien permitírmelo.

—¿Y por qué? preguntó el caballero frunciendo el entrecejo.

—Porque mi cosecha va madurando, contestó el buen hombre de armas con cierto embarazo.

—Lléveme el diablo si tú te cuidas de la cosecha, Kerabel; pero vete á donde quieras, estás libre.

—Os doy las gracias, señor.

Kerabel se inclinó y salió.

—¿Y tú, Fontebraut, dijo Meloir, tendrás también el capricho de ir á ver madurar tus trigos y centenos?

—He recibido aviso, señor, replicó gravemente Fontebraut, de que mi mujer está de parto.

—¡Ira de Dios! exclamó Meloir, eso es cuenta del médico cirujano, compañero.

—Si lo teneis á bien, señor, voy á volverme hácia la parte de Lamballe, en donde está mi morada.

—¡Ira de Dios! ¡ira de Dios!

Fontebraut se inclinó y se despidió.

Meloir dirigió una mirada hácia los hombres de armas que quedaban, y vió á Roche-Mesnil que se levantaba.

—Tú no tienes mieses ni mujer, Roche-Mesnil, exclamó; te advierto que esta noche habrá batalla. Si quieres marcharte despues de oír esto, recaiga sobre tí la vergüenza.

—Si hay batalla me quedo, repuso Roche-Mesnil, pero despues de la batalla me voy.

—¿A dónde?

—Hácia Guerande, en donde mi señor primo Joucher me ha dejado unas salinas al pié de su hermoso castillo de Carheil.

Meloir se dejó caer en el único sillón que había en la sala.

—¡Ira de Dios! ¡ira de Dios! ¡ira de Dios! murmuró por tres veces.

Y esto probaba que se hallaba en notable embarazo.

—¿Hemos llegado ya á ese extremo? repuso. Yo creía que aun teníamos, por lo menos, veinte dias disponibles.

Como se ve, entre él y los demás no era ya mas que cuestión de semanas.

Permaneció un instante pensativo y luego se levantó de improviso.

—¡Vamos, Roche-Mesnil, dijo, vé á ver las salinas que te ha dejado tu señor primo Joucher en Carheil, y llévete el diablo!

Roche-Mesnil no se lo hizo repetir.

Meloir miró á los que quedaban, y exclamó:

—Ya se han marchado las ovejas; ahora no quedan mas que los lobos. ¡Ea! ¡Valor, hijos míos! Un baile postrero y que sea bueno. Despues, si es preciso, tendremos quince dias para estipular la paz con el futuro duque, á quien san Salvador proteja, añadió levantándose la toca que sustituía al casco conquistado por Aubry de Kergariou.

Esta pequeña arenga produjo bastante efecto.

Pean, Coetandon, Kerbehel, Corson, Heacoat y otros muchos se levantaron y dijeron:

—Estamos dispuestos.

—Pues entonces, comencemos el baile, dijo Meloir con voz de mando.

Cada uno de ellos tomó sus armas.

No se dejó un soldado en el castillo.

Belissan recibió el encargo de llevarse los lebreles que habían de ser encerrados al pié de la capilla de San Auberto, en el Monte San Miguel, con el fin de cortar la retirada á los proscritos, si les ocurría intentar la fuga por las playas.

A la caída de la tarde la cabalgata salió del castillo, seguida de los arqueros y soldados, formados en buen orden.

Maese Gueffes iba entre ellos.

Por lo demás, hallábase cumplido su buen deseo. Era un verdadero ejército, un ejército tres veces mayor de lo que, según todas las apariencias, se necesitaba para vencer á aquellas pobres gentes refugiadas en Tombelene.

## TERCERA PARTE.

### LA CACERIA.

#### I.

#### Antes de la batalla.

En Tombelene habían comido alegremente, porque la alegría se introduce en todas partes, aun en un retiro de proscritos.

Solo que había allí tantas bocas abiertas en comunicacion directa con excelentes estómagos, que una sola comida bastó para sepultar casi en su totalidad las provisiones llevadas. Los muchachos y las mozas devoraban.

Aquella gran familia, formada por todas las familias de San Juan reunidas, comenzó á reflexionar, mirando los restos del festin, y el resultado de las reflexiones de cada uno fué el siguiente:

Pean , Coetandon , Kerbehel , Corson , Heacoat y otros muchos se levantaron y dijeron :

—Estamos dispuestos.

—Pues entonces , comencemos el baile , dijo Meloir con vez de mando.

Cada uno de ellos tomó sus armas.

No se dejó un soldado en el castillo.

Belissan recibió el encargo de llevarse los lebreles que habian de ser encerrados al pié de la capilla de San Auberto , en el Monte San Miguel , con el fin de cortar la retirada á los proscritos , si les ocurría intentar la fuga por las playas.

A la caída de la tarde la cabalgata salió del castillo , seguida de los arqueros y soldados , formados en buen orden.

Maese Gueffes iba entre ellos.

Por lo demás , hallábase cumplido su buen deseo. Era un verdadero ejército , un ejército tres veces mayor de lo que , según todas las apariencias , se necesitaba para vencer á aquellas pobres gentes refugiadas en Tombelene.

## TERCERA PARTE.

### LA CACERIA.

#### I.

#### Antes de la batalla.

En Tombelene habian comido alegremente , porque la alegría se introduce en todas partes , aun en un retiro de proscritos.

Solo que habia allí tantas bocas abiertas en comunicacion directa con excelentes estómagos , que una sola comida bastó para sepultar casi en su totalidad las provisiones llevadas. Los muchachos y las mozas devoraban.

Aquella gran familia , formada por todas las familias de San Juan reunidas , comenzó á reflexionar , mirando los restos del festin , y el resultado de las reflexiones de cada uno fué el siguiente :

—No hay con qué hacer comida.

—Recuerdo el tiempo, dijo fray Bruno respondiendo al sentimiento general, en que cogíamos hermosos *mugos* (el *mullus* de Plinio) al Norte de Tombelene. El abad Gontran, que era muy aficionado á peces, los llamaba barbos... Y acerca de esto, sé una aventura.... Pero, dijo acordándose y deteniéndose precipitadamente, Mr. Hue me ha prohibido que cuente historias.

—Decidnos mas bien cómo cogeríamos muchos *mugos*, exclamó Juanillo.

—Con redes, hijo mio, es muy sencillo.

—¿Pero á dónde hemos de ir á buscar las redes?

—Hé ahí, chiquito mio, á donde iba yo á parar. No tenemos redes, por consiguiente no podemos coger *mugos*, ó barbos, según el abad Gontran, y en latin *mullus*.

—Pues no hacia falta meternos en ganas, exclamaron las muchachas.

—¡Ja! ¡ja! dijo Bruno, parece que sois glotonos, es decir, bretones. Ya sé yo lo que es eso, y la historia de Antoñita Basselet, la Tejedora, lo prueba bastante.

—Veamos la historia de Antoñita la Tejedora, gritaron en coro las muchachas y los mozos.

Por la primera vez en su vida comprendió Bruno el placer misterioso de la resistencia. Por la primera vez en su vida podía comprender el valor que dá á una cosa el hacerse rogar, esa cualidad que es el mérito exclusivo de tantos hombres pintores, y de tantos cantores superficiales. Por lo general, cuando queria contar algo, le cortaban la palabra, y en la ocasion en que permanecía mudo le suplicaban que abriese la boca. A todas las edades se instruye uno poco ó mucho, y fray Bruno, que era hombre avisado, sacó quizás su provecho de aquella leccion. Nuestros datos, recogidos en el sitio mismo de la ocurrencia, no nos dan, empero, certidumbre alguna respecto á esto.

—Os contaré la historia de Antoñita la Tejedora en la velda del mes de agosto, replicó, y en cuanto á los *mugos* ó barbos, que para nada importa el nombre, sé una cosa que los sustituiria con ventaja.

—¿Qué es? ¿qué es?

—Fritos en manteca fresca, con cebolla, perejil y otras cosas, los conejos de Tombelene son un manjar de caballero.

—¡Queremos conejos, exclamó Juanillo!

Cada una de las muchachas pensó en el fondo de su corazon:

—¡De buena gana comeria conejo!

Una de ellas, desde que habia llegado á la edad de guardar los pavos, tenia ganas de comer conejo.

Juanillo se habia levantado, audaz como Artaban, y estaba ya saltando fuera del recinto con la ballesta en la mano.

—Aguarda, hijo mio, aguarda; los conejos de Tombelene son muy buenos, pero ya no los hay desde que los ingleses estuvieron de guarnicion en la isla.

—¡Ah! ¡picaros ingleses! dijeron desesperadamente en coro.

—Les gusta la caza, como si fuesen cristianos, repuso Bruno; lo mejor es arañar la arena para encontrar mariscos que podremos cenar esta noche.

—Por lo que á nosotros hace, no importa mucho, dijo Juanillo, que esta vez no obtuvo la aprobacion de las muchachas, pero Mr. Hue, la señorita Reina y Simoneta de nada deben caer.

—¡Eh! ¡muchachos! ¡á los mariscos! ¡á los mariscos!

—Contaré esa historia cuando llegue el caso.... decia el buen lego.

El muchacho Juanillo, de la aldea de San Juan, mas abajo de la ciudad de Dol, que llevaba una piel de carnero, como San Juan Bautista, en el año 50.

Estos datos principales se grababan en uno de los mil com-

partimentos de su terrible memoria. Era materia para mas adelante.

Los mozos y Juanillo salieron del recinto para ir á buscar mariscos al opuesto lado de Tombelene.

Entretanto Aubry estaba solo con el anciano caballero Maurever en la desmantelada torre. A dos pasos de allí, en el ángulo saliente de la linea de murallas, Juanillo habia construido, con el auxilio de piedras y tablas arrastradas por el mar, una cahñita en donde Reina y Simoneta estaban sentadas una al lado de otra. Simon le Priol, su mujer Francisca, y los demás que componian la emigracion, se albergaban lo mejor que podian, y hacian los preparativos para la noche.

— ¡Hijo mio! decia el anciano Maurever á Aubry, fué para mi un gran disgusto cuando os vi arrojar vuestra espada hecha pedazos á los piés de nuestro señor Francisco. Lo hacias por amor á Reina, que es mi hija, y yo pensaba: «Héme aquí, á mi, Hue de Maurever, caballero breton, arrebatando una buena espada á mi señor el duque de Bretaña.»

— Padre y señor, contestó Aubry, lo que yo hice aquel dia, todos los nobles del ducado lo harán mañana.

Maurever inclinó la blanca cabeza.

— Entonces, quiera Dios ahorrarme el castigo que acaso he merecido.

Y como Aubry le miraba sorprendido, el anciano repuso:

— He creido cumplir mi deber..... pero el crimen del hombre está entre el hombre y Dios..... No cambia el derecho de nuestro señor el duque á quien pertenece la vida de nuestro cuerpo.... He hecho mal, Aubry, hijo mio; he hecho mal, muy mal.

Y se golpeó el pecho duramente.

— Yo debí permanecer arrodillado en las losas del coro, continuó, y tender mis manos á las cadenas. En vez de eso, traidor

de mí, emprendi la fuga, porque detrás de su velo de luto adiviné el tierno semblante de mi hija, y queria volverla á besar!

— ¡Vos un traidor! exclamó Aubry, ¿vos el santo y el leal?.....

— ¡Calla, niño, calla! ¡no blasfemes!..... Si, soy un traidor, y Dios me ha castigado entregando á las llamas las moradas de mis vasallos de San Juan. ¿No he oido en mi soledad, por ventura, como un eco funesto? Coetity ha muerto delante de Cherburgo.... ¡nuestro eminente hombre de guerra! Asi se van nuestros valientes bretones, dejando sus despojos en los campos de la Normandía. Yo te lo digo, Aubry, yo te lo digo. La Bretaña comienza su agonía en la victoria, como el mismo duque Francisco. Sopla un viento del Este, que será una tempestad. La Francia extenderá sus brazos de hierro.... y dirán: «La Bretaña era en otro tiempo una nacion noble.»

Aubry no comprendia.

Maurever prosiguió con creciente exaltacion, los cabellos erizados y los ojos alzados al cielo.

— ¡Maldito sea, entre todos los dias malditos, el dia en que mueras! ¡oh, Bretaña! ¡Maldita sea la mano que toque al oro de tu corona ducal! ¡Maldito el breton que no dé toda su sangre antes de decir: «¡El rey de Francia es mi rey!»

— ¿Y dónde está ese breton...? exclamó Aubry.

Maurever le miró con aspecto sombrío.

— Eres jóven, y verás todo eso. Nantes la rica, y Rennes la ilustre, y Vannes, y la vieja Pontiny, y Fougères, y Vitree, serán ciudades francesas.

— ¡Nunca!

— Pronto.

Maurever ocultó la cabeza entre ambas manos y no volvió á hablar.

Aubry no se atrevia á interrogarle.

Al cabo de algunos minutos el anciano se arrodilló delante de la cruz de madera y oró.

Cuando hubo concluido la plegaria, se volvió hacia Aubry, que permanecía inmóvil en el mismo sitio.

—¡Niño! dijo, si estuviésemos solos los dos, te cogería de la mano e iríamos juntos hacia nuestro señor á llevarle nuestras vidas. Pero no estamos solos, y acaso vale mas que suceda así, porque la sangre no lava la sangre, y el espíritu de rebelion se exaltaria mas aun al rededor de nuestras cabezas cortadas. Vamos á ser sitiados, sin duda. Haz lo que te dicte tu conciencia; yo dejaré mi espada en la vaina.

—¡Yo defenderé á Reina, exclamó Aubry, aunque hubiese de mandar á la eternidad á Meloir y á todos sus hombres de armas!

Maurever cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡A qué estado hemos llegado! dijo; ¡cada cuál para sí! ¿Y quién sabe si no es esa la ley del hombre!

En aquel momento había anochecido por completo. El cielo no estaba tan claro como la noche anterior. La marea grande se acercaba, llevando consigo las borrascas en la tierra y las nubes en el cielo.

Hacia un viento caprichoso que soplaba por ráfagas bruscas. El firmamento de un azul muy vivo, sembrado de estrellas de extraordinario brillo, se cubria á cada instante de negros nubarrones, que corrian cual enormes bajeles á velas desplegadas.

*Se comían á las estrellas*, segun la expresion bretona. En el Oriente, cuando se descubria el horizonte, se veia el disco enorme y rojizo de la luna que salia del mar mostrando solo la mitad de su circunferencia.

Todo el aspecto de la noche era sombrío, pero lleno de movimiento. Cuando la luz de la luna fué bastante fuerte para pla-

tear los bordes de las nubes, todo este movimiento se agitó con violencia, y el cielo presentó la imágen del cáos sublevado.

Reina y Simoneta se hallaban solas en su pequeña choza improvisada.

Simoneta se sentaba á los piés de Reina á quien habían construido un banco de yerbas marítimas secas.

—¿Segun eso le amas mucho, pobre Simoneta mia? decia Reina sonriendo.

—¡Oh! querida señorita, hace poco no lo sabia; cuando oí que iban á ahorcarle, fué cuando mi corazón se destrozó. Muchas veces me levantaba por las noches, miraba por las ventanas de la granja, y siempre le veia bajo el manzano grande que está al opuesto lado del camino. ¿Querreis creerlo? Me daba risa, y decia para mí: ¡qué chicuelo tan raro! Pero ayer... ¡Dios mio! ¡cuánto lloré!

Y sus ojos estaban aun preñados de lágrimas.

Reina la atrajo hacia sí y la besó.

—Y tanto, tanto lloré, prosiguió Simoneta sonriendo entre sus lágrimas, que ya no veia á mi buena señorita. ¡Lo que somos! No habia llorado mucho mas cuando nos dijeron que os habiais muerto.....

Y llevaba la mano de Reina á los labios.

—Y sin embargo, daría tal vez mi vida por el amor de nuestra querida señorita, dijo interrumpiéndose; lo creeis firmemente, ¿no es así?

—Sí, mi buena Simoneta, lo creo.

—Pero cuando no se sabe que se ama, viene..... así.... de repente; ese conocimiento, ya veis..... Parece que es mas fuerte. Figuraos que justamente de las ramas del manzano grande era de donde querian ahorcar á mi Juanillo... si no hubieseis llegado... ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó volviendo á interrumpirse, hace poco se lo decia á Juanillo, que se cree ya un hombre des-

de que le han ahorcado á medias. Le decía: «Si no te haces matar por nuestra señorita, puedes buscar otra novia;» ¿y sabéis que me contestó? ¡Es singular lo fanfarron que se ha vuelto!

—¿Qué te ha contestado, hija mia?

—Me ha dicho: «Si no me hablastes así cuando se trata de nuestra señorita, podrías buscar otro amante.»

—¿De veras?

—Tan cierto como lo estoy diciendo. ¡Cómo cambia un mazo cuando le ponen la soga al cuello! Ya comprendereis el placer que me ha causado ver que os quiere tanto como yo, señorita Reina.

Reina estaba distraída.

Simoneta calló y comenzó á mirarla con una expresion maliciosamente ingénuá.

—Señorita, prosiguió de improviso, como si la ocurriese una idea, cuando llegó, las muchachas y los mozos decían:

«¡Oh, qué hermoso caballero, qué hermoso caballero!»

Reina se ruborizó levemente.

—¿De quién estás hablando, hija mia? preguntó.

Diremos de paso que sabía perfectamente de quien hablaba Simoneta.

—¡Pardiez! contestó esta, ¿de quién ha de ser? del señor Aubry con su casco de plumas y su brillante cota de armas. Y todos los mozos y las muchachas decían también: «Es el prometido de nuestra señorita.» ¿Es cierto eso?

—¡Es cierto!

—¡Oh! ¡tanto mejor! exclamó Simoneta. ¡Deseo tanto veros felices!... ¡Cuánto debe amaros el jóven caballero! ¡y qué hermoso será veros á ambos en la capilla del castillo! A Dios gracias, los tiempos malos pasarán, dijo interrumpiéndose con viveza, y volverá la alegría. ¿Quereis concederme una merced, señorita Reina?

—¡Una merced, pobre niña mia! contestó Reina volviendo á uno y otro lado su linda cabeza rubia. No estoy en posicion de conceder mercedes.

—Hoy no... pero mañana... Para mañana es la merced que imploro.

Reina no pudo menos de sonreír al ver aquella cariñosa confianza que se tomaba la buena de Simoneta.

—Pues bien, replicó casi con alegría, te otorgaremos la merced que solicitas, hija mia.

Simoneta quiso besar su mano.

Estaba tan gozosa como si aquellas palabras hubieran salido de la hermosa boca de Isabel, duquesa de Bretaña.

—Gracias, ¡mi querida señorita, mil gracias! dijo. La merced que pido no es para mi, sino para Juanillo, mi novio, que nada gapará en llegar á ser mi marido, pues nuestra casa se ha quemado. ¡Ay Dios mio! añadió entre paréntesis, ¿quién sabe lo que habrá sido de la Negra y la Roja en medio de todas estas desgracias?

—¿Y qué puedo hacer por tu Juanillo, pobre Simoneta?

—Cuando el noble Aubry sea caballero, contestó la jóven, necesitará una comitiva... Sé lo que vais á responderme... Dicen que Juanillo es mas cobarde que una gallina.... Descuidad; es mentira, mi buena señorita. ¡Si hubieseis visto á Juanillo cuando iba á morir!.... Pensaba en su anciana madre y en mí.

Dirigia á Dios sus oraciones con dulce tranquilidad, como si hubiera estado diciendo su plegaria de todas las noches. ¡Oh! es valiente, mi novio Juanillo, y nunca olvidaré la hora que pasó, como que yo era quien lloraba, y él quien me consolaba.

—Cuando Aubry de Kergariou sea caballero, dijo Reina, haremos de Juanillo un hermoso escudero.

Simoneta, que no era corta de lengua cuando se ponía á ha-

blar, no encontraba ya palabras para dar gracias, tanta era su ventura.

Reina se inclinó y la besó en la frente.

Los rizos ligeros y sedosos de sus cabellos rubios, se mezclaron con la opulenta cabellera negra de la joven vasalla. Era un cuadro gracioso y encantador.

— ¡Escuchad! dijo Simoneta, que se estremeció con violencia y se levantó.

Se subió á una piedra que estaba fuera del umbral, y pasó su cabeza por encima del borde del recinto.

Reina estaba ya á su lado.

Las mejillas de ambas jóvenes, que poco antes tenían todo el brillo y frescura de la juventud, estaban á la sazón igualmente pálidas. Todo su cuerpo temblaba.

Sobre la blanca arena de la playa se veían objetos que avanzaban y parecían irse arrastrando.

La luna pasó sus rayos entre dos nubes. Al pié mismo del recinto, una forma sombría se enderezó lentamente.

## II.

## El Sitio.

Reina de Maurever y Simoneta estaban como petrificadas.

En el momento en que Reina, que fué la primera que se repuso, abría la boca para lanzar un grito de alarma, una mano de hierro la tapó y la sujetó por detrás. Un hombre de elevada estatura, á quien la oscuridad que reinaba impedía que se le pudiese conocer, estaba de pié á su lado.

— ¡Silencio! murmuró el hombre.

— ¡Padre mio! dijo Reina.]

Las formas negras continuaban arrastrándose sobre la arena.

— ¿Dónde está Aubry? preguntó Reina, cuyo aliento se contenía en su pecho.

— Está durmiendo.

— ¿Y las gentes de la aldea?

— Están durmiendo.

El hombre que se hallaba al pié de la muralla, fuera del recinto, comenzaba á escalarla. Se le oía hincar su daga entre las piedras y subir.

— ¡Muchacha! dijo el anciano Maurever á Simoneta, vé á despertar á los tuyos, pero no metas ruido.

blar, no encontraba ya palabras para dar gracias, tanta era su ventura.

Reina se inclinó y la besó en la frente.

Los rizos ligeros y sedosos de sus cabellos rubios, se mezclaron con la opulenta cabellera negra de la joven vasalla. Era un cuadro gracioso y encantador.

— ¡Escuchad! dijo Simoneta, que se estremeció con violencia y se levantó.

Se subió á una piedra que estaba fuera del umbral, y pasó su cabeza por encima del borde del recinto.

Reina estaba ya á su lado.

Las mejillas de ambas jóvenes, que poco antes tenían todo el brillo y frescura de la juventud, estaban á la sazón igualmente pálidas. Todo su cuerpo temblaba.

Sobre la blanca arena de la playa se veían objetos que avanzaban y parecían irse arrastrando.

La luna pasó sus rayos entre dos nubes. Al pié mismo del recinto, una forma sombría se enderezó lentamente.

## II.

## El Sitio.

Reina de Maurever y Simoneta estaban como petrificadas.

En el momento en que Reina, que fué la primera que se repuso, abría la boca para lanzar un grito de alarma, una mano de hierro la tapó y la sujetó por detrás. Un hombre de elevada estatura, á quien la oscuridad que reinaba impedía que se le pudiese conocer, estaba de pié á su lado.

— ¡Silencio! murmuró el hombre.

— ¡Padre mio! dijo Reina.]

Las formas negras continuaban arrastrándose sobre la arena.

— ¿Dónde está Aubry? preguntó Reina, cuyo aliento se contenía en su pecho.

— Está durmiendo.

— ¿Y las gentes de la aldea?

— Están durmiendo.

El hombre que se hallaba al pié de la muralla, fuera del recinto, comenzaba á escalarla. Se le oía hincar su daga entre las piedras y subir.

— ¡Muchacha! dijo el anciano Maurever á Simoneta, vé á despertar á los tuyos, pero no metas ruido.

Simoneta se deslizó á lo largo de la muralla y desapareció.

Por el camino iba pensando :

— ¡ Y mi pobre Juanillo que está fuera !

— Tú , hija mia , dijo Maurever á Reina , vé á despertar á Aubry en la torre.

— ¿ Os quedareis solo , padre mio ?

— Me quedaré solo.

— Desenvainad , al menos , vuestra espada....

— ¡ He jurado por el nombre de Dios que no desenvainaré mi espada !

— Pero ese hombre que está fuera , va subiendo , subiendo....

— Ya bajará.... ! Vé , hija mia !

Reina obedeció.

En aquel momento , la cabeza del sitiador asomó por encima de la muralla.

Fijó una mirada dentro del recinto.

La noche estaba oscura. Opacas y pesadas nubes cubrían la luna naciente.

El hombre de armas nada vió.

Se volvió hácia el lado de la playa , y dijo en voz baja:

— Avanzad.

Los objetos negros que iban arrastrándose por la arena , apresuraron sus movimientos.

Hacia mucho tiempo que Hue de Maurever veía aquellas manchas negras en la arena.

Mientras rezaba sus oraciones , Aubry , sucumbiendo á su cansancio de tres noches pasadas trabajando , se había dormido. El anciano , arrodillado delante de la cruz de madera , prolongaba sus oraciones , porque en él había una duda terrible y un remordimiento cruel.

Sus ojos , acostumbrados á la vigilancia , examinaban las

playas por una de las saeteras abiertas en la torre. Al paso que oraba , vigilaba.

Durante mucho tiempo no vió mas que una vaga sombra , de cuyo seno se alzaba , cual un gigante , la masa del monasterio de San Miguel.

En las ventanas y saeteras del convento , las luces se habían apagado unas en pos de otras , y el viento del Oeste había llevado , como un eco perdido , el sonido de la campana que daba el toque de la queda.

Entonces fué cuando , por primera vez , vió Hue de Maurever , á lo léjos , al resplandor de la luna que salió en aquel momento , la amenazadora aproximacion del enemigo.

Para un soldado viejo no había lugar á equivocarse.

Cada siglo tiene sus defectos predominantes. Al nuestro , de seguro , no se le puede acusar de un exceso de valor caballeresco ; pero en 1450 aun no se había extinguido por completo el espíritu de los paladines. Cada hombre de guerra , no obstante los progresos del arte de batalla , guardaba un poco de esa confianza orgullosa en su valor aislado , que era el verdadero fondo de la antigua caballería.

Esta temeridad no sentaba mal á la blanca cabellera de los ancianos.

Mr. Hue de Maurever echó mano instintivamente á la espada , pero la apartó en seguida por razon de su juramento.

Salió de la torre y no pensó en turbar el sueño de Aubry ; aun quedaban diez minutos , y Aubry podía dormir.

Hue de Maurever dió vuelta al recinto , y fijó una mirada satisfecha en las obras de defensa improvisadas.

— Ese fraile narrador de historias , es un excelente soldado , pensó. Los sabuesos destrozarán sus dientes en estas piedras.

Así había llegado detrás de Reina y Simoneta en el momento

en que las dos jóvenes, paralizadas por el terror, procuraban reunir todas sus fuerzas para gritar pidiendo socorro.

A la sazón estaba solo, pegado á la pared de la choza.

El hombre de armas saltó por encima del parapeto del recinto, y en seguida procuró orientarse mientras sus compañeros subían.

En el momento en que pasaba junto á la choza, Hue de Maurever le puso bruscamente la mano en la boca. El hombre de armas quiso gritar, pero la mano del anciano Hue era una excelente mordaza. La voz del hombre de armas se ahogó en su garganta.

Con la otra mano le cogió Hue de Maurever por la cintura, y le levantó como un fardo.

— Escuchad, dijo, mostrándose sobre el muro con su fardo en la mano y dirigiéndose á los que le iban escalando, ¿pensáis que teneis que habéros las con viejas dormidas? He jurado á Dios que no me serviré de mi espada contra los súbditos de mi señor Francisco de Bretaña; pero con bribones como vosotros, no hace falta la espada. Se os arroja de aquí como basura.

Y esto diciendo, arrojó al pobre hombre de armas á la cabeza de los sitiadores, quienes cayeron confusamente mezclados al pié de la roca.

— ¡Oh digno y valiente caballero! exclamó fray Bruno, que volvía con un saco lleno de mariscos; ¡oh! ¡el buen soldado! hé aquí una historia que contaré durante mucho tiempo.

Y haciendo un trabajo mnemotónico, añadió entre dientes:

— En el año 50, en Tombelene, Hue de Maurever, que sostuvo un sitio con basura contra malandrines, cuya basura eran los mismos malandrines que monsieur Hue cogía á puñados, y los arrojaba á la cabeza unos de otros.

Entretanto se habia dado la alarma. Todos los emigrados estaban en las murallas.

Los sitiadores hicieron algunos disparos de arcabuz y huyeron en desórden.

El hombre de armas que habia servido de proyectil, fué llevado por sus compañeros.

Aubry conoció la voz de Meloir, que decia:

— La noche es larga; de aquí á la salida del sol tenemos tiempo suficiente para pagarles con creces lo que nos han dado.

— Mientras os esperamos, mis buenos señores, gritó Bruno, que estaba de pié sobre la muralla, vamos á pasar al rectorio.

— Conozco esa voz, dijo Meloir parándose. Conan, un disparo de arcabuz á ese charlatan.

Brilló un relámpago, y sonó el arcabuz de Conan.

— ¡Oh villano! dijo fray Bruno lleno de cólera, que ha agujereado mi hábito nuevo. Dime, prosiguió diciendo á gritos, tú á quien llaman Conan, ¿serás por ventura de la aldea de Lesneven, cerca de Laudernau?

— Justamente, replicó Conan, quien volvía á cargar el arcabuz.

— Pues bien, Conan, somos amigos antiguos; si vuelves te romperé la cabeza.

Hubo un segundo disparo de arcabuz.

Fray Bruno se tambaleó y cayó dentro del recinto.

— ¡Siempre ha tirado bien ese Conan de Lesneven! dijo limpiándose la mejilla que chorreaba sangre; por poco me corta la oreja. Vamos, muchachas, á cocer los mariscos, y vosotros, muchachos, de centinela.

Hue de Maurever habia vuelto á entrar en la torre, negándose á tomar el mando de la pequeña guarnición.

Aubry fué quien le substituyó.

Fray Bruno se constituyó en segundo comandante, y eligió por escudero á Juanillo, que habia suministrado los mariscos.

de la cena, y que tomó por arma su largo palo de pescador que terminaba en una asta de buey.

Se establecieron los puestos para el combate. Se asignó el trabajo á hombres y á mujeres para el caso de un ataque. Las muchachas estaban trasformadas en otras tantas heroínas. Se estremecían de ardor, y aun hubo una que hablaba de verificar una salida.

Hacia la una de la madrugada aparecieron de nuevo los sitiadores. Pero ya no iban por la playa, en donde á la sazón subía la marea. Acercábanse por el interior de la isla, por la parte del nuevo recinto, levantado apresuradamente por fray Bruno.

Había en la fortaleza cuatro ó cinco ballesteros dirigidos por Julian le Priol. El viejo Simon peleaba en este grupo.

Solo Reina, Francisca y Simoneta estaban dispensadas de poner manos á la obra.

Y aun Simoneta se encontraba con mas frecuencia en la muralla que en la choza, porque queria ver trabajar á Juanillo.

Juanillo estaba al lado de fray Bruno, enfrente del enemigo. Tenia en la mano su lanza de punta de asta, y os aseguro que no bajaba la vista.

Meloir, seguro de que no podria sorprender la plaza, se acercaba á pecho descubierto. Sus arqueros y arcabuceros comenzaron á trabajar luego que se hallaron á cincuenta pasos de las murallas.

—¡Bajad la cabeza! dijo fray Bruno, que las balas y los dardos no hacen daño á la piedra.

Pero el lego no se podia ya chancear. Meloir y sus hombres de armas se precipitaron furiosamente á las murallas.

Eran buenos soldados, duros para los golpes, y que aventuraban su vida de todo corazon. Hubo un momento de combate terrible. A no ser por Aubry y fray Bruno, que se batian como verdaderos diablós, se hubieran apoderado de la plaza en el

primer asalto. Al decir de Simoneta, que mas tarde refirió con frecuencia aquel combate memorable, Juanillo contribuyó tambien á la salvacion de la ciudadela.

Pero, ¡oh musa! ¿cómo referir las hazañas sorprendentes de los mozos de la aldea de San Juan, que en aquella noche se cubrieron de inmarcesible gloria?

Una de las muchachas deshonró su sexo y el lugar que la vió nacer, desde el principio de la batalla. Desertó de su puesto, sobrecogida de terror al ver á la claridad de la luna el semblante amarillento de maese Vicente Gueffes, que intentaba introducirse en la ciudadela por la parte trasera.

Nadie habia por aquel lado. Gueffes, por el contrario, iba acompañado de cuatro ó cinco soldados, á quienes habia seducido para llevar á cabo aquella empresa. La muchacha, pálida y temblorosa, fué á refugiarse en el asilo donde se hallaban reunidas Reina de Maurever, Francisca la Labradoradora y Simoneta. Estas dos últimas acudieron valerosamente al encuentro del enemigo.

La caldera en que se habian cocido los mariscos estaba aun en el fuego. Francisca y su hija la cogieron cada una por un asa, y maese Vicente Gueffes fué escaldado lindamente. Aquel hombre diestro y astuto recibió el contenido de la caldera sobre el cráneo, en el momento en que se aplaudia del buen éxito de su treta. Huyó lanzando aullidos y no volvió.

Simoneta y Francisca volvieron á ocupar sus respectivos puestos en la choza, con el legitimo orgullo que produce una accion brillante.

Fray Bruno se habia hecho una linda maza de armas con una berlinga de barca pescadora que habia encontrado en la playa. Cada vez que su maza tocaba á un hombre de armas ó á un arquero, el arquero ó el hombre de armas caia.

Quando el asalto se calmaba algun tanto y los sitiadores se

mantenían al pié de las murallas, fray Bruno dejaba su maza y cogía pedazos de roca que lanzaba con vigor homérico.

Había ya no pocos soldados fuera de combate. Por el contrario, ninguno de los sitiados había sufrido la menor contusión; ni Juanillo, que maniobraba con su lanza á pecho descubierto, había recibido arañazo alguno.

—¡Hola! ¡Pean! ¡Kerbehel! ¡Hercoat! ¡Coetandon! ¡Corson! ¡y los demás! gritaba incesantemente Meloir, ¡adelante! ¡al ataque!

—¡Hola! ¡Corson! ¡Coetandon! ¡Hercoat! ¡Kerbehel! ¡Pean! ¡y los demás! contestaba el buen fray Bruno, venid á trabar conocimiento con Josefina.

A ejemplo de todos los paladines famosos había bautizado á su arma.

Josefina era su linda maza de armas.

La manejaba con un desembarazo inconcebible. Con la cabeza descubierta, las mangas recogidas hácia arriba y la sonrisa en los labios, reunía materiales para una multitud de historias datadas en el año 50.

Sacudía sendos golpes y hablaba. Nunca se vió un hombre tan sinceramente ocupado.

—¡Bien sacudido! ¡piel de carnero! hijo mio, decía á Juanillo. Haremos algo de tí; yo soy quien te lo aseguro. ¡Eh! ¡Maturino! ¡corpulento Maturino! cuidado á tu izquierda que ya viene un soldado trepando en toda regla..... ¡á fe mia que el mozo le ha dado su merecido! ¡Eh! ¡tú, Mateo! ¡tén cuidado! ¡San Miguel Arcángel! ¡son higos secos lo que tiran con sus ballestas! Mirad aquí un dardo aplastado en Josefina! ¡este ni siquiera ha dicho: ¡Jesús! ¡Eh! ¡oh! ¡Conan de Lesneven! ¿te acuerdas de la Jacoba Trefen, que nos hizo una tortilla de cervatillo el año 22, la antevíspera de la Candelaria?

Conan, que subía al asalto, le dió una estocada con su es-

pada corta. Fray Bruno la paró, cogió á Conan de los pelos y le atrajo junto á sí.

—¡Ay! ¡santo Dios! ¡Jesús! dijo, qué cambiado y qué feo estás, mi pobre Conan. ¡Tú, que eras tan buen mozo en aquel tiempo!

—No me matés, Bruño, murmuró Conan.

—¿Matarte yo, hijo querido? nada de eso, tengo un corazón demasiado tierno, y en cuanto á la tortilla de Jacoba Trefen, solo le faltaba la manteca.

Había dejado á Josefina, su linda maza, y tenía al desventurado Conan cogido por ambos sobacos.

—¡Calle! ¡calle! exclamó, aquí está Kerbehel, y también Merry..... todos nuestros queridos compañeros.....

—¡A tí, Merry, mi buen compadre!.....

Y al decir esto le dió un golpe de Conan. Merry rodó hasta el pié del muro, aturcido.

Conan gritaba de un modo lamentable.

—¡Para tí, Kerbehel! repuso Bruno asestándole un segundo golpe de Conan, al que manejaba en el lugar y puesto de Josefina. ¡Oh! ¡qué buenos mozos! ¡cómo se alegra uno de encontrarse con ellos al cabo de tanto tiempo..... porque hace mucho que no nos hemos visto, compadres!

Dejó en el suelo á Conan, que se tambaleaba como un hombre ébrio.

—¡Por mi fe de Dios! exclamó Bruno, empleando el juramento favorito de los bajos bretones. Lo mismo te tambaleabas en casa de Jacoba Trefen, mi pobre Conan; pero entonces era del vino que la habías robado. Jacoba murió de unas tercianas en el año 35, y su hija está casada con el corneta de San Pol. Muchos recados á nuestros amigos. Te dejo marchar por el recuerdo de nuestras buenas bromas de otros tiempos.

Le hizo dar vueltas como á una peonza y le arrojó fuera.

Los hombres de Meloir decían:

—Es el diablo disfrazado de fraile.

—¿Estás enfermo, Conan? preguntó fray Bruno.

Por toda respuesta recibió un disparo de arcabuz en el brazo izquierdo, el cual quedó colgando á lo largo del cuerpo.

—¡Bien contestado, compañero! exclamó; pero sea tu última réplica.

Con la mano derecha había cogido un trozo de roca que atravesó el espacio silbando, y fué á aplastar, la cabeza del arquero dentro de su casco.

—¡Es el diablo! ¡es el diablo! repitieron los soldados aterrados.

—En el año 29, dijo fray Bruno, un pícaro inglés que tenía los ojos atravesados me dió una estocada. Yo sabía que si se derrama la sangre de los vizcos se queda uno tuerto. Acuérdate de eso, Juanillo... y atraviesa con tu lanza á ese tuno que sube por tu derecha! ..... ¡bien trabajado, chicuelo!..... Pues bien, yo quería matar al inglés, pero no quedarme tuerto... ¡Cuidado! tú, Maturino, que te alcanzan.... ¿En dónde estaba yo? ¡ah! en que no quería quedarme tuerto.... ¿Cómo me había de componer?... ¿Qué hubieras hecho tú, Juanillo?

Juanillo estaba batiéndose con el hombre de armas Kerbehel, quien le tenía ya sujeto por el cuerpo.

Bruno descargó un golpe de Josefina en la cabeza de Kerbehel, el cual cayó anonadado. El fraile repuso en seguida.

—¿Qué hubieras hecho tú, Juanillo?

—¡Vive Dios! exclamó Juanillo, ¿creéis que yo os necesito para arreglar mis negocios? ¡Ese tuno era ya mio!

—Yo te daré otro, hijo mio.... Pero, ¿qué hubieras hecho?... Yo sabía que á un cuarto de legua había un pozo. Cogí á mi inglés del cuello y fui á ahogarle. Era pesado.... pero yo he conservado mis dos ojos. —¡Cuidado! ¡cuidado! ¡Maturino! exclamó

interrumpiéndose precipitadamente; ¡oh! ¡pícaro holgazan se ha dejado matar!

Y se precipitó hácia el ángulo del recinto en donde, en efecto, acababa de ser muerto uno de los labriegos.

Siete ú ocho hombres de armas ó soldados habían saltado ya el muro.

### III.

#### En donde á Juanillo le ocurre una idea.

Entonces ya el combate fué terrible. Estaba forzada la entrada de la plaza. Bruno guardó silencio durante diez minutos largos; pero Josefina, su linda maza, habló por él.

—Te saludo, primo Aubry, dijo Meloir que estaba ya en el recinto. Creo que tenemos empeñada otra vez la partida.

—¡Te provoqué á singular combate, traidor, cobardel exclamó Aubry poniéndose delante de él.

—Provoqué, si quieres, primo Aubry, contestó Meloir riendo. En cuanto á mí, tengo otras cosas que hacer. Voy á ver si la hermosa Reina piensa un poco en su caballero:

—¡Tú, su caballero! exclamó Aubry furioso. ¡Mientes! ¡Defiéndete!

Y al mismo tiempo le asestó una estocada al rostro.

Pero Meloir tenía la visera bastante calada, y la espada, dando en falso contra el acero, se rompió con la violencia misma del golpe.

Los hombres de Meloir decían:

—Es el diablo disfrazado de fraile.

—¿Estás enfermo, Conan? preguntó fray Bruno.

Por toda respuesta recibió un disparo de arcabuz en el brazo izquierdo, el cual quedó colgando á lo largo del cuerpo.

—¡Bien contestado, compañero! exclamó; pero sea tu última réplica.

Con la mano derecha había cogido un trozo de roca que atravesó el espacio silbando, y fué á aplastar, la cabeza del arquero dentro de su casco.

—¡Es el diablo! ¡es el diablo! repitieron los soldados aterrados.

—En el año 29, dijo fray Bruno, un pícaro inglés que tenía los ojos atravesados me dió una estocada. Yo sabía que si se derrama la sangre de los vizcos se queda uno tuerto. Acuérdate de eso, Juanillo... y atraviesa con tu lanza á ese tuno que sube por tu derecha! ..... ¡bien trabajado, chicuelo!..... Pues bien, yo quería matar al inglés, pero no quedarme tuerto... ¡Cuidado! tú, Maturino, que te alcanzan.... ¿En dónde estaba yo? ¡ah! en que no quería quedarme tuerto.... ¿Cómo me había de componer?... ¿Qué hubieras hecho tú, Juanillo?

Juanillo estaba batiéndose con el hombre de armas Kerbehel, quien le tenía ya sujeto por el cuerpo.

Bruno descargó un golpe de Josefina en la cabeza de Kerbehel, el cual cayó anonadado. El fraile repuso en seguida.

—¿Qué hubieras hecho tú, Juanillo?

—¡Vive Dios! exclamó Juanillo, ¿creéis que yo os necesito para arreglar mis negocios? ¡Ese tuno era ya mio!

—Yo te daré otro, hijo mio.... Pero, ¿qué hubieras hecho?... Yo sabía que á un cuarto de legua había un pozo. Cogí á mi inglés del cuello y fui á ahogarle. Era pesado.... pero yo he conservado mis dos ojos. —¡Cuidado! ¡cuidado! ¡Maturino! exclamó

interrumpiéndose precipitadamente; ¡oh! ¡pícaro holgazán se ha dejado matar!

Y se precipitó hácia el ángulo del recinto en donde, en efecto, acababa de ser muerto uno de los labriegos.

Siete ú ocho hombres de armas ó soldados habían saltado ya el muro.

### III.

#### En donde á Juanillo le ocurre una idea.

Entonces ya el combate fué terrible. Estaba forzada la entrada de la plaza. Bruno guardó silencio durante diez minutos largos; pero Josefina, su linda maza, habló por él.

—Te saludo, primo Aubry, dijo Meloir que estaba ya en el recinto. Creo que tenemos empeñada otra vez la partida.

—¡Te provoqué á singular combate, traidor, cobardel exclamó Aubry poniéndose delante de él.

—Provoqué, si quieres, primo Aubry, contestó Meloir riendo. En cuanto á mí, tengo otras cosas que hacer. Voy á ver si la hermosa Reina piensa un poco en su caballero:

—¡Tú, su caballero! exclamó Aubry furioso. ¡Mientes! ¡Defiéndete!

Y al mismo tiempo le asestó una estocada al rostro.

Pero Meloir tenía la visera bastante calada, y la espada, dando en falso contra el acero, se rompió con la violencia misma del golpe.

Meloir levantó el acero á su vez.

— Vamos, veo que habré de pagarte mi deuda en seguida, primo Aubry, dijo.

Pero en el momento en que su arma caía sobre Aubry indefenso, una forma blanca se deslizó entre los combatientes, y la espada de Meloir se tiñó en sangre.

No era la sangre de Aubry.

— ¡Reina! exclamaron á un mismo tiempo los dos adversarios.

Reina cayó de rodillas.

— Toma, Aubry, dijo con voz débil, te traigo la espada de mi padre.

— ¡Reina! ¡Reina! ¿Estais herida?

— ¡Loado sea Dios, si muero por tí, mi amigo y dueño! murmuró la jóven.

Su cabeza se inclinó, pálida y descolorida, y su cuerpo cayó al suelo.

Aubry, loco de dolor, se precipitó sobre Meloir. Al mismo tiempo, Juanillo, fray Bruno, Julian y Simon Le Priol, todos en fin, hombres y mujeres, intentando un esfuerzo supremo, se arrojaron sobre los sitiadores.

Hubo un instante en medio de la noche oscura, en que no hubiera podido verse mas que una masa confusa y compacta, una especie de mónstruo extendiendo sus cien brazos. Luego se oyeron lastimosos quejidos y gemidos de moribundo.

— ¡Firme! ¡firme! dijo fray Bruno, cuya cabeza y brazo derecho se alzaron por encima de la masa dos ó tres veces.

Y por dos ó tres veces tambien, rechinó el acero aplastado bajo el peso de su maza. Habia trazado un ancho círculo en torno de Aubry, cuya buena espada chorreaba sangre.

Aubry desembarazado cayó sobre el grupo mas numeroso de hombres de armas, que cejaron y se retiraron hácia el ángulo del recinto por donde habian entrado.

— ¡Nuestros son! ¡nuestros son! decia fray Bruno ébrio de júbilo; ¡mata! ¡mata!

Y bien sabe Dios que los hombres de la aldea de San Juan no necesitaban de aquellas excitaciones.

Pero en el momento en que los hombres de armas y soldados que habian penetrado en el recinto se encontraban acobardados junto al muro, alzóse entre los defensores de la plaza la elevada estatura de Hue de Maurever.

— ¡Basta! dijo el anciano caballero extendiendo su mano descarnada.

— ¡Han dado muerte á la señorita Reina! exclamaron Juanillo, Julian y los demás.

— ¡Basta! replicó el anciano, cuya voz austera no tembló.

Todos se detuvieron, aunque de muy mala gana.

Los sitiadores saltaron por encima del muro, y huyeron amenazando.

Fray Bruno murmuró:

— El año 50, el anciano Hue de Maurever abre el lazo de coger fieras, y deja escapar al lobo..... ¡Mala historia! Juanillo, piel de carnero, añadió; el lobo á quien dejan escapar va á afilar sus dientes, volverá, y morderá.

Pero Juanillo estaba ya con Simoneta al lado de Reina desmayada.

Llevaron á la jóven á la torre. La espada de Meloir habia cortado las blancas carnes de su hombro, y corria la sangre por su hermoso brazo. Aubry estaba arrodillado junto á ella, y lloraba como una mujer.

Cuando Reina volvió á abrir sus hermosos ojos azules, tendió una de sus manos á su padre, y otra á su prometido.

Su sonrisa era tierna y llena de ventura.

— ¡Dios me ha guardado á cuantos amo! murmuró; ¡bendito sea su santo nombre!

Sus ojos volvieron á cerrarse, y se durmió mientras la hacian la primera cura.

—Oye, ven acá, piel de carnero, dijo fray Bruno; ahora me toca á mí, es necesario que me cuiden un poco. Tengo un brazo levemente estropeado (y mostraba su brazo izquierdo, en el que se abria una ancha herida); tengo un dardo clavado en el muslo derecho y una cuchillada en la cadera. Ruego á mi santo patrono por los pobres mozos que me han hecho estos diferentes regalitos, porque á estas horas todos están en la eternidad. Dí á las muchachas que me traigan agua. Son unas chicuelas honradas que sacuden virtuosamente, y mucho mejor que bastantes hombres.... En cuanto á yerbas medicinales, ó simples, como se las llama generalmente, no se encontraria una sola en esta roca... ¿Sabes la historia del rey Artus, la hermosa Elena y el gigante? piel de carnero.

—No hableis tanto, fray Bruno, respondió Juanillo, que estaba cortando una camisa en tiras para formar ligaduras.

—¡Que no hable, gran tuno! exclamó fray Bruno encolerizado. ¿Tú quieres que me dé calentura? Ahora que los malandrines se han marchado, y que tengo cuatro ó cinco agujeros en el cuerpo, espero que el anciano Maurever alzaré el entredicho que pesa sobre mí. Deja esos guiñapos, piel de carnero, amigo mio, y véte pronto á decir á Mr. Hue de Maurever que me dé licencia para contar algunas historias.

—Os vais á cansar, fray Bruno.

—Calla, picarillo, que no entiendes una palabra de cirugía. El hablar siempre hace provecho..... Tráeme aquella piedra que ves allí, y que he hecho muy mal en no tirar á la cabeza de los sitiadores.

Juanillo se dirigió á la piedra y procuró obedecer, pero ni siquiera pudo moverla.

Fray Bruno se levantó, aunque tambaleándose, cogió la

piedra con la única mano que le quedaba libre, y la tiró á donde antes estaba para formarse un asiento.

—¡Sois un hombre admirable! dijo Juanillo lleno de sorpresa.

—¡Ay, pobre chicuelo mio! repuso fray Bruno con acento quejumbroso, mañana cuando vaya al convento, tendré disciplina doble..... Dadme sidra, que bien la he ganado, añadió riendo. Muchachas! exclamó de improviso ¿quereis que muera dejándome desangrar? Ea mis buenas cristianas, ¡pronto! ¡pronto! ¡venid!

Se habia puesto muy pálido, y el vigor de su cuerpo comenzaba á decaer.

• Todas las muchachas acudieron en seguida presurosas al redor de él, porque indudablemente era el rey de la parte plebeya de la guarnicion.

Sus heridas fueron lavadas y curadas de la mejor manera posible.

—Ya estamos bien, dijo fray Bruno; ahora volveria á empezar de buena gana. ¡Oh! mis buenos amigos, he visto muchas otras bromas como esta. ¿Sabeis la historia de *Cabeza de Anguila*, el molinero de la isla de Yon, en el rio de Vilaine? Cabeza de Anguila era padre de diez y nueve hijos; ocho chicos y once chicas que habia tenido de su mujer *Mónica*, la cual era de la aldea de Aigné. Una noche en que no dormia oyó hablar á su molino..... Su molino decia.....

Una muchacha dejó escapar un ronquido tímido. Otra contestó con un ronquido mas franco. Tres mozos tomaron el diapasón, y tocaron á coro la música nasal. En seguida todos los demás replicaron, y la sinfonía se organizó en toda regla.

Fray Bruno miró lleno de estupor á su auditorio dormido.

Hasta Juanillo, que tenia la linda cabeza rubia apoyada en su hombro, dormia como un bienaventurado.

— ¡Está bien! murmuró fray Bruno encolerizado; no sabreis el fin de la historia de *Cabeza de Anguila*.

Arregló su piedra á manera de almohada, y mezcló su voz de bajo con el concierto del sueño general.

Entre todas las personas reunidas en la pequeña fortaleza de Tombelene, solo una mantenía sus ojos abiertos.

Era Mr. Hue de Maurever.

Durante todo el resto de la noche se le hubiera podido ver haciendo centinela en torno del recinto desarmado, con la cabeza descubierta y la oración en los labios.

Comenzó el crepúsculo. El Monte San Miguel fué el primero que salió de la sombra, presentando á los reflejos del alba naciente las alas de oro de su arcángel.

Luego se iluminaron sucesivamente las costas de Bretaña y de Normandía.

Después pareció que una especie de vapor ligero subía del mar, que estaba bajando, y todo se vió excepto la estatua de San Miguel, que dominaba aquel extenso océano de niebla.

Hue de Maurever estaba de pie é inmóvil por el lado del recinto en que había tenido efecto el asalto nocturno.

Por la parte interior de las murallas había tres cadáveres, y por la parte de afuera otros cinco.

Hue de Maurever pensaba:

— ¡Ocho cristianos, ocho bretones muertos por culpa mía!

Cuando despertaron todos en la fortaleza, Mr. Hue dijo:

— No pasaré aquí una noche mas. Se ha derramado ya sobrada sangre. Cuando anochezca iré á la costa de Normandía, y el que quiera que me siga.

Hue de Maurever era de esos hombres á quienes no se replica.

Sin embargo, Aubry hizo esta objecion:

— ¿Y si Reina está demasiado débil para resistir el viaje?

— La llevarán, dijo Mr. Hue.

— Eso está muy bien de vuestra parte, mi querido señor, repuso fray Bruno con respeto. ¿Mirais mi brazo y mi muslo? eso es mucha caridad. Mi brazo y mi muslo son de buena madera, á Dios gracias, como se suele decir, y dentro de una semana no se verá ya nada. Justamente necesitaba ya una sangría contra la apoplejía que me está acechando. En cuanto á pasar á Normandía; estamos conformes; y esos pícaros, desenvainando la espada en el territorio del rey Carlos, han promovido un *casus belli*, como diría mosen Juan Connault, nuestro prior, que es un gran político..... Pero no se cuidan de eso..... ¿Me será permitido dar un buen consejo?

— Dáde, amigo, repuso Hue de Maurever, aunque mas hubiera gustado ver el genio de las batallas bajo otro traje distinto que el tuyo.

— ¡Eh! señor, cada uno hace lo que puede, murmuró fray Bruno. Cuando la doncella Juana de Arco consagró al rey en Reims, no se la reconoció por el traje que llevaba, al menos que yo sepa. Mi consejo, héle aquí. Las playas, durante este tercer cuarto de luna juniana (lo cual significa de junio) están tan claras como el día y muchas veces mas. En la presente estación las nieblas son diurnas (lo cual significa de día), y si yo hubiera de emprender la fuga, de seguro que no escogería las horas de la noche.

— ¿Pues qué momento escogerías?

— La hora en que estamos.

— ¿Dónde piensas que se hallará el enemigo?

— El enemigo no habrá dejado ni un solo rezagado en Tombelene. Está en su guarida de San Juan, al opuesto lado de las playas, ó bien se oculta entre las rocas que hay en torno de la capilla de San Auberto, en la punta del Monte San Miguel. Si mi digno señor me lo permite, añadiré otra consideracion.

— Habla, pero habla pronto.

— Bien puedo decir que no tengo el defecto de ser charlatan. La consideracion que queria añadir es esta. Tienen una jauría que hará maravillas en persecucion vuestra durante una noche clara, mientras que todos sabemos perfectamente que los lebreles, como los sabuesos y los demás perros de caza, pierden las tres cuartas partes de su olfato durante la niebla.

— Nunca he oído hablar de esa jauría, dijo Mr. Hue.

Aubry se adelantó y replicó:

— Todo cuanto acaba de decir el buen fray Bruno es la pura verdad. Conoce las playas mejor que nosotros, y creo que favorecidos por la niebla podremos....

— Pero ¿y si no se alza la niebla? dijo Maurever.

Fray Bruno se encaramó al muro con el fin de examinar atentamente la atmósfera.

— Ha cesado el viento, dijo; baja la marea, y tendremos niebla hasta el flujo.

— Hágase como queráis, dijo Maurever; vamos á visitar á mi hija.

Aubry no habia aguardado á que el padre lo dijese. Cuando tomó la palabra para sostener la opinion del lego, fué porque habia visitado ya á Reina.

La jóven estaba algo pálida, pero su herida, bastante leve, no podia ser un obstáculo verdadero para la partida.

Su padre la encontró risueña y alegre, haciendo sus preparativos que no habian de ser muy largos.

Mr. Hue de Maurever hincó la cruz de madera que le habia servido para sus oraciones en el punto culminante de la roca de Tombelene. No podemos decir que esté allí todavía, pero la pequeña eminencia que hay en el frente occidental del monte lleva aun en nuestros dias el nombre de *Cruz-Mauvers*.

Fray Bruno pensaba algo en almorzar; pero era trabajo per-

dido. La niebla se iba formando muy densa, y era preciso aprovechar la ocasion.

En el momento en que se iban á poner en marcha, entró Simoneta en la torre con su padre, su madre y Juanillo, á quien la jóven llevaba de la mano.

— ¿Que quereis, buenas gentes? preguntó Hue.

— Señor, respondió el anciano Simon, nos conoceis muy bien. Somos vuestros fieles vasallos, los Priol de la aldea de San Juan. Nuestra hija Simoneta, aquí presente, está desposada con el muchacho Juanillo.....

— Este no es el momento oportuno.... comenzó á decir Maurever.

— ¡Es singular! repuso el fraile. ¡Vamos! ¡qué gentes hay tan habladoras!

— No vengo á hablaros del desposorio, señor, replicó Simon, pero Juanillo ha venido á nosotros y nos ha participado una buena idea que le ha ocurrido para la salvacion de la señorita Reina, nuestra ama, y le traemos aunque no sea vasallo vuestro. Habla, Juanillo, hijo mio.

Juanillo estaba encarnado como una manzana.

— ¡Ved lo que es! dijo dando vueltas á su gorro entre los dedos. Se asegura que solo por la señorita Reina es por quien el caballero Meloir mete todo ese ruido. En medio de la niebla, ¿quién sabe lo que puede suceder? Yo he pensado que tengo cabellos rubios, como la señorita, y como no me ha nacido la barba, yo podria muy bien ponerme la ropa de la señorita, y en caso de suceder una desgracia, entonces me confundirian con ella.

— ¿Y si llegan á darte muerte, niño? dijo Maurever.

— ¡Oh! eso podria muy bien suceder, replicó Juanillo sonriendo, porque se encolerizarian mucho al verse tan bien chasqueados. Pero no importa.

— ¡Cuando digo que es una verdadera alhaja ese piel de carnero! exclamó fray Bruno.

— La señorita se salvaría, repuso Juanillo, que es lo principal.

Reina y el mismo Maurever quisieron oponerse á aquel disfraz. Pero se contuvieron porque Aubry hizo una seña.

Todas las muchachas, con Simoneta á la cabeza (aunque esta tenía los ojos preñados de lágrimas), se apoderaron de Reina. Juanillo saltó al opuesto lado del muro.

Un momento despues volvió Reina vestida con la piel de carnero.

En cuanto á Juanillo, llevaba puesto el traje de la Hada de las playas, y estaba lindo como un amorcillo, segun decian todas las muchachas.

Se arregló el velo de blonda sobre los rubios cabellos, echó un beso á Simoneta, quien reía y lloraba á un tiempo, y fué el primero que salió del recinto para entrar en la playa.

## IV.

## La niebla.

Eran próximamente las siete de la mañana cuando la marea permitió que se pusiesen en camino.

Esa niebla de las playas forma una capa muy poco profunda y que con frecuencia no suele tener el doble de la altura de un hombre.

Por lo general, cuando menos espesor tiene la capa, la niebla es mas densa y mas impenetrable á las miradas.

Hemos mostrado al principio de esta relacion al Monte San Miguel bogando cual gigantesca nave en medio de ese mar de vapor. Hemos visto la niebla redondeando sus olas de algodón, balanceando sus surcos muy marcados, y dejando al radiante sol de junio, que doraba la cumbre del Monte, todo su brillo deslumbrador.

En la primavera y en el otoño, este aspecto, que detiene al viajero sorprendido, suele representarse con frecuencia.

Las gentes del país, hastiadas ya de estas maravillas, tienden de paso una mirada distraida al paisaje prodigioso.

Lo que les ocupa, y con razon, es el fondo de aquel océano de niebla.

— ¡Cuando digo que es una verdadera alhaja ese piel de carnero! exclamó fray Bruno.

— La señorita se salvaría, repuso Juanillo, que es lo principal.

Reina y el mismo Maurever quisieron oponerse á aquel disfraz. Pero se contuvieron porque Aubry hizo una seña.

Todas las muchachas, con Simoneta á la cabeza (aunque esta tenía los ojos preñados de lágrimas), se apoderaron de Reina. Juanillo saltó al opuesto lado del muro.

Un momento despues volvió Reina vestida con la piel de carnero.

En cuanto á Juanillo, llevaba puesto el traje de la Hada de las playas, y estaba lindo como un amorcillo, segun decian todas las muchachas.

Se arregló el velo de blonda sobre los rubios cabellos, echó un beso á Simoneta, quien reía y lloraba á un tiempo, y fué el primero que salió del recinto para entrar en la playa.

## IV.

## La niebla.

Eran próximamente las siete de la mañana cuando la marea permitió que se pusiesen en camino.

Esa niebla de las playas forma una capa muy poco profunda y que con frecuencia no suele tener el doble de la altura de un hombre.

Por lo general, cuando menos espesor tiene la capa, la niebla es mas densa y mas impenetrable á las miradas.

Hemos mostrado al principio de esta relacion al Monte San Miguel bogando cual gigantesca nave en medio de ese mar de vapor. Hemos visto la niebla redondeando sus olas de algodón, balanceando sus surcos muy marcados, y dejando al radiante sol de junio, que doraba la cumbre del Monte, todo su brillo deslumbrador.

En la primavera y en el otoño, este aspecto, que detiene al viajero sorprendido, suele representarse con frecuencia.

Las gentes del país, hastiadas ya de estas maravillas, tienden de paso una mirada distraida al paisaje prodigioso.

Lo que les ocupa, y con razon, es el fondo de aquel océano de niebla.

En efecto, de todos los peligros de la playa, este es el mas terrible.

La niebla de las playas es bastante compacta para formar entorno del hombre que anda una especie de barrera movediza, que apenas tiene la transparencia de un vidrio esmerilado. Figuraos á un desgraciado, vagando entre esas arenas, en las que no hay camino alguno trazado, con una venda en los ojos, una máscara que deja pasar los rayos luminosos, pero que los dispersa, confunde y enreda, como haria un denso y tripe velo de muselina.

Se ve que las mas veces la luz es viva é hiere los ojos, porque está repercutida hasta lo infinito por las moléculas blancuecinas de la niebla. Pero esa sensacion de la vista es vana. Se percibe el vacío brillante, la nada iluminada.

No se ven objetos. Toda forma se ahoga en aquel espacio blando y nebuloso.

Por lo demás, hemos dicho la palabra que conviene, y ninguna otra comparacion puede describir con mas precision la realidad. Acercad los ojos á un vidrio esmerilado, y mirad hácia fuera á la luz del día. Quedareis deslumbrados sin ver cosa alguna.

Por la noche, la escasa luz que baja del firmamento basta siempre para guiar los pasos. Entre la niebla nada guia, absolutamente nada, y el vértigo va nadando en aquella blanca pluma, que provoca y cansa los párpados.

Por la noche, el sonido se propaga con gran claridad. Ahora bien, cuando falta la vista, en rigor puede sustituirla el oído.

En la niebla el sonido se extravía, ahoga y muere.

Es una cosa inerte y pesada que amortigua la elasticidad del aire; es una cosa terrible como esa tela, blanca tambien, que llaman sudario.

En tal caso, hasta el mismo valor tiene el convencimiento de

su impotencia. Se coagula la sangre, cede la fuerza, y queda el hombre á la vez sumergido y fascinado.

Los que se han librado de esa muerte terrible refieren cosas singulares. Dicen que el sonido de la campana del Monte, tocando para que se dé auxilio, llega algunas veces de improviso al oído, y hace estremecer al que está agonizando. Vibra de un modo lastimero, y el oído sorprendido cree escucharla saliendo de las profundidades de aquellos arenales.

Luego se calla la campana y sucede el silencio á sus tristes tañidos. Despues, de improviso, la arena que se ha tornado sonora como por encanto, lleva el ruido de la marea que sube.

¡Oh! ¡qué de prisa anda el mar!..... ¡El mar es la muerte!..... ¡Cómo corre invisible allá bajo!..... ¿Por qué parte? No se sabe ¿Esta cerca ó lejos? ¡Se ignora!

Pero corre, se alza, llega.....

Está allí oculto detrás de lo desconocido, en el fondo de ese espacio misterioso y velado. Se le oye acercarse, bramar.

¡Oh! ¡qué de prisa llega!

¿No es ya el mar ese frío que hiela los piés?.....

No se sabe, lo repito, no se sabe. Porque la sangre se ha precipitado al cerebro, y la fiebre tiembla y luego abrasa.

Y esa soledad lúgubre, esa niebla sombría, van á poblarse de locas visiones.

¡Escuchad! ¡Ya no es el mar! ¡Cantan las visperas en la parroquia amada! Todos están allí, los parientes, los amigos.

Detrás de un pilar de la nave de la Iglesia está arrodillada y orando la mujer preferida.

¡Tierna jóven! ¡Dios te dé ventura! ¿No ha vuelto su tri-gueño rostro rodeado de encajes normandos para lanzar á hurtadillas una mirada á su prometido?

¡Una sola mirada! porque dos distracciones anulan una oracion.

¡Pero no son visperas!..... ¡no! La muchacha tiene florazar en la frente. ¿Se lleva una corona de azahar en otro día que no sea el de la boda?

¡Cómo! ¡es la misa de boda! ¡el padre con su blanca cabellera, la madre que tiene los ojos llenos de lágrimas de felicidad!

Y la traviesa hermanita, la muchacha de los ojos maliciosos.

Algun día te casarás tú también, hermanita.

— Gracias, amigos míos; sí.... estoy muy contento, sí, mi novia es muy hermosa. ¡Gracias, Pedro! ¡gracias, Renato! ¡Oh! puesto que se ha concluido la misa, vamos á la mesa y bebamos á la salud de mi mujer.

Esta se halla conmovida, teñidas sus mejillas de suave rubor, y oculta la frente en el pecho de su madre. Esas angustias deliciosas solo una vez se sienten en la vida. Una sola vez en la vida se lleva la corona de azahar.

Ruborízate, ¡casta doncella! y sonríe entre tus lágrimas.

¡Oh! pero la mesa oscila y se cae. ¿Dónde están los alegres convidados? ¿Dónde está la desposada? ¿Dónde Pedro, Renato, el padre con su blanca cabellera, la madre llorando y riendo, y Rosa, la hermanita de los avispados ojos?

No se vé mas que la niebla gris, silenciosa, livida.

— ¡Socorro! ¡Dios mío! ¡Socorro!

¡Ay Dios! la voz cae al suelo sin eco alguno. Nadie la oye. Es la última hora, el momento supremo.

Hay en la niebla carcajadas lejanas á las que contestan lastimosos gemidos.

La arena hinchada lanza esos suspiros singulares que parecen el llamamiento de las víctimas de ayer á la víctima de hoy.

¿Y no veis aquí, aquí mismo, á esos bailarines pálidos que conducen en torno del moribundo su insensata rueda?

Van con los brazos enlazados, la cabellera al viento, andrajos de sudario que flotan y los ojos hundidos y vacíos.

— ¡Socorro! ¡Dios mío! ¡Socorro!

¡Nadie llega! el mar sube.... ó bien el remolino de blanda arena movidiza cede lentamente bajo los piés.

Muy pocos son los que cuentan ese sueño del desgraciado perdido entre la niebla.

Muy pocos han vuelto para decir lo que inventa la fiebre en aquel momento supremo!

Los fugitivos de la aldea de San Juan, que habian pasado la noche en Tombelene, ni siquiera debian haber vacilado para huir, porque era muy probable que Meloir y sus soldados aprovecharan la niebla para renovar su ataque.

Ahora bien, la parte de la roca en que Bruno y su pequeño ejército se habian defendido tan valerosamente, salia casi entera de la niebla que la rodeaba cual un ancho cinturón. Esta vez de seguro los sitiadores habrian atacado, porque hubieran permanecido invisibles.

Por el contrario, lanzándose resueltamente á la playa los sitiados, quienes en su mayor parte conocian las corrientes de agua y los secretos de los arenales, no tenian contra sí mas que la niebla. Esta, segun todas las probabilidades, habia de protegerlos contra la persecucion de sus enemigos.

El camino mas seguro, respecto de los peligros de la persecucion, hubiera sido el que conduce directamente á Avranches y á la aldea de Genest.

Pero esta parte de la playa, surcada por innumerables arroyos afluentes del Sée y del Hordee, presenta dificultades tan graves que aun cuando hace sol se aventura el caminante en ella con pesar. Habiendo niebla hubiera sido una locura.

Juanillo, que por su propia autoridad y con fundamento ha-

bia tomado el empleo de guía, caminó sin vacilar al Este del Monte San Miguel, en dirección á la aldea de Ardevon, límite extremo de la Normandía.

Nos vemos obligados á confesar que Juanillo tenía las piernas un poco largas para el vestido de Reina, y que sus movimientos audaces y desembarazados no cuadraban mucho mejor al casto velo que cubría su rubia cabellera.

Pero prescindiendo de estos pormenores, Juanillo hacía una Hada de las Playas muy pasadera. Y además, no es malo que una hada tenga en su persona alguna cosa escéntrica. No merecería la pena de tener algun encantó en los dedos de la mano, y de cabalgar en los rayos de la luna, si se pareciese faccion por faccion á una señorita de buena familia.

Juanillo tenía hermosos cabellos rizos, ojos azules y grandes, y una sonrisa maliciosa. Esto era mucho mas de lo que se necesitaba.

Aunque nada de esto hubiera tenido, en aquel momento la niebla era muy suficiente para encubrir el disfraz.

Era una verdadera niebla. Una de esas nieblas en que *no se vé la nariz*, como dicen entre Avranches y Cherrueix.

Los que componian la caravana, apenas hubieron abandonado la cumbre de Tombelene para entrar en aquella nube inmensa, cuando en el mismo momento cesaron de verse unos á otros, y sin embargo marchaban muy unidos. Cada uno de ellos podia oír el paso de su vecino, y sentir su aliento. Pero desde entonces la vista era para todos un órgano inútil.

Nada se distinguía. Para ver el suelo vagamente, y como al través de una gasa, era preciso arrodillarse.

Fray Bruno extendió su brazo derecho, y su mano desapareció entre la niebla.

—¡Vamos! dijo, esto está bueno, y me recuerda la aventura del Bailío de Carclles y de su asno. Ambos se buscaban entre la

niebla, al rededor de la piedra de Bebray, delante de Champeaux. El asno y el Bailío dieron setenta y ocho vueltas en torno de la piedra, hasta que al señor Bailío le ocurrió la excelente idea de rebuznar.

—¡Silencio! dijo la austera voz de Maurever.

—¡Jesucristo! ¡ya me callo! ¡ya me callo! replicó el lego. Me parece que no soy un charlatan.

Y añadió inclinándose al oído de un mozo:

—Adivinad lo que contestó el asno.

Pero el mozo no tenía gana de reír.

—Nos acercamos al río, dijo en aquel momento Juanillo. Cogeos de las manos y no os solteis.

Las manos se buscaron y se reunieron á la aventura.

Apenas hacía diez minutos que habían salido de la roca, y ya estaban invertidas las filas. Se vieron obligados á hablar para conocerse unos á otros.

Hé aquí en qué forma caminaba la caravana:

Detrás de Juanillo, que iba á la cabeza con su palo de asta de buey, marchaban Hue de Maurever y Aubry de Kergariou, escoltando á Reina.

Detrás de este grupo iban los Priol, Simon, Francisca, Simoneta y Julian, que llevaba su ballesta al hombro.

Luego seguían las muchachas, y la retaguardia la formaban los mozos con fray Bruno, quien se había quedado allí con la esperanza de contar, cuando llegase la ocasión, alguna buena aventura; pero su esperanza quedó cruelmente frustrada, porque el silencio era de rigor.

La caravana caminó en este órden durante un cuarto de hora próximamente.

Al cabo de este tiempo, todos sintieron agua bajo los piés, al paso que se oyó sobre la arena un ruido sordo.

—¡Los hombres de armas! dijo Juanillo en voz baja. ¡Alto!

Todos se detuvieron, y hubo un momento de terrible ansiedad, porque se estaba realmente jugando un *albur*. Los hombres de armas podían pasar á la derecha ó á la izquierda de la caravana, así como también podían caer de lleno sobre ella sin saberlo.

La reducida tropa de los fugitivos se mantenía inmóvil y silenciosa.

Los caballos se acercaban.

Muy luego se oyó la voz de Meloir que decía:

—¡Clavad la espuela, hijos míos, clavad la espuela! Esta niebla nos va á procurar una buena ocasión, y ahora vamos á tomar nuestra revancha.

—Excepto Reina, vuestra señora, y el traidor Maurever, á quien llevaremos á Nantes atado de piés y manos, es preciso que no quede ni uno solo para ver el sol del Mediodía.

Reina temblaba.

Las muchachas de la aldea de San Juan se estrechaban unas contra otras.

Fray Bruno castañeteó los dedos de su mano derecha, y murmuró:

—Esto me hace recordar mas de una historia; pero ¡silencio! que tiempo habrá para todo. Cuando hayan pasado, podrá uno soltar su pobre lengua.

—Vamos, Beltran, gritaba Meloir entretanto, suelta tus lebreles para que vayan á olfatear entre la niebla, y ¡quién sabe lo que encontrarán!

Aubry estrechó la mano de Maurever y desenvainó su espada.

Cada cual creyó que había llegado la hora de morir.

Belissan contestó:

—Haré lo que quereis, señor caballero; pero, lléveme el diablo si los perros tienen olfato con este tiempo. Pasarian á diez pasos de un hombre ó de una zorra sin sospecharlo.

La cabalgata pasó tan cerca, que cada uno de los fugitivos creyó sentir la corriente de aire que producía en su carrera, y aun fray Bruno afirmó que había visto deslizarse un caballero entre la niebla. ¡Pero le gustaba tanto á fray Bruno el hablar!....

Todos contuvieron su aliento.

—¡Hola! gritó Meloir, este es el río. Dentro de diez minutos estaremos en Tombelene.... Pero yo creo que he oído algo.... exclamó interrumpiéndose de improviso.

La cabalgata se detuvo á veinte pasos de los fugitivos.

Fray Bruno esgrimió á Josefina, su linda maza de armas, que había tenido muy bien cuidado de no dejar en el fuerte.

—Es uno de mis lebreles, dijo Belissan. Ya no tengo mas que once atados. ¡Oh! ¡oh! ¡Noirot! ¡oh!

Le contestó una especie de gemido.

—¡Oh! ¡oh! ¡Noirot! ¡oh! volvió á gritar el montero.

Esta vez no obtuvo respuesta alguna.

—Si nos quedamos aquí, repuso Meloir, nos vamos á enterrar en la arena. Los piés de mi caballo se hunden ya mas de tres pulgadas.... ¡Adelante!

La cabalgata volvió á arrancar al galope.

La gente de nuestra reducida caravana se hallaba absolutamente en la misma situación que el caballo de Meloir. En toda la extensión de las playas, pero sobre todo en las inmediaciones de las corrientes de agua, en donde se encuentran los remolinos de arena movediza, la inmovilidad es muy peligrosa.

La arena cede bajo los piés, el agua subterránea sube por efecto de la presión, y el caminante se hunde con lentitud.

Nada puede dar una idea de la sustancia movediza y blanda que hay en los arenales.

La superficie presenta una resistencia bastante grande con tal que la presión sea instantánea y rápida.

Nuestro barro terrestre, los cuerpos grasientos, todas las

cosas que conocemos y que ocupan el término medio entre las materias sólidas y las líquidas, tienen un carácter común: el de que el pié se hunde allí en el instante mismo en que se coloca sobre ellas.

En los arenales no. Apenas se hunde el pié en el primer momento.

Levanta una especie de franja arenosa, y comparativamente seca; mientras que en el sitio mismo en que se verifica la presión, sube el agua y sustituye á la arena.

Si la planta del pié abandona con ligereza el terreno, como se verifica en una marcha precipitada, se vé que la huella, poco profunda, forma un charquillo que se borra muy luego, porque la arena recobra fácilmente su nivel.

Pero si el pié se queda allí, se hunde indefinidamente y mas de prisa, á medida que la inmersión se verifica.

Se dice que un hombre tarda lo menos un cuarto de hora en desaparecer enteramente en aquellos remolinos de arena movediza.

## V.

**En donde maese Vicente Gueffes se ve obligado á creer en la existencia de la Hada de las Playas.**

¡Tardar un cuarto de hora en desaparecer!

¡De seguro es difícil imaginar una agonía mas terrible!

Cuando las piernas están sujetas á cierta altura, los esfuerzos del hombre mas robusto son vanos, y no sirven mas que para apresurar la inmersión completa.

¡El cuerpo abre su agujero lentamente!... ¡lentamente!

La arena va subiendo, aprisionando, moldeando, por decirlo así, cada pliegue de la carne, las piernas, el cuerpo, la cabeza.

También se dice, porque hay mucho *se dice* en aquellas costas, que bastaría extender los dos brazos en forma de cruz para contener la inmersión á la altura de los sobacos. Pero luego llega el mar, y medio pié de agua vá á ahogar á aquella pobre cabeza que aun respira encima de las arenas....

Aquel ruido que habia detenido en su marcha al caballero Meloir, lo oyeron los fugitivos lo mismo que él.

cosas que conocemos y que ocupan el término medio entre las materias sólidas y las líquidas, tienen un carácter común: el de que el pié se hunde allí en el instante mismo en que se coloca sobre ellas.

En los arenales no. Apenas se hunde el pié en el primer momento.

Levanta una especie de franja arenosa, y comparativamente seca; mientras que en el sitio mismo en que se verifica la presión, sube el agua y sustituye á la arena.

Si la planta del pié abandona con ligereza el terreno, como se verifica en una marcha precipitada, se vé que la huella, poco profunda, forma un charquillo que se borra muy luego, porque la arena recobra fácilmente su nivel.

Pero si el pié se queda allí, se hunde indefinidamente y mas de prisa, á medida que la inmersión se verifica.

Se dice que un hombre tarda lo menos un cuarto de hora en desaparecer enteramente en aquellos remolinos de arena movediza.

## V.

**En donde maese Vicente Gueffes se ve obligado á creer en la existencia de la Hada de las Playas.**

¡Tardar un cuarto de hora en desaparecer!

¡De seguro es difícil imaginar una agonía mas terrible!

Cuando las piernas están sujetas á cierta altura, los esfuerzos del hombre mas robusto son vanos, y no sirven mas que para apresurar la inmersión completa.

¡El cuerpo abre su agujero lentamente!... ¡lentamente!

La arena va subiendo, aprisionando, moldeando, por decirlo así, cada pliegue de la carne, las piernas, el cuerpo, la cabeza.

También se dice, porque hay mucho *se dice* en aquellas costas, que bastaría extender los dos brazos en forma de cruz para contener la inmersión á la altura de los sobacos. Pero luego llega el mar, y medio pié de agua vá á ahogar á aquella pobre cabeza que aun respira encima de las arenas....

Aquel ruido que habia detenido en su marcha al caballero Meloir, lo oyeron los fugitivos lo mismo que él.

Cuando se hubo alejado la cabalgata, Juanillo hizo uso de la palabra con suma precaucion.

— ¡ Nunca habia yo visto un animal como este ! dijo.

— ¿ Qué animal ? preguntó Aubry.

— ¡ Ved ! replicó Juanillo.

Pero no era fácil ver.

Aubry se acercó á tientas, y su mano tentó el cuerpo, caliente todavia, de un lebrele enorme, blanco y negro, que estaba tendido en la arena.

— ¡ Maese Loys era mas grande y mas hermoso que este ! murmuró.

— Cuando Meloir dijo á su montero que desatase los perros, repuso Juanillo, este, que se hallaba cerca de mí, dió un salto y se agarró á mi garganta gruñendo..... Pero ya estaba en guardia..... Tenia mi cuchillo en la mano, y se lo sepulté entre las costillas.

— ¡ Y no has dado un grito ! exclamó Aubry golpeándole amistosamente en el hombro. ¡ Bien, muy bien ! harás un soldado excelente.

Juanillo se ruborizó de placer.

Cerca de allí, entre la niebla, estaba Simoneta, que debia oírlo todo.

— Si, sí, dijo fray Bruno; piel de carnero será un buen soldado, es cierto. Ha dado muerte á un perro, segun he podido comprender, pero aun quedan once, y si monsieur Hue quiere permitirme que hable, daré un buen consejo.

— ¡ Habla ! replicó el anciano Maurever, quien parecia cuidarse muy poco de estos diferentes acontecimientos.

— ¡ Habla ! murmuró Bruno; el buen señor está sumido en sus meditaciones, y estas son como las arenas movedizas; ¡ se ahoga uno en ellas ! Pero no me corresponde juzgar á un señor....

— ¡ Vamos ! dijo Mr. Hue.

— ¡ Allá voy !... ¡ ahora se impacienta porque no hablo bastante pronto ! Pues bien, señor, repuso en alta voz; declaro que os considero como nuestro jefe, tanto por razon de vuestra edad respetable, como por el titulo de caballero mesnadero que teneis.

— ¡ Charlatan incorregible ! exclamó Maurever interrumpiéndole.

— ¡ Ah ! ¡ por vida mia ! repuso Bruno encolerizado, en cincuenta años de edad que tengo.... y aun podria decir que cincuenta y tres cuando llegue el próximo dia de San Mateo..... porque nací tres años antes que el siglo, y mis dientes y muelas están firmes todavia..... esta es la vez primera que me llaman charlatan..... Pero no importa, no guardo rencor..... mi buen consejo os le doy *gratis et pro Deo*, como decia Quintin de la Villegille, porta-lanza del señor condestable. Los soldados y los jinetes de ese Meloir estarán ahora en Tombelene, ó muy cerca, ¿ no es cierto ? Pues bien, cuando vean que los pájaros han abandonado el nido, se encolerizarán en extremo, ¿ no es cierto ? Tienen perros, y los caballos andan mas de prisa que los hombres. Los perros no tienen olfato en medio de la niebla, el mismo montero es quien lo ha dicho; pero les pondrán el hocico en nuestras huellas frescas y recientes, y entonces.....

— ¡ Es verdad ! exclamó Aubry.

— ¡ Bueno ! ¡ bueno ! dijo Bruno; ahora todos van á interrumpirme..... ¡ Ya esperaba yo eso !

— ¿ Qué he de hacer ? preguntó Maurever.

— ¡ A eso voy !..... He visto mas de una persecucion en estas playas. Olivier de Plujastel, caballero, señor de Plougaz, se libró de los ingleses que estaban de guarnicion en Tombelene en el año 42, siguiendo el curso de este rio, en cuya orilla no

hallamos. El agua que corría sobre la arena iba borrando las huellas de sus pasos á medida que avanzaba.

—Pues sigamos el curso del río, dijo Aubry.

—Bajando por el río, hizo observar Juanillo, el terreno está sembrado de remolinos de arena movediza; subiendo contra corriente, nos conduce á la parte mas peligrosa de las playas..... Y si no nos apresuramos á llegar á la tierra firme, la niebla va á levantarse y quedaremos á descubierto en medio de la playa.

Era esto tan evidente, que nadie pudo replicar.

El mismo fray Bruno se rascó la oreja y no contestó.

—Caminemos andando de espaldas, repuso Juanillo, y lo mas de prisa que podamos. El montero fijará la vista en el suelo, y querrá examinar nuestras huellas... Siempre hacen eso... Cuando el montero haya conocido nuestras pisadas querrá que su razón y criterio sustituyan al instinto de los perros, y nos habremos salvado.

—¡Oh! ¡piel de carnero, piel de carnero! exclamó Bruno, no vivirás mucho tiempo: ¡eres harto listo y despejado!... Vamos, vosotros, andad de espaldas!

Volvieron á ponerse en marcha, siguiendo la indicación del pescador de mariscos. Trascurrieron diez ó doce minutos. Maurever habia vuelto á imponer silencio.

Al cabo de este tiempo, Bruno abandonó su puesto á la retaguardia, y sin decir esta vez una palabra, atravesó por medio de todos para acercarse á Juanillo.

A no ser por la niebla, hubiera podido verse reflejada una inquietud grave en el semblante del lego.

Y no bastaba una cosa insignificante para producir tal efecto.

—¿Dónde estás, niño? preguntó en voz baja cuando juzgó hallarse ya próximo á Juanillo.

—Aquí, replicó este.

Bruno se adelantó mas aun hasta que pudo cogerle de la mane.

—¿Estás muy seguro del camino que vas siguiendo? preguntó.

—¡No! contestó Juanillo, cuya mano estaba fria y la respiración anhelosa, hace dos ó tres minutos que voy á la gracia de Dios.

—¿Dónde crees hallarte?

—Al Oriente del Monte.

—Pues yo creo que estamos al Oeste. La arena se va reblandeciendo; el viento sopla del Oeste, y si estuviésemos en el lado opuesto, no le sentiríamos.

—Es verdad... ¡volvamos á la izquierda!

—Avisa, al menos, antes de variar de dirección.

—¡Volvamos á la izquierda! repitió Juanillo en alta voz.

Nadie contestó.

Juanillo se puso pálido y comenzó á temblar.

—¡Mr. Hue! dijo al pronto en su tono habitual.

Luego gritó con todas sus fuerzas:

—¡Mr Hue!

¡Igual silencio!

Su voz se aplanaba, como si hubiese encontrado al paso un obstáculo inerte y sordo.

Mientras hablaban, y sin pensar lo que hacían, fray Bruno y él se habían parado.

Entretanto, los fugitivos, continuando su marcha, habían pasado á la derecha y á la izquierda, y estaban ya muy lejos.

Los brazos de Juanillo cayeron á lo largo de su cuerpo con expresión de profundo desaliento.

—¡Simoneta!... ¡y la señorita!... murmuró.

—¡Vamos, niño! ¡valor! repuso Bruno; con uno de nosotros

que les acompañe les basta; ¡tira hácia la izquierda, que yo iré á la derecha, y aprieta el paso!

Cada uno de ellos se precipitó en la direccion indicada.

Dos minutos despues les habria sido imposible volver á reunirse.

Hácia aquel mismo momento, Meloir y sus hombres de armas llegaban á Tombelene, cuyo camino habian errado varias veces en medio de la niebla.

Bruno habia adivinado exactamente. Tan luego como Meloir vió que los fugitivos habian abandonado su guarida, lanzó á los lebreles en seguimiento suyo, y abrió la cacería alegremente.

— ¡Por mi santo patrono! dijo, prefiero esto. ¡Vamos á perseguirlos como á las liebres en una llanura!

Pean, Kerbehel, Hercoat, Corsop y Coetaudon, seguidos de los arqueros y de los soldados de á pié, se lanzaron al rastro. Belissan, el montero, abrió la marcha, llevando sujeto de una trailla á su mejor lebrele.

La niebla continuaba siendo muy densa; los hombres de armas, montados en sus corceles, no veian el suelo; pero cada uno de ellos sujetaba la correa de un lebrele y marchaban en línea recta, como si hubiese brillado un sol resplandeciente.

Los perros se pararon á la orilla del rio que pasa entre el Monte San Miguel y Tombelene. Belissan no era hombre que se apuraba por tan poco. Pasó el agua y reconoció las nuevas huellas lo mismo que si solo hubiesen sido las de un ciervo ó un jabalí, y en seguida acarició á su lebrele, diciéndole:

— ¡Anda, Vellecy!

El perro continuó su trabajo con el mayor silencio.

La cacería comenzó otra vez.

Pero muy pronto se presentó un obstáculo de un género nuevo. No nos referimos al trozo recorrido andando de espaldas. Esto acaso hubiera sido bueno para desorientar á hombres, pero

los perros se guian por el olfato; ¡y no racionan los bienaventurados!

Por esta misma razon no cometen errores.

El obstáculo de que se trata era la divergencia de los caminos seguidos, primero por Juanillo, luego por fray Bruno, y finalmente por los demás de la caravana.

Los perros olfatearon un instante, con el hocico al viento, estornudando, gruñendo y aguardando la indicacion buena ó mala que les hace el hombre cuando no les basta su instinto.

Pero en aquella ocasion los hombres estaban en una situacion mas embarazosa todavia que la de los perros.

Todos echaron pié á tierra, se agacharon hácia la arena, y la miraron de cerca. Hicieron cuanto pudieron, pero ningun resultado bueno alcanzaron.

La niebla parecia que se reía de todos sus esfuerzos.

Maese Vicente Gueffes, que iba tambien en la expedicion, fué el primero que se levantó.

Tenia toda la nariz salpicada de arena, tanto era lo que habia acercado al suelo sus ojillos grises y ribeteados.

— Paréceme que se han dividido en tres grupos, dijo, ya sea voluntariamente ó por efecto de la casualidad.

— ¿Qué mas? preguntó Meloir.

— ¿Qué mas, mi buen señor? Se dice que el señor de Estouville ha recibido del rey de Francia la orden de oponerse á toda persecucion armada en el territorio del reino.

— ¿Quién dice eso?

— Personas bien informadas.... El viejo Maurever es muy ladino. Habrá tomado á la izquierda del Monte para hallarse en seguida lo mas cerca posible de la proteccion francesa.

— ¡Eh! gritó Belissan, la parte mas numerosa de la caravana ha tomado á la derecha del Monte San Miguel. ¡Corred, perros corred!

El dictámen de maese Vicente Gueffes podía ser bueno, pero el lebrél de Belissan el montero arrastró á todos los demás, y Gueffes se quedó solo. Se detuvo un instante indeciso.

En los arenales, cuando hay niebla, no es lícito reflexionar.

Cuando maese Vicente Gueffes recordó su situación, y quiso seguir á la tropa de Meloir, ya no era tiempo. Ningun rumor percibía su oído.

Dió una vuelta para orientarse. Segunda imprudencia.

En los arenales, cuando hace niebla, nunca se debe dar una vuelta, á no ser que se lleve en el bolsillo una brújula.

En efecto, se pierde completamente la dirección y es imposible volver á encontrarla.

Allí no hay objeto alguno exterior que pueda servir de guía.

La gente del país que se extravía en medio de la niebla, cuando se halla reducida al último extremo, suele dirigirse algunas veces por la inclinación de las arrugas de arena que deja el reflujo en la playa. Ha observado que estas arrugas están cortadas perpendicularmente por la parte de la tierra, y por el contrario, por la parte del mar conservan una pendiente suave y casi insensible.

Pero además de que esta regla se halla muy lejos de ser general y absoluta, solo hay ciertos sitios de la playa en que la arena es bastante pura para formar aquellas arrugas.

La marea, que casi en todas partes es uno de los elementos de los remolinos de arena movediza, resiste á las olas y conserva su superficie plana.

Maese Gueffes se hallaba precisamente en un sitio en que no había arrugas en la arena.

Se bajó para examinar las huellas, pero estas se mezclaban y confundían á la sazón en todas direcciones, y cada paso formaba un agujero redondo en aquella arena blanda y dispuesta siempre á hundirse.

Maese Gueffes se hallaba precisamente en la posición de un hombre que juega á la gallina ciega.

El valor no era su cualidad dominante.

Tuvo miedo y echó á correr siguiendo á la aventura una de las líneas de pasos que arrancaban del centro en que las dos tropas, primero la de los fugitivos, y luego la de los hombres de armas de Meloir, se habían detenido sucesivamente.

¡Oh! ¡pobre normando! ¡si hubiese sabido lo que le aguardaba al fin del camino, de seguro no habría corrido tanto!

Es cosa probada que la Hada de las playas no gusta de los escépticos.

Es sabido que la Hada de las playas ahoga con placer en algun rincón apartado á quienes no quiere.

Por lo demás, todas las hadas son así, y sobre todo las bretonas.

Ahora bien, la Hada de las playas se desliza por entre la niebla como en medio de las tinieblas de la noche.

El rastro que seguía maese Vicente Gueffes era casualmente el de Juanillo.

Mientras iba caminando se tranquilizaba algun tanto y decía para sí:

— Cien escudos de Nantes y Simoneta, sin mencionar al tunuelo del pescador de mariscos, que esta vez será ahorcado irremisiblemente. El caballero Meloir me ha prometido todo esto. Dejemos que las cosas sigan su curso. Se acerca la hora del almuerzo. Si llego al Monte, me quitaré el gorro y comeré la sopa de los buenos frailes.

Justamente en aquel momento atravesó la niebla un sonido grave y vibrante.

Maese Gueffes lanzó un grito de júbilo.

Era la campana del monasterio: solo distaba ya cien pasos del Monte.

— ¡Dejemos que obren! repuso restregándose las manos lleno de contento. ¡Juanillo ahorcado, Simoneta casada conmigo, y cien escudos de oro!

Una forma vaga é indecisa pasó cerca de él, tan cerca que sintió como el roce de un vestido.

¡Un vestido de mujer! ¡no había lugar á equivocarse! Se puede huir de un hombre cuando se tiene un carácter prudente. ¡Pero de una mujer!.....

Maese Gueffes, que se había tornado valiente de improviso, se precipitó hácia adelante. Podía ser Simoneta, ó la señorita Reina.

¡En todo caso era buena presa!

Al cabo de veinte pasos vió que se disipaba la niebla.

La negra roca de San Miguel estaba delante de él.

Hallábase Gueffes en aquel momento mas allá de las murallas de la ciudad, en un sitio sombrío y salvaje, dominado por los contrafuertes del monasterio.

Al pié de los cimientos, entre las rocas enormes, había una mujer, la misma forma que Gueffes había visto pasar entre la niebla.

¡Buena presa! ¡oh! ¡buena presa! Maese Gueffes conoció el traje de Reina de Maurever.

Y detrás de su velo conoció tambien su larga cabellera rubia, que brillaba al sol.

Avanzó tortuosamente.

En el opuesto lado de las rocas había unos pobres pescadores que estaban secando sus redes. Conocieron á la Hada de las playas por haberla visto con frecuencia deslizarse por la noche, sobre la arena desde que monsieur Hue se hallaba oculto en Tombelene.

Se dijeron unos á otros:

— Hé allí al normando Gueffes que va á atacar á la Hada. Brujo contra duende: ¡veamos la batalla!

La batalla no fué muy larga. Parece que las hadas son mas fuertes que los normandos.

Desde el principio del combate se volvió loco maese Gueffes, porque se le oyó gritar:

— ¡Juanillo! ¡Juanillo! ¡piedad!... ¡compasion!...

¿Qué tenía que hacer en aquello Juanillo, el pescador de mariscos de las Cuatro Salinas?

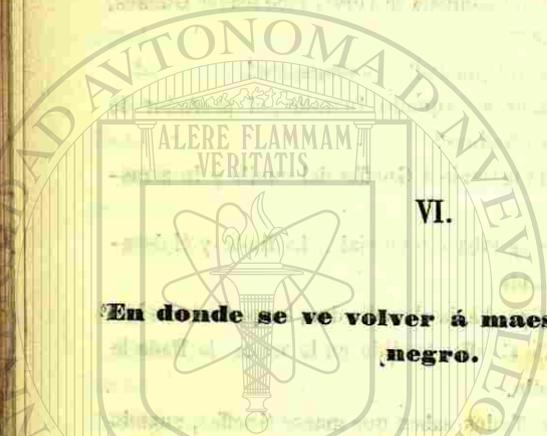
Sin embargo, la Hada cogió á Gueffes del cuello y lo arrastró hácia la niebla.

¡El desgraciado se agitaba y revolvia!... La Hada y él desaparecieron entre la niebla.

Cuando esta se disipó, hácia el medio dia, los pescadores hallaron á maese Vicente Gueffes tendido en la arena: la Hada le había retorcido el cuello.

Se debe desconfiar. Todos saben que maese Gueffes, cuando estaba con los piés junto á las cenizas del hogar y el jarro en la mano, hablaba demasiado á sus anchas del Hada de las playas.

Es preciso desconfiar. Lo mejor es callar; pero si tenéis que hablar de la Hada, decid siempre *la buena Hada*, ó nunca paseis por la playa.....



**En donde se ve volver á maese Loys, galgo negro.**

Apenas hemos tenido tiempo suficiente para derramar una lágrima sobre la suerte desgraciada de Vicente Gueffes el normando. Era charlatan como los de su país; tenía una mandíbula memorable; nunca decía sí ni no; poseía ciertas nociones de filosofía ecléctica, aun cuando no se hubiese inventado todavía esa ciencia alegre.

Era pagano á semejanza de todos los que se precian de ser despreocupados, y aun era algo ladrón.

Al separarnos de él siempre nos gusta arrojar estas flores sobre el sepulcro de un hombre que, adelantándose al progreso, se desprendió tan pronto de las preocupaciones en que se había enfangado su siglo.

Dicho esto, adios, Vicente Gueffes.

Dos ó tres veces se vieron obligados, Meloir y sus hombres de armas, á detenerse en su cacería ante obstáculos exactamente iguales al que antes describimos, y que fué causa de la muerte tan sensible de Vicente Gueffes.

La fugitiva gente, ya fuese con deliberado intento, ó por efecto de la casualidad, se había dividido dos ó tres veces. Según todas las apariencias, los emigrados de la aldea de San Juan y Mr. Hue habían intentado caminar juntos, y algún incidente los había separado.

Se habían perdido entre la niebla y quizás andaban buscándose unos á otros, pero el refrán de *buscar una aguja en un pajar* es harto poco expresivo, para demostrar la locura que sería correr en pos de un hombre en aquellas tinieblas inmensas.

Meloir y su tropa llevaban sus lebreles, y aun así nada encontraban.

Sin embargo, continuaban la cacería, y Meloir ya no podía retroceder.

Meloir había pasado la mitad de su vida batiéndose en debida forma. Era una buena lanza, pero nada más. Los hombres de esta clase llegan de improviso al mal, porque su buena conducta nunca fué resultado de un principio fijo.

Si les ayuda la casualidad, pueden tener la carrera mas honrosa, y permanecer firmes hasta el fin en la buena senda, porque no son esencialmente viciosos ni malvados.

Pero como tampoco son esencialmente buenos, y no tienen mas móvil que el interés humano, se les ve deslizarse y caer tan luego como su pié llega á asentarse en una pendiente fácil. Su engañosa prudencia erige en sistema la casualidad de su caída.

Si el fango les llega ya á la cintura, exclaman:

— ¡Han calumniado al fango! ¡El fango es un buen lecho! ¡Estoy en él por mi expresa voluntad! ¡Viva el fango!

Los perros vuelven atrás cuando ven que han equivocado el camino; los hombres no.

En tiempo de los druidas había en el Armor un loco que ponía una calabaza en la punta de una pica, y se prosternaba ante este emblema augusto, diciendo:

—Esto es el sol.

Los druidas, que no entendían de bromas, invitaron á aquel loco á que volviese á su religion. El loco no quiso.

Los druidas le colocaron sobre una pira de leña y le prendieron fuego.

El loco murió como un héroe, gritando á mas y mejor:

—¡Impostores, podeis dar muerte á mi cuerpo, pero mi calabaza era positivamente el sol!

Meloir miró un día sus cabellos, que iban encaneciendó, y dijo para sí: « Quiero un castillo, una mujer, vasallos, etc. »

Y eligió aquel medio triunfante que explicó á Aubry de Kerariou: el terror.

Al principio solo fué un espantajo; pero en el momento á que hemos llegado, Meloir usaba del medio en toda su extensión. Deeseba con toda su alma dar muerte. Era un perfecto bribon!

¡La lógica es una cosa tan irresistible y bella!

Plantéense las premisas, y el diablo deducirá la consecuencia.

Siendo ya cosa aceptada y convenida que era preciso vengarse de Aubry, hacer que desapareciese el anciano Maurever y apoderarse de Reina á toda costa, urgía el tiempo. Meloir sentía que el terreno político temblaba bajo sus plantas.

Su celo, que entonces le valia el favor del príncipe reinante, podía conducirle al suplicio al día siguiente.

Pero en 1450, lo mismo que en nuestros días, los hombres prácticos conocían todo el mérito de los hechos consumados.

*Lo que se ha hecho, hecho queda*, dice el proverbio odioso.

No debe dudarse en manera alguna que, de cada doce proverbios, los once son detestables.

Meloir pensaba:

—Si me apresuro, todo quedará concluido antes de la muer-

te del duque Francisco. Poseeré á la heredera y la herencia. A caso me enseñarán los dientes, pero no llegarán á mordirme.

Y excitaba á voces á los perros.

—¡Vamos, Rougeot, Tarot, y los demás, buenos perros adiestrados para socorrer á los náufragos, cazad, cazad!

Y los perros corrian como furiosos, y los caballos los seguían, y en pos de estos iban los soldados de á pié.

Los fugitivos no podían librarse ya por mucho tiempo de esta persecucion encarnizada.

Y aun es probable que, á no ser por los retrasos ocasionados por las vacilaciones de los lebreles en los sitios de la playa en que las huellas se dividían bruscamente, algunos rezagados habrían caído muy pronto en poder de los hombres de armas.

Hé aquí lo que habia ocurrido á Mr. Hue de Maurever y á su gente.

Aubry se puso al frente de la caravana cuando reparó en la ausencia de Juanillo. Aubry no conocia en manera alguna el camino de las playas; anduvo en línea recta hácia adelante, lo cual suele ser lo mejor en varias ocasiones.

Al cabo de una hora de marcha se oyó tan claro y distintamente el ruido del mar á corta distancia, que ya no fué posible la duda. Habían equivocado el camino.

A Reina le hacia padecer mucho su herida, y comenzaba á sentir cansancio y desaliento.

Y la niebla no disminuía.

La caravana se hallaba entonces en aquella parte de las playas situada al Noroeste del Monte, y en la que abundan las charcas.

Aubry torció un poco su camino y la línea que seguía se inclinó hácia el Sur. No era ya arena, sino marga desleída lo que los fugitivos tenían bajo sus piés.

Para huir de las charcas, cuyo fondo era de arena movediza,

describían rodeos numerosos. Unos pasaban por la derecha y otros por la izquierda.

De vez en cuando se perdía un hombre ó una mujer.

En una ocasión, Maurever llamó á Reina, y esta no contestó.

Una angustia horrible oprimió el corazón del anciano, y desde aquel momento todo fué confusión entre los fugitivos.

Todos querían buscar á Reina.

Dieron vueltas y perdieron la dirección. Luego los grupos se separaron unos de otros. Entonces hubo ya imposibilidad absoluta de volver á reunirse.

Hue de Maurever caminaba con su viejo vasallo Simon le Priol, quien llevaba de la mano á su mujer.

Francisca lloraba á lágrima viva, la pobre mujer, porque sus dos hijos Julian y Simoneta no estaban allí para contestar á su voz.

Aubry iba solo, loco de dolor, corriendo en medio de aquella noche clara, sin objeto, sin dirección, casi sin esperanza.

Las muchachas y los mozos de San Juan vagaban por allí á la aventura.

A la sazón, todos aquellos grupos diferentes se cruzaban en medio de la niebla sin verse. Todos iban á la desbandada, y no por eso era más fácil la empresa de los hombres de armas de Meloir, pues aquella multitud dispersa solo servía para desorientar á los cazadores.

Hacia un cuarto de hora que Aubry se había separado de sus compañeros, cuando creyó oír un ruido leve detrás de sí.

Se detuvo y aplicó su oído á la arena.

Su corazón latía con fuerza; pero cuando volvió á levantarse, había desaparecido el rayo de esperanza que antes brillaba en su frente.

Aquel ruido que oía, solo era el de los pasos de los caballos de Meloir.

Aubry examinó hácia qué lado emprendería la fuga, porque su primera necesidad era vivir para proteger á Reina.

Los pasos se acercaban.

Aubry distinguía la voz de los hombres de armas.

— ¡Hola! decía Pean, ¿qué tiene este bribón de Ardois? . . ¡va á romper su trailla!

— ¡Y Rougeot! replicaba Coetaudon. Paréceme, Belissan, que vuestros perros se tornan rabiosos.

— ¡Silencio! dijo el montero, ¿no veis que encuentran rastro?.... Me cuesta trabajo sujetar á este perrazo que compré en el camino. ¡Bien, Reinot! ¡bien, picaro!.... ¿Está ahí el caballero Meloir?

— ¡Señor Meloir! dijeron varias voces llamando discretamente.

El señor Meloir estaba en otra parte, porque no contestó.

— ¡Qué lástima que no esté ahí! volvió á decir Belissan, porque estoy seguro de que vamos á levantar caza.... ¡Bien, Reinot! ¡bien, picaro!....

— ¡Calle, calle! gritó Corson el heraldo, me arrastra Pivois en pos de sí. ¡Quieto Pivois, quieto, vive el cielo! ¡Bueno! la correa se ha roto en mi mano, y sabe Dios dónde estará el perro á estas horas.

Pivois se había precipitado hácia adelante lanzando ese ladrido breve y quejumbroso de los galgos de raza pura, que se parece al grito inarticulado de un sordo mudo.

Los demás perros se agitaron enfurecidos.

Dos ó tres lograron romper sucesivamente sus traillas, y emprendieron la carrera en seguimiento de Pivois.

Pivois era un animal noble y hermoso, criado en la heroica perrera de Rieux: tenía el pelo gris oscuro, el hocico puntiagudo como un puñal, el cuerpo musculoso y las uñas afiladas.

En tres saltos estuvo junto á Aubry.

Este se hallaba sobre una especie de monton de arena ó emi-  
nencia de pendiente sensible. Allí era la niebla menos densa y  
opaca que en el resto de la playa. Se distinguía perfectamente el  
suelo, y aun se veía á la distancia de tres piés en circunferencia.

En el centro del monton de arena habia un poste húmedo y  
viscoso, cubierto de musgo marino, y que en la marea alta in-  
dicaba los bajíos á las barquillas de los pescadores del Monte.

Aubry se habia arrimado de espaldas al poste.

Tenia en la mano su espada desenvainada.

Desde el momento en que oyó la conversacion de los hom-  
bres de armas, y sintió, en cierto modo, el hábito de los perros  
que le olfateaban, tuvo que renunciar á toda idea de fuga.

Solo un recurso le quedaba: el combate.

Verdad es que el combate se presentaba muy desigual; pero  
Aubry tenia fe en su fuerza, y aquellos soldados de los antiguos  
tiempos, aunque fuesen uno contra diez, nunca perdian la es-  
peranza de la victoria.

Mientras sus dedos de acero sujetaban la cruz de una espa-  
da, daban sendos tajos y mandobles.

En aquella lucha habia una cosa mas terrible que los hom-  
bres: eran los perros. Pero Aubry conocia el error de los hom-  
bres de armas, quienes sujetaban la trailla de cada perro, en vez  
de soltar toda la jauria de una vez.

Decía para sí:

— ¡Ah! si tan siquiera tuviese conmigo á maese Loys, ¡santo  
Dios! seria una buena lucha. Diez perros para maese Loys, diez  
hombres para mí: es nuestra medida....

— Pero, ¡ay de mí! añadió suspirando, ¡pobre maese Loys!...  
¿dónde estará?

Una masa sombría surgió de enmedio de la niebla. Aubry  
sintió un aliento de fuego y de su hombro saltó la sangre bajo  
la zarpa de Pivois.

Pero Pivois cayó con el vientre abierto de una estocada corta  
y recogida que le asestó Aubry.

— ¡ Hermoso animal! murmuró este; ¡ lástima es haberle da-  
do muerte!

Ardois, lanzado como una flecha, pasó por encima del cuer-  
po de Pivois. Aubry le partió la cabeza de un tajo.

Rugeot, magnifico animal de pelo oscuro y ojos ardientes  
como carbunclos, rodó sobre sus dos compañeros muertos. Te-  
nia el cuello casi partido.

— ¡ Iia de Dios! murmuraba Aubry que se iba enardeciendo  
en la pelea, ¿ no llegarán al fin los hombres?.....

Los hombres llegaban ya.

Se oía clara y distintamente el sordo paso de los caballos.

Aubry vió la sombra de un jinete que pasaba por su izquier-  
da sin verle.

En el momento en que abria la boca para llamarle, porque  
estaba excitado y tenia prisa de sentir una espada rechinando  
con la suya, otro lebrél salió de entre la niebla y se precipitó  
sobre él.

Este era enorme, negro de piés á cabeza, tan hermoso como  
pintan á los perros fabulosos que lleva la Diana cazadora en su  
carrera eterna.

Era el Aquiles de los perros.

Saltó materialmente por encima del hombro de Aubry, cayó  
al lado opuesto, volvió á saltar antes de que Aubry tuviese tiem-  
po para hacerle frente y le cogió de la garganta.

Pero no ya para ahogarle, ¡ oh, no! sino para acariciarle  
con dulzura y cariño, como el faldero favorito va á mezclar sus  
largas y sedosas lanas con la espléndida cabellera de la hermosa  
castellana.

Era Loys, maese Loys, el noble, el valiente, el intrépido,  
el Aquiles de los perros como hemos dicho.

El era el perro que Belissan habia comprado por casualidad en Dinan, para sustituir al pobre Ravot que murió reventado.

Aubry le besó en el hocico como á un niño, como á un amigo.... Aubry tenia una lágrima en los párpados...

—¡ Santo Dios! exclamó ya sin contenersé, ¡ gracias! ¡ Animo, Loys!

Luego, dando á su voz una entonacion fuerte que la hizo resonar como un clarín en medio de la niebla, añadió:

—¡ A mí, malandrines! ¡ á mí, traidores malditos! ¡ Meloir, Pean, Coetaudon, Corson y otros si los hay! ¡ venid, venid, venid!

Un clamor, lejano ya, contestó á este llamamiento.

Habian pasado ya de donde estaba Aubry sin verle, y este hubiera podido evitar la lucha.

Pero no era esto lo que él queria.

¿ Quién sabe si, mientras peleaba, tendria Reina tiempo suficiente para salvarse?

Con sólo ganar algunos minutos se conseguiria quizás la salvacion.

Y luego, con maese Loys á su lado creia seguro el vencer.

Los pasos de los caballos se acercaban; Loys se puso al lado de su amo, con las patas recogidas y firmes y el hocico en la arena.

El nombre de Reina vagó una vez mas por los labios de Aubry y en seguida empuñó su buena espada.

—¡ Firme, Loys! dijo.

De improviso se oyó un gran choque de aceros. La arena se enrojeció en torno del carcomido poste cubierto de musgo.

Los perros de Rieux aullaron.

Los hombres de armas blasfemaron.

—¡ Firme, Loys, firme Loys! ¡ nuestros son!

## VII.

## El tubo milagroso.

Era aquel un combate singular.

Preciso es decir que Aubry á pié tenia toda la ventaja de su parte, peleando contra los hombres de armas á caballo.

Jóven y ágil, se servia de la niebla como de una máquina de guerra.

Habiase bajado del monton de arena, en el que la niebla era harto clara, y los hombres de armas le siguieron á la parte llana de la playa, á las arenas blandas y movedizas, en donde las patas de sus cabalgaduras se hundian á cada paso.

Aubry era para ellos como un fantasma que aparecia de improviso y desaparecia del mismo modo, para volver á aparecer muy luego.

Pero la espada de Aubry no era una sombra, sino que daba buenos tajos y mandobles. Pean lo sabia, y tambien Corson y Kerbehel, porque los tres tenian ya heridas profundas.

El pobre Corson murmuraba:

—El búfalo de mi jubon se ha convertido en gules.

El era el perro que Belissan habia comprado por casualidad en Dinan, para sustituir al pobre Ravot que murió reventado.

Aubry le besó en el hocico como á un niño, como á un amigo.... Aubry tenia una lágrima en los párpados...

—¡ Santo Dios! exclamó ya sin contenersé, ¡ gracias! ¡ Animo, Loys!

Luego, dando á su voz una entonacion fuerte que la hizo resonar como un clarín en medio de la niebla, añadió:

—¡ A mí, malandrines! ¡ á mí, traidores malditos! ¡ Meloir, Pean, Coetaudon, Corson y otros si los hay! ¡ venid, venid, venid!

Un clamor, lejano ya, contestó á este llamamiento.

Habian pasado ya de donde estaba Aubry sin verle, y este hubiera podido evitar la lucha.

Pero no era esto lo que él queria.

¿ Quién sabe si, mientras peleaba, tendria Reina tiempo suficiente para salvarse?

Con sólo ganar algunos minutos se conseguiria quizás la salvacion.

Y luego, con maese Loys á su lado creia seguro el vencer.

Los pasos de los caballos se acercaban; Loys se puso al lado de su amo, con las patas recogidas y firmes y el hocico en la arena.

El nombre de Reina vagó una vez mas por los labios de Aubry y en seguida empuñó su buena espada.

—¡ Firme, Loys! dijo.

De improviso se oyó un gran choque de aceros. La arena se enrojeció en torno del carcomido poste cubierto de musgo.

Los perros de Rieux aullaron.

Los hombres de armas blasfemaron.

—¡ Firme, Loys, firme Loys! ¡ nuestros son!

## VII.

## El tubo milagroso.

Era aquel un combate singular.

Preciso es decir que Aubry á pié tenia toda la ventaja de su parte, peleando contra los hombres de armas á caballo.

Jóven y ágil, se servia de la niebla como de una máquina de guerra.

Habiase bajado del monton de arena, en el que la niebla era harto clara, y los hombres de armas le siguieron á la parte llana de la playa, á las arenas blandas y movedizas, en donde las patas de sus cabalgaduras se hundian á cada paso.

Aubry era para ellos como un fantasma que aparecia de improviso y desaparecia del mismo modo, para volver á aparecer muy luego.

Pero la espada de Aubry no era una sombra, sino que daba buenos tajos y mandobles. Pean lo sabia, y tambien Corson y Kerbehel, porque los tres tenian ya heridas profundas.

El pobre Corson murmuraba:

—El búfalo de mi jubon se ha convertido en gules.

—¡La espada enarbolada, Corson! le dijo Kerbehel, ó bien podrán blasonar el sitio en que nos hallamos «de sable con cuerpo de heraldo partido en pal.....»

—Acompañado de cuatro malandrines de lo mismo! añadió Corson completando la frase con tono lastimero.

Kerbehel quiso contestar, pero Loys, que habia concluido con Nantois, Leopardo, Tarot y los demás, se precipitó sobre él con las fauces teñidas en sangre y le maltrató cruelmente.

Al propio tiempo caía Pean con la garganta atravesada por la espada de Aubry.

—¡Firme, Loys! ¡firme, Loys! ¡nuestros son!

—¡Ese hombre es el diablo! exclamó Coetaudon, quien daba terribles lanzazos en el vacío.

—¡No por cierto! ¡el perro sí que es el diablo! dijo Kerbehel balbuceando, y casi arrancado de la silla por los esfuerzos y ataques de maese Loys.

—¡Oh, compañeros! dijo Corson con plañidero acento, ¡para nosotros no hay aquí honra ni provecho! ¡No es á este á quien buscamos, sino al viejo Maurever! Corramos en busca suya..... ¡A él! y dejemos á ese jabato que nos está entreteniéndolo.

El dictámen era bueno.

—¡A él! ¡á él! gritó Kerbehel, gozoso por haber encontrado aquel recurso para efectuar la retirada.

—¡A él! ¡á él!

Y las espuelas se clavaron en los ijares de los caballos. En aquel tiempo, en ocasiones dadas, las palabras tomaban ya significaciones hábilmente calculadas y disimuladas.

«¡A él!» queria decir entonces: ¡sálvese quien pueda!

Pero se conservaba la gloria.

Maese Loys dió todavía una carga; Aubry se precipitó por

vez postrera en medio de la niebla, y luego ambos se tendieron fraternalmente al lado uno de otro, jadeantes, abrumados de cansancio, ¡pero vencedores!

Eran las nueve de la mañana. El sol iba adquiriendo fuerza y disipaba lentamente la niebla.

Un viento leve soplabá de la parte del mar, anunciando la subida de la marea.

Acercábase el momento en que aquella cortina inmensa que ocultaba las playas iba á desgarrarse por completo, ya fuese que se desvaneciera súbitamente con la rapidez de un cambio de decoracion á telon corrido en nuestros teatros modernos, ó que hubiese de aclararse por grados, haciendo que su gasa fuese cada vez mas trasparente, descubriendo los objetos uno por uno, y luchando hasta el último momento con la luz del día, que al fin habia de quedar victoriosa.

Los diferentes grupos desparramados por los arenales de seguro iban á buscarse, á verse, y á pelear unos contra otros.

En las rocas, que hay junto al Monte San Miguel por la parte de Bretaña, se hallaba formada en buen orden una tropa de hombres de armas.

Detrás de estos habia un caballero mesnadero que llevaba en su coraza el escudo verado y contraverado de oro y de sable de los señores de Ligneville en Contentin.

Tanto él como su reducido batallon permanecian inmóviles, como si hubiesen recibido el encargo de custodiar el Monte y defenderle contra un ataque próximo.

Hácia la misma hora, Corson, Coetaudon y los demás que habian logrado reunir una docena de soldados, seguian las hue- de Mr. Hue de Maurever.

Detrás de la tropa estacionada en las rocas, el estandarte de San Miguel estaba hincado en tierra, por cima de la bandera de Francia.

Una bocanada de viento disipó la niebla que aun envolvía la base de la roca.

Se vió en la playa á un anciano rodeado de algunas mujeres y labriegos. Casi en el mismo instante se distinguió tambien á los hombres de armas de Meloir.

—¡Adelante! dijo el señor de Ligneville.

La bandera de Francia ondeó al viento mostrando sus largos pliegues plateados.

La tropa bajó á la playa y se situó entre los fugitivos y los hombres de armas.

—¿Qué venis á buscar en los dominios del rey? preguntó Mr. de Ligneville.

—Venimos, por la voluntad de nuestro señor el duque, contestó Corson, á buscar á Mr. Hue de Maurever, reo de alta traicion.

—¿Y traeis licencia para pasar la frontera?

—¡Vive Dios! Mr. de Ligneville, replicó Corson, cuando nuestro señor Francisco salvó á vuestro soberano de las garras de los ingleses, pasó la frontera sin licencia.

Ligneville hizo un ademan y sus soldados se formaron en órden de batalla.

Hue de Maurever pasó por entre las filas y dijo:

—Caballero, si esos hombres quieren retroceder contentándose con mi persona y dejando libres á todos los pobres aldeanos de mis antiguas posesiones, estoy dispuesto á rendirme.

—Entonces pasad el rio de Couesnon, caballero, replicó Ligneville; en el territorio del rey á nadie es licito rendirse mas que al rey.

Kerbehel, Corson y Coetaudon consultaban entre sí. Al cabo dijeron:

—Nuestro jefe es el caballero Meloir.

—He oido hablar de ese caballero Meloir, contestó Mr. de

Ligneville; rogadle, por la honra de la caballeria, que huya de ponerse al alcance de mi lanza ..... porque el señor abad del Monte San Miguel me ha dado la órden de ahorcarle.

La frente del anciano Maurever se tiñó de rubor.

—¡Por mi Dios! caballero, exclamó, ¡el duque Francisco le ha armado caballero! Os pido satisfaccion de lo que es un insulto para todo el ducado de Bretaña!

—¡Vamos! decian los soldados del monasterio conversando entre sí y riendo, ahora el anciano caballero va á ponerse de parte de sus asesinos y contra nosotros.

Pero Ligneville habia tomado la mano de Maurever y la estrechaba con respeto.

—Si mis palabras os han ofendido, mi señor y digno amigo, dijo, las retracto de todo corazon. Pero no os dejaré, añadió sonriendo, que os porteis con heroismo con tales bribones. Seria echar perlas á los animales cuyo nombre sabeis. Mr. Hue de Maurever, sois prisionero del rey.

Antes de que el anciano pudiese contestar le habian cogido y conducido á retaguardia de las filas.

—¡Holal ¡canalla! exclamó Ligneville con rudeza, ahora, ¡fuera de aquí, y pronto!

Dirigiase á los hombres de armas de Meloir.

Estos podian ser, en efecto, hombres de conciencia ancha y poco delicados para la eleccion del servicio que habian de prestar, pero al fin eran bretones.

Aun no habia concluido Ligneville de hablar, cuando el dardo de una ballesta hacia sonar el acero de su casco. Los bretones avanzaron resueltamente hasta que fueron muertos ó cogidos.

Mr. Hue habia preguntado á los soldados del monasterio si sabian que algunos fugitivos hubiesen llegado ya al Monte. Las respuestas de los soldados le tranquilizaron algun tanto respecto

de la suerte de su hija, quien debia hallarse en aquel momento en el recinto de las murallas con Aubry y los hijos de Simon le Priol.

Subieron por la rampa.

Entretanto, Aubry y Juanillo, que eran los primeros que habian llegado al monasterio, aguardaban llenos de ansiedad.

Esperaban que Reina y Simoneta estarian con aquella parte de la caravana.

¡Ay Dios! el pobre Bruno estaba muy de capa caída.

Habia vuelto al redil, poniéndose á disposicion del hermano penitenciario, y ambos hablaron muy seriamente de disciplina.

Fray Bruno tenia el brazo roto, lo cual retrasaba la ejecucion.

—Fray Eustaquio, decia al penitenciario, esto me recuerda la historia de Jacobo Malatesta, de Cosson, cerca de Rennes. Estaba muy enfermo cuando le sentenciaron á ser ahorcado. Le hicieron tomar buenos remedios, le curaron, y despues le ahorcaron.

Afortunadamente para Bruno, la influencia del duque de Bretaña valia muy poco en aquel momento, y el auxilio que habia prestado á Mr. Hue de Maurever se le contó en cierto modo como obra pía.

No le encerraron en un calabozo hasta ver.

Pero, ¡qué diferencia, Dios mio, entre Bruno manejando á Josefina, su linda maza, y Bruno amenazado de disciplina!

Pero no por eso se vaya á creer que estaba amilanado en demasia. Si le hubiesen dicho: « Bruno, fray Bruno, renunciad á referir historias y no sufrireis la disciplina, » hubiera contestado que no redondamente.

Y aun esto le hubiera hecho recordar alguna buena aventura que hubiera contado en el acto con toda la prolijidad posible.

El fué quien antes vió á Mr. Hue subiendo por la cuesta.

Corrió á avisar á Aubry, quien se precipitó al encuentro del anciano.

—¡Reina! exclamaron á un tiempo Mr. Hue y Aubry.

—¿No está en el monasterio? preguntó el anciano caballero.

—¿No la traeis? preguntó Aubry á su vez.

Fué aquel un momento de cruel angustia.

Juanillo, el venturoso Juanillo tenia á Simoneta entre sus brazos; pero cuando oyó que faltaba la señorita Reina, soltó á su amada y dijo:

—¡Voy corriendo á la playa... la marea sube... y es preciso apresurarse!

Maurever y Aubry se estremecieron.

Estas palabras « la marea sube, » les oprimian el corazon.

Aubry estrechó la mano de Juanillo, y dijo:

—¡Ven conmigo!

Pero en vez de bajar á la playa, subió presuroso por la cuesta, y se precipitó á la escalera que conducia á la sala de guardias. Juanillo y Bruno le seguian.

Desde la sala de guardias á la plataforma hay muchos escalones. Aubry llegó á esta en breves instantes. Juanillo no se habia separado de él; pero fray Bruno aun iba dando resoplidos por la escalera.

—¡Uf!... decia, ¡uf! Esto me recuerda la historia de maese Miolaine, el guantero, quien apostó á que subiria al campanario de Coutances mientras Perrin Laugerier, su compadre, se bebiese una pinta de vino de Anjou.... ¡uf!

Cuando llegó á la plataforma, Aubry y Juanillo devoraban ya el espacio con la vista.

Habíase disipado la niebla por completo, y la mirada dominaba la inmensidad de los arenales. Al noroeste se veia la línea azulada del mar que iba subiendo; pero en la playa nada.

Nada mas que un punto oscuro y apenas perceptible, que se observaba al opuesto lado del Couesnon, á la altura de la aldea de San Jorge.

Aubry se lo señaló á Juanillo con el dedo.

—Está demasiado léjos, dijo el pescador de mariscos; no se puede saber.

En seguida añadió:

—Dentro de diez minutos cubrirá el mar aquel punto negro.

Aubry tenia en la frente algunas gotas de sudor frio.

—El señor Juan Connault, el prior de los monjes, que es un gran físico, murmuró fray Bruno, tiene cerca de aquí, en el campanario, un tubo de madera con algunos cristales. Una vez apliqué el ojo á ese tubo y vi..... ¿seria mágia? exclamó interrumpiéndose y santiguándose; vi á las mujeres de Cancale con sus cófiás y sus gargantillas, como si de pronto se hubiese adelantado Cancale hácia mí.

—¡Este buen hombre está soñando! exclamó Aubry, quien pateaba de impaciencia.

Bruno se precipitó hácia el campanario, y un momento despues bajó con una especie de palo hueco, formado de anillos cilindricos que encajaban y se metian unos dentro de otros.

Aubry aplicó su ojo á la aventura á uno de sus extremos.

Vió clara y distintamente las vacas que estaban pastando en el monte de Dol.

Un grito de estupor se ahogó en su pecho.

El tubo fué dirigido hácia el punto oscuro que se destacaba sobre la brillante arena.

Esta vez Aubry dejó caer el tubo y se sujetó el pecho con ambas manos.

—¡Reina! ¡Reina!..... dijo, ¡Julian y Meloir!.....

Y á riesgo de romperse el cráneo, se tiró por la escalera de la plataforma

Los que le vieron pasar por el refectorio y cruzar por la sala de guardias á toda carrera, creyeron que estaba loco.

El caballo del señor de Ligneville estaba atado al pié de la cuesta.

Aubry montó en él de un salto, sin decir una palabra, y le clavó las espuelas.

Muy luego pudieron verle corriendo á escape tendido por la playa. Llevaba en la mano la lanza de Ligneville. Delante de él saltaba un galgo negro, enorme.

Y corrian, corrian..... de tal modo que aquello era un torbellino.

Juanillo había dicho:

—Dentro de diez minutos cubrirá el mar aquel punto negro.

Y aquel punto negro era Reina.

Las espuelas del caballero iban teñidas en sangre, y corria, corria.....

¡Reina y Meloir!.....

Porque, en cuanto á Julian, con el auxilio del tubo había visto Aubry á la espada de Meloir sepultarse en sus carnes. ¡Pobre Julian!

—¡Adelante, adelante! Firme, maese Loys.

En la plataforma había á la sazón una multitud numerosa que rodeaba á Mr. Hue de Maurever, quien estaba arrodillado sobre la piedra y alzaba al cielo sus manos temblorosas.

Seguian con la vista la carrera de Aubry.

¿Llegaria á tiempo?

Juanillo decia para sí:

—¿Por qué permanecen inmóviles el caballero y la señorita, estando tan cerca del mar que va subiendo?

Cogió el tubo á su vez y se tornó tan pálido como un cadáver.

—¡Están cogidos en un remolino de arena movediza!... di-

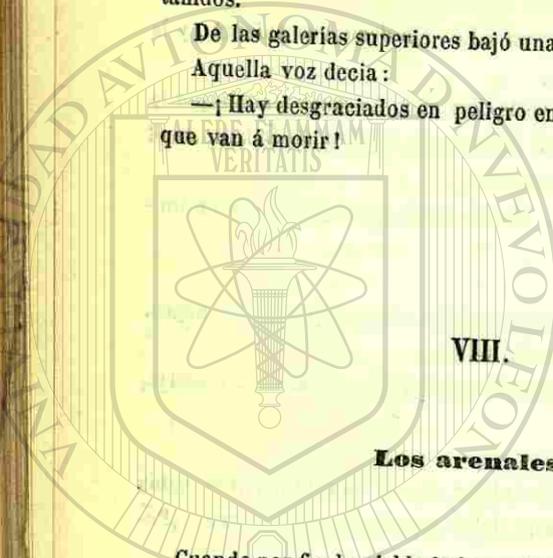
jo balbuceando; al caballero le llega la arena á la cintura..... y la señorita Reina se hunde..... se hunde.....

La campana del monasterio lanzó al viento sus melancólicos tañidos.

De las galerías superiores bajó una voz.

Aquella voz decía:

—¡Hay desgraciados en peligro en la playa! ¡Orad por los que van á morir!



## VIII.

## Los arenales.

Cuando por fin la niebla hubo cedido el puesto á los brillantes rayos del sol de junio, el caballero Meloir se encontró solo en las inmediaciones del río de Couesnon, á dos leguas, por lo menos, de la tierra firme.

El caballero Meloir ignoraba qué se había hecho su escolta.

Estaba de un humor terrible.

Una cosa, así como un remordimiento, se agitaba en el fondo de su conciencia, porque nada llama tanto al remordimiento como el mal éxito de una empresa.

Ahora bien, el caballero Meloir era un hombre harto prudente para no reconocer que había frustrado vergonzosamente su empresa.

El sitio y la cacería habían tenido igual resultado.

—¡Ira de Dios! como decía el buen Meloir, ¡condenar uno su alma cuando se hace á buen precio, pase! ¡Pero entregarse gratis á Satanás, qué locura! ¡Cómo se reirá ese maestro del mal!

A la verdad, en aquel momento de cansancio y de derrota se desvanecía su filosofía, y no estaba Meloir muy léjos de confesar su falta y decir el *Mea culpa*.

Y esto con tanto mas motivo, cuanto que pensaba en el porvenir, en donde veía imágenes aterradoras.

Había errado el golpe, y su crimen seria castigado.

Meloir decía todo esto en el tono de Orestes, dando gracia á los dioses.

¡Ay Dios! ¡ay Dios! no todo es de color de rosa en la vida de un buen hombre que desea para sus últimos años la tranquilidad, uno ó dos castillos, jaurías, y una mujer á su gusto; en fin, el *aurea mediocritas*!.... y que se ha desviado un poco de la línea recta para alcanzar tan grato resultado.

De pronto distinguió en el opuesto lado del Couesnon á dos labriegos que iban caminando. Se había apresurado en demasía á perder las esperanzas.

En efecto, uno de aquellos campesinos llevaba una ballesta al hombro, y el otro vestía un traje que despertó algunos recuerdos vagos en la mente del caballero Meloir.

Una piel de carnero atada en forma de bandolera y que parecía haber prestado largos servicios.

Meloir se acordó de aquel guía jóven de larga cabellera á quien había interrogado inútilmente algunos dias antes, y al que maese Vicente Gueffes tenía tanto empeño en hacer aborrecer.

El pobre niño caminaba dificultosamente. Parecía que le abrumaba el cansancio.

Su compañero y él eran indudablemente fugitivos de la aldea de San Juan de las Playas. Meloir imaginó que podrían darle algunas noticias, y les mandó que se parasen.

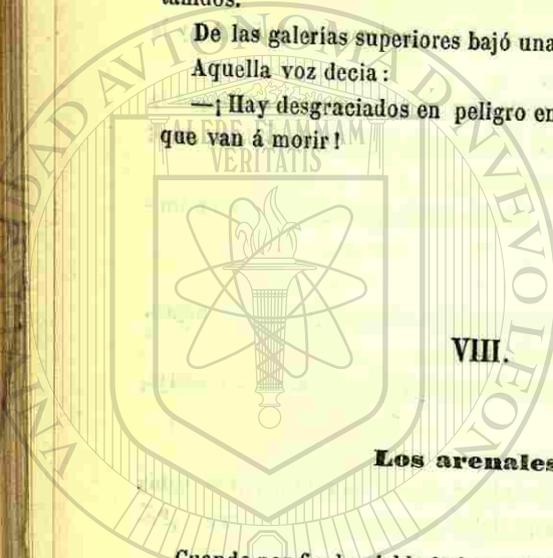
jo balbuceando; al caballero le llega la arena á la cintura..... y la señorita Reina se hunde..... se hunde.....

La campana del monasterio lanzó al viento sus melancólicos tañidos.

De las galerías superiores bajó una voz.

Aquella voz decía:

— ¡Hay desgraciados en peligro en la playa! ¡Orad por los que van á morir!



## VIII.

## Los arenales.

Cuando por fin la niebla hubo cedido el puesto á los brillantes rayos del sol de junio, el caballero Meloir se encontró solo en las inmediaciones del río de Couesnon, á dos leguas, por lo menos, de la tierra firme.

El caballero Meloir ignoraba qué se había hecho su escolta.

Estaba de un humor terrible.

Una cosa, así como un remordimiento, se agitaba en el fondo de su conciencia, porque nada llama tanto al remordimiento como el mal éxito de una empresa.

Ahora bien, el caballero Meloir era un hombre harto prudente para no reconocer que había frustrado vergonzosamente su empresa.

El sitio y la cacería habían tenido igual resultado.

— ¡Ira de Dios! como decía el buen Meloir, ¡condenar uno su alma cuando se hace á buen precio, pase! ¡Pero entregarse gratis á Satanás, qué locura! ¡Cómo se reirá ese maestro del mal!

A la verdad, en aquel momento de cansancio y de derrota se desvanecía su filosofía, y no estaba Meloir muy léjos de confesar su falta y decir el *Mea culpa*.

Y esto con tanto mas motivo, cuanto que pensaba en el porvenir, en donde veía imágenes aterradoras.

Había errado el golpe, y su crimen seria castigado.

Meloir decía todo esto en el tono de Orestes, dando gracia á los dioses.

¡Ay Dios! ¡ay Dios! no todo es de color de rosa en la vida de un buen hombre que desea para sus últimos años la tranquilidad, uno ó dos castillos, jaurías, y una mujer á su gusto; en fin, el *aurea mediocritas*!.... y que se ha desviado un poco de la línea recta para alcanzar tan grato resultado.

De pronto distinguió en el opuesto lado del Couesnon á dos labriegos que iban caminando. Se había apresurado en demasía á perder las esperanzas.

En efecto, uno de aquellos campesinos llevaba una ballesta al hombro, y el otro vestía un traje que despertó algunos recuerdos vagos en la mente del caballero Meloir.

Una piel de carnero atada en forma de bandolera y que parecía haber prestado largos servicios.

Meloir se acordó de aquel guía joven de larga cabellera á quien había interrogado inútilmente algunos días antes, y al que maese Vicente Gueffes tenía tanto empeño en hacer aborrecer.

El pobre niño caminaba dificultosamente. Parecía que le abrumaba el cansancio.

Su compañero y él eran indudablemente fugitivos de la aldea de San Juan de las Playas. Meloir imaginó que podrían darle algunas noticias, y les mandó que se parasen.

El muchacho de la piel de carnero y el labriego que llevaba la ballesta no se cuidaban de obedecer, y por el contrario apresuraron el paso.

Meloir escogió un sitio en que el Couesnon corria sobre la arena con poca profundidad, sin orillas y casi á flor de tierra.

Estos pasos son los vados mas seguros.

Meloir lanzó por allí su caballo.

Entonces pareció que el muchacho y su compañero se consultaban mutuamente. El primero hizo un ademán de desesperado desaliento, y ambos se detuvieron.

El labriego armó su ballesta y se puso delante del muchacho.

—¿Qué diablos quiere decir esto? murmuró Meloir.

En seguida añadió en alta voz:

— Buenas gentes, no os haré daño alguno.

Un dardo de acero fué á herir la frente del caballo, que se levantó de manos y cayó muerto.

— ¡Ahora, huyamos! exclamó Julian le Priol, el de la ballesta; sus armas le estorban, y no podrá alcanzarnos.

¡Oh! de seguro que Reina de Maurever, la que iba vestida con la piel de carnero, la misma que en otro tiempo habia frustrado durante largo espacio la persecucion de Juanillo, se habria escapado, sin gran trabajo, del caballero Meloir.

Pero padecía mucho á consecuencia de su herida, y estaba abrumada por el cansancio.

Trató de seguir á Julian; mas no pudo y cayó desplomada en la arena.

— ¡Ira de Dios! exclamó Meloir exasperado; ¿así te portas, picaro villano? ¡Diez bribones como tú no bastarian para pagar el valor de mi buen caballo!.... ¡Aguarda!

Tomó carrera y llegó junto á Julian con la espada levantada.

En aquel momento fué cuando Aubry de Kergariou aplicó

el ojo al telescopio elemental fabricado por mosen Juan Connault prior de los monjes, y aficionado á la fisica.

Julian aguardó al caballero á pié firme, y le hirió con un segundo disparo de ballesta.

Pero solo tenia su corto cuchillo de monte para defenderse y parar los golpes de la larga espada de Meloir. Al primer choque fué derribado al suelo.

— ¡Adios, señorita Reina!.... dijo al morir; Dios os proteja... ¡he hecho cuanto he podido!....

— ¡Reina! exclamó Meloir, quien no acertaba á creer lo que estaba oyendo.

Miró al supuesto mancebo, y conoció, en efecto, á la hija de Maurever.

— ¡Oh! ¡oh! dijo, ¡hé ahí porqué ese villano pretendia oponer resistencia á un caballero!

— Señorita, añadió inclinándose cortesmente, ¡no habeis hecho mas que cambiar de servidor!

En aquel momento entraba Aubry en la playa, montado en el caballo del señor de Ligneville.

Maese Loys volaba, rozando la arena con su vientre.

Hácia al Noroeste, la linea azul adelantaba tambien corriendo. ¡El mar galopaba!

El Caballero Meloir se habia acercado á Reina, y procuraba levantarla. Aunque no conocía exactamente los peligros de aquellas playas, no podia menos de ver y oír el mar.

Reina estaba casi desmayada.

El caballero, en los esfuerzos que hizo para levantarla, no reparó al pronto en que la arena cedía y se hundía bajo sus piés.

Iba pesadamente armado.

Cuando lo observó, la arena húmeda le llegaba á las rodillas.

Soltó á Reina y quiso desembarazarse.

Como sucede siempre, ó casi siempre, sus esfuerzos solo sirvieron para profundizar mas y mas el agujero que iba á ser su sepulcro.

Vió que la arena le llegaba mas arriba de las rodillas, y su semblante se puso livido.

—¡Habré de morir aquí! dijo manifestando su pensamiento en alta voz.

Reina le oyó.

Se incorporó como galvanizada.

Echada en el suelo como estaba antes, y ocupando por lo tanto una superficie mas extensa, apenas habia hecho hoyo en la arena.

Para levantarse y huir, no tenia que hacer sino un esfuerzo leve, porque sus piés no se hallaban aprisionados, como los del caballero, en la arena movediza, pesada y blanda.

La esperanza renació mas fuerte que nunca en su corazón.

El pensamiento de Aubry, que poco antes le llenaba de desconsuelo, fué á darle nuevas fuerzas.

Fijó una mirada en Meloir, quien iba hundiéndose por grados.

— No puedo salvarle, murmuró.

Y su blanca mano se apoyó en la arena para ayudar el movimiento de su cuerpo.

Pero otra mano de hierro sujetó la suya con fuerza.

Meloir tenia en los labios una sonrisa fúnebre.

— Este es nuestro lecho nupcial, Reina de Maurever, dijo.

¡ Habia jurado que seriais mi esposa!

Reina lanzó un grito de horror.

En aquel momento fué cuando, desde lo alto de las galerías

superiores, bajó una voz á la plataforma del monasterio y dijo:

—¡ Orad por los que van á morir!

Todos los que se hallaban en la plataforma se habian arrodillado.

La campana lanzó al viento un toque fúnebre.

El anciano Maurever, mas pálido que un cadáver, pero con los ojos enjutos y el acento firme, contestaba á la oracion que los frailes recitaban en alta voz.

Juanillo, Simoneta, su padre y otros vasallos de Maurever lloraban silenciosamente.

Al Noroeste, la gran línea azul adelantaba, brillante, bajo los rayos del sol.

El caballo de Aubry devoraba el espacio, precedido siempre por maese Loys, el gran lebel negro.

¿ Quién llegaría antes? ¿ el mar ó el caballero? ¿ la muerte ó la vida?

Reina no habia lanzado mas que un grito.

Luego, su hermosa cabeza rubia se echó hácia atrás, mientras sus grandes ojos azules se alzaban al cielo.

Ella tambien oraba.

Oraba por su padre y por Aubry, antes de hacerlo por si misma.

Meloir la devoraba con una mirada de condenado.

A Meloir le llegaba la arena mas arriba de la cintura.

Una vez, el viento llevó el sonido lejano de la campana de San Miguel.

Meloir se sonrió.

Reina volvió la cabeza.

Fijó una mirada en las playas bretonas.

Una eminencia leve le indicó el sitio en que el castillo

de San Juan de las Playas se ocultaba detrás de los árboles.

Allí era donde había trascurrido su venturosa infancia. Allí era donde había visto á Aubry por primera vez.

¡Sus pobres ilusiones de jóven!

—¿Pensais en él, Reina? dijo Meloir, que queria hablar con ironía, pero sus dientes castañeteaban.

—¡Pensad en Dios! replicó la jóven, serena y tranquila ante su última hora.

Se oía el sordo bramido de las olas.

A Meloir le llegaba la arena al pecho.

Su mano de hierro sujetaba con fuerza el brazo de Reina.

De pronto volvió la cabeza. Maese Loys saltaba en las aguas del Coesnon, á donde llegaba ya el mar.

Y Aubry iba detrás de maese Loys.

—¡Aubry! ¡Aubry! ¡á mí! gritó Reina.

Meloir, por medio de un esfuerzo desesperado, intentó atraerla hácia sí.

Sus ojos extraviados revelaban cuál era su intento.

La venganza que se le escapaba, queria recuperarla violentamente y arrojar un cadáver al hombre que iba á buscar á su prometida.

—¡A mí! Aubry, ¡á mí! repitió la jóven que se resistía, pero que se sentía arrastrada invenciblemente.

—¡No moriré solo! murmuró Meloir, cuyo semblante se contraía.

En el momento en que con la otra mano iba á tocar á la arganta de Reina, Aubry pasó mas rápido que una flecha.

Su lanza había atravesado de parte á parte la garganta de Meloir.

Meloir profirió una blasfemia y soltó á Reina.

La arena ocultó su herida. Ya no tenía mas que la cabeza fuera del remolino.

Y el mar mojaba ya los vestidos de Reina; pues ella tambien se hundía lentamente en la arena movediza.

Aubry saltó al suelo y puso su lanza atravesada para asegurar sus piés.

—¡No tendrás tiempo! dijo Meloir sonriendo á las olas que iban á bañarle el rostro.

¡Tenía un semblante de réprobo!

El caballo, tan luego como sintió que el agua le llegaba á las patas, lanzó un resoplido y alzó el hocico buscando la direccion en que había de huir.

Aubry se sintió desfallecer, porque la imaginacion no puede concebir un peligro mas terrible y cercano que el que por todas partes le abrumaba.

Si el caballo huía, Reina quedaba perdida sin remedio.

Aubry se separó de ella, cogió la brida del caballo y la puso en la boca de maese Loys, diciendo:

—¡No te muevas!

El caballo se rebeló y dió un salto.

—¡Corre! ¡corre! gritó Meloir con voz ahogada y moribunda.

Maese Loys se colgó de la brida.

Las olas pasaron por encima de la cabeza de Meloir.

Aubry tenía á Reina en sus brazos. ... Montó á caballo con su precioso fardo.

Y maese Loys saltaba, loco de alegría, en medio del mar que subía.

—¡Corre! ¡corre! gritó Aubry á su vez.

El agua saltó bajo las herraduras del buen caballo.

Del caballero Meloir, nadie se ocupaba ya. Su último suspiro produjo una burbuja de aire en la superficie de las olas. La burbuja reventó. No hubo mas.

Reina sonreía entre los brazos de su amante.

Daba gracias á Dios con toda su alma.

¡ Salvada ! ¡ salvada por Aubry ! ¡ Dos alegrías inmensas !

En la plataforma de San Miguel, Mr. Hue de Maurever daba gracias á Dios tambien, porque merced al anteojo milagroso asistia en realidad al drama lejano y rápido cuyo desenlace acabamos de describir.

No por sus propios ojos, que las lágrimas le cegaban, sino por los de Juanillo, que se habia apoderado del tubo de mosen Juan Connault, y no se le habria cedido al mismo rey de Francia.

Juanillo habia descrito todas las peripecias de la carrera y de la lucha.

¡ Jesucristo ! en el momento en que los crispados dedos del réprobo tocaron al cuello de la pobre Reina, Juanillo estuvo próximo á caer desplomado.

¡ Pero la lanza de Aubry !.... ¡ oh ! ¡ qué buen lanzazo !

¡ Y el galgo negro, que sujetaba con sus dientes la brida del caballo ! ¡ era todo un perro magnífico !

Fray Bruno, el muy truan, decia para sí : « En el año 50, el galgo de maese Aubry, que es mas avisado que muchos cristianos, etc., etc. »

En fin, una historia mas en el abundante granero de su memoria !

Y á medida que Juanillo hablaba, la concurrencia escuchaba con avidez.

Cuando Reina y Aubry estuvieron á caballo, hubo un prolongado grito de alegría.

Juanillo saltaba de contento y sentia como una fiebre, porque aun quedaba un enemigo terrible que combatir : ¡ el mar !

— ¡ Oh ! decia, como si Aubry hubiese podido oírle ; ¡ á la derecha, señor, á la derecha, en nombre de Dios ! ¡ Delante de vos está el barranco de Courtils !.... ¡ Jesucristo ! ¡ el perro lo ha adivinado !... ¡ Tuercen á la derecha !

— ¡ Vamos, vosotros ! añadía dirigiéndose á los circunstantes, rezad un *Ave Maria*, pronto, muy pronto para que pasen los remolinos de arena movediza del Haut-Mené.... ¡ Pero no tendreis tiempo suficiente !... ¡ Oh ! ¡ valiente perro ! ¡ noble animal ! los conduce en linea recta como si toda su vida hubiese estado pescando mariscos en los arenales.... ¡ Mirad ! ¡ mirad ! ya salen del agua ; si pueden rodear la charca de Anguil, todo está dicho.... ¡ Virgen santa ! ¡ Virgen santa ! ¡ ya los alcanzan las olas otra vez !.... ¡ Clavad las espuelas, señor Aubry.... vamos, clavad las espuelas !

Se enjugó el sudor de la frente.

— ¿ Qué pasa, niño, di ? murmuró Maurever, quien ya no podia respirar.

Juanillo tardó un segundo en contestar.

Luego dejó el anteojo y comenzó á dar saltos y cabriolas como un loco por toda la plataforma.

— ¡ Han rodeado la charca ! dijo, ¡ oh ! ¡ valiente perro ! ¡ Ahora ya podeis ir á la iglesia á dar gracias á Dios !...

Media hora despues estaba Reina en los brazos de su padre.

Juanillo abrazó y besó á maese Loys, y le juró eterna amistad.

— ¡ Esto está bueno ! dijo fray Bruno ; todos están contentos excepto yo : el señor Aubry será armado caballero, piel de carnero será escudero del señor Aubry. ...

— ¿ Qué pides ? exclamó Mr. Hue, que tenia sus labios apoyados en la frente de Reina. ¡ Eres todo un valiente !

— Solo soy un pobre fraile, señor, y esto me recuerda la aventura de Domineuc, el bollero del Vieux-Bourg, quien cantaba á su mujer Francisca Horacio, la prima de Estebanillo el de la granja quemada ( que tenia los ojos en cruz como Barrabás ), quien le cantaba.... Pero no os enfadeis, señor. Recuerdo en este momento que no os gustan las historias, y no os diré lo

que Domineuc cantaba á su mujer.... Solo que, por el silencio rigoroso que he guardado desde hace veinte y cuatro horas, os ruego que intercedais con mosen Juan Connault á fin de que me perdone la disciplina.

Fray Bruno obtuvo su perdon.

Al subir por la escalera de la enfermería, decia para sí:

— ¡ Me he batido para tener un brazo roto ! ¡ San Miguel Arcángel ! ¡ qué buena noche ! ¡ Si hubiese podido contar de vez en cuando alguna aventurilla, digo yo que la fiesta no hubiera tenido otra igual !.... Y esto me hace recordar la historia de Olivier Hicquel, el jorobado de Plestin, que voy á contar minuciosamente al hermano enfermero para desentumecerme un poco la lengua !

## EPÍLOGO.

### El arrepentimiento.

El día 18 de julio del año de 1450, hácia las nueve de la mañana, una cabalgata seguía el camino de Ancenis á Nantes, por las orillas del Loira.

Hacia un tiempo malo y lluvioso. El magnífico río corría triste y sin reflejos bajo el oscuro cielo.

La cabalgata se componía de un caballero, un hombre de armas y una señora jóven. Seguíanles algunos criados.

Cuando llegaron á las puertas de Nantes, los guardias inclinaron sus alabardas con respeto ante el caballero, que era de edad avanzada.

La cabalgata pasó.

Los guardias se dijeron unos á otros :

— Hé ahí á Mr. Hue de Maurever que viene á tomar su revancha contra el duque Francisco.

Y á la verdad que el momento era muy favorable. El duque Francisco se estaba muriendo de una enfermedad singular y desconocida, cuyos primeros síntomas se habían declarado en la ciudad de Avranches, en la tarde de las honras fúnebres celebradas en la basílica del Monte San Miguel, por el descanso y salvación eterna del alma de su hermano Gil, el 6 de junio del mismo año, *cuarenta días* antes.

El duque Francisco había celebrado córte con mas brillantéz que ningun otro príncipe breton.

Por la ciudad se decia que la córte del duque Francisco rodeaba á Mr. Pedro de Bretaña, su hermano y su sucesor.

Algunos antiguos servidores permanecían junto á su lecho de muerte con Mma. Isabel de Escocia, su mujer, y con sus dos hijas.

Por la ciudad se decia, también, que allí se mostraba el dedo de Dios.

Ante la justicia del castigo desaparecía á los ojos de la muchedumbre la ingratitud de los cortesanos.

Nantes no era entonces esa ciudad blanca y nueva, llena de comerciantes, que hoy conocemos.

Nantes no era la ciudad amada de los viajeros comisionistas, puesto que entonces no los había. ¡ Oh siglos venturosos !

Nantes era la capital de aquel rudo y valeroso país que con-

que Domineuc cantaba á su mujer.... Solo que, por el silencio rigoroso que he guardado desde hace veinte y cuatro horas, os ruego que intercedais con mosen Juan Connault á fin de que me perdone la disciplina.

Fray Bruno obtuvo su perdon.

Al subir por la escalera de la enfermería, decia para sí:

— ¡ Me he batido para tener un brazo roto ! ¡ San Miguel Arcángel ! ¡ qué buena noche ! ¡ Si hubiese podido contar de vez en cuando alguna aventurilla, digo yo que la fiesta no hubiera tenido otra igual !.... Y esto me hace recordar la historia de Olivier Hicquel, el jorobado de Plestin, que voy á contar minuciosamente al hermano enfermero para desentumecerme un poco la lengua !

## EPÍLOGO.

### El arrepentimiento.

El día 18 de julio del año de 1450, hácia las nueve de la mañana, una cabalgata seguía el camino de Ancenis á Nantes, por las orillas del Loira.

Hacia un tiempo malo y lluvioso. El magnífico río corría triste y sin reflejos bajo el oscuro cielo.

La cabalgata se componía de un caballero, un hombre de armas y una señora jóven. Seguíanles algunos criados.

Cuando llegaron á las puertas de Nantes, los guardias inclinaron sus alabardas con respeto ante el caballero, que era de edad avanzada.

La cabalgata pasó.

Los guardias se dijeron unos á otros:

— Hé ahí á Mr. Hue de Maurever que viene á tomar su revancha contra el duque Francisco.

Y á la verdad que el momento era muy favorable. El duque Francisco se estaba muriendo de una enfermedad singular y desconocida, cuyos primeros síntomas se habían declarado en la ciudad de Avranches, en la tarde de las honras fúnebres celebradas en la basílica del Monte San Miguel, por el descanso y salvación eterna del alma de su hermano Gil, el 6 de junio del mismo año, *cuarenta días* antes.

El duque Francisco había celebrado córte con mas brillantéz que ningun otro príncipe breton.

Por la ciudad se decia que la córte del duque Francisco rodeaba á Mr. Pedro de Bretaña, su hermano y su sucesor.

Algunos antiguos servidores permanecían junto á su lecho de muerte con Mma. Isabel de Escocia, su mujer, y con sus dos hijas.

Por la ciudad se decia, también, que allí se mostraba el dedo de Dios.

Ante la justicia del castigo desaparecía á los ojos de la muchedumbre la ingratitud de los cortesanos.

Nantes no era entonces esa ciudad blanca y nueva, llena de comerciantes, que hoy conocemos.

Nantes no era la ciudad amada de los viajeros comisionistas, puesto que entonces no los había. ¡ Oh siglos venturosos !

Nantes era la capital de aquel rudo y valeroso país que con-

servaba su independencia entre dos reinos enemigos: la Francia y la Inglaterra.

Nantes era una ciudad noble, que reflejaba en el Loira sus góticos edificios, y envanecida únicamente con ser reina entre todas las ciudades bretonas.

La cabalgata iba sufriendo la lluvia por las calles angostas y oscuras.

Mr. Pedro de Bretaña habitaba el palacio de Richemont, antiguo feudo de su hermano Gil.

En la puerta del palacio había una multitud de hombres de armas y de magnates que, según conviene á la humana sabiduría, se volvían hácia el sol naciente.

Los hombres de armas y los magnates dijeron, al ver pasar á la cabalgata:

— Hé ahí á Mr. Hue de Maurever que viene á tomar su revancha contra el duque Francisco.

¿Y no era muy justo?

El duque Francisco le había perseguido y acorralado como á una fiera. ¡El duque Francisco había puesto á precio su cabezal!

La ciudad estaba triste. Por los fangosos arroyos corría una agua parduzca. Las paredes de las casas, empapadas en lluvia, daban un aspecto lúgubre á las calles.

Las campanas de la catedral las estaban repicando de un modo que prolongaba sus vibraciones monótonas y fúnebres.

Apenas se veía, á largos intervalos, á algun pobre mendigo ó á algun vecino bien arropado que se aventuraba á pisar el húmedo empedrado.

Pero en los umbrales de las puertas ó en los sobreportales de algunas calles había conversaciones animadas, y en todas partes se oían estas palabras, que parecían ser el eco del doliente tañido de las campanas:

— ¡El duque se muere! ¡el duque se muere!

Mr. Hue hacia que su cabalgadura apresurase el paso.

A su lado caminaba Reina, que aun estaba muy pálida á consecuencia de su herida, pero que iba tan hermosa como los ángeles del Señor.

Aubry seguía á Reina.

Dos dias antes, la iglesia de Avranches se había iluminado para una ceremonia grata y tierna; la boda de Aubry de Kergariou con Reina de Maurever.

Pero no les habían echado la bendición nupcial.

Una hora antes de la misa, un religioso del convento de Dol dijo á Mr. Hue:

— Llego en este momento de Bretaña. Nuestro señor el duque Francisco aguarda el fin de su vida para el dia 18 de julio, término del emplazamiento que le hicisteis en nombre de su difunto hermano. Nuestro señor sufre mucho para morir. Sus amigos le han abandonado. Muy dura ha de ser su última hora.

Mr. Hue mandó que apagasen los cirios y que le ensillasen un caballo.

— Hijos míos, dijo á Reina y á Aubry, tiempo teneis de ser felices.

En seguida se puso en marcha, y llegaba á Nantes justamente en el dia 18 de julio, término del emplazamiento.

Eran las diez de la mañana cuando la cabalgata llegó delante del palacio ducal.

Todas las ventanas estaban cerradas.

Los pocos servidores que aun estaban en el zaguan conocieron al antiguo escudero de Mr. Gil de Bretaña.

Y dijeron, como los demás:

— ¡Ay Dios! he ahí á Mr. Hue de Maurever que viene á tomar su revancha contra el duque Francisco!

No intentaron cerrarle el paso, porque acaso no tenían ya el celo suficiente para llevar acabo un acto de vigor. Pero cada

cual miró con expresion de tristeza aquel castigo vivo que trasponia el umbral del palacio, y que iba á amargar mas aun los últimos momentos de un agonizante.

Mr. Hue se apeó al pié de la escalinata, con su hija y Aubry de Kergariou.

Entró sin pronunciar una palabra, y se dirigió por el conocido camino que conducia á la cámara ducal.

La sala de guardias estaba vacía.

En las escaleras, en las que en otro tiempo resonaba durante todo el día el pié forrado de hierro de los centinelas, habia un niño llorando.

El niño lloraba porque dos hermosos perros de caza, cuyas estatuas de mármol se ven hoy á los piés de los duques de Bretaña, echados sobre sus sepulcros, se negaban á jugar con él.

Los dos perros estaban echados, con el cuello extendido y la cabeza en el suelo, y lanzaban lastimeros aullidos.

Hue de Maurever se detuvo. Se le oprimia el corazon.

Aquella soledad ofrecia un aspecto doloroso y terrible para el hombre que habia visto en otras épocas el palacio ducal sembrado de oro y de acero, lleno de mil ruidos alegres.

—¿Está el señor duque en su estancia habitual? preguntó al niño.

—El señor duque está en el palacio de Richemont, contestó el niño sin vacilar; cuando venga aquí, los perros saltarán y se podrá jugar.... Hablo del duque Pedro; que tiene buena salud, si!

—¿Pues qué, ha muerto ya el duque Francisco?

—¡Oh! ¡no! contestó el niño suspirando; decian que se moria esta mañana... ¡pero no se muere!

Mr. Hue subió por la escalera.

Aubry y Reina le siguieron con la cabeza baja.

El niño decia:

—Si, sí, el duque Pedro está bueno! ¡Traerá soldados; les dará vino, los soldados cantarán, los perros saltarán y se volverá á reir!

Animado por este pensamiento, el rubio querubín dió algunas cabriolas por las losas del zaguan y gritó:

—Maese Ginguené, ¿acabas pronto de soldar el ataud?

Maese Ginguené era el plomero de la córte.

Mr. Hue le encontró en la meseta de la escalera soldando cuidadosamente el ataud en que iban á encerrar al duque Francisco.

Desde su estancia podia oir el duque el martillo de maese Ginguené, plomero de la córte.

Mr. Hue fué abriendo las puertas de las habitaciones.

Los duques de Bretaña eran soberanos poderosos, mas poderosos que esos famosos duques de Borgoña, cuya importancia han aumentado á porfia los escritores de novelas históricas.

La córte de Bretaña era una de las mas brillantes del mundo.

Aquel palacio silencioso y desierto, en el que el plomero soldaba su caja mortuoria talareando una cancion, revelaba de un modo tan evidente la nada de las vanidades humanas, que toda reflexion seria supérflua.

En las habitaciones, adornadas con régia magnificencia, á nadie se veia.

Solo tres mujeres estaban orando ante el altar del pequeño oratorio gótico.

Eran Isabel de Escocia, duquesa reinante, y sus dos hijas.

Al ruido que al entrar hicieron M. Hue, Reina y Aubry, Isabel se volvió, é hizo un gesto de espanto.

—¡Oh! ¡señor! dijo llorando, ¡hoy cumple el plazo de los cuarenta dias! ¡No necesitareis repetir vuestro implacable emplazamiento!

Las dos jóvenes se ocultaban detrás de su madre.

Aquel hombre era para ellas el mensajero de la cólera de Dios.

Hue de Maurever tomó la mano de la duquesa y la besó respetuosamente.

—Señora, replicó, obedecí las órdenes de mi moribundo dueño. Ahora obedezco la orden de Dios, quien me dice, por medio de la voz de mi conciencia: «Vé al lado de tu señor abandonado, y en su agonía sirvele de corte con tu familia.»

—¿Es verdad eso, señor? exclamó Isabel enderezándose.

—Soy ya muy viejo, señora, y nunca he mentado.

La duquesa, con un movimiento mas rápido que el pensamiento, se inclinó á su vez, selló con sus labios la ruda mano del caballero, y dijo:

—¡Id, id, que nuestro señor necesita grande auxilio en la hora de su muerte!

En la habitacion anterior á la cámara del enfermo, Jacobo Huiron, médico, componia versos latinos en honor de Francisca de Amboise, mujer del duque Pedro.

—Aun tardará por lo menos una hora en espirar, murmuró; ¡es mucho tiempo!.... El fin del hexámetro es, indudablemente, *Francesca coronam*.... ¡*Francesca co-ro-nam*!.... Cualquiera se llama Francisca.... Francisca de Dinan.... Francisca de Amboise... Francisca la Chantepie... Lo mismo dá....

*Ille ego medicus, primum, Francesca coronam,*

*Qui cecini*....

Está bien redondeado, es sutil, elegante.... «Yo soy, ¡oh Francisca! ¡el primer médico que ha cantado vuestra corona!...

«*Francesca coronam*.... Ca, co.... En fin, no importa!.....

Mr. Hue, Aubry y Reina estaban ya junto al lecho de su soberano.

Francisco abrió los ojos. Su mejor amigo no le hubiera conocido.

—¡Gil! ¡hermano mio! dijo con voz breve y anhelosa, á la hora del medio dia fué cuando me notificaron vuestro emplazamiento. ¡A la hora del medio dia estaré en presencia vuestra, bajo la mano omnipotente de Dios nuestro señor!

Aubry y Reina se arrodillaron. Mr. Hue permaneció de pié.

—¡Gil! ¡hermano mio! repuso el moribundo, ¡te lo juro por el resto de esperanza que aun me queda de aplacar la justicia divina.... te profesaba sincero cariño!.... ¡Los malos consejeros fueron quienes me perdieron, Olivier de Meel, Arturo de Montauban, y otros.... y otros.... porque hormiguean en torno de los príncipes!

¡Hola! exclamó al ver á Mr. Hue, ¡guardias! ¡á mí!

Mr. Hue inclinaba silenciosamente su cabeza venerable.

Francisco temblaba. Sus sábanas se empapaban en sudor.

—¿Qué quieres? murmuró.

—Prestar homenaje á mi señor, contestó Maurever, y traerle mi vida.

Francisco se incorporó apoyándose en un codo.

—Te conozco, mosen Hugo, dijo con voz que se iba debilitando; te conozco.... eres un cristiano y un caballero.... ¡tú nunca mientes, no!.... ¡háblame de mi hermano!

—Os hablaré de vos si así os place, señor, y de la infinita misericordia del cielo.

—Acércate, dijo el duque con brusco acento; cuando voy á morir, ¿quieres salvar mi alma?

—Sí, os lo juro por la salvacion de la mia!

—Dáme tu mano.

Maurever obedeció. Los dedos de Francisco estaban frios como el mármol!

—¿Quién es ese soldado jóven? preguntó mirando á Aubry.

Luego, antes de que tuviesen tiempo de contestarle, añadió frunciendo el entrecejo:

— ¡Le conozco! ¡le conozco! Aun oigo el ruido de su espada cayendo sobre las losas de la basílica.... ¡El fué quien primero me abandonó!

— Será el último que os abandone, señor, murmuró Reina con suavidad.

Aubry tenía la mano puesta sobre el corazón. No contestó.

— ¡Levántate! le dijo el duque.

Aubry se levantó.

— En nombre de Dios y del Señor San Miguel, repuso el moribundo; ¡te hago caballero, Aubry de Kergariou!

— Señor... quiso exclamar Aubry.

— ¡Silencio! Descorre esa cortina que está encima del reclinatorio.

La cortina corrió sobre su varilla de hierro y se vió el retrato de cuerpo entero de Gil de Bretaña en traje de guerra.

El duque se santiguó.

Todos permanecían silenciosos.

— Escúchame, maese Hugo, dijo el duque, cuya voz se tornó firme y serena, te quería porque tú le profesabas cariño....

Cuando mi último suspiro se detenga en mis labios.... ¡y será muy pronto, descuida!... irás á ese retrato y dirás: «Gil de Bretaña, en nombre de Dios te conjuro para que perdones á tu hermano»... ¿Lo harás?

— Lo haré.

Francisco volvió á reclinar su cabeza en la almohada.

Reina le puso al cuello su relicario.

Mr. Hue y Aubry rezaban en alta voz.

Llegaron los sacerdotes, y luego el médico, que buscaba su segundo distico; despues a duquesa Isabel con sus dos hijas.

Al dar la primera campanada de las doce del día, Francisco lanzó un suspiro prolongado.

— ¡Gil de Bretaña! exclamó Maurever con fuerza, en nombre de Dios te conjuro que perdones á tu hermano!

Pareció que el muerto se sonreía.

En las inmediaciones del palacio de Richemont decían:

— ¡Mr. Hue tendrá lo que quiera con el duque Pedro!

Mr. Hue nada quería.

Tres días despues, Reina de Maurever era señora de Kergariou.

El banquete de boda tuvo efecto en el castillo de San Juan, en aquella sala en que la Hada de las Playas robó la escarcela del caballero Meloir, hallándose este rodeado de sus hombres de armas.

En el mismo día se casó Simoneta con Juanillo.

Y fray Bruno, por licencia especial, asistió á la boda.

Esto le recordó tantas y tan buenas aventuras, que al cabo de dos semanas, aun les sonaban los oídos á los convidados.

FIN.

